

EL Legado

Las Tierras de La Eternidad III



Kenji Wolfman

El Legado
Las Tierras de la Eternidad III

Kenji Wolfman



OceanofPDF.com

El Legado, Las Tierras de la Eternidad III

Primera edición: mayo, 2022

© Sergio García Pérez, 20202221

Diseño y maquetación © Sergio García Pérez, 202

Ilustración portada © Sergio García Pérez, 2022

© Sergio García Pérez, 2022

www.wolfmancreations.com

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

ISBN: 979-84-648991-7-9

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[PRÓLOGO LA SELVA MISTERIOSA](#)
[CAPÍTULO I DESESPERACIÓN](#)
[CAPÍTULO II LA MANADA](#)
[CAPÍTULO III NUEVO RÉGIMEN](#)
[CAPÍTULO IV FUERZA Y PODER](#)
[CAPÍTULO V LA COMITIVA](#)
[CAPÍTULO VI EL GRAN ELOHIM](#)
[CAPÍTULO VII EL FUEGO AIRADO](#)
[CAPÍTULO VIII LA PRISIÓN](#)
[CAPÍTULO IX LA VERDAD REVELADA](#)
[CAPÍTULO X LINAJE](#)
[CAPÍTULO XI FLORES Y METALES](#)
[CAPÍTULO XII LAS DOS CARAS](#)
[CAPÍTULO XIII RHIANNE](#)
[CAPÍTULO XIV ENCIERRO Y LIBERTAD](#)
[CAPÍTULO XV LA ÚLTIMA CARTA](#)
[CAPÍTULO XVI DESCUBRIMIENTOS](#)
[CAPÍTULO XVII LA BATALLA DE LUKWOS](#)
[CAPÍTULO XVIII EL ADIÓS DE UN DIOS](#)
[CAPÍTULO XIX ACEPTACIÓN](#)
[CAPÍTULO XX NUEVAS AMISTADES](#)
[CAPÍTULO XXI DESPEDIDAS](#)
[Epílogo](#)
[Glosario de Personajes](#)
[Agradecimientos](#)
[El autor](#)

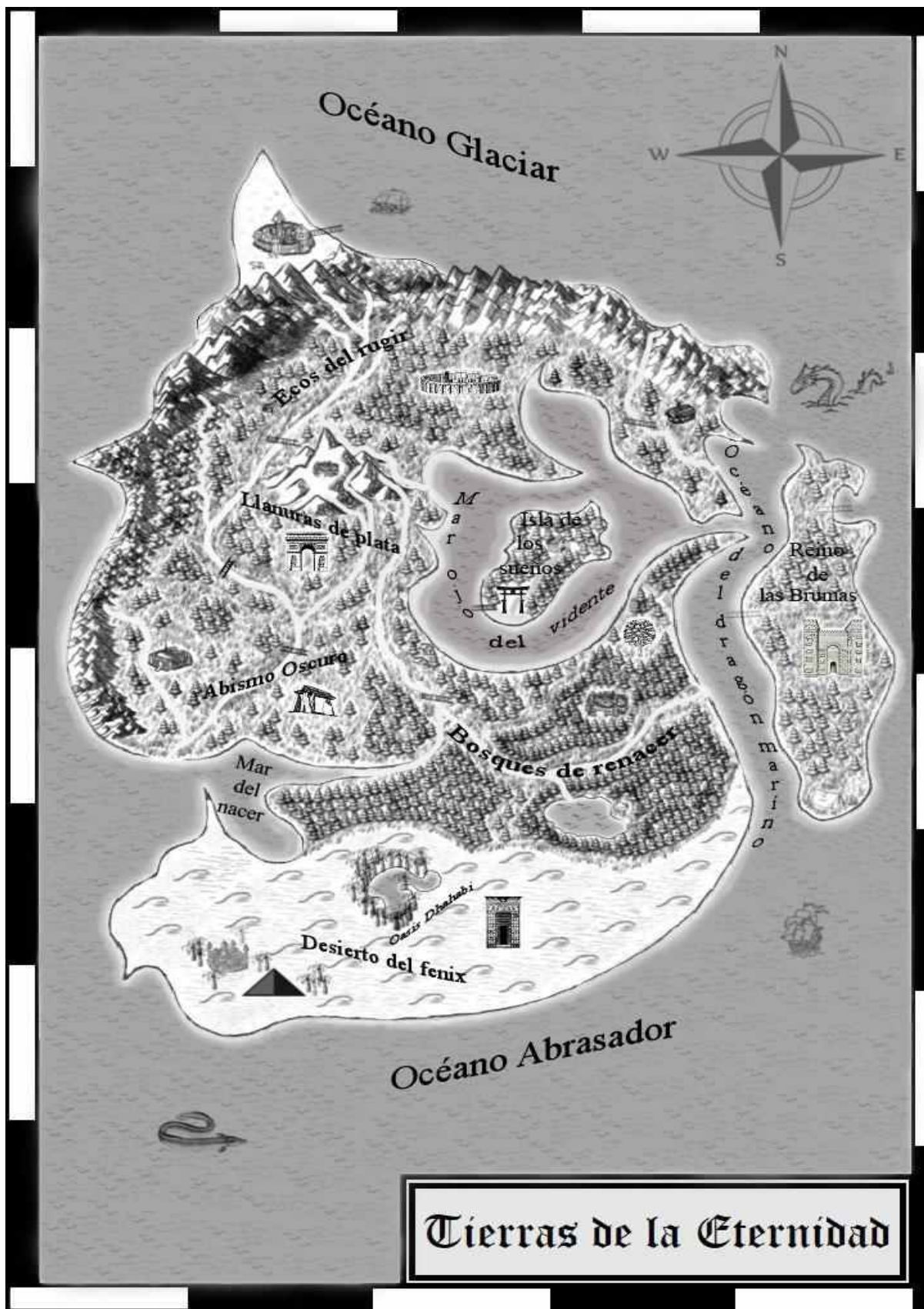
[OceanofPDF.com](#)

«En la vida tenemos a personas que sin darnos cuenta van moldeando nuestra forma de ser y de pensar. Esas personas suelen ser importantes, aunque no les damos el valor que merecen hasta que desaparecen de nuestro lado. Solo entonces, valoramos todo lo que hicieron por nosotros. Nos damos cuenta de que nos han dejado... un Legado».

Dedicado a mis abuelos que tanto hicieron por mí.

Kenji Wolfman

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

Prólogo

OceanofPDF.com

La Selva Misteriosa

Las ramas de los árboles y los arbustos se mecían por el fuerte viento que recorría cada palmo del terreno.

Todo permanecía en absoluto silencio, ni un solo animal se movía o emitía sonido alguno. La vegetación silbaba en calma. De pronto un trueno resquebrajó las nubes del cielo seguido de su hermano, el rayo, que saltó hacia la tierra partiendo un árbol gigante en dos, cubriéndolo de llamas. A uno de los lados del fuego se abrió una puerta ovalada del tamaño de un hombre adulto. De ella salieron un joven que cayó rodando, seguido de una flauta de madera. Tras él, saltó un ser muy conocido por aquellos lugares, un Thunder Wolf adulto con su columna irradiando un fulgor azul eléctrico. El lobo se puso en guardia, esperando a que su amigo pudiera levantarse.

El joven se puso en pie, rápido como un depredador, echando a correr hacia el portal por el que habían cruzado. Este se cerró antes de que el muchacho pudiese alcanzarlo dejándole frustrado, gritando de rabia al aire. El lobo seguía en pose vigilante, esperando que nada les pusiese en peligro, preparado para enfrentarse a cualquier amenaza. El joven se colocó en una pose natural, respiró un par de veces de manera profunda y, cerrando los ojos, hizo un gesto con las manos describiendo la forma de abrir portales. Aunque la ejecución fue tan perfecta como lo habría hecho su mentor, el dios del cielo, el portal no se abrió. Probó de nuevo y luego otra vez y otra, hasta quedar desfallecido. Sintiéndose derrotado se dejó caer de rodillas sobre la húmeda tierra. Agachó la mirada, ante él estaba la flauta travesera de Taka. La tomó entre sus manos, mientras la miraba, por primera vez en mucho tiempo. Una lágrima rodó por su mejilla hasta caer al suelo. Giró la cabeza para mirar a su peludo amigo, antes de dirigirle la palabra.

—Viento, ¿dónde estamos? —preguntó explorando con los ojos la zona selvática que les rodeaba.

—*Creo que estamos en la tierra de mis antepasados, pero no estoy seguro* —contestó el lobo por comunicación mental al joven.

—Debemos regresar, Taka y los demás nos necesitan para luchar contra Hakai —alegó—. Pero mi poder para abrir portales no funciona. Lo estoy intentando,

pero no soy capaz.

—Entonces no nos queda más opción que encontrar otra manera de volver a las Tierras de la Eternidad —dijo sin perder la concentración en su vigilancia—. Kenji, ¿Te dio tiempo a despedirte de Ryoko por si no regresamos?

—Sí, pero regresaremos —dijo apretando los dientes—. No permitiré que ese dios se salga con la suya, ni que haga daño a la gente que aprecio.

—No lo dudo, amigo mío. —Intentó calmarle con sus palabras— *Recoge la flauta de Taka y guárdala, por lo que me dijo es importante que toques la Canción del cielo, al menos, una vez al día.*

—Está bien —contestó Kenji, ajustándola en su cinturón— ¿Ahora qué hacemos? No conocemos el terreno, ni sabemos si mis otros poderes funcionarán en este plano.

—Deberíamos explorar un poco la zona en la que estamos en busca de un río. Allí nos instalaremos, será más fácil cazar algo para alimentarnos y tendremos agua cerca. —La lógica de supervivencia de Viento se impuso a la frustración de Kenji— *Mantén a Guardiania en la mano, no sabemos qué animales o peligros tendremos que enfrentar.*

—Vamos, parece que el sol está cayendo —dijo aferrándose al mango de la espada, desenfundándola con un sonido metálico. — Cada minuto que pasa perdemos claridad, nos será difícil ver.

—Para mí no, mi especie ve bien con los rayos del sol y con la luz de las estrellas —respondió Viento—. Tú, como nieto del dios lobo Vaél, no deberías tener problemas tampoco. Es más, tus ojos cada vez permanecen más tiempo de color morado que azules.

—Será por mi herencia genética —contestó pensándolo por un momento—. Veremos si funciona para ver en la oscuridad. Vamos.

Los pasos de los dos amigos se internaron en la selva. Las gotas de lluvia fina comenzaron a caer sobre ellos como si el cielo estuviera llorando por la batalla. Cada paso que se daba sobre la húmeda tierra, intentaba ser aún más sigiloso que el anterior. Los sentidos agudizados de Viento parecieron captar el sonido de agua cercana, entre el susurro de la lluvia. Giraron hacia allí, tras unos minutos que parecieron horas llegaron a la orilla de un caudaloso río. El ancho tenía varios metros y sus aguas parecían calmas. A escasa distancia se encontraba un alto árbol, muy parecido a los Angelim rojo de la selva amazónica pero cinco veces más grueso. Kenji se acercó, posó la mano en la corteza bajo la atenta mirada de Viento.

—*Kenji, ¿qué vas a hacer?* —preguntó mostrando mucho interés en lo que le rondaba la cabeza a su amigo.

—Cuando estudié con Shika me dijo que, con su poder, si necesitaba ayuda de la naturaleza solo tenía que ponerme en comunión con ella y pedirlo con respeto. — le explicó con voz serena—. En estos momentos necesitamos un hogar y es lo que le voy a pedir.

Kenji cerró los ojos sin detener el contacto de su piel con el grueso tronco. Un crujido es lo primero que se escuchó en la copa del árbol. Viento miró hacia arriba, las ramas se estaban moviendo a voluntad. Se entrelazaban unas con otras para formar una estructura semicircular en la cima, creando un techo para resguardarse. De las mismas ramas surgieron brotes, que se desarrollaron a una velocidad inusual en la naturaleza, convirtiéndose en ramas con frondosas hojas que cubrieron toda la estructura dejando un arco vacío a modo de puerta para acceder al interior. Por último, unas gruesas ramas formaron una rústica escalera hasta el suelo.

—*Lo has conseguido, bien hecho* —le dijo en tono alegre el lobo.

—Al menos así tendremos un sitio para resguardarnos tanto del frío como de los peligros. —Sus palabras se vieron silenciadas por un gruñido que salía del hocico de Viento. Se había percatado de algo que hacía que se le erizase el pelaje.

—*Ponte detrás del tronco del árbol y no te muevas* —le dijo. Kenji obedeció al instante.

En frente del colosal lobo solo se veía un mar de arbustos que llegaban hasta donde alcanzaba la vista. Los ojos de Viento se movían de un lado a otro con cautela. Se agachó como si fuese a saltar sobre una presa, tan concentrado que nada parecía que le pudiese sorprender. Unas ramas se movieron de forma brusca a la derecha, de ellas a toda carrera salió un animal un poco más grande que el Thunder Wolf. Su piel se asemejaba a la piedra, tenía pezuñas y tres cuernos. El animal intentó embestir a Viento, que se apartó en el último momento haciendo que la enorme bestia derrapase sobre el terreno.

Sin darle un instante para recuperarse, Viento saltó sobre el lomo del animal clavando con energía sus potentes colmillos. La sangre salía a borbotones sobre la escamada piel pétrea. Un mugido brotó del animal como grito de dolor. Viento clavó más sus fauces haciéndole aún más daño. La bestia intentó revolverse, en un intento de zafarse de su agresor sin conseguirlo. Viento saltó hacia el cuello, sus ojos brillaban con el azul eléctrico de su columna. Ante la mirada perpleja de Kenji, el Thunder Wolf mordió en la yugular a la par que emitía una poderosa

descarga sobre su enemigo. La sangre y el humo salieron a la vez por los orificios del animal. Viento saltó de encima de la bestia apartándose varios metros. El enorme enemigo de piedra cayó al suelo inmóvil, desangrado. Kenji se acercó a su amigo.

—¿Qué era eso? —preguntó sin dejar de mirar la presa caída.

—*No tengo ni idea. Pero no es un animal de las Tierras de la Eternidad.* —dijo sorprendido—. *De pequeño, mi madre me contaba historias sobre seres así y solo hay un sitio en el que puedan vivir.*

—¿Dónde? —preguntó intrigado.

—*En el hogar de mis padres* —dijo mirando a los ojos morados de Kenji—. *En Bestiary.*

Capítulo I

OceanofPDF.com

Desesperación

Kenji no había tocado la flauta travesera que Taka le había dado desde que llegaron a Bestiary. El instrumento estaba en una de las ramas que servían de estantería. Viento insistía cada día en lo que le habían dicho antes de partir, debía tocar la Canción del cielo a diario. Kenji se negaba, sabía que si lo hacía podría recibir una de las peores noticias posibles para él y para los siete planos. El lobo estaba bebiendo agua en el río cercano a la casa, mientras Kenji se había sentado en el suelo apoyando la espalda en el tronco de un árbol cercano.

—*Kenji deberías subir y tocar la Canción del cielo* —dijo Viento, relamiendo las gotas de agua que le quedaban en el hocico— *Sé que parezco un pesado, pero es algo que debes hacer. Es una orden de los dioses.*

—Lo sé, pero no quiero hacerlo —respondió el joven con la mirada perdida.

—*Llevamos varios días aquí, lo único que hemos averiguado es que está plagado de criaturas que no conocemos y que no puedes abrir portales.* — el tono de voz de Viento estaba empezando a sonar severo—. *Si seguimos así, nos quedaremos aquí para siempre y no sabremos qué les ha pasado a nuestros amigos. ¿No quieres volver a ver a Ryoko?* —le preguntó, dando a Kenji donde más le dolía.

—Sí, claro que quiero verla y saber si nuestros amigos están bien —contestó Kenji saliendo de su estado de apatía, dando paso a un tono de molestia.

—*Entonces, sabes lo que tienes que hacer* —dijo comenzando a caminar hacia la espesura—. *Voy a inspeccionar el terreno.*

Viento desapareció entre el ramaje dejándole solo con sus pensamientos. Sabía que su amigo tenía razón, debía superar ese sentimiento de culpa que le atenazaba. Se levantó del sitio donde estaba sentado, subió por la escalera natural hasta la cima del árbol. Entró en la casa dirigiendo sus pasos hasta donde reposaba la flauta travesera del dios del cielo. La tomó, sujetándola

con cuidado entre sus dedos, estaba tan reluciente como la primera vez que la había visto en la Isla de los Sueños. Si tenía que tocarla, habría de hacerlo en honor de su mentor y amigo. Descendió hasta el suelo de verde hierba, caminó al árbol más cercano al agua del río, se sentó con las piernas cruzadas. Respiró hondo y llevó la boquilla de la flauta hacia la comisura de sus labios. Cerrando los ojos empezó a tocar la canción que tanto se había negado a interpretar.

El sonido de las notas inundaron todo el valle, su eco llegó hasta los parajes más lejanos de Bestiary. De los rincones más inhóspitos comenzaron a llegar hasta Kenji animales de diferentes especies. En el hocico traían lo que consideraban presentes que dejaban en el suelo cerca de él. Uno tras otro, se marchaban en cuanto dejaban el regalo. El último en llegar fue su amigo Viento. Traía entre las fauces una presa, de sus ojos comenzaron a caer unas lágrimas cristalinas de tristeza que rodaron hasta al suelo. Sentía un profundo dolor, pero no sabía de dónde provenía.

Se aproximó a Kenji dejando al animalillo muerto como regalo, al igual que hicieron todos los demás. La canción estaba llegando a su fin, incluso el animal más grande había abandonado el lugar. Kenji abrió los ojos bajando la flauta hasta posarla sobre su regazo. Miró a Viento en el mismo instante en que la última lágrima caía de su cara. A su alrededor vio un montón de presentes en forma de presas y frutos de los animales que le habían ido a rendir homenaje.

—Viento, ¿Qué pasa? — preguntó al ver la escena y las lágrimas de su amigo—. La canción del cielo no ha funcionado, no me siento diferente.

Sin previo aviso un ruido inconexo empezó a hacerse hueco en la mente de Kenji. Al principio no entendió que estaba sucediendo. El ruido se hizo más y más claro. Parecían voces, voces de seres de distintas especies. Unas pedían auxilio, otras solo rezaban, otras estaban tristes, otras alegres... un sinfín de ellas, unas tras otras sin cesar. Entre ellas distinguió algunas frases.

«Señor, haz que mi bebé salga adelante. Señor, sácame de esta no quiero morir. ¿Por qué hay tanta hambre, señor? Ayudadme, dioses. Los dioses nos han abandonado. Me quemo sálvame, dios. Señor, haz que mi abuela salga del coma. Señor, mátame no quiero ser un tullido. Señor, ¿Por qué te has llevado a mis cachorros? Señor, Hakai nos ha conquistado regresa para ayudarnos.»

El peso de las almas del cosmos empezó a notarse sobre los hombros del joven de ojos azules con vetas moradas. Su cuerpo comenzó a temblar, tanto que tuvo que apoyarse con fuerza en lo primero que tenía mano. Sus dientes estaban tan apretados que rechinan y unas lágrimas comenzaron a deslizarse desde sus lacrimales a las mejillas. En su mente lo que empezó como un murmullo inconexo se convirtió en un caos. Las voces no parecían querer irse.

—No, yo no pedí esto —gritó el joven al cielo con desesperación—. Escucho cada ruego, cada maldición, siento el dolor de cada ser del cosmos, todas sus emociones, incluida su muerte. ¡Quiero que pare! ¡Que pare ya! ¡Es demasiado! Si el maestro estuviese aquí, me diría como mantenerlo a raya, como controlarlo—. Viento al ver lo que le estaba sucediendo a su amigo se acurrucó a su lado en un intento de calmarle, de darle consuelo para lo que soportaba.

Kenji se recostó abrazando a su amigo peludo sin dejar de temblar por el sufrimiento que le ocasionaba el peso de los habitantes del universo en su cabeza. La noche se acercó al valle donde acamparon. Kenji se quedó dormido a causa de la fatiga. Viento al verle relajado después de varias horas, decidió no despertarle. Esa noche hará guardia por si algún peligro pudiese estar acechándoles, al día siguiente tomarían una decisión. Kenji no podría, en su estado actual, subir a la casa del árbol como había hecho los últimos días, apenas soportaba su propio cuerpo.

La noche pasó sin contratiempos, por suerte. El amanecer llegó atravesando las ramas de los árboles con escasa dificultad. Un haz de luz comenzó a calentar la cara de Kenji que seguía dormido apoyado sobre Viento, abrió los ojos despacio mirando a su amigo que seguía de guardia. El lobo le miró a la cara, había descansado toda la noche, pero tenía los párpados inferiores muy oscuros, casi negros. El joven le sonrió levemente.

—Gracias por haber cuidado de mí—le dijo en tono suave—. Deberías descansar, parece que has estado despierto toda la noche.

—*Lo he estado, pero me encuentro bien* —contestó el Thunder Wolf, preocupado por Kenji—. *¿Cómo estás?* —preguntó.

—Algo mejor, pero las voces no cesan, las escucho todo el tiempo, a todas horas, incluso dormido me atormentan. —explicó lo mejor que podía la situación—. Lo peor de todo es que no sé cómo acallarlas, ni cómo puedo ignorarlas. Estamos aquí atrapados así que tampoco puedo ayudarles.

—Y ¿qué piensas hacer? No podemos seguir viviendo en la cima del árbol. Si tienes otro ataque de esas voces, no descansaremos ninguno — Viento intentaba poner algo de cordura entre tanta locura.

—No lo sé, por lo pronto deberíamos cambiar de zona. Levantaré una casa de piedra a ras de suelo, para resguardarnos cuando sea necesario — Kenji se puso en pie, recogió la espada y la flauta del suelo. Viento se irguió sobre las patas para comenzar el camino.

Durante varias horas caminaron hacia el horizonte. Los animales más pequeños parecían observarles a cada paso. De la frondosa selva salieron hacia un espacio abierto. Era como las Llanuras de Plata, con un gran lago en medio. Hacia allí se acercaban varios animales para beber agua y asearse. Kenji decidió agacharse para tocar el suelo de verde hierba con las dos palmas de las manos, unos metros más adelante.

De la tierra surgió primero un temblor que alertó a todo ser vivo de la zona, haciendo que se escondiesen en los lugares más cercanos. Desde el suelo se elevó una pared de piedra de unos tres metros de altura, su largo era de unos doce metros y su grosor de unos treinta centímetros. Kenji cambió de lado repitiendo la acción otras tres veces haciendo las paredes de lo que parecía su nueva casa. El joven se situó en la pared que daba directamente hacia el lago, era maciza como las otras tres. Calculó para hacer una puerta de entrada a medida. Se concentró haciendo el hueco, accedió al interior. Poniendo las manos sobre la tierra tornó el suelo en piedra desigual, pasando a unas losas de obsidiana bien pulidas.

En la cara de Kenji comenzaron a aparecer las primeras gotas de sudor a causa del esfuerzo. Viento se acercó a él, entrando a la casa recién construida. Le propinó una caricia con el hocico contra el cuerpo, sacándole de su estado de concentración. Kenji miró a su amigo a los ojos.

—*Deberías descansar un poco antes de seguir con la construcción de la casa. Estás agotando tus energías muy rápido* —le aconsejó Viento.

—Lo haré, pero tú también deberías descansar. Has estado toda la noche despierto por mi culpa —le contestó Kenji. Viento asintió con la cabeza.

Ambos se recostaron en el suelo recién hecho, para intentar dormir un poco antes de proseguir con el día. Kenji cerró los ojos. Las voces de sufrimiento, de oración, seguían torturándole, así como la muerte de cada alma y cada nacimiento en milésimas de segundo. La oscuridad se adueñaba de su ser, por primera vez en las horas que habían transcurrido

desde su interpretación de la Canción del cielo. Las voces parecieron acallarse. De la negrura empezaron a salir puntos de luz de diferentes tamaños y colores, no se escuchaba nada, todo estaba en absoluta calma. Una voz se alzó en ese silencio perpetuo que parecía estar observando, al principio no la reconoció, según fue ganando intensidad supo quién le hablaba. Kenji intentó ver, en la inmensidad de ese cosmos que se había presentado ante él, a su interlocutor. Sin embargo, no le vio, solo le escuchó.

—Kenji, mi discípulo —comenzó a hablarle la voz del dios del cielo en su mente—. Sé que esta nueva faceta de tus poderes puede sobrepasar tus fuerzas e incluso superar tu voluntad. A mí me costó siglos acostumbrarme, un poco más en dominarlo. A veces creí enloquecer, pero no desesperes. Tienes que saber que hay cosas en las que no puedes interferir, hay situaciones que deben pasar. Aunque no esté a tu lado, intentaré guiarte. Ahora céntrate en ti mismo, recuerda lo que os enseñé al comienzo de vuestra andadura por mi mundo. Respira, recuerda cómo se respira y nunca dejes de hacerlo.

La voz de Taka cesó, dando paso a unas imágenes de estrellas parpadeantes en el universo que tenía delante. Una de ellas se hizo más y más grande cambiando de forma hasta parecerse a un hombre de edad avanzada, de pelo canoso y ojos anaranjados. Se hallaba desnudo, se miró las manos de lado a lado, luego los brazos, el torso y las piernas. Una vez terminó con su cuerpo, miró a su alrededor. Al ver que no había nadie a su lado, comenzó a vagar por el cosmos. Después de lo que parecía una eternidad, se cruzó de piernas y brazos. Una voz surgió del anciano hombre.

—¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿Cuál es mi propósito? —El hombre se quedó en silencio unos instantes—. Soy la luz, soy la oscuridad, la vida y la muerte, el universo. A partir de ahora me llamaré Uchū —hizo otra breve pausa—. Sé cuál es mi propósito, pero no puedo hacerlo solo en esta inmensidad —el hombre cogió la estrella más brillante de todas y la más oscura, entre sus dedos.

Comenzó a moldearlas como el alfarero moldea el barro a su voluntad. Con la estrella más brillante creó a un hombre adulto. Sus formas eran atléticas, bien torneadas. Su piel era blanca como la leche, su pelo, metalizado color plata y sus ojos del color del fuego más ardiente. Con la estrella más oscura creó a una mujer hermosa, su belleza y frialdad la harían

única. Su piel era negra como el alabastro. Sus cabellos rizados le llegaban hasta la cintura. Sus ojos eran dorados, como las pepitas de oro sacadas del fondo de un río.

Ninguno mostraba síntomas de movimiento ni de vida. El anciano cogió su mano derecha y la introdujo en su pecho a través de las costillas hasta el corazón. Extrajo un trozo de este, lo dividió en dos e hizo dos bolas del tamaño de canicas. Luego las metió en el pecho de cada una de sus creaciones. Tras varios minutos, parecían hacer ademán de querer vivir. Uchū les sopló, suave como una brisa de verano. Con su aliento calentó sus cuerpos haciendo que recibieran el don de la vida. Abrieron los ojos, mirando a su creador.

—A partir de ahora sois mis hijos. Tú serás llamado Hikari. La luz es tu mayor poder. Llevarás luz y calor a todos los rincones del cosmos —se giró a mirar a la imponente mujer que permanecía callada—. Tú, hija mía, serás llamada Kurasa. La oscuridad será tu poder. Brindarás al universo con el contrapunto de tu hermano. La oscuridad y el frío cubrirán todos los rincones a los que no sea capaz de llegar Hikari.

—Gracias padre por el don de la vida y por nuestros poderes —dijeron los dos al unísono.

—No hay por qué darlas —dijo sonriendo de oreja a oreja, lleno de felicidad—. Recordad que juntos tenéis casi el mismo poder que yo. Una única norma: nunca, y digo nunca, engendréis hijos de vuestra sangre compartida. Las consecuencias podrían ser devastadoras.

Pasó el tiempo, sin que Uchū se diese cuenta. Kurasa y Hikari se dedicaron en cuerpo y alma a la misión encomendada por su padre brindando de luz y oscuridad a cada rincón del cosmos. Pero lo prohibido atrae incluso al más puro de los seres creados en el universo. En uno de esos días, los dos hermanos juntaron sus cuerpos en armoniosa conjunción, quedando Kurasa embarazada. Ante el temor de que les pudiese descubrir su creador, ambos huyeron a esconderse en el último rincón del cosmos.

Uchū, ya lo sabía. Su cuerpo de hombre maduro, no era más que una pequeña parte de su ser, pues él era el universo en su totalidad. Dejó pasar el tiempo necesario para darles justo castigo a sus dos hijos, así como para que naciesen sus descendientes.

Los gritos de Kurasa se escucharon en todo el cosmos el día en que se puso de parto. Esa era la señal que Uchū esperaba, para ponerse en camino

y ver a sus desobedientes hijos. Hikari se apostó al lado de Kurasa postrado de rodillas, nervioso por lo que estaba a punto de suceder, era la primera vez que acontecía un alumbramiento.

Con un llanto estremecedor, nació el primero de sus hijos. Un varón de piel rosada y ojos verdes como las esmeraldas más puras. Tenía un poco de pelo en la cabeza, color chocolate. Pasó poco tiempo antes de que viese la luz el segundo de sus hijos, se trataba de una niña de piel blanca, pelo rojo como el fuego y los ojos más violetas que se han visto hasta la fecha. Por último, un bebé sin sexo definido, su piel era oscura tirando a ocre, sin un solo pelo en su cabeza y los ojos negros como la roca volcánica.

Uchū esperó a ver nacer a los que serían sus nietos. Una vez vio a los orgullosos padres con los niños en los brazos, hizo su aparición de la nada a las espaldas de estos. Con la mirada cargada de frustración, observó a sus hijos con sus ojos dorados a la espera de que se diesen cuenta de su presencia. Hikari se giró hacia Kurasa irradiando felicidad, vio a su padre. Abrió la boca para hablar, pero Uchū le interrumpió.

—No hables —dijo Uchū, con voz severa—. Me habéis decepcionado mucho. Os prohibí explícitamente que engendrased hijos de vuestra sangre compartida —hizo una pausa mirando a Kurasa, que bajó la mirada avergonzada por las acusaciones—. En esta situación no me dejáis más remedio que imponeros un castigo eterno.

—Padre, lo sentimos mucho —dijo Kurasa intentando suavizar la ira de su padre.

—Es tarde para intentar arreglarlo, Kurasa —comentó—. Hikari, te encadenaré en la estrella que posea el fuego más ardiente, ninguna magia ni fuerza podrán destruirlas. Vagarás por el cosmos, aportando luz, pero no por propia voluntad como antes. En cuanto a ti —miró a Kurasa que tenía a dos de los bebés en brazos—. Sufrirás un destino similar. Te acomodaré en la estrella más oscura, más fría, cumplirás con tu deber y solo una vez cada mil años te cruzaras con la estrella más ardiente para ver a tu hermano Hikari, recordando como acabasteis en esta situación.

—No lo hagas, ¿Quién cuidará de nuestros hijos? —gritó desesperado Hikari.

—Se cuidarán solos, no podrán morir por causas naturales, ni por acciones de seres inferiores a ellos. Les vigilaré en la distancia, pero no intervendré a menos que sea estrictamente necesario —miró a Hikari,

tendiendo las manos para coger al primero de sus hijos—. Dámelo y acepta tu destino.

—¡No! —dijo Hikari, a la par que le lanzaba un rayo de luz hacia el pecho. El ataque entró en el cuerpo de Uchū, siendo absorbido como si nada le hubiera tocado.

—¿Atacas a tu padre? —con un chasquido el bebé apareció en sus brazos—. No mereces que te llame hijo, ahora ve a cumplir con tu castigo —hizo un gesto con una de las manos, haciéndole desaparecer lejos de su vista, siendo encadenado en la estrella más ardiente. Miró a Kurasa, tenía lágrimas en los ojos—. Es la hora de que sueltes a los dos pequeños y cumplas con tu parte,

—Lo haré, aunque esté llena de tristeza. Pero antes, da un cometido a cada uno de mis hijos. Un don por así llamarlo —la petición de Kurasa le pareció sincera y llena de amor. El instinto de la madre de los pequeños prevaleció sobre su libertad.

—Muy bien, te concederé ese deseo —posó la mano en la frente del bebé que tenía en brazos—. A partir de ahora serás conocido como Hozen, dios del tiempo, de la conservación. La pequeña que tienes en tus brazos, será conocida como Sōzō, diosa de la creación. Por último, a ti te llamarán Hakai, dios de la destrucción.

—¡Muchas gracias! —exclamó Kurasa con la voz llena de emoción—. Ahora puedo quedarme tranquila, iré a cumplir con mi destino.

—Posa a tus hijos, juntos, en el suelo. Te enviaré a tu confinamiento —Kurasa obedeció las órdenes de su padre. Una vez los dos pequeños estuvieron lejos de su madre, con un gesto de la mano la envió a la estrella más fría y oscura. Uchū, se agachó para posar al pequeño Hozen al lado de sus hermanos. Estos miraron a los ojos de quien les había separado de sus progenitores—. No me miréis así, sin orden no habría caos y sin los anteriores no existiría un delicado equilibrio en el universo. Cuando crezcáis no recordaréis nada de esto, aun así, os estaré vigilando.

Uchū se levantó, miró por última vez a los descendientes de su propio linaje y se dio la vuelta para seguir con sus designios, dejándoles solos como estarían durante mucho tiempo.

Un estallido se escuchó, en toda la zona circundante al lago donde estaban Viento y Kenji. De la parte alta de la edificación creada por el joven salió un rayo de luz tan potente que llegó a los cielos de Bestiary

atravesando las nubes negras que allí se encontraban. Desde lo alto, comenzaron a caer las gotas de lluvia con fuerza hasta llegar al interior de la casa. Allí, Kenji se encontraba sentado gritando con los ojos iluminados en su color morado. Viento estaba a su lado, sobresaltado, en guardia. El sonido que le había despertado, provenía de Kenji. De su cuerpo había salido un rayo de energía, acompañado de un grito de dolor.

Transcurrieron unos segundos, desde que cesó el grito y desapareció la muestra de enorme poder. Kenji se derrumbó, cayendo al suelo de piedra pulida. Las gotas de lluvia le mojaban la cara. Viento le lamió, en un intento de despertarlo. El joven abrió los ojos ahora morados con vetas azules viendo a su amigo lobuno. Se sentó con cuidado, notando el agua que caía sobre él, miró al cielo.

—Viento, ¿Qué ha pasado? —preguntó desconcertado.

—*Has estado soñando. Al principio dijiste algo de Taka, luego has permanecido en silencio hasta que has lanzado un ataque hacia las nubes* —la preocupación de Viento iba en aumento al ver a Kenji quedarse pensativo.

—Creo que he visto la creación del universo. El nacimiento de los padres de los dioses mayores y el nacimiento de estos. Lo que no comprendo es por qué lo he visto —las palabras de Kenji sonaron cargadas de tristeza.

—*No lo sé, supongo que con el tiempo lo averiguaremos. Ahora deberíamos poner un techo, si no queremos caer enfermos* —la sensatez de Viento le hizo reaccionar.

—Tienes mucha razón, el agua de la lluvia nos va a calar hasta el mismo centro de los huesos —Kenji se irguió, colocó las manos sobre una de las paredes, cerró los ojos para concentrarse. Inspiró y espiró, muy despacio un par de veces como le había enseñado el dios del cielo. Las cuatro paredes se estiraron formando un tejado que se unió por las juntas quedando sólido, sin fisuras—. El tejado está formado, deberíamos tener un fuego para calentarnos. Creo que tenemos un par de troncos de madera del árbol

—*Sí, los dejamos fuera. Estarán mojados por la tromba de agua* —alegó Viento.

—No hay problema extraeré el agua y prenderemos un buen fuego para secarnos —Kenji salió de la casa un instante cogiendo dos troncos de tamaño medio. Colocó uno sobre otro, con un chasquido de sus dedos

extrajo el agua y prendió una llama, formando una hoguera—. Ahora, a entrar en calor —Viento asintió con la cabeza.

La inmensa cortina que generaba la lluvia al caer cubría todo el valle en el que se habían instalado. Los charcos que se habían formado en el terreno irregular, se desbordaban vertiendo sus aguas en forma de incontables regueros hasta el lago. Viento y Kenji miraban embelesados la lluvia caer por el hueco de la puerta en la casa de piedra. Al parecer, el temporal no tenía intenciones de remitir de manera temprana.

Tras varias horas, las finas gotas de lluvia comenzaron a parar. Al verlo Kenji se puso en pie para colocarse la espada en la espalda. Le dolía un poco la cabeza a causa del bullicio de las voces que le asediaban sin embargo notaba que si se mantenía ocupado podía soportarlo mejor. Desde el sueño o visión, las escuchaba un poco más atenuadas que antes.

Viento inició la marcha con un gran salto fuera de la casa, seguido por Kenji a la carrera. Para que la caza fuese más rápida, Kenji extendió sus sentidos para detectar todas las formas de vida animal que hubiese cerca de su entorno. Era una de las lecciones que más le había gustado de su estancia junto a Shika en los Bosques del Renacer.

Los animales que eran más sensibles a las vibraciones que se transmitían a través de la tierra, comenzaron a moverse para evitar ser presa de lo que consideraban un gran depredador. No tardó mucho en aparecer un grupo de veinte animales parecidos a Ñus. Su piel era como la de los caimanes y en lugar de pezuñas había garras. Estos en lugar de huir al ver a Kenji afilaron sus uñas en la tierra, comenzando a caminar hacia él.

Desenvainó a Guardiania. Por el rabillo del ojo vio la posición de Viento. El Thunder Wolf se había desviado para rodear a la manada y atacarles por la retaguardia. Entonces comenzó una desenfundada carrera de la manada hacia Kenji. El joven respondió corriendo hacia ellos con la velocidad de un huracán. Antes de darse cuenta dos de los animales cayeron al suelo heridos por la hoja de la espada. Otro cayó bajo las fauces de Viento, a quien observaban varios de sus congéneres. Al ver que no eran rivales para los dos amigos, se dispersaron, cada uno hacia la vía de escape más fácil. Al verlo, Viento y Kenji cesaron el ataque, tenían suficiente alimento para un par de semanas. Viento se aproximó hacia donde estaba el joven limpiando el filo de la espada, para luego enfundarla de nuevo.

—*¿Cómo vamos a transportar los cuerpos de nuestras presas hasta la casa?* —preguntó, viendo el tamaño de los animales caídos en la confrontación.

—Generaré una presión de aire que levante los cuerpos y los llevaremos hasta nuestro hogar —le contestó Kenji sin inmutarse— Como cuando cazamos al Rugido Siseante.

—*Me parece buena idea, recuerdo que aquella presa no fue fácil, pero ganamos*—le dijo Viento, mostrando su opinión.

Kenji cerró los ojos, respirando de nuevo como sabía que tenía que hacer. Desde el suelo, por debajo de los cuerpos, surgieron unos remolinos con suficiente fuerza para levantarlos a unos cincuenta centímetros. Abrió los ojos, miró a Viento y reemprendieron el camino hacia la casa. Al llegar hizo que se evaporasen los remolinos de aire, posando suavemente las presas. Viento se recostó en la entrada, atento a cualquier sonido que pudiese escuchar. Kenji se arremangó la camisa de batalla, preparándose para despellejar y despiezar a los animales.

Las cabezas fue lo primero que desechó, seguido de las garras y las colas. Tras varias horas de tratamiento, como si fuese un experimentado carnicero, dejó solo las partes de la carne que iban a consumir, limpias de huesos y vísceras. Se levantó satisfecho por el trabajo, mientras había estado ocupado no había prestado atención a ninguna de las voces que circulaban por su cabeza. Al mirar a la casa se le planteó un dilema, ¿Dónde iba a guardar toda esa cantidad de carne?

Decidido a preservar la caza lo mejor posible, se acercó a la casa para crear una sala aledaña en la que guardarla como si fuera una nevera. Siguiendo los mismos pasos que hizo para la creación de la casa, posó las manos generando dos paredes y un techo. De lado a lado de la pared formó dos barras de metal en las que podría dejar colgada la carne a una altura considerable e incluso, si así lo estimaba oportuno, podría ahumarla para que se conservase mejor. Cogió uno de los cuerpos colgándolo de un gancho en una de las barras, luego el otro y por último el tercero. Luego creó una puerta de tierra para que ningún animal pudiera llevárselo durante la noche.

Saliendo de la improvisada nevera, vio todos los restos amontonados unos sobre otros. Sabía que, si los dejaba allí, en unas horas empezaría a oler a causa de la descomposición. Con un gesto de los dedos, como había

visto tiempo atrás hacer a la diosa de la tierra, abrió un abismo por el que cayeron todos los restos quedando sepultados al cerrarlo con un nuevo movimiento de su mano. Se dio la vuelta para entrar en la casa, cuando notó un nuevo temblor. Viento, que había estado acostado todo el tiempo, se levantó con la cola erizada enseñando los dientes.

Notaron cada vez más temblores, más seguidos, cercanos. Algo se aproximaba a ellos. Kenji asió el pomo de la espada oteando el horizonte, para ver de qué se trataba. Viento salió de la casa, colocándose por delante de su amigo a modo de escudo. Por fin, lograron ver una mancha borrosa cerca del lago. A esa distancia parecía tener el tamaño de un hombre, según se acercaba pudieron ver mejor de que se trataba.

Antes de que el Thunder Wolf pudiese reaccionar, el joven había aumentado la velocidad de su cuerpo al máximo para enfrentarse al ser que venía en su dirección. Viento echó a correr, sabía que eso no anunciaba nada bueno. Lo primero que vio al seguir al joven fue a un ser caer con toda su altura al suelo. No vio sangre, ni herida alguna. Kenji se había detenido a su lado, parecía enfadado, gritaba. Cuando llegó a su lado entendió lo que su amigo estaba diciendo.

—¿Dónde está la puerta invisible hacia el mundo de los dioses? Se me está agotando la poca paciencia que tengo —dijo muy enojado, recibiendo por respuesta un gruñido absolutamente incomprensible. — Contéstame gigante o será tu último día.

El gigante en un intento desesperado de zafarse de su agresor, le dio un puñetazo lanzándolo hacia atrás varios metros. A Kenji le había dado tiempo de activar el escudo de Guardianas, evitando herirse. El gigante se levantó de suelo bastante rápido para su envergadura, dio unos pasos para asestar otro golpe a su contrincante con un gruñido. Kenji respondió al ataque con una estocada de la espada que le cortó las piernas a la altura de los tobillos. Antes de asestar el último golpe, clavando la punta de su arma en el pecho del gigante, le pareció que una de las voces de su cabeza se alzaba por encima de las demás durante un instante. Decía «No quiero morir.» Con un golpe sonoro se apagó. Sacó la espada del cuerpo, tenía la sensación de que esa voz era el último pensamiento del gigante antes de perecer.

—Kenji, ¿Estás bien? —preguntó Viento, al ver la expresión de su cara.

—Sí, solo que creo que le he escuchado suplicar por su vida antes de morir dentro de mi cabeza —dijo atónito, antes de intentar cambiar de tema—. Si aquí hay gigantes, debe de estar la puerta que conecta con las Tierras de la Eternidad. Si diésemos con ella, podríamos viajar a la parte norte de Ecos del Rugir.

—*Es posible, pero Bestiary es un plano muy grande. Deberíamos tener más alternativas* —replicó Viento, pensativo.

—La otra alternativa es que pueda volver a generar portales, no sé cómo eliminar este bloqueo—la pena por su capacidad perdida le angustiaba cada día que pasaba—. Volvamos, se está haciendo de noche. Mañana pensaremos en algo —tocó el cuerpo del gigante, haciéndolo polvo y emprendieron el camino a la casa, a través del valle.

Capítulo II

OceanofPDF.com

La Manada

Los dos días siguientes, intentó meditar sentado a la puerta de la casa. Hasta el momento era lo que mejor le estaba funcionando para soportar la avalancha de emociones y voces que llegaban a su joven mente. La carne que habían preparado estaba en buen estado en la improvisada nevera, dándoles un descanso de salir a cazar a diario. Viento invertía la mayor parte del tiempo en rastrear la zona regresando a casa a las horas de comer y dormir. Le gustaba estar preparado para cualquier eventualidad que pudiese surgir.

Ese día las nubes pasaban inadvertidas por el cielo azul. Los pájaros de extrañas razas sobrevolaban el valle dejando sus bellos cánticos. Algunos animalillos caminaban al lado de Kenji en dirección al lago para saciar su sed. Por primera vez, en casi una semana, había logrado conectar con su alrededor. Sentía cada ser de esas tierras, cada animal, cada planta, cada espíritu y ninguno de ellos le incomodaba.

Pensó en su ¿sueño?, no creía que hubiese sido tal. Uchū, quizá él pudiera parar a Hakai... o quizá no. Recordaba que había dejado abandonados a su suerte a los pequeños Hozen, Sōzō y Hakai. Este último, se había convertido en su mayor problema. Pudo ver como el universo dejaba crecer a los tres hijos de Kurasa alimentándose de las energías que manaban de las estrellas, los cometas y otros entes celestes que circulaban a su alrededor.

Hozen se había convertido en un apuesto hombre de barba color chocolate y pelo corto. Sus ojos habían adquirido un brillo intenso que resaltaba el verde de su iris. Su cuerpo estaba musculado, tanto que parecía ser el Hércules de la historia. Su voz hacía que el movimiento de los cuerpos celestes se detuviese a una orden o se acelerasen en su vagar.

La segunda de los hijos de Hikari y Kurasa, Sōzō, se había convertido en una preciosa mujer de cuerpo esbelto, tanto que Kenji estaba seguro que no habría en el cosmos dios, elfo u hombre que pudiese rechazarla. Sus cabellos ondulados habían crecido hasta la cintura, exhibiendo a cada

movimiento el fulgor de su color rojizo. Sus ojos parecían encerrar otro universo dentro de su tono morado.

El pequeño de los tres, en cambio, era más bajito que sus dos hermanos. Hakai se había convertido en un joven delgado, a primera vista se le notaban las formas de los músculos. No poseía ni un pelo en todo el cuerpo, su sonrisa se tornaba alegre a cada pequeño gesto de destrucción que veía en el cosmos. Sus ojos se habían vuelto más negros con el tiempo, adquiriendo un brillo como el del cristal.

Aunque tenían todo el universo para vivir y para hacer su voluntad, llegó un momento en el que comenzaron a sentirse solos. Algo dentro de ellos, les decía que necesitaban algo nuevo en sus inmortales vidas. Para uno de ellos era sentir el amor de otros seres. Para otro la obediencia, el control absoluto de todo lo que le rodeaba. Para el último ver cómo le veneraban, creando caos por donde quiera que fuese. Sōzō, se acercó a sus hermanos para hacerles una propuesta.

—Hermanos, hoy he tenido un sueño —comenzó a decirles llena de ilusión, con una sonrisa resplandeciente en la cara—. He soñado que juntos creábamos un mundo en el que habitaban miles de seres de diferentes especies, razas, lleno de vida. Quiero que me ayudéis a hacerlo realidad.

—Es un gran sueño hermana, te prestaré mi ayuda para convertirlo en realidad —dijo Hozen con voz varonil—. ¿Y tú Hakai, ayudarás a nuestra hermana? —preguntó.

—Vale, ¿en ese sueño también se destruían cosas? —sonrió al preguntarlo.

—Alguna sí que se destruía, pero en pos de ayudar a una nueva vida que surgía —dijo con un poco de tristeza, pensando en la muerte de animales y plantas.

—¿Cuándo empezamos? —dijo Hakai con gran emoción.

—Ahora mismo, si te parece bien, hermana —contestó Hozen con autoridad. Sōzō asintió.

La joven cogió unos cuantos cuerpos celestes juntándolos en una gran masa esférica. Comenzó a girarla sobre sí misma, haciendo que la rotación fuese siempre al mismo ritmo. Hakai se concentró en el interior de la masa dándole calor, comprobando si resistiría altas temperaturas y generando por casualidad una nube de gas que se convirtió en una atmósfera. Como no se veía nada en el interior, Hozen tomó una estrella roja, ardiente y la ancló a

la órbita de la esfera. Este comenzó a rotar alrededor de la estrella, como si le rindiese culto.

Tras observarla largo tiempo, Sōzō, generó las montañas, las tierras emergidas y el agua de los ríos, lagos, mares y océanos. Hozen, por su parte, creó el paso del tiempo dentro de la esfera, la gravedad y los vientos. Hakai, se mantenía apartado por la actividad frenética de sus dos hermanos en ese nuevo proyecto, no sabía qué aportar a la esfera creada.

El tiempo pasó y los hermanos veían crecer las plantas en el nuevo mundo que habían creado juntos. Cada uno de los dioses, incluso Hakai, habían dedicado su esfuerzo en la creación de diferentes especies de animales, tanto terrestres, como acuáticos y voladores. El ver como esos animales hacían sus vidas, como eran cazados, como nacían, como se reproducían, les daba sensación de plenitud. Pero ninguno les brindaba su amor, su obediencia ni creaban un caos constante. Hozen angustiado por no ver el resultado esperado, se dispuso a hablar con sus hermanos. Hakai estaba observando la esfera con interés, había algo que le tenía muy concentrado. A su espalda sintió a su hermano.

—¿Dónde está Sōzō? —preguntó a su hermano pequeño. Sin mediar ni una palabra, señaló con el dedo índice de su mano derecha hacia el interior de la esfera. Hozen miró hacia allí, parpadeó un par de veces al no ser capaz de creer lo que estaba viendo.

Allí, sentada sobre la hierba, se encontraba Sōzō acompañada de un cervatillo que se había recostado a su lado, apoyando la cabeza en su regazo. Su hermana le acariciaba una y otra vez con ternura, parecía estar feliz. En un abrir y cerrar de ojos, Hozen disminuyó su tamaño, apareciendo en el mismo campo donde se hallaba.

—Hola hermano —dijo sin inmutarse por su presencia.

—¿Cómo sabías que era yo y no otro de los animales que hemos creado? —preguntó, lleno de curiosidad.

—Me he dado cuenta de que puedo ver, ¿Cómo lo podría decir? —dijo pensativa—. Visiones de lo que sucederá en el futuro. Sé que quieres proponerme algo.

—En realidad, sí —comenzó a explicarle con toda serenidad—. Desde que hemos realizado tu sueño, no ha habido ni un solo ser que nos rinda culto. Deberían tratarnos como a...

—¿Dioses? —Le interrumpió Sōzō—. Sí, somos dioses hermano. No obstante, ellos no lo saben. No tienen capacidad de razonar.

—Entonces, creemos razas inteligentes, que razonen, que piensen como lo hacemos nosotros —dijo Hozen, dejando ver una idea embaucadora—. Creemos unos dioses menores, seres con menos poder que nos ayuden con la creación de otros seres.

—Dame un poco de tiempo para darte una respuesta adecuada. He de escrutar el futuro, no debemos tomar decisiones a la ligera —respondió Sōzō, demostrando una sabiduría que ni Hozen, ni Hakai habían alcanzado hasta la fecha.

—Como desees, hermana —dijo el señor del tiempo, desapareciendo de la vista de ella.

Un sonido de rugidos y mordiscos al aire sacó a Kenji de su trance. No sabía cuánto tiempo había estado ausente por su visión. Abrió los ojos, ante él había otro Thunder Wolf enfrentándose a Viento en combate. Los dos lobos corrían por el valle saltando, evadiendo como eran capaces los ataques del otro. Tras unos instantes de dura batalla, en la que Kenji no sabía cómo intervenir, los dos contrincantes se mordieron al tiempo emitiendo una descarga eléctrica muy potente. Cayeron al suelo abatidos por el último envite. El joven salió corriendo hacia Viento, se arrodilló para protegerle, pero el lobo se lo impidió con un gruñido.

—*Apártate, esta es mi batalla.* —dijo levantándose.

Viento caminó hacia su oponente con un reguero de sangre que brotaba desde las heridas de su lomo. El otro lobo seguía en el suelo, intentaba levantarse desesperadamente al ver como se acercaba a su cuerpo, cayendo de nuevo. Viento mostraba sus colmillos acompañados de un gruñido mezcla de enfado y dolor. Al llegar hasta el lugar donde estaba su contrincante, comenzó a dar vueltas a su alrededor, parecía estar muy molesto. Kenji nunca le había visto así, ni siquiera en mitad de la batalla.

—¿*Quién eres?* —preguntó Viento, haciendo que Kenji escuchara la pregunta.

—No te lo voy a decir —dijo el lobo extraño—. La pregunta aquí es, ¿*Quién eres tú?* —la voz sonaba femenina. Se trataba de una loba.

—*Mi nombre es Viento, hijo Colmillo, el jefe de mi manada que habita las Tierras de la Eternidad, y de la loba Luna. Descendiente del gran lobo Rayo y la legendaria cazadora Garra. Ahora que te he contestado te repito*

por última vez, *¿Quién eres tú?* —el tono de voz de Viento estaba volviéndose más crudo a cada palabra que pronunciaba.

—Mi nombre es Brisa, soy hija de Trueno, jefe de mi manada. Tú me estás mintiendo No hay descendientes de Rayo y Garra. Los dos murieron hace mucho —dijo poniendo en duda las palabras del desconocido.

—*Puedes irte, no quiero vuestro territorio. Nuestra estancia en Bestiary es temporal* —Viento se dio la vuelta dejando a la loba recostada sobre la crecida hierba.

—Los guerreros de la manada y mi padre vendrán a por ti. No creas que te has librado—dijo ella alzando la voz, haciendo que detuviese su caminar sin darse la vuelta.

—*Que vengan, no pienso moverme de aquí* —dijo echándole una mirada tranquila—. *Vámonos a casa, me duelen un poco las heridas.*

Kenji siguió los pasos de Viento dejando a Brisa intentando levantarse. Al cabo de unos pocos minutos miró hacia atrás. La loba estaba caminando en dirección a una arboleda cercana, muy frondosa, llena de arbustos. Al parecer las heridas causadas por su amigo, le habían dejado bastante débil. Ya veían la casa cuando Viento cayó al suelo desmayado, había mantenido la compostura el tiempo suficiente para desaparecer de la vista de la Thunder Wolf.

El joven lobo se arrodilló ante su amigo. Con las manos empezó a separar el pelaje en busca de las heridas. No encontró nada en el lomo, ni en las patas. Tan solo le quedaba la parte del cuello. Buscó rápidamente pues la sangre de Viento seguía manando como un río incesante. Encontró las marcas de los colmillos de Brisa en el lado derecho del cuello. Impuso las manos a muy poca distancia de la profunda herida. Aplicó la magia curativa que había aprendido en los Bosques del Renacer. Poco a poco la herida dejó de ser tan honda, dejó de sangrar. Siguió con el proceso hasta que se cerró por completo, volviéndole a salir pelo en la zona afectada. Por último, se concentró en aumentar la producción de sangre del cuerpo de Viento para que estuviese restablecido por completo. El lobo abrió los ojos recostándose, apoyándose sobre sus patas delanteras, irguiendo la cabeza.

—*¿Qué ha pasado?* —preguntó a Kenji, que se sentó a su lado.

—Cuando llegamos a casa te desmayaste a causa del esfuerzo de mantenerte en pie con las heridas abiertas. Habías perdido mucha sangre, así que te he cerrado las heridas y he aumentado la producción de sangre

para que te recuperaras. Ahora estás en condiciones óptimas para los que puedan venir de la manada que habita estas tierras —dijo con seriedad.

—*Vendrán en poco tiempo, he lastimado a la hija del jefe. En una lucha singular puedo tener oportunidad. Si vienen en manada estoy perdido.* —confesó Viento.

—No estás solo, puedo transformarme para luchar a tu lado. Me has cubierto las espaldas muchas veces. Es hora de que te devuelva el favor —dijo intentando animar a su amigo lobuno.

—*Gracias, amigo mío* —dijo, recostando su cabeza sobre su regazo para que le acariciase las orejas.

Comieron carne asada de la que tenían guardada en la nevera. Descansaron un poco, mirando la vida del valle desde su posición. No había indicios de la presencia de la manada de Brisa en el horizonte, al menos por el momento. En la cabeza de Kenji bullían varios temas sin resolver. Por un lado, quería saber cómo había acabado la guerra de la que fueron expulsados. Estaba preocupado por como estaría Ryoko, por como saldrían de la situación que tenía Viento con esa manada y del motivo de sus visiones. Las voces en su cabeza continuaban sin darle tregua. Le dolía tanto la cabeza que apenas podía abrir los ojos.

—Voy a meditar un poco. —dijo cruzando las piernas e irguiendo la espalda—. Mantente alerta por si vienen. En cuanto los veas, avísame. Viento asintió en su mente, fijando la mirada en el horizonte.

Al cerrar los ojos pensó en Taka, en cómo llevaba aquel peso sin dar muestras de debilidad. Estaba sumido en ese pensamiento cuando apareció ante él la Isla de los Sueños. Allí de pie con las manos enlazadas delante del cuerpo, se encontraba Sōzō. Alzó la mirada con sus ojos morados al cielo azul, donde surgieron dos estelas una negra como la noche y otra dorada como el sol. Cayó una a cada lado de ella, personándose como sus dos hermanos. Hakai se crujió los nudillos nada más llegar, dando a entender que estaba preparado para crear algo superior. Hozen, en cambio, se mantuvo impassible, tranquilo como el agua de un estanque.

—¿Qué has decidido? —preguntó el mayor de los tres.

—He decidido que haremos al primer ser racional. Un dios con menos poderes que los nuestros, aunque se acercará bastante sin duda —dijo con serenidad, dejando muy clara su posición.

—Empecemos, hermana —dijo Hakai con impaciencia.

—Se hará a mi manera. —dijo otorgándole una mirada llena de reproche, como si conociese el futuro, sabiendo que la culpa sería de su hermano menor—. Necesito que tenga un cuerpo fuerte, resistente como el tuyo Hozen, por eso necesito una parte de tu corazón.

Hozen extendió los dedos de la mano, se los clavó en el pecho poco a poco, sin dar muestras de dolor. Sacó un trozo de su mismo corazón, depositándolo en las manos de su hermana, que lo cogió con mimo. Miró a su hermano menor, que había puesto cara de asco al ver lo que acababa de hacer su hermano mayor.

—Ahora necesito que sea astuto, que sepa reconocer los embustes, que sea un gran orador y tenga un poder casi como el tuyo hermanito. Por ese motivo, necesito un poco de la bilis que llevas en tu interior —dijo sin esperar a que sus hermanos pudiesen replicar. La cara de Hakai mostraba que no le hacía ninguna gracia la petición de su hermana Sōzō.

Aun así, clavó su mano en el vientre de un solo golpe, emitiendo un pequeño e imperceptible sonido de dolor al hacerlo. De su cuerpo salió la mano llena de una sustancia verde y negra que convirtió en una pequeña bola de oscuridad, que posó con sumo cuidado en las manos de la diosa, para que no se deshiciese.

—Por último, necesito que tenga el don de crear, que sea bondadoso, con capacidad de amar, de ser un líder. Le voy a otorgar parte de mi cerebro y de mi sangre —la señora de la creación, cogió con su mano derecha un trozo de su preciado cerebro, con cuidado lo depositó en su mano izquierda. Con las tres partes moldeó un ave con las alas extendidas, de pico afilado y noble porte. Al ver su pequeño tamaño, Sōzō, extendió las manos hacia los cielos aumentándolo hasta alcanzar casi el metro de altura.

Como permanecía inmóvil, sin vida, la diosa se hizo un corte con una piedra en la muñeca para regarle con su propia sangre, cerrando la herida en cuanto consideró que era suficiente. A los pocos segundos, la cubierta rojiza se tornó en plumas de color pardo, las patas de un amarillo oscuro con uñas negras, el pico ocre con punta negra y los ojos de un dorado brillante sin igual. El ave cerró las alas dejándolas reposar a los costados. Miró a sus creadores parpadeando por primera vez y expulsó un chillido al aire.

—Tranquilo, estás a salvo mi pequeño halcón —dijo Sōzō con ternura, agachándose para cogerlo en sus brazos mientras le transformaba en un niño de unos cinco años, de cabellos castaños y piel rosada—. Te llamarás

Taka, serás el dios del cielo. A partir de ahora te cuidaremos e instruiremos en los poderes de los dioses mayores, nuestros poderes. Así llegará el día en el que podrás ayudarnos a crear más vida, que sepa de nuestra existencia y nos adore como es debido.

Sōzō le dejó en el suelo para que pisara la hierba con sus pequeños pies, tomándole de la mano comenzó a caminar por el terreno. La cara del joven Taka esbozó una sonrisa sincera, mirando a su benefactora. Sus hermanos miraban extrañados, no sabían muy bien qué estaba pasando. Hozen mantuvo la compostura, de todas maneras, tenía todo el tiempo del mundo para cumplir sus objetivos. Hakai era harina de otro costal, su paciencia inexistente le hizo explotar como un volcán en erupción.

—Nos prometiste seres racionales que nos ayudasen a ser venerados, adorados, temidos. En vez de eso te has agenciado un niño de sonrisa inocente que te seguirá. —la rabia de Hakai se traslucía en el tono de su voz, en sus palabras—. ¡Cumple con tu promesa! —le ordenó en un último arrebató de furia.

La hermana de los dos dioses, se agachó para dar un beso en la frente a Taka, haciéndole un gesto con la mano para que le esperase en ese mismo sitio. Dio la vuelta cubriendo los escasos metros que le separaban de su hermano menor, deteniéndose justo a un palmo de él. La mirada de sus ojos morados se volvió tan intensa que hasta Hozen temió por un momento que sucediese lo peor, un enfrentamiento entre hermanos.

—Te dije que se haría a mi manera —dijo cortante, para que no hubiese segundas interpretaciones—. Las cosas bien hechas llevan su tiempo. Si no te gusta, apártate.

Al escuchar palabras tan duras por parte de su hermana, Hakai se transformó en una nube de oscuridad desapareciendo de la vista de sus dos hermanos y del pequeño recién creado. Hozen organizó sus pensamientos antes de tomar una determinación. La mirada de su hermana, se dirigía hacia él en esta ocasión. Inspiró llenando sus pulmones de aire.

—Has sido un poco dura con Hakai —comenzó a hablar—. De sobra sabes que es el más impetuoso de nosotros.

—Era necesario tratarle así—dijo Sōzō sin titubear, manteniendo la mirada—. Volverá, dale tiempo para reflexionar.

Hozen mantenía la vista sobre su hermana.

—Cuando me necesites para aleccionar al joven Taka, avísame. Quiero ver adonde lleva este plan tuyo —miró al joven Taka. El niño había visto una mariposa de color azulado revoloteando a su alrededor. La perseguía, intentando jugar con ella.

—¿Adónde irás? —preguntó Sōzō con mucha curiosidad.

—He decidido ir a la región más oscura del universo. Allí voy a crear un plano en el que nunca pase el tiempo. No sé qué criaturas lo habitarán, pero quiero intentarlo —le confesó sin cambiar el tono de voz.

—Me gustaría ver el resultado —dijo relajando la postura y sonriendo.

—He de marcharme, avísame cuando me necesites —dijo Hozen saliendo despedido en un haz de luz dorado hacia los cielos—. Hasta pronto, hermana.

Sōzō se volvió hacia Taka que se acercaba a ella con las manos una sobre otra, riendo de felicidad. Ella se arrodilló para ver qué le traía el pequeño como presente. Al abrir las manos, vio a la mariposa azulada que estaba sobre su palma moviendo lentamente las alas, antes de reemprender el vuelo delante de sus ojos. El joven Taka se quedó mirando estupefacto cómo se marchaba el diminuto ser alado. La diosa de la creación le abrazó tal y como una madre hace con su hijo, estrechándole contra su pecho.

—Vas a ser un gran dios del cielo, mi pequeño —dijo acariciándole los finos cabellos—. Tengo tantas cosas que enseñarte y, con el tiempo, aprenderás muchas más.

Se irguió de nuevo cogiendo la mano de Taka, caminando hacia el norte de la Isla de los Sueños. Al poco desaparecieron de la vista de Kenji. Una voz resonó por encima del murmullo. Era la de su maestro, su mentor el dios del cielo dentro de su cabeza.

—Has podido ver el momento de mi creación y la de los siete planos a manos de los tres dioses mayores. Aún hay mucho más, hay tanto que tienes que ver, pero ahora no es el momento de proseguir. Tienes asuntos que requieren tu atención inmediata —dicho esto escuchó de fondo la voz de Viento en su cabeza.

Abrió los ojos mirando hacia el horizonte, apenas veía algo después de mantener los ojos cerrados tanto rato. Sus globos oculares tardaron en adaptarse un par de segundos a la claridad del día. Viento no dejaba de mirar en una única dirección, con la cabeza bien alta, de pie sobre sus cuatro patas, preparado para la batalla.

—¿Por dónde vienen? —preguntó, comprobando que tenía a Guardiania a su espalda.

—*Vienen corriendo desde el lago* —contestó con claridad.

—Creo que ya los veo, son cinco lobos, corren en formación y los acompaña la loba a la que te enfrentaste —sus ojos se habían adaptado de nuevo al entorno, viendo el panorama al completo—. ¿Me transformo? —preguntó a su amigo.

—*No, aun no* —contestó el Thunder Wolf—. *Quiero darles la oportunidad de hablar primero.*

Los cinco lobos, pertenecientes a la sección de caza de la manada, llegaron hasta la casa. Una nube de polvo se levantó ante ellos cuando se detuvieron en seco, seguida de los gruñidos de varios de los lobos que tenían enfrente. Cuando la polvareda se disipó, vieron a uno de los lobos que tenía los ojos grises. Era de un tamaño un poco mayor que los demás, sus colmillos parecían más alargados y su luz eléctrica más brillante. Dio una vuelta alrededor de los dos, olfateándoles, analizando cada movimiento de su ser. Viento, mantuvo su pose altiva, no se iba a dejar intimidar por un lobo de otra manada que no fuese su padre. El lobo se colocó cara con cara con Viento.

—Así que tú eres el que ha dañado a mi hija Brisa —dijo con desprecio en la voz—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—*Viento, aunque seguro que ya te lo habían dicho* —le contestó sin amedrentarse.

—Sí, me lo habían dicho —contestó mirándole a los ojos con fiereza—. Lo que no entiendo es qué haces en mis dominios, ni cómo te has atrevido a herir a mi hija, una de las mejores cazadoras de mi manada.

—*Debo deducir que eres Trueno, el líder de la manada* —dijo enseñando un poco los colmillos.

—Lo soy, y tú eres un impostor, un mentiroso. No quedan descendientes de Rayo y Garra —le acusó dejando al descubierto su molestia principal.

—*Soy la prueba viviente de que si quedan descendientes de ellos* —dijo con tranquilidad, sin desviar la mirada.

—Digamos que te creo —comenzó a especular el líder lobuno con sarcasmo—. Eso te daría el derecho por nacimiento de ser el líder de la manada y manadas de todo Bestiary. No te lo voy a permitir —en sus ojos se veía que algo tramaba—. Yo soy el jefe de las cinco manadas

existentes... —hizo una breve parada antes de proseguir—. Aun así, te voy a dar dos opciones.

—¿*Cuáles?* —preguntó Viento un poco irritado por la actitud de Trueno.

—La primera vete lejos de aquí, donde no pueda encontrarte. Escóndete como un cobarde, como un mentiroso. La segunda enfréntate a mí, si me vences serás el líder de mi manada y de las otras cuatro. Si no logras vencerme, morirás, de paso acabaré con ese joven que te acompaña. ¿Qué eliges? —preguntó, poniéndole en una encrucijada.

—*Lucharé contra ti, nadie acusa de deshonesto a un hijo de Colmillo y Luna. Si algún lobo más interviene en el combate, seréis polvo* —dijo haciendo que Kenji captase el mensaje.

—Vamos allá, cachorrito —dijo Trueno en tono de burla, al ver que Viento era un poco menor en tamaño que él.

—Trueno, esto no le va a gustar al resto de los jefes de manada. —le dijo uno de los lobos a su espalda. Al escucharlo giró la cabeza emitiendo un gruñido.

—Cállate, esto no les compete —dijo regañándole.

Los dos Thunder Wolf comenzaron a rondarse el uno al otro. El resto de la manada y Kenji observaban sin pestañear la evolución del combate entre dos grandes machos de la especie. El primer envite, lo llevó a cabo Trueno, ansioso de terminar con el combate lo más rápido posible. Tenía presente que Viento era un gran adversario. Pocos de la manada habían podido derrotar a su hija en combate, él lo había logrado. El joven lobo extranjero, evitó con éxito el mordisco dirigido a toda velocidad a su yugular. Los lobos de la manada se empezaron a poner nerviosos, dando muestras de ello arañando la tierra con sus zarpas.

La contienda continuaba entre los dos lobos. Viento había conseguido marcar la cara con las uñas, causándole varias heridas sangrantes. Por su parte, Trueno había estado a punto de clavarle los colmillos en bastantes ocasiones, pero el joven Thunder Wolf lo esquivaba en el último instante. Aun así, no estaba dispuesto a perder contra un recién llegado a sus dominios, menos después de haber humillado a su pequeña. En un intento desesperado de acabar con Viento, amagó el ataque a la derecha para luego hacerlo por la izquierda. Esta vez los colmillos atravesaron la carne, con un sonoro aullido de dolor de su oponente.

Viento reaccionó con rapidez lanzándose a rodar por el suelo, aplastando el cuerpo de Trueno, haciendo que se soltase de su cuello. Al levantarse su contrincante, se fijó que cojeaba de una de las patas delanteras. Al parecer, al caer sobre Trueno, consiguió hacerle algo más de daño. Esta era su oportunidad, si no la aprovechaba era muy posible que no ganase el combate. Se lanzó a toda velocidad sobre el líder de las cinco manadas. Primero, le propinó un zarpazo con una de las patas para que desviara la cara. Trueno reaccionó como esperaba intentando esquivar el primer ataque.

Un aullido desgarrador sonó en toda la zona del lago. Viento había conseguido hincar los dientes en el cuello de su enemigo. Sin esperar la reacción de este, lanzó una gran descarga de electricidad que recorrió todo su cuerpo haciéndole temblar. Se separó dando un salto hacia atrás, dejando a Trueno a unos pasos de distancia, sin dejar de estar en guardia. Trueno se giró a mirar a su hija Brisa. Al ver la mirada a través de los ojos de su padre, temió lo peor.

Trueno se volvió hacia el joven, que se enfrentaba a él con un valor digno de los héroes de la historia de la manada, para emplear sus últimas energías en un último y portentoso ataque. Tambaleante comenzó a correr recto hacia Viento. Sus rugidos hacían temblar a los lobos que le acompañaban. Le tenían una mezcla de respeto y temor. La cabeza del lobo abrió las fauces hacia el pecho, siendo correspondido por este. Viento le clavó los colmillos en la nuca, emitiendo una descarga a la par que Trueno.

El espacio en el que estaban se iluminó de tal manera, que los presentes tuvieron que apartar la mirada para evitar la luz. Poco a poco se disipó dejando al descubierto el resultado de la batalla entre los dos Thunder Wolfs. Viento estaba de pie sobre sus cuatro patas, las heridas le sangraban, pero no le hacían vacilar, ni tambalearse. A sus pies respirando con complicación, se hallaba Trueno. Su pelaje estaba lleno de sangre, de las heridas le salía vapor, de su hocico pareció salir una sonrisa.

—Así que las historias eran ciertas —dijo tosiendo un poco de sangre—. Me negaba a creerlo, nunca pensé que nuestros mayores héroes se hubieran ido a luchar a favor de un dios. Aunque fuera un dios lobo. ¿Quién es el muchacho? —preguntó a Viento.

—*Es mi mejor amigo, nieto de Vaél el dios lobo. El amigo de mis antepasados Rayo y Garra* —respondió con respeto, al vislumbrar que Trueno estaba en sus últimos momentos de vida.

—¿Quedan más hijos de ellos? —continuó con voz cada vez más apagada.

—*Sí, conmigo llegamos a seis descendientes directos de los dos Thunder Wolf legendarios* —respondió de nuevo.

—Brisa, acércate —dijo Trueno, haciendo que su hija se aproximase hasta donde se hallaba su cuerpo tumbado—. Sé que he obrado como un viejo cabezota. No debemos dejar que Viento sufra por ello. Le presentarás en la manada, en el consejo de líderes de las manadas como el nuevo lobo alfa y tú, serás su compañera.

—Pero... —comenzó a replicar Brisa interrumpida por su padre.

—No hay lugar para peros hija mía, es la última voluntad de un jefe. Por ley tienes que respetarla. Viento tampoco tiene opción, si se niega a ser jefe irán a por él con todos los guerreros para matarle. No será un combate honorable. ¿Viento?

—*Dime Trueno* —contestó, dejándole hablar pues la luz de sus ojos se apagaba.

—Larga vida a Viento, líder de las manadas de Thunder Wolf de Bestiary —grito para que los otros cuatro lobos y Kenji le escuchasen con claridad, siendo coreado por los lobos—. Dale recuerdos a tu madre Brisa, os quiero —la luz de los ojos de Trueno se apagó. Su respiración cesó, todo quedó en silencio por un momento. Los guerreros de la manada, su hija y el propio Viento agacharon las orejas en señal de luto, para justo después aullar a los cielos con un canto lastimero haciendo llegar a todos los rincones su llanto.

Capítulo III

OceanofPDF.com

Nuevo Régimen

Se habían adentrado en los bosques cercanos hacia los dominios de la manada. La frondosidad de la zona y la ausencia de caminos impedían a Kenji saber hacia dónde se dirigían. El paso de los Thunder Wolf era firme, seguros de sí mismos, como si ninguno tuviese miedo a posibles ataques de otros animales. ¿Cómo era eso posible? Pensó para sus adentros, siempre había un depredador para el resto de los animales. Una carcajada sonó en su mente.

—No existe mayor depredador que nosotros en este mundo. Somos los que están arriba en la cadena alimenticia —la voz era la del lobo que intentó interponerse en la decisión de combatir de Trueno contra Viento—. Tu amigo, el nieto de Vaél, es muy gracioso, Viento.

—*Tanto él como yo, tenemos nociones muy básicas sobre Bestiary. Sabíamos que nuestra raza era una de las más temidas, pero no la que está por encima de las demás. ¿Cómo te llamas?* —preguntó Viento después de dar la explicación.

—Mi nombre es Astilla —dijo el lobo con tono afable, moviendo la cola—. Mi madre me llamó así porque, al nacer, pisé una rama y me clavé una astilla accidentalmente en la pata.

—*Encantado de conocerte, ¿Y el resto?* —dijo Viento con interés.

—Este de mi lado es Canto y el que va junto a Brisa es Cuzo, le gusta enterarse de todo lo que sucede a su alrededor —le aclaró con una respuesta directa. Los integrantes del grupo le saludaban con un gesto de cabeza, sin dejar de caminar.

—*Encantado de conocerlos a todos* —respondió Viento con cortesía.

—Y tú amigo, ¿cómo se llama? —preguntó Astilla.

—Me llamo Kenji —respondió directamente al Thunder Wolf, esperando que este le escuchase al igual que antes.

—Tienes una conexión especial con nuestra especie, ¿puedes escucharnos y comunicarte con todos nosotros? —le interrogó Brisa, rompiendo su silencio por primera vez en el camino.

—Al parecer sí —respondió Kenji relajando un poco su postura. Estaba tenso por las voces que seguían invadiendo su cabeza, al mismo ritmo que una potente cascada llenaba la presa de un río. Sin contar que no sabía que iban a encontrarse al llegar al hogar de la manada.

—*Es una de las cosas que más me sorprendieron cuando le conocí* —les dijo Viento—, *que podía mantener conversaciones mentales conmigo, como los de nuestra especie.*

—Es una suerte, que no solo escuche gruñidos y aullidos —dijo Cuzo con una risotada—. ¿Todos los de tu familia lo hacen? El hablar con los de nuestra especie —preguntó con curiosidad.

—Vaél lo hacía —dijo con tristeza, bajando la mirada hacia la hierba que pisaba.

—*No te entristezcas seguro que está bien* —dijo Viento al ver su reacción a la pregunta.

—¿Por qué lo dices Viento? —preguntó Canto. Con voz ruda, como la de alguien curtido en muchas batallas.

—Lo dice porque llegamos aquí dejando a los nuestros en mitad de una batalla. No sabemos cómo se encuentran —Kenji respondió sin dejar de mirar al suelo.

—*Son grandes guerreros, dioses y Ryoko no se queda atrás. Es la chica con más fiereza que he conocido* —las palabras de Viento le tranquilizaron un poco. Tenía mucha razón, ellos llevaban siglos guiando a la humanidad, a otras especies. Se habían enfrentado a millares de enemigos, saliendo victoriosos. Ryoko no tenía rival en una lucha cuerpo a cuerpo.

—Siento interrumpir tan animada conversación, pero ya hemos llegado —dijo Brisa, señalándoles al frente.

Ante ellos se abrió un pequeño claro en el bosque, rodeado por un gran círculo de árboles y arbustos que dejaban solo una entrada visible a los ojos de cualquier ser vivo que por allí se aventurase. Nada más entrar en el claro, se percataron de un riachuelo que les proporcionaba un suministro de agua constante. Al ver al grupo que acababa de llegar una serie de cachorros salieron a su encuentro, rodeándoles con la intención de jugar con los grandes guerreros de la manada, sin dejar de dar saltos de emoción y alegría.

Al fondo del claro se veía una treintena de Thunder Wolf, detrás de la que parecía la hembra más fuerte. Se acercó hasta ellos para darles la

bienvenida, percatándose de la presencia de un ser ajeno a su especie y un lobo que no conocía. Brisa se acercó para saludarla, restregando su hocico contra el de ella. Cuando se separaron la voz de la loba alfa se escuchó en sus mentes.

—¿Quiénes son estos intrusos? ¿Dónde está Trueno? —les preguntó poniéndose a la defensiva, sin dejar de mirar a Kenji y a Viento.

—Madre, él es Kenji el nieto del dios lobo de nuestras leyendas, Vaél —dijo señalando con el hocico al joven, antes de proseguir con la respuesta a la pregunta de su madre—. Él es Viento el nuevo jefe de las cinco manadas y a partir de hoy por deseo expreso de padre mi compañero.

—Hija, ¿Dónde está Trueno? —preguntó, con lágrimas en los ojos, temiéndose la respuesta que partiría su corazón.

—Padre ha muerto —dijo Brisa con tristeza. La manada agachó la cabeza en señal de reverencia, habían perdido a un gran líder, un guerrero, un amigo—. Padre se empeñó en luchar a muerte contra Viento, poniendo a prueba sus palabras. Viento venció, demostrando que es descendiente de la línea familiar de Rayo y Garra.

—Lo admito, nuestras leyes son claras —dijo en voz alta para que le escuchase toda la manada—. Yo Centella, te saludo Viento como nuestro nuevo líder y a Brisa como tu eterna compañera. Que el espíritu de vuestros ancestros, de nuestro amado Trueno, os guíen para llevar a nuestra comunidad a una nueva era de prosperidad.

—Gracias, madre —contestó Brisa con cortesía.

—¿Dónde está su cuerpo? —preguntó la pareja de Trueno.

—En el lago del valle, cerca de un refugio de piedra —contestó Canto, respetuosamente.

—Iré a verle para despedirme. Enséñales su sitio en nuestra sociedad, volveré por la noche. Es mi última orden, a partir de este momento Viento es quien toma las decisiones —Centella comenzó una frenética carrera hacia el valle, desapareciendo de la vista de todos los presentes en tan solo unos segundos, entre unos matorrales.

Canto comenzó a caminar delante haciendo de guía. Poco a poco les explicó donde podían dormir, como evitar que el agua les mojase en los días lluviosos. Así hasta que llegó a una roca que se hallaba en el centro del claro. Según sus palabras, era el lugar que ocupaba el líder de la manada cuando celebraban una asamblea para la toma de decisiones importantes.

Kenji estaba muy impresionado por la organización que tenían a nivel de sociedad y como especie, era algo digno de ver.

De repente notó unos dientes aferrándose a la tela de su chaqueta. Miró hacia abajo, era uno de los cachorros que le estaba pidiendo que fuese a jugar con él. Canto, al verlo, se giró para regañarle no quería que molestase al amigo del nuevo líder de la manada.

—No, Canto, déjalo. —dijo, mirando al pequeño con ternura. En cierta manera le recordaba a Viento tiempo atrás cuando llegó a su lado—. ¿Cómo te llamas? —preguntó al cachorro.

—Me llamo Trasto —dijo, soltando la tela al sorprenderse de que el joven pudiese hablarle.

—Encantado, soy Kenji —dijo sonriendo al cachorro.

—Encantado —dijo Trasto, saliendo a esconderse avergonzado detrás de su madre.

—Siempre quiere jugar—dijo Brisa con voz dulce—. Es el hijo de mi hermana, Pluma. Espero que no te haya molestado mucho.

—No, no molesta —contestó, aun con el recuerdo del joven Thunder Wolf en la cabeza. Giró la cabeza para dirigirse a su amigo—. Viento el día se está acabando, me gustaría descansar un poco antes de que anochezca ¿Te importa?

—*No te preocupes, estaré bien. Te veré luego, he de ponerme al día en todo lo concerniente a los asuntos de la manada* —dijo Viento, dándole vía libre para intentar controlar las voces que invadían su mente.

Kenji fue hacia el lugar donde Canto les había dicho que podían descansar por las noches. Se sentó con las piernas cruzadas, reposando las manos en su regazo, con la espalda recta. Cerró los ojos, concentrando todo su esfuerzo en el ritmo de su respiración, no era capaz de concentrarse. Era frustrante.

Pensó en Taka de nuevo, en su adiestramiento en la Isla de los Sueños. Si él sabía lo que iba a pasar quizá le hubiese dicho algo para acallar las voces... La imagen de la casa de piedra y madera en la que había vivido durante varias semanas junto a Taka y Ryoko acudió a su mente con nitidez. Allí, debajo de los árboles, el joven dios del cielo se adiestraba en las artes mágicas de los dioses. Su cuerpo tenía la apariencia de un joven de unos dieciocho o veinte años de edad. Tenía un principio de barba de pelo suave. Sus músculos estaban bien definidos, parecía atlético.

Sōzō iba ataviada con un vestido blanco, con unas sandalias que recordaban a las de las mujeres de la antigua Grecia. En esa ocasión estaba enseñándole como podía cambiar de imagen física, ya fuese cambiar de edad, de apariencia, de sexo o incluso transformarse en un animal distinto al que tenía asignado por origen. Kenji escuchaba las palabras intentando aprender la lección para probarlo en un futuro próximo.

Taka comenzó la práctica en cuanto la diosa de la creación terminó la explicación. La primera vez cambió a una forma que recordaba con exactitud: su yo de infancia. Al ver que lo había conseguido, comenzó a corretear alrededor de Sōzō riendo, haciendo que ella también sonriera.

—Muy bien, Taka —sugirió sin dejar de reír—. Ahora prueba a volverte anciano.

El dios se detuvo en el mismo lugar donde había empezado el cambio anterior. En un abrir y cerrar de ojos pasó de niño a un anciano de piel arrugada, con la espalda curvada y los ojos vidriosos a causa de la edad. Sus pasos se habían vuelto torpes como si el cuerpo no quisiera responder a los estímulos del cerebro. Después de un par de pasos el anciano se transformó en una anciana de larga melena plateada. Según caminaba se convirtió en una hermosa joven de cabellos castaños, piel clara, su espalda erguida, tenía un brillo pícaro en los ojos. Por último, la joven se agachó apoyando las manos en la tierra, cambiando su forma a la de un formidable caballo de crines cobrizas que trotó de un lado a otro del camino.

—Ahora enséñame tu forma primigenia —dijo Sōzō, al ver la naturalidad con la que cambiaba de una apariencia a otra. Taka cogió impulso en su forma equina. Tras un breve galope saltó al aire, cambiando al gran halcón que Kenji conocía. Se elevó por los cielos, haciendo piruetas para el deleite de su mentora la diosa de la creación, soltando un chillido de alegría.

Taka descendió haciendo un par de giros antes de tocar tierra firme, transformándose en el muchacho que había visto al comienzo de la visión. Se acercó hasta donde estaba Sōzō, que le miraba llena de orgullo, dándole un tierno abrazo. La diosa le acarició los cabellos y le dio un beso tierno en la frente.

—Es hora de enseñarte el último de mis dones —dijo Sōzō con un poco de temor en la voz—. Hasta ahora has aprendido a crear vida vegetal, animal, a cambiar de forma... entre otras muchas cosas. Lo que viene a

continuación es, posiblemente, lo más duro que vas a aprender. Voy a desbloquear, las visiones del pasado, del presente y del futuro para tu mente.

La mano de Sōzō brilló con un fulgor morado, un instante, sobre la cabeza de Taka. La mente del dios Halcón comenzó a bullir con los pensamientos de los animales de las Tierras de la Eternidad. Veía el inicio de los tiempos desde antes del nacimiento de Sōzō y sus hermanos, al igual que lo había visto Kenji. Comenzó a sentir la muerte, el nacimiento, las enfermedades, el dolor, todo de golpe en su joven cabeza. La cara de Taka tornó de alegría a consternación, de ahí a la misma expresión de la angustia.

El joven dios del cielo, se separó de su benefactora, agarrándose la cabeza con las manos, emitiendo sonidos de dolor. Dio unos pasos hacia atrás, tambaleante. Comenzaron a salir plantas del suelo, brotando sin control alguno, enredándose en sus tobillos. Al notarlo, se asustó más. Extendió los brazos, cambiando a su forma primigenia, emprendiendo el vuelo. Una vez en el aire las nubes comenzaron a arremolinarse a su alrededor, volviéndose más oscuras, negras como la noche.

Sonó un crujido, seguido de un potente trueno. Taka permanecía en el aire, inmóvil. Sōzō le miraba con cara de preocupación, temía haber cargado demasiado poder en el joven dios del cielo. En su interior esperaba que ese poder no le destruyese, que fuese más resistente y duro que las almas del universo. Ella misma cargaba con ese don tan maravilloso, que a la vez era su peor maldición, solo que, había tenido siglos para aprender a controlarlo.

Se escuchó otro trueno, seguido de la caída de un rayo que recorrió el espacio con celeridad hasta alcanzar al mismísimo Taka. El halcón en el que estaba convertido sucumbió a la fuerza de la gravedad, cayendo vertiginosamente al suelo de la Isla de los Sueños. Sōzō, al verlo, generó una presión de aire justo donde iba a impactar, evitando así que se hiciese daño. Corrió hasta donde había caído. Cuando llegó vio la mirada dorada en los ojos del halcón. Su cuerpo estaba humeante a causa del impacto del rayo.

Taka dejó caer de su pico un trozo grande de uña que se había arrancado de una de sus garras. Este fragmento, al tomar contacto con la tierra, comenzó a cambiar de forma hasta verse como una pequeña tortuga de color verde y caparazón marrón. Sobre ese caparazón había una diminuta

serpiente enroscada. Ninguna atacaba a la otra. Bajo la mirada fija de Taka y Sōzō crecieron hasta alcanzar un buen tamaño, mayor que la de cualquiera de sus especies. La tortuga con la serpiente enroscada comenzó a caminar apartándose del cuerpo del dios del cielo hasta llegar a los pies de Sōzō, donde se convirtió en una preciosa niña de piel morena, con cabellos ondulados color azabache, labios color cacao suave y ojos castaños.

—Se llama Genbu, maestra —dijo aun con dolor en la voz—. Permite que sea la diosa de la tierra, por favor.

Taka cerró los ojos después de esa frase a causa del dolor. Los apretó tanto que de uno de sus ojos salió una gran lágrima que cayó al suelo sobre un charco de agua de lluvia. Se iluminó al contacto con un haz de luz azul brillante. En el fondo del charco había un huevo pequeño azul como los zafiros con vetas doradas como el oro más puro. Este se abrió dejando ver a una pequeña cría de dragón con las escamas del mismo color que la cascara de su huevo. El pequeño dracónido, creció hasta alcanzar el tamaño de la misma Genbu, cambiando su forma por la de una pequeña de la misma edad. Su piel era blanca, tenía el cabello liso, muy negro igual que sus ojos rasgados. El dios del cielo, abrió de nuevo sus preciosos y dorados ojos, cambió de forma a la del muchacho que era. Intentó incorporarse, manteniéndose apoyado en sus manos. Miró a Sōzō por un segundo antes de dirigirse a ella.

—Ella se llamará Seiryu, será la diosa del agua. Ambas son aptas para ser diosas —dijo sonriendo a las niñas lleno de orgullo. Estas le miraban llenas de admiración e inocencia con sus jóvenes ojos—. Necesito descansar, las voces me están atormentando.

El dios del cielo cerró los ojos, sin moverse del sitio en el que se encontraba, quedando completamente dormido ante la atenta mirada de Sōzō y las diosas recién nacidas. Pasaron las horas, las nubes negras desaparecieron, así como la lluvia, dejando al sol calentar los parajes que rodeaban la cabaña. Taka volvió a abrir los ojos otorgando su dorada luz al mundo. Se levantó apoyando una de las manos en la cabeza, el dolor que sentía era indescriptible.

Caminó hacia la casa, apoyó la mano en la puerta y entró. En su interior, la diosa de la creación estaba jugando con las dos pequeñas que de vez en cuando la abrazaban y le daban un beso en la cara. Sōzō, a los ojos del dios del cielo, parecía muy feliz acompañada por ellas. Al verle, le dijo algo a

Genbu y Seiryu, dejándolas jugar solas. Se irguió, dando unos pasos hasta la puerta en donde seguía Taka.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó preocupada.

—Podría estar mejor, no te lo puedo negar —dijo pensando en lo que horas antes había pasado.

—Me lo puedo imaginar —dijo Sōzō, comprensiva—. Cuando comencé a crear este mundo, no escuchaba esas voces. Al crear formas de vida, comenzaron a atormentarme. Con el tiempo serás capaz de controlarlo e incluso a un nivel mayor de dominio, ignorarás las voces que no sean relevantes para el curso de la historia.

—¿No hay otra manera de controlarlo más que el paso del tiempo? —preguntó, un tanto desmotivado.

—Es posible que, en un futuro, puedas anclar tu poder a algo que llamarán música. Mientras vivas, ese poder será solo tuyo. Puedes creerme, tanto tú como yo un día moriremos. Lo he visto—la rotundidad de las palabras de la diosa de la creación le hicieron ponerse pensativo. Luego miró a las pequeñas.

—¿Qué será de ellas? —se preocupó el dios por el futuro de las dos niñas.

—Sobrevivirán a muchos peligros, a guerras entre dioses incluso. Son parte de ti, como tú lo eres de mí. Les has otorgado un gran poder —hizo una pausa, viendo la cara de Taka—. Por ahora me encargaré de las pequeñas, instruyéndolas en el arte de la tierra, del agua y otras artes que te he enseñado. Mientras tanto deberás aprender lo que te quiera enseñar mi hermano Hozen. Él será mucho más estricto. No te relajes demasiado.

Kenji abrió los ojos con un poco de esfuerzo al notar el contacto húmedo de una nariz en su cara. A su lado había cuatro cachorros que habían venido acompañados del joven Trasto que, le miraba con emoción a la par que movía la cola sin cesar. Se levantó. Comenzó a caminar en dirección al centro del claro, donde se había congregado la manada para debatir con Viento sobre el futuro. Su amigo estaba explicando que debían buscar los pastos a donde migraban las presas para cazar. Por otro lado, les habían sugerido aumentar el territorio que ocupaban, estando así mejor provistos para el futuro.

—¿Cómo haremos eso? —preguntó uno de los guerreros más fuertes—. A un lado tenemos la manada de Furia. Al otro la manada de Roca. Son los

dos jefes más temidos, aparte de Trueno.

—Podemos intentar unificar nuestras manadas juntando a nuestros hijos con los suyos—dijo Brisa, conciliadora.

—*En un caso extremo, yo mismo retaré a cada jefe para unir las cinco manadas en una sola* —dijo Viento, expresando al aire una idea que no le apetecía en absoluto llevar a cabo. Al escucharlo, Brisa giró la cara sorprendida. Su recién nombrado esposo y jefe de la manada, estaba dispuesto a todo por preservar el bienestar de su recién adquirido pueblo—. *Canto, Astilla y Cuzo me ayudarán a prepararme para los posibles enfrentamientos, en el caso de que fallen las negociaciones.*

Los lobos y lobas reunidos asintieron con la cabeza, aprobando las ideas de los nuevos jefes de la manada. A una orden, cada miembro regresó a sus quehaceres. Brisa y él se quedaron hablando en susurros para que nadie escuchase. Kenji se acercó hasta ellos para saludarles. La noche había caído dejando el bosque en una ligera oscuridad, tan solo iluminada por la tenue luz de la luna. Al llegar escuchó parte de la conversación.

—... además al jefe de los Alas Blancas no le va a gustar nada esto... —Brisa se detuvo al notar la presencia de Kenji cerca de ellos—. Luego seguiremos con esta conversación, Viento. Hola Kenji —dijo bajando de la roca central, encaminando sus pasos al extremo del claro donde estaban ubicados los jefes de la manada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con interés.

—*La manada* —dijo sentándose sobre la fría superficie de la roca—. *Es lo que ha pasado, la manada* —suspiró—. *Ahora que soy el nuevo líder quieren que resuelva los asuntos que Trueno no ha solucionado en los últimos años.*

—¿Cómo cuáles? —continuó con la conversación.

—*Por dónde empezar...* —dijo, mientras Kenji se sentaba a su lado—. *El riachuelo que pasa por aquí ha perdido caudal, con lo cual cada vez hay menos agua para saciar su sed. Las rencillas con otro de los jefes que quiere el puesto que me han otorgado. La población de Thunder Wolf de la manada es cada vez más vieja, quieren que suba la población de lobos jóvenes. Por último, los grupos de un animal del que se alimentan, han migrado a pastos más verdes. Intentaron seguir el rastro, pero se perdió hacia el norte.*

—Menudo lío —se le escapó de pronto.

—Sí, y todo esto en mis primeras horas de mandato —la voz de Viento sonaba desesperada—. *Me va a tocar luchar por el bienestar de todos ellos. Va a ser muy duro.*

—Lo harás bien, tienes madera de alfa. ¿Qué es eso de un Alas Blancas? —quiso saber, por lo poco que escuchó a Brisa.

—*Hay un clan de hombres alados, como Nakuma, pero con las alas de color blanco, en el oeste* —comenzó a explicar—. *Por lo visto está asociado con el jefe de manada que hay en esas tierras. No estés preocupado, no creo que se meta en asuntos de Thunder Wolfs*—dijo viendo la cara de su amigo.

—También lo creo así. De todas maneras, iré contigo. Solo por si no es como esperamos —le sugirió, mostrándole todo su apoyo.

—*Gracias* —dijo Viento con sinceridad. Kenji y él habían sido un buen equipo desde el mismo momento en el que se encontraron en los Bosques del Renacer. Se podría decir que eran casi imparables—. *Vamos a cenar.*

Los dos fueron hasta donde se iba a acomodar Kenji para dormir, estaba justo al lado de la zona de Brisa y Viento. Allí le habían dejado un trozo de carne recién cazada, se notaba por la sangre que aun brotaba de ella. Kenji cogió unas ramas de un arbusto cercano, las colocó de manera que el aire pasase entre ellas y lanzó una llama a la base para que ardieran. Una vez el fuego estuvo en el punto exacto, alimentado por más madera, colocó la carne en el fuego para cocinarla un poco. Los lobatos al ver lo que hacía el amigo del jefe de la manada, se acercaron curiosos.

Brisa les siguió haciendo de niñera, para que no se lastimasen. Al llegar a Kenji, el chico les dio un trozo de carne asada a cada uno para que la probasen, incluidos Brisa y Viento. Después de comerse el trozo que tenía cada uno, los lobatos se acercaron para lamerle en señal de que les había gustado y le aceptaban como a uno más de la manada. Luego se marcharon a jugar un rato, bajo la supervisión de sus mayores.

—Estaba muy bueno. Al parecer sirves para algo más que para ser una presa de caza —dijo Brisa en tono jovial—. Les has caído bien a los pequeños, es un avance. Ellos son el futuro de nuestra manada. Te puede venir bien ser su amigo.

—¡Gracias! —exclamó Kenji—. Ellos son jóvenes, tienen que jugar y divertirse —dijo, viéndolos a lo lejos—. Ya llegará el tiempo de tener

responsabilidades. Debería irme a descansar, suelo despertarme con el alba. ¡Buenas noches, chicos!

Se acostó sobre la hierba, acurrucándose hasta hacerse una bola. Las voces no dejaban su mente, acudiendo en busca de ayuda, consuelo. Lo mismo pasaba con los sentimientos, tristeza, alegría, ira... Desde niño, nunca había tenido esa sensación de estar completamente loco y ahora la estaba experimentando. Por la visión que había tenido esa misma tarde, sabía que Taka había pasado por una transición muy parecida. Solo esperaba no crear a otros seres a causa del dolor físico y mental.

Logró conciliar el sueño, pero ni siquiera en sus horas de reposo las visiones le dejaban en paz. Las diferentes escenas se mostraban en su cabeza como si fuesen miles de películas que se reproducen seguidas, una detrás de otra. En ellas las diosas Genbu y Seiryu habían crecido juntas hasta la edad de dieciocho años humanos. Se habían enfrentado a todos los retos que les había impuesto la diosa de la creación, ganándose el título de diosas de la tierra y de agua tal y como quería Taka. Sōzō, les otorgó unos territorios que debían proteger y cuidar.

Genbu se quedó la zona conocida como el Abismo Oscuro, así como el reinado de todas las criaturas del subsuelo. Seiryu fue nombrada la dueña de la isla Reino de las Brumas y sus súbditos serían todas las criaturas que habitasen dentro del líquido elemento, la base de su poder.

Taka, entre tanto, había estado entrenando sus poderes junto con Hozen en un plano de la existencia frío, inerte, vacío de toda señal de vida. El dios del Tiempo, lo había bautizado como Olvidado o el Mundo de los Muertos. Sobre el suelo formado por una placa de hielo de más de cuatro metros de espesor, Taka intentaba acelerar el tiempo, reducirlo e incluso detenerlo por completo. Era algo muy diferente a todo lo que le había enseñado en la Isla de los Sueños la diosa de la creación. Al igual que le pasaba a Kenji, era complicado para Taka mantener la concentración. Cada segundo, miles de vidas nacían, morían e incluso escuchaba voces de seres que aún no conocía. Hozen hizo una flecha de hielo, la suspendió en el aire horizontalmente y la proyectó contra él.

El dios del cielo alzó la mano con la palma hacia la punta de la flecha. El tiempo comenzó a ir más despacio, mucho más, hasta que la flecha tocó su pecho sin ser capaz de atravesarlo por la falta de potencia. Taka cogió el cuerpo del proyectil con su mano y, calentándola con el fuego que habitaba

en su interior, la fundió. En ese momento, algo le cruzó la mente. Algo tan fuerte que le hizo caer de rodillas, agarrándose la cabeza y apretando los dientes para no gritar. Hozen lo miró impasible, sabía lo que había hecho su hermana y no estaba de acuerdo. En su opinión era demasiado para que lo pudiese soportar un ser inferior. Dio un paso para acercarse al joven dios del cielo, deteniéndose a pocos metros. Delante de su ser, se había formado un remolino que absorbía pequeños fragmentos de hielo a su alrededor, formando una esfera.

La bola de hielo y aire se moldeó flotando ante los ojos del dios del tiempo convirtiéndose en un cisne de hermosas proporciones. Creció hasta alcanzar el doble de su tamaño original. Taka abrió los ojos, mirando al cisne apenado, lo había vuelto a hacer. En su cabeza, cada vez que no era capaz de soportar la presión de las voces que le asediaban, se imaginaba algo que le tranquilizase y, por desgracia, se hacía realidad al perder el control, creando a un nuevo dios menor. No podía hacer nada para remediarlo. Al parecer Hozen conocía esta faceta. Taka transformó al cisne en una niña de piel bronceada, con los ojos azul verdosos, largas pestañas y pelo liso de color castaño. Al verlo Hozen enfureció, no estaba conforme con lo que acababa de ver.

—¿Qué crees que estás haciendo Taka? —le increpó con rabia en la voz.

—Es algo que no puedo evitar, por ese mismo motivo existen dos diosas menores. Por ese mismo motivo, ella será la tercera. Su nombre será Kyōfu, la diosa del aire. Será enviada con Sōzō para que le enseñe todo lo que debe saber —le explicó Taka al dios del tiempo.

—Hablaré con mi hermana —dijo Hozen muy molesto—. Esta situación se te está yendo de las manos.

—¿No queríais seres inteligentes, con poder para ayudaros a ser venerados? —preguntó, antes de que Hozen partiese en busca de su hermana. Este se giró para mirarle, extrañado por la pregunta—. Sé que uno de vosotros deseaba ser amado, otro quería ver como creaban el caos y otro quería controlarlos.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó intentando calmar su ira, su enfado.

—Sé que sospechas que Sōzō me abrió la mente a las almas del universo. Eso no fue todo, puedo ver al igual que ella el pasado presente y futuro. También sé que os lanzasteis al proyecto de mi creación por motivos

egoístas. Al menos Hakai y tú—le dijo con total sinceridad, sabiendo que al dios del tiempo esas palabras le iban a enfurecer.

—Haremos una cosa, solo una —comenzó a hablar Hozen delante de la niña sin molestarse lo más mínimo en suavizar sus palabras—. Demuéstrame que eres capaz de acelerar el tiempo en esta niñita, hasta que llegue a la edad adulta y dejaré que se vaya con mi hermana Sōzō. También dejaré que vayas a seguir adiestrándote con mi hermano, dando por terminado todo lo que te puedo enseñar.

—De acuerdo —dijo Taka mirando a la niña con tristeza. Se irguió acercándose a Kyōfu. Se agachó para darle un abrazo, miró sus jóvenes ojos—. Pequeña esto no te va a doler. Cierra los ojos y repite lo que yo diga, ¿Vale? —la niña asintió con la cabeza. El dios del cielo cerró los ojos, manteniendo el contacto con la niña

—Uno —dijo y la niña repitió. En el interior de Kyōfu, las células comenzaron a cambiar. Morían y se regeneraban a mucha velocidad—. Dos —el cuerpo de la niña comenzó a crecer ante los ojos de Hozen—. Tres —las formas de niña quedaron atrás, dando lugar poco a poco a las formas estilizadas de una mujer. Su pelo había crecido hasta cubrir su espalda, dejando ver una larga melena que caía como una cascada de color castaño—. Cuatro —dijo Taka para finalizar, creando a su alrededor un tejido que no la dejase expuesta a los ojos del dios del tiempo—. Abre los ojos, Kyōfu, diosa del aire.

Los párpados de esta se abrieron de par en par. Sus ojos azul verdosos brillaban con la luz que da la madurez a todos los seres, pero más aún a los dioses. Acarició la cabeza a Taka que seguía agachado ante ella. Se giró al mirar a quien había obligado al dios del cielo a arrebatarse su niñez. La mirada de Kyōfu golpeó con una ráfaga de viento incontrolada a Hozen haciéndole caer hacia atrás. El dios mayor rio como un loco, con una sonrisa que daría miedo al más arrojado de los guerreros. Se sentó en el frío suelo de hielo, observando a los dos dioses menores.

—Lo has logrado Taka, controlas todo lo que te he querido enseñar —dijo sin borrar la expresión de su rostro—. ¡Vete! Preséntasela a mi hermana, que la adiestre para que sea mucho más fuerte —Taka no se había levantado, ni siquiera irguió la cabeza para mirarle. Estaba resentido con el dios. Se sentía culpable por privar a la niña de una infancia feliz—. A partir

de ahora te llamaremos padre de los dioses y así quedará por toda la eternidad.

Taka se giró cogiendo de la mano a Kyōfu. Desapareciendo de la vista de Hozen quien les envió de vuelta envueltos en una estela dorada y verde azulada, hacia la Isla de los Sueños en el mismo centro de las Tierras de la Eternidad.

OceanofPDF.com

Capítulo IV

OceanofPDF.com

Fuerza y poder

Tras un sueño sin descanso a causa de las visiones del joven Taka y el dios del tiempo, se despertó al nuevo día. Al mirar a su alrededor, vio la actividad en el claro. Los lobos adultos se preparaban para ir de caza, bajo las órdenes de Viento. Brisa se quedaba con más de una docena de cachorros con ansias de jugar. Kenji se acercó hacia donde estaba la partida de caza.

—¡Buenos días! —saludó con cierto aire de abatimiento en la voz.

—¡Buenos días, Kenji! —le contestó Viento, antes de dar las últimas indicaciones a Canto, para que prosiguiese. Miró a su amigo—. *Tienes mala cara, ¿te encuentras bien?*

—No lo sé —contestó—. Llevo toda la noche teniendo visiones sobre el pasado de los dioses. He visto como han creado a una diosa llamada Kyōfu. Es tan fuerte como Byakko o lo era. La verdad, es que no lo tengo muy claro. Entre las voces que asedian mi cabeza y las visiones, empiezo a estar confuso. No tengo claro que es visión, que es realidad. La línea que las separa se está difuminando.

—*Deberías descansar, si no te recuperas no podrás volver a abrir portales y regresar*—le dijo Viento.

—¿Cómo lo hago? No sé cómo superarlo. Me siento derrotado sin haber luchado aún —le dijo con los ojos vidriosos, a causa del cansancio y de sus propios sentimientos.

—¡Viento, tenemos que salir! —le apuró Cuzo.

—*Solo sé una cosa.* —dijo Viento antes de ir con el grupo de caza—. *Taka insistió mucho en que tocaras la Canción del cielo a diario. ¿Cuánto hace que no coges la flauta travesera?*

—Desde que me empezaron a acosar las voces, hace muchos días —le contestó, con aire pensativo.

—*Entonces, sabes lo que debes hacer* —le confirmó, mirando a Astilla que le hacía señas a lo lejos—. *Tengo que ir de caza. Iré a verte en cuanto regrese.*

—Nos vemos luego —dijo Kenji despidiéndose de su amigo, que salía del claro seguido por todos los lobos de la partida de caza.

Se dirigió a su sitio de reposo en el claro. Junto a Guardiania, envuelta en una tela, estaba la flauta del dios del cielo. Se sentó con las piernas cruzadas sobre la hierba, sujetó la tela que envolvía el instrumento, quitándola para ver la delicada flauta. Llevó la boquilla hasta sus labios como la última vez. Las notas comenzaron a brotar. La Canción del cielo no solo inundaba los alrededores con su melodía, por primera vez desde que había aprendido esa canción de manos de Taka, sentía las vibraciones de cada nota sincronizándose con las células de su cuerpo. Su ser estaba en sintonía con todo lo que le rodeaba.

Repitió varias veces la melodía hasta que cayó en la cuenta de que las voces se habían acallado. Era como si estuvieran atentas a cada nota, serenas, en un estado de paz y tranquilidad. Recordó las palabras de Genbu en la plaza de la fuente de Lukwos: «Es una melodía preciosa, pero cuando la oyes mil veces al día termina por cansarte.» ¿Puede ser que Taka interpretara la Canción del cielo tan a menudo para que las voces no le atormentasen, para mantener la cordura? Kenji lo tenía claro, tenía que ser eso. Taka había encontrado en esa melodía la manera de mantener a raya las voces, los sentimientos de todo el universo. Al aprender la Canción del Cielo, no obtuvo la Sabiduría Celeste, sino una forma de aprender a controlarla.

Al caer en la cuenta, se sintió como un completo idiota por no haber tocado la flauta como el dios del cielo le había aconsejado tantas veces. A partir de ahora se hacía la firme promesa de tocar esa canción al menos una vez al día, en honor a la memoria de Taka. Tras acabar Kenji abrió los ojos. Ante él estaban los cachorros y la misma Brisa, escuchando como había tocado tan hermosa canción.

—Bonita melodía. —dijo Brisa, con voz dulce—. ¿Qué es lo que narra?

—Trata de la creación de un mundo donde los dioses son buenos con sus habitantes. De la llegada de unos dioses oscuros, que inician una guerra con los dioses buenos, del fin de una Era. Por último, del renacer de ese mundo a otro todavía mejor. Los celtas adoraban esta canción —dijo recordando las palabras exactas que le dijo su mentor hace mucho tiempo en la Isla de los Sueños—. Era la favorita del dios del cielo, mi maestro.

—Es una historia bonita, aunque triste —dijo Brisa, dejando que los cachorros se fuesen a jugar por el claro—. Es una canción poderosa, no se debería tocar a la ligera. Pero estoy segura, de que si la interpretas será por una buena razón.

—Lo es, puedes estar segura —le dijo, mientras guardaba la flauta, envolviéndola en la tela.

—Tienes mejor cara que antes —le comentó la loba—. Las ojeras casi han desaparecido. Voy con los pequeños, deberías asearte y dar una vuelta, así despejarás tus ideas.

—Gracias —le dijo, quedando de nuevo en soledad.

Kenji cogió la espada ajustándola a su espalda y a su cintura, con las correas de cuero. Comenzó a caminar hacia el extremo del claro, el mismo por el que habían entrado para presentar a Viento como nuevo líder de la manada. Los lobos más ancianos, le miraron extrañados. Ninguno de ellos hizo o dijo nada para detenerle. Al salir de la arboleda, un sol deslumbrante le golpeó en la cara con sus potentes rayos de luz y calor. Miró hacia donde estaba el lago, a unas horas de distancia. Si quería tardar menos podía emplear los poderes de Byakko, alcanzando una velocidad digna de un huracán.

Pisó fuerte con el pie derecho, saliendo despedido a toda velocidad. Los pocos animales que se cruzó en el camino, ni siquiera se percataron de su presencia al pasar a su lado. Ante sus ojos apareció el brillo de miles de partículas de agua por los rayos directos del sol, sobre la superficie del lago. No aminoró la velocidad, estaba decidido a meterse de lleno en el agua del lago. Así lo hizo, solo el agua salpicando dio muestra de su presencia en el lago. Lo atravesó rápidamente saliendo por el otro extremo. Se elevó en el aire, haciendo que las presiones secasen su ropa en cuestión de minutos. Se sentía genial, las voces habían dejado descansar su joven mente. Su cuerpo estaba limpio, al igual que sus ropajes por el agua del lago y los rayos del sol bañaban su piel.

Tras un rato flotando a gran altura, una sombra tapó la luz del astro solar. Comenzó a escuchar el potente aleteo de un ser de gran tamaño. Miró hacia arriba descubriendo a un dragón de escamas marrones y doradas, que le miraba en silencio. Kenji ascendió a la altura de la cara del dragón, dispuesto a iniciar una conversación. Sin embargo, el dragón, al verse amenazado, se lanzó a una brutal ofensiva. En el primer ataque intentó

atrapar entre sus fauces el cuerpo del muchacho que evitó el agarre gracias a su gran velocidad. Comenzó a volar rápido seguido de cerca por el enorme ser alado.

—¿Quién eres? —le preguntó en pleno vuelo, sin obtener respuesta. Al ver que no estaba dispuesto a dialogar, bajó hasta tierra firme con la intención de derrotarle con sus propias armas.

El dragón debió adivinar sus intenciones, desvió su trayectoria de vuelo aterrizando a unos metros del joven, le lanzó un ataque con toda la longitud de su cola. Kenji saltó por encima, rodando al caer al suelo para ponerse en guardia. El dragón abrió las fauces. De ellas salió una ráfaga de color tierra cobriza que se dirigió hacia Kenji. No parecía el ataque de fuego que le había lanzado Fafnir en la forja de Ziel. Con la esperanza de averiguar qué era se apartó de la línea de ataque. Al chocar contra la tierra esta se solidificó en roca de color cobre, era un ataque de piedra. Creía haber descubierto quien era ese dragón portentoso. En un arrebato de ingenio, decidió arriesgarse.

—Tu hermano Fafnir desea que vuelvas a casa —le gritó lo más alto que pudo para que el dragón lo escuchase de manera clara. El dragón relajó un poco la postura al escuchar el nombre del gran dragón de fuego.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó el dragón ocre y dorado.

—Creo que eres su hermano. El gran dragón de tierra, Graael, que desapareció después de la guerra de los dioses —le dijo con la esperanza de que no fuese otro.

—Ese soy yo. Y tú, pequeño mortal, ¿Quién eres? —siguió con el interrogatorio.

—Soy Kenji, hijo de Honshū, nieto de Vaél el dios lobo —le contestó.

—Bien, hijo de Honshū: me has encontrado. Soy Graael, el gran dragón de tierra, general de la diosa Genbu —le aclaró en un tono de voz épico—. Pero no voy a regresar a las Tierras de la Eternidad.

—Tienes que regresar —le increpó, sabiendo que podía enfurecer al señor de los dragones de tierra.

—No tienes ni idea de lo que fue esa guerra —le dijo con un tono de voz que parecía el rugido de un tigre—. No solo murieron casi todos mis hijos, murieron niños de todas las especies, de todas las razas. Todo por una diosa ambiciosa que ansiaba ser la reina de los dioses.

—Entiendo lo que sientes, Kitsune me torturó con aquella visión. Pero el precio a pagar hoy es aún más grande —la última frase atrajo su atención de manera inesperada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Grael intrigado.

—El dios de la destrucción ha roto las cadenas que le tenían prisionero durante estos milenios. Me enfrenté a él, pero es muy fuerte —respondió avergonzado.

—No, pequeño hijo de Honshū, él no es fuerte —la expresión de vergüenza se tornó en curiosidad—. Él es poderoso, hay una gran diferencia. Tú eres fuerte, si no las llamas de mi hermano Fafnir te habrían devorado.

—¿Cómo sabes...? —dijo interrumpido por Grael.

—Mi hermano te lanzó las llamas más terribles que posee en su interior, es su costumbre. No se fía de nadie y menos de alguien con aspecto humano —hizo una pausa antes de continuar hablando—. Yo te haré el mismo favor, te lanzaré mi ataque más poderoso y si resistes volveré al lado de mis hermanos.

—Resistiré tu ataque —dijo, agarrando el pomo de Guardiania para desenvainarla.

—Sin la espada —agregó Grael—. Tienes que demostrarme que eres fuerte sin ella —Kenji depositó la espada en el suelo, a unos pasos de él, ubicándose frente al dragón.

El gran dragón de tierra cogió aire hinchando sus pulmones hasta que parecía que iban a explotar. Abrió las fauces mirando hacia Kenji. Un fulgor dorado con tonos ocre comenzó a formarse en el interior de su boca en forma de esfera. Cuando el poder de la esfera alcanzó suficiente potencia, la lanzó hacia Kenji que esperaba sin saber cómo repeler el ataque. Sabía que al contacto con cualquier cuerpo esas llamas se transformaban en piedra.

Las milésimas de segundo seguían pasando, tenía que hacer algo. Levantó las dos manos hacia las llamas que estaban a punto de alcanzarle. Al contacto con las palmas de sus manos, comenzó a caer polvo hacia el suelo formando montones hasta que el ataque cesó. Grael se rio a carcajadas, por alguna extraña razón, esa situación le divertía.

—Has estudiado con Genbu —comentó más relajado—. Eso significa que no me estabas mintiendo, eres descendiente de mi señora —desvió la

mirada hacia Guardiania por un momento—. ¿Por qué estabas tan dispuesto a combatir cuando portabas la espada? —le preguntó, ladeando la cabeza.

—Esa espada es muy especial, fue forjada con un material muy escaso, por el fuego de mi poder y de Fafnir, regado por la sangre de ambos. Ella en sí misma es un ser único, excepcional, tiene alma —le respondió con toda la sinceridad de la que fue capaz.

—Comprendo, mi hermano y tú cumplisteis el Sueño de Fafnir. Sé por qué te ha enviado en mi busca —le dijo, sentándose sobre la hierba, considerando a Kenji una persona de confianza—. Existe una parte del Sueño de Fafnir, que nunca ha revelado excepto a mí y a nuestros dos hermanos.

—¿Cuál es? —Se sentó también en la hierba atento a las palabras de Grael.

—En su sueño creaba un arma muy poderosa capaz de matar a un dios e incluso a un dios mayor. Forjada y bañada tal y como lo habéis hecho. Pero no alcanzará su máximo poder hasta que los tres dragones restantes, donemos voluntariamente nuestra sangre. Al hacerlo, la espada se convertirá en el dragón supremo, fiel al dios que la forjó y a sus legítimos descendientes. Juntos seréis imparables contra cualquier enemigo, por poderoso que este sea —terminó, adoptando un aire de sabiduría, cerrando los ojos un instante—. ¿Cómo se llama?

—Su nombre es Guardiania —contestó Kenji.

—Muy bien Guardiania, te daré parte de mi sangre para que te hagas más fuerte, más poderosa. Para que cumplas con tu destino —dijo el dragón.

Grael tocó el suelo, creando un cubo de piedra. Levantó una de sus patas delanteras, clavando los dientes para que fluyese la sangre de su cuerpo al exterior. Colocó la pata sobre el cubo, dejando el tiempo suficiente para que se llenase hasta más de la mitad. Se lamió la herida que cerró en un instante. Una vez curado hizo un gesto a Kenji, para que cogiese la espada y la bañase en el líquido elemento del cubo. El joven sacó la espada de su vaina, la colocó en posición vertical, hundiéndola en la esencia del dragón de tierra.

El nivel de la sangre comenzó a descender. Cuando llegó al fondo, la hoja de la espada emitió una leve vibración, seguida de un pequeño brillo de colores dorado, rubí y morado. Kenji levantó la espada, era mucho más

ligera. Apenas notaba su peso. Introdujo la hoja en la vaina de nuevo a su espalda. Grael le miró, esperando la reacción del joven.

—Grael, ¿Es normal que se haya vuelto más liviana? Casi no noto que la llevo—le preguntó desconcertado por lo que estaba sintiendo.

—Es muy normal —le contestó el dragón con amabilidad—. A cada nueva incorporación de sangre del resto de mis hermanos, será más ligera. Llegará a pesar como una pluma. Eso no le restará poder, lo aumentará. Ahora dime, ¿Cuándo volvemos a las Tierras de la Eternidad?

—En realidad, no lo sé —le confesó—. Antes de llegar a Bestiary podía crear portales de viaje. Pero no sé por qué razón se ha bloqueado esa habilidad, solo esa.

—Es muy curioso —dijo pensativo Grael—. Puede, y es solo una suposición, que debas descubrir algo, que tengas una misión que cumplir aquí. Cuando lo hagas ese poder se liberará. Si logras recuperar ese poder, llámame y acudiré. Mientras, seguiré con mis planes, tengo hijos a quienes les gustaría ver el lugar donde nací.

—Así lo haré —dijo, viendo como el dragón se levantaba sobre sus patas traseras para emprender el vuelo.

—Nos veremos muy pronto, hijo de Honshū. Hasta la vista —se despidió Grael alzándose hacia las nubes.

—Hasta pronto, hermano de Fafnir —correspondió al dragón.

Kenji miró hacia el horizonte, justo en la dirección donde se encontraba la arboleda de los Thunder Wolfs. Apretó fuerte con el pie derecho sobre el suelo, saliendo disparado a toda velocidad hacia el claro. Cuando le faltaba poca distancia para llegar, aminoró la marcha para no asustar a la manada. En la entrada del claro estaba Viento sentado oteando la explanada. Cuando le vio llegar se levantó sobre sus cuatro patas, dirigiéndose hacia él.

—Kenji, ¿Dónde te habías metido? —le preguntó preocupado.

—Hola, amigo mío —le dijo, arrodillándose para abrazarle con fuerza—. Tengo mucho que contarte, vamos dentro.

Ambos entraron en la arboleda. Era casi mediodía. En el claro los lobos más diestros desgarraban la carne de tres grandes piezas de caza, repartiéndola por las diferentes familias del entorno de la manada. Kenji, al ver el tamaño de los animales que habían abatido, quedó muy sorprendido, eran del mismo tamaño que un Thunder Wolf adulto. Viento se sentó sobre la hierba en el fondo del claro, el joven se sentó a su lado.

Tras un momento de silencio, Kenji respiró profundo, comenzando a narrar todo lo sucedido en el día. El inicio de su relato empezó con la Canción del cielo y las propiedades que tenía para controlar las voces, los sentimientos que se agolpaban en su cabeza acallándolos. Con cada interpretación se sentía más descansado, más vigoroso, con más vitalidad.

Prosiguió con su partida a toda velocidad para darse un chapuzón en el lago, quitándose así la suciedad del cuerpo y de los ropajes. El ascenso a los cielos, encontrándose con el gran dragón de tierra y su enfrentamiento. En esta parte de la historia, Viento se sintió un poco tenso dado que no estaba al lado de su amigo para protegerle. Kenji notó que su amigo se ponía incomodo, intentó que se relajara bajando la intensidad de su narración usando un tono de voz más suave. Le contó la conversación que había tenido, la prueba de las llamas de piedra sin la ayuda de Guardiania y el posterior baño de la hoja de esta en la sangre de Grael. Con la conversación final del dragón con Kenji, el joven Thunder Wolf se relajó, escuchando, por último, como se alejaba emprendiendo el vuelo. El muchacho se quedó en silencio, dejando que asimilase la historia, mirándole mientras esperaba su opinión.

—*A mi parecer es un ser muy sabio, tanto como su hermano Fafnir. Del que nos hablasteis al regresar de Ziel* —comenzó a discurrir su amigo lobuno—. *Pero la última apreciación que hizo me deja confuso.*

—¿La de que debo descubrir algo y afrontarlo, para desbloquear mi poder? —preguntó Kenji, despacio, recordando la parte final de la conversación con Grael.

—*Esa misma* —dijo el lobo, pensativo—. *Quizá tenga que ver con tus visiones ¿Hay algo en esas visiones de poderes de los dioses que hayas probado? ¿Algo que creas no ser capaz de conseguir? fuera de la magia de los elementos* —preguntó intrigado.

—Pues no —respondió Kenji—. Estaba muy ocupado intentando mantener las voces a raya, para seguir cuerdo.

—*Prueba a hacer algo, lo que menos riesgo creas que puede tener* —le animó Viento, para ver cuál era el resultado.

—Creo que lo más sencillo sería el cambio de forma —le dijo, recordando la visión de Taka y Sōzō—. En una de mis visiones Taka cambiaba de joven a anciano, luego a mujer, a caballo y luego a su forma original.

—*Entonces inténtalo, no hace falta que sean los mismos animales ni apariencia. Solo hazlo, a ver qué pasa* —continuó Viento, antes de que Kenji se dispusiese a ello.

—De acuerdo—dijo animado.

Kenji se irguió dando dos pasos atrás, espacio suficiente para lo que estaba a punto de ejecutar. Respiró profundamente como le había enseñado el dios del cielo, entrando en sintonía con su ser. Notó como las células de su cuerpo ardían como las llamas de una hoguera en pleno invierno. Al poco escuchó un grito de asombro, por parte de algunos de los cachorros que correteaban por el claro. Abrió los ojos, delante tenía a Trasto y sus amigos observando ansiosos. Se miró las manos, eran pequeñas como las que tenía con ocho años. Corrió hacia el riachuelo que atravesaba el hogar de los lobos. Se miró como si de un espejo se tratase, era un simple niño.

— ¡Lo he conseguido! —exclamó a voz en grito.

—*Ya lo veo, y me cuesta creerlo* —le dijo atónito—. *Sigue con la siguiente fase.*

Cerró los ojos, inspirado por los ánimos de su amigo, concentrándose de nuevo. Esta vez cambió a la forma de un hombre anciano al que le costaba caminar, aunque la espalda estaba muy poco curvada. Las arrugas de la cara, contaban cada día que había luchado por la supervivencia. Los cachorros, al verlo, comenzaron a correr a su alrededor maravillados. Viento, asintió con la cabeza, animándole a continuar. La siguiente vez se transformó en una joven de largos cabellos negros, esbelta, de ojos violetas. Se tocó las piernas y los brazos, la piel era mucho más suave que la suya. Por último, quiso probar algo diferente, quería intentar transformarse en un ser cuya fuerza admirara. Miró a Viento por un momento, descubriendo lo que iba a hacer exactamente.

Desde la forma de la mujer que era en esos momentos, dio dos pasos hacia adelante posando las manos en la húmeda hierba. De su piel comenzó a salir pelo como el de un animal salvaje. Continuó dando pasos hasta que, se transformó en un Thunder Wolf, de pelaje marrón y gris, con su columna iluminada por un azul electrizante. Sus ojos seguían siendo los mismos, del mismo color, pero en apariencia era un ejemplar auténtico de la especie. A Trasto y al resto de cachorros que vieron el cambio, les hizo tanta ilusión que le rodearon, incitándole a jugar con ellos.

Dejándose llevar por el entusiasmo de los cachorros, comenzó a corretear por todo el claro con ellos. Aprendiendo a luchar como los Thunder Wolf lo hacían desde que eran muy pequeños. Viento les observaba desde su posición, estaba muy orgulloso de su amigo. Brisa se le acercó al ver que Kenji había desaparecido. Lamió la cara de Viento, en señal de cariño antes de mirar a los lobatos que jugaban con otro lobo que no conocía de nada. La preocupación asomó por la cara de la loba, Viento la tranquilizó.

—*Es Kenji, está jugando con los niños.* —dijo, sonriendo.

—¿Cómo? —dijo asombrada Brisa, sin dejar de mirar al lobo en el que se había convertido—. No puede ser, ¿puede...?

—*Al parecer sí. Ha descubierto una nueva faceta de sus poderes* —dijo Viento, sin alterar el tono de su voz—. *Las visiones que tiene sobre el pasado de los dioses, parecen ser una guía hacia los poderes que aún no ha descubierto. Lo cual me revela una pregunta inquietante, ¿Hasta dónde será capaz de extender sus poderes?*

—¿Por qué dices eso? —preguntó Brisa—. Es hijo de un dios, tú mismo me lo dijiste.

—*Sí, pero hasta donde yo sé, también es hijo de una humana del Mundo de los Hombres. Ningún ser que no fuera Taka o los dioses verdaderos ha tenido tanto poder* —la explicación de Viento hizo reaccionar a Brisa, pensando en los antepasados de Viento.

—Puede que, al igual que tú, sea mucho más de lo que parece —le dijo con ternura—. Tú descienes de lobos de leyenda. Hasta tu llegada, pensábamos que no eran más que historias que se les cuentan a los pequeños de la manada. Puede que a él le pase igual, pero no le digas nada. Al igual que nuestros cachorros descubren sus habilidades por sí mismos, él debe hacerlo también.

—*Me parece justo, dejaré que descubra quién es y lo que puede hacer por sí solo* —dio la razón a Brisa, que hablaba con mucha sabiduría y sensatez.

La pareja de Thunder Wolfs se quedó en silencio, viendo como el grupo de cachorros rodeaba a Kenji abalanzándose sobre él, jugando como si fuese uno más de la manada. Las risas, las carreras, los juegos se extendieron hasta muy avanzada la tarde. Los rayos del sol comenzaron a volverse débiles, dando paso a las sombras de los árboles y posteriormente

a la oscuridad de la noche. Kenji dirigió los pasos hacia su lugar de reposo, con andar calmado, justo después de que cada madre llamara a sus cachorros para la hora de cenar. Una vez llegó, cerró los ojos para regresar a su forma original, el joven japonés de diecinueve años.

Descansó largo rato de los juegos con los incansables miembros más jóvenes de la manada, Kenji, se dispuso a cenar en compañía de la pareja. Devoró cada bocado como si fuese el último que iba a probar en la vida, teniendo en cuenta que llevaba sin comer desde el desayuno. Una vez hubo terminado se relamió los labios, para aprovechar hasta el último resquicio de la succulenta carne.

Del fuego que el muchacho había prendido para cocinar la carne solo quedaban pequeños rescoldos. Desde niño el fuego le fascinaba, cuando aprendió el poder de Suzaku supo lo místico y peligroso que podía ser. De pronto estaba en un lugar lleno de lava, de humo, de piedras ígneas que despedían vapores tóxicos para cualquier ser que no tuviese una fortaleza física excepcional. Allí, sobre una roca rodeada del líquido ardiente, estaba el dios del cielo haciendo la posición de la grulla, mantenía el equilibrio con dos piedras en cada mano.

Enfrente tenía al dios de la destrucción, en la actualidad el peor enemigo de todos los planos de la existencia, dándole instrucciones. Cada vez que veía que le flaqueaban las fuerzas un poco, Hakai le aumentaba el tiempo de exposición a esa tortura. La piel del cuerpo del dios del cielo relucía por las gotas de sudor que recorrían su piel a causa del calor al que le sometía el hermano de su benefactora.

—¿Qué te pasa Taka? Estás muy callado —le dijo Hakai, intentando que perdiera la concentración, con el mero sonido de su voz—. ¿No estarás agotado del adiestramiento? —el dios del cielo le miró a la cara. Hakai tenía una mueca en los labios mezcla de maldad y satisfacción.

—No lo estoy, en absoluto —le respondió, sin ceder a sus provocaciones.

—¡Interesante! —dijo echando una mirada a la pierna temblorosa que sostenía todo el peso de su cuerpo—. Acabemos con este ejercicio. Ven aquí —dijo, acompañado de un gesto con la mano derecha.

Taka bajó la pierna que tenía colocada detrás de la rodilla de su otra pierna. Dejó caer las piedras en el río de lava con un pequeño chapoteo. Las dos formaciones rocosas, se deshicieron en un instante, como si se tratase

de azúcar en un vaso de agua. Saltó hacia una explanada de color obsidiana con vetas grises y blancas, dando unos pasos hacia el dios de la destrucción. Este comenzó a caminar, cuando Taka llegó a su lado, en dirección a un trono de la misma piedra negra. Subió un escalón a los pies de la silla y se acomodó en ella, mirando al joven Taka que permanecía de pie en su presencia. Con los dedos de una mano, comenzó a acariciarse la barbilla desprovista de vello.

—Taka, el dios menor con más poder hasta la fecha. El preferido de mi hermana Sōzō —comenzó con su verborrea.

—¿Sí? —preguntó el dios del cielo, sin perder la compostura.

—Muéstrame el fuego de este plano. Lanza una llamarada tan negra como el alma más oscura del universo conocido —le ordenó, esperando que fallase.

Taka se concentró en el ataque que llevaba tiempo practicando, entre otras artes, desde que llegó a ese plano desolador y deshabitado. De las manos del dios del cielo salió una ráfaga verde y negra que chocó contra un montículo de piedras haciéndolo estallar en mil pedazos. Las lenguas de fuego quedaron bailando sobre los restos. Hakai, cambió su cara por una de descontento, pensando en lo siguiente que le iba a ordenar.

—Ahora crea un cosmos oscuro, tan potente que absorba las llamas y todo lo que haya a su alrededor —prosiguió.

El dios del cielo sabía lo que su mentor estaba intentando. Quería que se sintiera como un inútil, bajarle la autoestima. Con el dedo índice estirado creó una esfera de cosmos oscuro que creció al ritmo que él deseaba. La potencia de absorción apagó las llamas, los restos de piedra volcánica que había por el suelo volaron hacia su interior. Una vez el suelo estuvo limpio, cerró el puño y con ello hizo desaparecer la esfera. La cara de descontento de Hakai se fue tornando en expresión de ira, de enfado.

—Muéstrame la explosión definitiva —dijo, a sabiendas de que le estaba metiendo en un compromiso. Taka le miró horrorizado.

—Pero... —comenzó a hablar.

—Pero, ¿Qué? —increpó con tono severo.

—Dijiste que ese poder sin control podría destruir cualquier plano, cualquier planeta por completo —se quejó Taka, expresando así su desacuerdo en usar ese poder.

—Que lo hagas —le ordenó de nuevo—. Si no lo haces lo haré yo mismo, pero contra ti —amenazó.

El joven dios del cielo agachó la cabeza resignándose, cerró los ojos y respiró llenando sus pulmones para hacer lo que se le había ordenado. Levantó las dos manos con las palmas hacia delante, de ellas surgió una gran explosión cegadora de color blanco que cubrió todo lo que estaba a su alrededor, impidiendo que se viese nada a pocos centímetros de distancia. Cuando se disipó, el dios de la destrucción vio con alegría a Taka caído en el suelo, agarrándose la cabeza con ambas manos. A su lado, de rodillas, había un niño de piel clara, con los cabellos enmarañados. Este miró a Hakai directamente a la cara, sus ojos eran de color negro verdoso, su cara: inexpresiva. El pequeño elevó una mano hacia el dios que le miraba intrigado sin levantarse de su trono. De su piel comenzó a manar calor hasta que una pequeña llama de color verde y negro surgió de ella.

—Kuroihi, ¡no! —dijo el dios del cielo, agarrando el brazo del niño por la muñeca. La llama desapareció, a la vez que giró la cara hacia su creador—. La venganza no es el camino, no le des esa satisfacción —continuó mientras le acariciaba, sin que cambiase su expresión.

—¿Quién es ese niño? —preguntó Hakai, irguiéndose de su asiento.

—Es el dios del fuego negro, Kuroihi —le contestó con un tono de voz adecuado para la situación.

—Se quedará aquí conmigo por su osadía —dijo, dejando entrever que tenía plan en su mente, a través de sus ojos brillantes— No puede quedar sin castigo, ha intentado atacar a un dios que está por encima de su rango.

—No va a poder ser. Sōzō tiene la potestad del adiestramiento de cualquier ser que salga de mis entrañas —retó al dios de la destrucción, manteniendo firmeza en sus palabras.

—Puedes ir, pero algún día castigaré a este mocoso —le dijo ofuscado, al no salirse con la suya—. Pero regresa, todavía debes aprender a potenciar lo que te he enseñado.

La visión se volvió borrosa, quedando todo en oscuridad. Kenji abrió los ojos, mirando el claro. Los integrantes de la manada, se habían acostado a dormir en su mayoría. Solo los guardianes nocturnos rondaban, vigilantes, manteniéndose alerta para cualquier eventualidad que pudiese sobrevenir. Miró a su lado, Viento y Brisa, le miraban preocupados. Llevaba, al menos, una hora en ese estado de trance.

—¿Que ha pasado? —le preguntó Viento—*Estabas con nosotros y luego no conseguíamos que reaccionaras.*

—Estoy bien, las visiones vienen sin avisar. Duerme un poco —aconsejó Kenji.

Al ver la situación general de tranquilidad, se recostaron sobre la mullida hierba, dispuestos a descansar bajo el cielo estrellado.

OceanofPDF.com

Capítulo V

OceanofPDF.com

La Comitiva

El silencio de la noche se vio interrumpido con los primeros rayos del nuevo día. Los pájaros de las diferentes razas que habitaban en las copas de los árboles del claro de los Thunder Wolfs, empezaron a despertar con su alegre canto. La manada recién levantada se había reunido alrededor de la piedra del lobo alfa. Kenji había acudido como todos los demás, quedándose atrás para no estorbar en los asuntos de los lupinos.

Sobre la piedra, Viento había ocupado su lugar como líder. Exponía ante sus congéneres lo que estaba a punto de hacer. Las orejas puntiagudas de cada lobo, joven o anciano, macho o hembra, estaban atentos a cada palabra que salía de la boca del nuevo jefe, en silencio absoluto.

—Esta mañana partiré a los dominios de Furia, para llegar a un acuerdo y poder unir nuestros territorios, así como a los miembros de nuestras manadas. En el peor de los casos me enfrentaré a él para hacerme con el control de su manada o morir en el intento. Hasta mi regreso, Brisa se encargará de gestionar los asuntos de nuestro pueblo con la colaboración de Canto. Conmigo viajarán Astilla, Cuzo y mi amigo Kenji.
— los murmullos de los más ancianos de la manada comenzaron a sonar por todas partes.

—Silencio —ordenó Brisa poniendo orden en el claro—. Si queréis que se solucionen todas las demandas que le interpusisteis el primer día de su mandato, debéis dejar que se ponga en marcha cumpliendo con su deber.

—Permitidme que intervenga, aunque sé que no tengo derecho—dijo Kenji, haciendo que se girasen todas las cabezas hacia él—. Sé que lo que está proponiendo Viento es arriesgado, pero os prometo que pase lo que pase no dejaré que muera. No os quedareis sin líder —las palabras del joven, parecieron calmar a los oyentes.

—Gracias, Kenji —dijo Viento, echándole una mirada de agradecimiento—. *Partiremos en seguida.*

La reunión se terminó, disgregando a todos los integrantes para seguir con sus labores. Brisa se despidió con mucha ternura de Viento, poniéndose

al mando de los asuntos de la manada inmediatamente. Kenji se había quedado de pie en el mismo lugar que estaba durante la reunión. Viento le miró agitando levemente la cabeza antes de bajar de la piedra. Comenzó a caminar en dirección a su amigo hasta que llegó a su lado. Kenji le acarició detrás de las orejas, en señal de afecto.

—*Te has arriesgado mucho* —le dijo Viento, con un tono de voz suave —. *La manada no suele dejar hablar a los extraños y menos dejarles con vida, por lo que me ha comentado Brisa.*

—Pensé que era la única manera de que se quedaran tranquilos, sabía que era arriesgado, pero también quería apoyarte —le explicó Kenji, viendo venir a los dos lobos que los iban a acompañar.

—¿Preparados? —preguntó Astilla, dispuesto a viajar.

—Tengo ganas de ver la cara de Furia, cuando vea que un lobo tan joven como Viento ha derrotado a quien le derrotó a él por el liderazgo de las cinco manadas —dijo riéndose Cuzo a carcajada limpia.

—¡Calla, Cuzo! —le regañó Astilla, enseñándole los colmillos.

—*Déjale, pero cuando entremos en los dominios de Furia contén tu lengua. No creo que sea tan permisivo como yo* —le advirtió Viento.

—Kenji, ¿podrás seguirnos el ritmo? —preguntó Astilla, preocupado.

—Creo que sí —Kenji cerró los ojos, respiró un par de veces y apoyando las manos en el suelo se transformó en un Thunder Wolf. El mismo que la noche anterior estuvo jugando con Trasto y el resto de los cachorros. La espada y la flauta de Taka quedaron ajustadas sobre el lomo, apenas se movían.

—No está nada mal, veamos si aguantas nuestro ritmo de carrera —Cuzo seguía con el ánimo enaltecido.

—*¿Sabéis llegar hasta el territorio de Furia?* —preguntó Viento.

—Yo sí, fui a la última reunión de los jefes con Trueno hace unos meses —contestó Astilla con seguridad en sus palabras.

—Guíanos, entonces —Viento parecía impaciente por emprender el viaje.

Astilla con un poderoso impulso comenzó su trepidante carrera, seguido por Cuzo, Viento y Kenji. Salieron del claro bajo la mirada de los lobos adultos. En las siguientes horas, atravesaron los bosques. Los diferentes animales les esquivaban. El aire mecía con fiereza las ramas de los árboles, las briznas de la hierba de los campos y el pelo de los lobos viajeros. Viento

ordenó el alto para descansar un poco las patas. Se recostaron a la sombra de un árbol en mitad de la tarde.

Los tres Thunder Wolf se dispusieron a dormir una hora, dejando a Kenji el tiempo suficiente para tocar la Canción del cielo. La imagen de Taka apareció entre una multitud de árboles, estaba sentado en la posición de meditación bajo uno de los gigantes de madera. A lo lejos, la diosa Sōzō apareció por un sendero caminando hacia el meditabundo dios del cielo. Al llegar hasta donde se hallaba, se sentó a la espera de que acabase con su ejercicio de concentración, sin importunarle. Taka abrió los ojos, viendo los cabellos ondulados como las llamas de fuego de la diosa y sus ojos morados penetrantes. Le sonrió al ver que había terminado.

—Tengo que hablar contigo sobre los dos últimos dioses que has creado involuntariamente, Taka —dijo, con un tono de voz que intrigó al joven dios.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con preocupación.

—No ha pasado nada —comenzó a decirle la diosa de la creación, Sōzō—. Son unos dioses muy poderosos, su poder es devastador a la vez que hermoso. Por un lado, Kyōfu, es una diosa muy inteligente, pero su carácter es muy arrebatador. Ella sola sería capaz de arrancar los árboles de todo el mundo con una sola mirada si tuviese un ataque de ira —las palabras de la diosa, hicieron que Taka se sintiese orgulloso y preocupado—. Por otro lado, Kuroihi es un dios fuerte, pero la intensidad de sus emociones hace que pierda el control. Es muy poderoso, sus llamas verdes y negras arrasarian esta tierra en un pestaño.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó pensativo. A Taka no le gustaba perder el control a causa de las voces que invadían su cabeza, mucho menos crear dioses. Por eso se sentía responsable de las acciones que llevaran a cabo.

—Creo que les vendría bien pasar tiempo a tu lado, te consideran un padre. Invitaremos también a Genbu y Seiryu, enséñales a meditar, a respirar, a controlar sus sentimientos, sus acciones, sus pensamientos —dijo la diosa de la creación, haciendo que Taka viese un rayo de esperanza para que sus dos últimos pequeños fuesen unos grandes dioses menores.

—Me parece una buena idea —le dijo el joven dios del cielo esperanzado—. ¿Cuándo vendrían a la Isla de los Sueños? —preguntó.

—Mañana mismo aparecerán conmigo en el claro de la cabaña, listos para ser tus pupilos —contestó con agrado, por la respuesta de Taka.

—Aquí os esperaré —respondió con una sonrisa.

—Nos veremos mañana, dulce dios del cielo —dijo, irguiéndose, despidiéndose de su mejor creación hasta la fecha.

La estela morada de la diosa, desapareció para reunir a los cuatro dioses menores con Taka. El dios permaneció en silencio observando cómo se iba la diosa de la creación, antes de cerrar los ojos de nuevo para seguir con su meditación mañanera. La imagen de Taka meditando se tornó borrosa por unos instantes, dando paso a la imagen de la cabaña.

Ante ella, poco después de los primeros rayos del amanecer, aparecieron envueltos en una estela multicolor los cuatro dioses acompañados por la diosa de la creación. Esta les hizo un gesto para que esperasen sin moverse, adelantándose hasta la puerta. Alzó la mano para llamar, antes de poder hacerlo la puerta se abrió.

Tras ella apareció sonriente, vestido con unas ropas blancas, el dios del cielo. Miró a los ojos a Sōzō, le hizo una reverencia en señal de respeto y fijó su mirada en los cuatro dioses menores que habían salido de su tormento. Cada uno adoptaba una pose de espera diferente, esto le aportaba información sobre el carácter que se habían forjado en los últimos años. Genbu se había vuelto dura de carácter como una madre. Seiryu era como su elemento se amoldaba a la situación. Kyōfu estaba inquieta, miraba de un lado a otro desconfiada. Por último, Kuroihi se había vuelto un joven apuesto y por su pose, orgulloso.

La diosa de la creación se hizo a un lado para que Taka pudiese acercarse a los dioses. Avanzó hacia las dos diosas que vio nacer el día de su despertar a la voz del universo y sus sentimientos, para abrazarlas. Ellas le correspondieron con un fuerte abrazo, al reconocer el brillo dorado de sus ojos, sintiéndose, por un instante, niñas otra vez. Taka soltó el abrazo despacio, mirándolas con afecto.

—Os he echado de menos —dijo con voz suave, dejando que el aire transportase sus palabras hasta ellas. Se giró hacia la joven hermosa que tenía a su derecha—. Kyōfu, ¿por qué estas inquieta? —la joven diosa del aire, clavó sus ojos verdes en las pupilas del dios del cielo.

—No estoy inquieta —le contestó, poniéndose a la defensiva.

—Hozen no está aquí, pequeña —le dijo, cogiendo las manos de esta entre las suyas, sonriéndole con calidez.

—¿Cómo? —preguntó, sin terminar.

—Aunque no lo creas, escucho todo lo que piensas y todo lo que sientes. Lo mismo me pasa con cada ser vivo del cosmos, gracias a Sōzō —le explicó a Kyōfu, dejándola más tranquila. Miró al joven dios del fuego oscuro. Kuroihi ni siquiera le dirigía la mirada con sus ojos negros como la noche. Se mantenía erguido, altivo como los reyes del futuro.

Taka se colocó enfrente del muchacho, le estudió de arriba abajo. Tenía una constitución excelente, pocos héroes de la mitología universal podrían decir que eran como él. Era fuerte, sin dejar de ser atlético. Entre las mujeres y algunos hombres podría desatar pasiones, sus enemigos le temerían. Sus ojos negros, eran hermosos, hipnóticos e intimidantes. Al ver los ojos dorados de Taka mirando los suyos, relajó la postura inmediatamente sin saber el motivo. Taka sonrió aliviado, su orgullo y altivez eran solo una fachada. Una coraza que le protegía de cualquier daño que le pudiesen causar.

—¡Bienvenido a casa! —dijo, tocándole un hombro con la mano—. ¡Sed bienvenidos todos, a vuestra casa!

La diosa de la creación se acercó hasta donde se hallaban los cinco dioses menores, situándose al lado del dios del cielo. Las tres diosas y dios, se callaron un instante para dejar que Sōzō, pudiese hablar.

—Mis queridos niños, vais a quedar al cuidado de Taka, aquí, en la Isla de los Sueños —comenzó a hablar, sin detenerse mucho entre frases—. Con él, aprenderéis a calmar vuestras emociones, vuestro ímpetu juvenil.

—Mientras, ¿dónde estarás? —preguntó Genbu, cruzando los brazos de nuevo por debajo de su busto.

—Iré en busca de mis hermanos —hizo una pausa para respirar con tranquilidad—. Les prometí que crearíamos vida con capacidad de razonar, pero que antes debíamos crearos a vosotros para ayudarnos a protegerlos. Ahora, he de cumplir mi promesa.

—Aquí te estaremos esperando, para cuando regreses —le dijo Taka, entre cerrando los ojos al sonreír. La diosa de la creación le devolvió la sonrisa.

Humedad, es lo que notó Kenji en la cara, momentos antes de abrir los ojos. Cuzo le estaba lamiendo, intentando sacarle del trance en el que se

encontraba para avisarle de que era la hora de comer. Miró hacia donde se encontraban Viento y Astilla, a sus pies había una especie de ciervo con cuernos de piedra, con púas en el pelaje.

—Lo despiezaré para que lo podamos comer —dijo, sacando a Guardiana de la vaina.

Tras unos minutos de intenso trabajo, desollándolo y averiguando por donde era mejor separar las diferentes piezas del cuerpo, logró dejar la carne limpia. Los Thunder Wolfs estaban hambrientos, Kenji, les dio un gran trozo para cada uno apartó un pedazo para él, lo sujetó con la mano derecha y con la izquierda le lanzó una ráfaga de fuego para cocinarla, pero no tanto como para calcinarla. Dio el primer bocado a la carne del extraño animal. Su sabor era más fuerte que el de la carne de ternera, aun así estaba delicioso.

La comida no duró demasiado, tras acabar con la parte que pudieron digerir, dejaron los restos para que los animales de los alrededores pudiesen aprovecharlo. Viento inició la marcha acompañado por Astilla que corría a su lado. Kenji, en su forma lobuna, y Cuzo cubrían la retaguardia corriendo al mismo ritmo que marcaban sus dos acompañantes.

Las horas pasaban entre los diferentes cambios de paisajes. A lo lejos, en el horizonte, comenzaron a ver unas grandes sombras de color grisáceo. Según se iban acercando, Kenji pudo distinguir que las sombras que tenía delante no eran más que una cadena montañosa que se alzaba imponente como gigantes de piedra que resistían el paso del tiempo ante cualquier adversidad. El avance del grupo no tenía intención de aminorar.

—Kenji, delante están los territorios de Furia y la ciudad de sus aliados, en la cima de una de las montañas —le dijo Viento, transmitiendo la misma información que le estaba aportando Astilla—. *Cuando lleguemos seremos respetuosos, pero si Furia me reta o yo le reto a él, por favor no te inmiscuyas. He de ganarme su respeto y el de su manada.*

—Te lo prometo, pero si te hiere te curaré —dijo Kenji, acordándose de la promesa que le hizo a la manada justo antes de partir.

A toda carrera se adentraron en un frondoso bosque que nacía de las entrañas de la tierra en la ladera de la montaña. Poco a poco bajaron el ritmo acababan de entrar en las tierras de Furia. Permanecieron atentos a cualquier sonido que pudiera indicarles la presencia de centinelas. En un momento de calma escucharon el sonido de cachorros que lanzaban sus

primeros mordiscos con chispas eléctricas. Se dirigieron hacia ellos, avisando de su presencia para que no se asustasen y saliesen corriendo.

Uno de los cachorros les vio aparecer entre unos arbustos, erizó su pelaje, mostrando los colmillos como si fuese más grande que ellos. Sus compañeros de juegos le siguieron como si fuese su pequeño líder de manada. Viento se rio al ver la reacción de los pequeños de la manada de Furia. Estiró la pata dejando que el pequeño líder le diese un mordisco, seguido de una pequeña descarga casi indolora. Viento se dejó caer al suelo, haciéndose el muerto. El pequeño cachorro se acercó asustado, pensando que había acabado con un lobo más grande y fuerte que él. Al olfatearle la cara, Viento le lamió el hocico riendo.

—*Me rindo ante vuestro poder, ¿joven...?* —dijo, mientras se apartaba del cachorro.

—Gruñido —contestó desvelando su nombre.

—*Jefe Gruñido, ¿Dónde podríamos encontrar al jefe Furia? Nos gustaría visitarle* —preguntó con aire de nobleza.

—¿A papá? —interrogó con asombro, antes de recuperar la compostura—. Si nos seguís os guiaremos.

—*Muchas gracias, joven jefe* —le dijo Viento levantándose de la hierba mojada.

El pequeño hijo de Furia, acompañado de sus compañeros de juegos, guió por la espesura del bosque a los viajeros hasta un valle en el que un río partía la tierra en dos. Los cachorros viraron a la izquierda subiendo corriente arriba hasta llegar a la entrada de una cueva en la base de la montaña. Entraron siguiendo a los lobatos. Dentro, una veintena de lobos adultos se les quedaron mirando nada más llegar. Uno de ellos de pelaje oscuro, musculoso y con una cicatriz en el ojo derecho se acercó. Su ojo sano se clavó en ellos dejando ver su color ambarino con vetas ocre.

Viento, como jefe de la manada y cabeza de la comitiva, dio un paso al frente, para presentarse al que parecía el jefe de esa manada de Thunder Wolfs. Fijó sus ojos amarillos como el oro en la figura del lobo que tenía delante, manteniendo su pose de alfa. Los segundos pasaron lentos, como si los dos lobos se estuviesen examinando el uno al otro. El lobo de un solo ojo, miró a Astilla que se mantenía inmóvil como una estatua de fría piedra.

—Astilla, ¿Quién es este joven? ¿Dónde está Trueno? —le preguntó haciendo que su voz retumbara en toda la caverna. Astilla permaneció

callado ante la pregunta—. ¿Y bien?

—Soy... —empezó a presentarse Viento, interrumpido por el lobo tuerto.

—A ti nadie te ha preguntado, jovencito —le regañó como si se tratase de un cachorro.

—*He venido a presentar mis respetos y nadie, ni siquiera un jefe de otra manada debería mandarme callar*—Viento se puso serio por primera vez desde su llegada a esas tierras. El otro lobo se sorprendió al escuchar el tono con el que le dirigía la palabra aquel desconocido.

—Muy bien, preséntate —dijo, dándole una oportunidad de que se explicase antes de acabar con su vida, si le provocaba un poco más.

—*Soy Viento. Hijo de Colmillo y de la loba Luna, descendiente directo de Rayo y Garra. Jefe de la manada del sur, por mi victoria sobre Trueno. Vengo a presentarme ante Furia, líder de esta manada* —A cada palabra que salía de su hocico, el lobo de un solo ojo quedaba más perplejo. No podía creer que un lobo como él hubiera podido derrotar a Trueno y mucho menos que descendiese de los mejores Thunder Wolfs de la historia.

—Yo soy Furia, jefe de la manada del Oeste por méritos propios —comenzó la presentación, mientras enseñaba sus colmillos de color plata—. No me creo que hayas derrotado a Trueno, seguro que le encontraste moribundo y le diste el último mordisco —le acusó.

—¡No fue así! —exclamó Cuzo, exaltándose por tan inciertas palabras.

—*¡Basta, Cuzo!* —ordenó Viento, antes de que pudiese ofender a Furia, para evitar el conflicto. Redirigiendo la conversación—. *La situación fue muy diferente. Nunca quise el liderazgo de la manada, vine de Las Tierras de la Eternidad por error, regresando al hogar de mis antepasados. Pero al igual que tú, Trueno dudó de mi palabra retándome a un duelo a muerte bajo la mirada de su hija y tres lobos de su confianza. Dos de ellos están aquí presentes.*

—Dudo mucho que pudieses con Trueno —prosiguió con sus dudas—. Él mismo me hizo esta cicatriz, dejándome con solo un ojo en la lucha por el liderazgo de las cinco manadas hace unos años —se dirigió a los otros dos lobos, ignorando la presencia de Kenji en su forma lobuna— Astilla, Cuzo, ¿Es cierto lo que dice? —los dos Thunder Wolfs asintieron con la cabeza al unísono—. Parece ser que llevas razón, ¿Viento? —le preguntó por su nombre.

—*Sí, ese es mi nombre: Viento* —contestó, sin perder la compostura, aunque le estaba costando mantenerla.

—¿Qué habéis venido a hacer a mis dominios? Dudo mucho que sea solo para presentaros, son muchos kilómetros—expresó su preocupación, mirando por primera vez a Kenji—. Además, dime, ¿quién es ese?

—*Él es mi mejor amigo, Kenji* —le presentó Viento, mientras Kenji adoptaba su forma humana haciendo una reverencia al jefe de la manada del oeste, mostrándole sus ojos.

—Ojos morados, no puede ser —dijo dando un paso hacia atrás sin perder a Kenji de vista—. El dios que vino a llevarse a Rayo y Garra tenía esos mismos ojos.

—*Es el único descendiente vivo, el heredero legítimo del dios lobo* —afirmó Viento, antes de proseguir con la respuesta a su otra pregunta—. *En cuanto a la otra cuestión. Hemos venido para hacer un trato, una alianza. Los grupos de animales de los que nos alimentamos están cambiando de zona en busca de pastos más verdes. La población de la manada está mermada, hay cada vez menos crías y más lobos ancianos. Por esa razón queríamos proponerte la unión de nuestras dos manadas.*

—Viento, Viento, Viento —comenzó a andar de un lado a otro como si estuviese encerrado en una jaula con barrotes—. Es cierto lo que dices, mi manada está en la misma situación. Lo que me estas pidiendo es que te deje al mando de las cinco manadas. Si hubiese la posibilidad de forjar una alianza por matrimonio. Pero no la hay, con toda seguridad el astuto de Trueno te habrá unido a su hija Brisa con su última voluntad.

—*¿A dónde quieres ir a parar, Furia?* —preguntó Viento, adivinando hacia donde se dirigía.

—A donde ningún alfa quiere ir a parar —dijo mirando a una loba de su edad que asentía con la cabeza—. No me dejas elección, joven jefe. ¡Te reto a un duelo por el liderazgo y la supremacía de las cinco manadas de Bestiary!

—*Sabía que pasaría esto* —confesó Viento—. *Empecemos.*

Los dos lobos se enzarzaron en una confrontación. Los integrantes de los dos bandos aullaban animando a su alfa. La edad de Furia le impedía seguir el ritmo de Viento, su juventud le hacía más peligroso. Esquivaba cada dentellada con habilidad, solo unas pocas le hicieron heridas superficiales. Viento lanzó un mordisco certero, los colmillos del joven alfa se hundieron

atravesando la carne. La sangre manó a la vez que un gruñido de dolor salía del hocico de Furia que se tambaleó. Sus patas le temblaban. Viento se separó a una distancia prudencial manteniendo la atención al combate.

—¡Esperad! —dijo Kenji antes de que se lanzasen a la batalla ambos jefes—. Creo que podemos llegar a un acuerdo, si me lo permitís.

—*Kenji, no te entrometas* —gruñó Viento. Sintiendo que amenazaba su liderazgo.

—Tú eres el Alfa, tú decides, no voy a socavar tu autoridad —dijo en alto al notar sus sentimientos—. Solo doy una alternativa a esta lucha. Como bien habéis dicho sois pocos, no tiene por qué morir ninguno de los vuestros y Furia no tiene intenciones de rendirse. No va a perder a manos de un extraño.

Viento miró a Furia que se desangraba tras la última acometida de sus dientes afilados.

—¿Qué acuerdo? —dijo Furia con el pelaje erizado, gruñendo como un perro rabioso al que habían parado en mitad de una victoria no tan segura. Sinténdose cada vez más débil.

—Accede a lo que te ha propuesto Viento, serás su comandante en esta manada como lo fuiste con Trueno. A cambio te curaré y te devolveré tu ojo derecho. Estará intacto como si nunca te lo hubiesen arrebatado.

—Inténtalo, descendiente de Vaél —dijo sentándose sobre sus patas traseras, intentando relajar la postura y dejando de gruñir—. Si lo consigues, haré lo que me pides e incluso le acompañaré a ver al resto de jefes de manada —Kenji miró a Viento que asintió a lo que el muchacho intentaba hacer para acercarse hasta Furia, aun reticente por el cese del combate.

El joven se puso de cuclillas en frente del jefe de la manada. Los cazadores de Furia se pusieron alerta. Ellos protegían a su alfa bajo cualquier circunstancia. Colocó las manos curando las heridas ocasionadas por Viento. Acto seguido las impuso sobre el ojo que tenía inutilizado desde hace años. Cerró los ojos, concentrándose en su respiración. ¿Cómo podría lograrlo? Pensó en el poder de regeneración de tejidos de Shika, el dios ciervo. No sabía si serviría para un tejido que lleva tiempo cicatrizado. Si no lo intentaba, no había más remedio que luchar por la supremacía, lo cual era un desgaste de energía innecesario y un riesgo para ambos contendientes. Antes de proseguir con la tarea, exhaló un largo suspiro

dejando sus pulmones casi sin aire. De sus manos surgió un fulgor, morado, brillante.

—Un momento, Kenji. —dijo Furia, interrumpiéndole—. Déjame la cicatriz para que me reconozcan los otros jefes —al escucharlo asintió con la cabeza, antes de seguir con lo que estaba dispuesto a ejecutar.

En su mente comenzaron a aparecer las células de regeneración, vivas moviéndose de un lado a otro. Tal como le había enseñado su maestro en el arte de la magia natural, redirigió todas esas células hacia el globo ocular dañado de Furia. Aceleró su actividad, hasta que notó como el tejido enquistado empezó a moverse volviendo a la vida lentamente. Siguió con la regeneración unos minutos más, casi no notaba el vacío de vida dentro de la cavidad.

Furia comenzó a sentir calor, un calor que le quemaba por dentro como una barra de hierro candente. Apretó los dientes, evitando gruñir por el dolor de la regeneración de tejidos y no parecer débil a los ojos de los suyos. Kenji separó las manos del ojo de Furia, haciendo desaparecer el fulgor que de ellas salía. Abrió los ojos morados para ver el resultado. La cicatriz seguía allí, tal como le había pedido el Thunder Wolf, pero al abrir el párpado su ojo derecho ambarino, volvió a ver la luz del día.

—¿Cómo lo has logrado? —preguntó Furia mirándole perplejo.

—Soy descendiente de un dios y alumno del más poderoso de ellos, Taka. Aunque nunca llegaré a estar a su altura —dijo cabizbajo, rememorando la primera vez que vio el poder que ostentaba el dios del cielo y las recientes voces que invadían su mente.

—Eso no puedo valorarlo, no conozco a Taka —dijo Furia.

—Te caería bien—comentó, melancólico por algo que solo él y Viento sospechaban, en ese plano.

—Estoy seguro. Muchas gracias Kenji —Furia, se dirigió a Viento en voz alta para que lo escuchase toda la manada—. Te saludo Viento, jefe de nuestras dos manadas y futuro líder de las cinco que reinan los océanos de hierba y piedra de nuestro mundo. Prometo servirte, aconsejarte y acompañarte a ver al resto de los jefes para asegurar el porvenir de nuestra raza —Hizo una reverencia seguido por todos los integrantes de la manada, situados a su espalda.

—Será un honor contar con tu sabiduría—dijo Viento en tono de agradecimiento por el gesto—. *No hay tiempo que perder, si os parece bien*

partiremos mañana al amanecer.

La mirada de Furia se fijó en el apagado Kenji. Estaba apenado, gris como un día de otoño lleno de nubes negras. A su mente acudió una idea, más bien algo que le podría hacer mucho bien al joven descendiente de Vaél. Se pegó al cuerpo de Kenji, dándole un suave cabezazo en el costado haciéndole salir de sus pensamientos.

—Viento, ¿podríamos retrasar la partida? —preguntó sin esperar a que el joven hablase.

—¿*Por qué?* —dijo Viento intrigado.

—Kenji parece estar triste, he pensado que podíamos viajar a la cima de la montaña en la que estamos, se llama La Puerta del cielo. En su punto más álgido, donde ya no se puede ver por las nubes, existe una ciudad de seres alados. Sus plumas son blancas, relucientes a la vista de quien las mira. Servían a un dios del cielo, aunque no me acuerdo de su nombre —la cara del joven se iluminó al escuchar esas palabras, había servidores de Taka en Bestiary—. Creo que sería bueno que los conociese.

—*Los Alas Blancas* —Viento miró a Kenji con cara de desconfianza—, *solo espero que no sean como Nakuma.*

—¿Quién es Nakuma? —preguntó Astilla, interviniendo por primera vez.

—*Era un Alas Negras que traicionó a los dioses, aliándose con el enemigo. Consiguió asesinar a una diosa, pero Kenji acabó con él.* —explicó Viento a sus congéneres de manera breve.

—Estos son muy diferentes. En épocas en las que el frío, el hambre, atenazan a nuestra manada, nos ayudan en todo lo que pueden para subsistir —las palabras del jefe, sonaban llenas de cariño hacia esos seres alados.

—*Iremos a verlos por la mañana* —Viento tomó la decisión, sin vacilar—. *Furia, elige dos de tus mejores guerreros para que nos acompañen en la subida.*

—Así lo haré —Asintió—. Por el momento, podemos comer algo y descansar. La noche se acerca, estaréis agotados del largo viaje.

Los Thunder Wolfs, siguieron a Furia para cenar antes de irse a dormir. Kenji los acompañó, escuchó historias de lobos pasados que luchaban contra gigantes, contra dragones y otros muchos seres de los que no conocía los nombres. Varias hablaban de los antepasados de Viento, batallas increíbles de las que salían victoriosos demostrando su fuerza y poder. El

orgullo de su amigo lobuno iba en aumento, aunque él había escuchado muchas de cachorro. La noche se cernió sobre ellos tiñendo de negro la entrada de la cueva, hogar de la manada del oeste. Los lobeznos fueron los primeros en irse a dormir, seguidos de los más ancianos y por último los restantes.

La mente de Kenji no dejaba de trabajar, las voces comenzaban a invadir sus pensamientos de nuevo. Al mirar alrededor, vio a casi todos los presentes que estaban de viaje al mundo de los sueños. Era muy tarde para tocar la Canción del Cielo, sin que alguno de ellos se despertase por la melodía. Decidió meditar unos minutos antes de irse a descansar, al amanecer cogería la flauta e interpretaría la canción al menos una vez antes de subir a la cumbre de la montaña.

El transcurso de la noche se hizo lento, pausado. Kenji había soñado, por así decirlo, con los sucesos de la batalla de Lukwos. Su pelea con Hakai enviándole al Cosmos Oscuro. El inicio del enfrentamiento de Ryoko con su prima Ayame, sus dos mejores amigas de la infancia. La muerte de Nakuma, su confesión. Por último, cómo se le apartó de la batalla, viendo solo un resplandor antes de cerrarse el portal hacia Bestiary. Se sentó sobresaltado en el suelo de piedra. Las gotas de sudor cubrían su cuerpo, su respiración estaba agitada. Miró hacia todos lados, en busca de sus amigos y compañeros, ninguno, aparte de Viento, estaba allí.

Se llevó las manos a la cabeza, apretando con fuerza como si quisiese aplastarla como una fruta madura. Los recuerdos de la batalla, le atormentaban. Pero nunca habían sido tan vividos como esa noche. Los primeros rayos de luz del nuevo día, comenzaban a tocar la piedra de la entrada. Los lobos seguían dormidos. Kenji se irguió sin hacer ruido, cogiendo el instrumento, para salir con todo el sigilo posible.

Una vez fuera de la cueva, se acercó a un árbol frondoso de hojas tiernas. Se sentó apoyando su espalda sobre la corteza del tronco. Los susurros de las voces del día anterior, se habían convertido en conversaciones a un nivel de voz normal dentro de su cráneo. Si seguían a ese nivel de progresión, al día siguiente estaba seguro de que las sentiría como si fuesen gritos de auxilio que terminarían por desquiciarle. Agarró la flauta con fuerza aproximándola hacia la comisura de sus labios y comenzó a interpretar la Canción del Cielo cerrando los ojos, centrándose en sus propios sentimientos. Después de finalizar la pieza musical una sola vez se sentía

mucho mejor, las voces apenas se escuchaban como el murmullo de un riachuelo lejano en la distancia.

Abrió los ojos, encontrándose delante a Viento y otros tres acompañantes del clan de lobos de Furia. Todos y cada uno de ellos estaban sentados sobre sus patas traseras, parecía que habían estado escuchando la canción atentamente. Viento se levantó, acercándose a él.

—*Es hora de partir hacia la cima, amigo mío* —dijo con suavidad. Kenji asintió a la frase de su amigo lobuno.

Abandonó su asiento entrando a la cueva a por Guardiana, ajustando la vaina a su cuerpo y guardando la flauta travesera con ella. Furia abrió la marcha hacia la cima por senderos no marcados para el uso de elfos ni humanos. Según ascendían el aire se volvía más denso, difícil de respirar para alguien que no estuviese acostumbrado. Las nubes estaban cada vez más próximas a sus cabezas o ellos más próximos a las nubes dependiendo del punto de vista. Hubo un momento en el que Furia dio una orden de agarrarse con el hocico a la cola del compañero, estaban metidos entre las nubes y la visión era casi nula. Al cabo de muchas horas de viaje, dejando las esponjosas nubes a sus pies, llegaron a unas puertas de metal plateado, resplandecientes como un sol de verano.

—Hemos llegado —dijo Furia a sus acompañantes, mirando a Viento y a Kenji en especial—. Bienvenidos a La Puerta del Cielo, hogar de los Alas Blancas.

Capítulo VI

OceanofPDF.com

El Gran Elohim

Las puertas de la ciudad de los Alas Blancas permanecían en absoluto silencio. En la cima de las murallas no había ni un solo guardia vigilando, como si estuviesen convencidos de que nadie les iba a poder atacar y por eso no necesitaban seguridad. Furia arañó con fuerza las puertas de metal, generando un ruido chirriante molesto a los oídos de todos. Tras varios minutos de espera, sonó un postigo al retirarlo de las puertas. Una de las hojas de metal se abrió dejando a la vista a dos jóvenes de alas blancas, vestidos como guerreros de la antigua roma y armados con lanzas.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —preguntó en más joven de los dos, con aire intimidante.

—¿Furia? —preguntó el otro guerrero alado con asombro.

—Sí, soy yo —dijo el Thunder Wolf—. Hemos venido a ver a Elohim.

—¿Quién es Furia? —dijo indignado su acompañante, mientras seguía apuntando con la lanza.

—Como se nota que eres uno de los nuevos guardias de la ciudad —dijo, antes de darle una orden explícita—. Ve a avisar a Elohim, dile que tenemos visita.

El soldado abandonó su posición de superioridad. Corrió montaña arriba a todo lo que le daban las piernas, sin desplegar ni una sola vez las alas para echar a volar. El soldado que se quedó con los lobos le miró hasta que desapareció de su vista. Se volvió hacia los visitantes con una actitud relajada y mucho más amable que antes.

—Pasad, os acompañaré—miró uno por uno a los lobos como si quisiese averiguar qué había en su interior. Al mirar a Kenji en su forma de Thunder Wolf, le detuvo con una mano—. ¿Tú quién eres?

Kenji abandonó su forma de lobo cambiando poco a poco ante los ojos del ser alado, hasta completar su forma original. Una vez en su forma humana, descubrió que el guerrero alado era más alto que él. Aunque la expresión del rostro se había paralizado al verle. Clavó sus ojos morados en el soldado, antes de dirigirle la palabra.

—Mi nombre es Kenji, soy nieto del dios lobo Vaél y discípulo del dios del cielo, Taka —al escuchar esas palabras el guardia relajó el gesto.

—Bienvenido a La puerta del Cielo —dijo agachando la mirada al suelo.

—¿Cómo me has descubierto? ¿Por qué puedes hablar con los Thunder Wolf? —quiso saber Kenji.

—Taka enseñó a mi señor, Elohim, a comunicarse con todas las criaturas y a ver su aura —explicó con brevedad en sus palabras.

—Guíanos hasta él —dijo con una voz determinante. El joven guerrero giró sobre sí mismo para comenzar a subir lo que quedaba de la montaña hacia la casa de Elohim.

—Kenji, *¿no crees que has sido un poco borde con el chico?* —preguntó Viento, colocándose a su lado.

—Es posible, pero ha sido capaz de descubrirme en mi forma lobuna. No podía arriesgarme —contestó a su amigo.

—*Lo comprendo, pero con Elohim deberías ser más amable. Por lo que me ha contado Furia, fue el general de los ejércitos del dios del cielo, en la primera guerra de los dioses* —la información que le acababa de revelar Viento, hizo que se planteara su forma de actuar.

—Le trataré con el respeto que merece —aseguró.

La ascensión de la montaña pronto se adornó con casas de aspecto circular, ancladas a la piedra de la montaña. Sus estructuras eran una mezcla de metales y maderas flexibles proporcionándoles una gran resistencia los elementos climatológicos. Tras varias horas de subida llegaron hasta la casa circular más grande. Esta tenía el tejado de maderas teñidas de oro, dos fornidos guardias de pelo rubio oscuro con espada y escudo protegían la puerta. El joven guardia de la entrada se acercó a susurrar unas palabras a uno de los otros guardias. Uno de ellos entró a avisar de la nueva información al jefe de la ciudad. Tras unos segundos de reflexión, Kenji se percató de que el otro soldado que había venido de avanzadilla no había aparecido. Tocó en el hombro al joven guardia de la puerta, haciendo que se sobresaltase.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó con voz serena.

—Le han enviado a limpiar las fraguas del cielo, por abandonar su puesto e irrumpir con malos modos —susurró para que le escuchasen el resto de guardias.

La puerta se abrió saliendo de ella el custodio de la puerta. Este miró a Kenji y a sus ojos morados, examinándole con los suyos gris claro. Levantó la mano derecha señalándole con el índice. Kenji esperó.

—Tú, entra en la casa de Elohim —hizo una pausa, su voz parecía forzada—. Solo tú, nadie más —Kenji miró a Viento.

—*Entra, te esperaremos aquí* —dijo, intentando relajar la situación.

Pasó entre los dos musculados guardias, accediendo. La iluminación interior era tan blanca que se parecía a las versiones del cielo cristiano que habían retratado tantas veces en las películas de Hollywood. Frente a él acomodado en una silla de madera noble con tallas finas, se hallaba un hombre rubio con barba recortada. Sus ojos verde claro como el color de las olivas. Sus alas blancas resplandecían, aunque no tanto como la iluminación de la sala. Se puso en pie al verle, mediría unos dos metros de alto. En su mano derecha portaba una espada con el guardamano de alas doradas y en el centro un ojo de diamante. Avanzó hacia él unos pasos. Su mirada indagó en el interior de su alma. Se mantuvo unos instantes sin pronunciar palabra, su semblante no mostraba ninguna emoción, su mirada no mostraba cambios. Después de tanta tensión acumulada en el ambiente, habló.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó con voz gélida.

—La verdad es que me encuentro un poco perdido. Tengo una difícil situación y Furia me aconsejó venir a verlos —midió sus palabras ante el jefe de la ciudad—. Dijo que podría venirme bien.

—¿Por qué no os ayuda el dios del cielo? —dijo intrigado.

—Porque no creo que pueda hacerlo en estos momentos —contestó sin ampliar información al respecto, pero sin mentirle.

—¿La diosa de la mentira ha vuelto a actuar? —prosiguió con el interrogatorio.

—Peor aún, el dios de la destrucción —dijo, para asombro de Elohim.

—Entonces Taka y todos los demás están perdidos. Ninguno iguala su poder, ni mi ejército, ni siquiera tú —afirmó con desesperación. Elohim dio la vuelta y se dejó caer con pesadez en el sillón de madera—. ¿Cómo es que no estás con él?

—Me obligó a viajar a este plano, en medio de la batalla. Desde entonces no puedo abrir portales de viaje. Es frustrante —confesó ante el Alas blancas.

—El dios del cielo tenía una flauta como esa —dijo al verla, colocada a la espalda de Kenji—. Siempre que la tocaba me decía que era muy importante para el futuro del cosmos y sus habitantes e incluso me habló varias veces de una profecía.

—¿Una profecía? —preguntó Kenji, recordando algo parecido.

—Sí, estaba escrita de manera antigua, ¿Cómo era? —dijo rascándose la cabeza, mientras intentaba recordar—. Ya me acuerdo. Era algo así:

“La noche se cernirá en el primer mundo creado,
Se levantará contra sus congéneres el más impío,
Destrucción, devastación será el camino creado,
Más los que creen en la paz, darán un heredero.

Criado lejos del caos, en un mundo nuevo,
Desconocedor de su poder, hallado e instruido,
aumentado su poder con el tiempo,
Vagará por un sendero de sufrimiento,
Perdiendo todo lo que un día le importó.

Llegará el día en el que alzaré su mirada al cielo rojo,
Portará sus armas en las manos, de dolor lleno,
Se enfrentará a los más poderosos del cosmos,
Acabando con todo lo que generó dolor,
Se sentará en las Llanuras de Plata, sobre el trono,
Siendo rey, proclamado por todos.”

Al terminar de recitar la profecía de la que tanto le habían hablado, miró al joven descendiente de Vaél. Kenji tenía la mirada triste, de sus ojos salían unas lágrimas que recorrían lentamente su cara hasta caer al suelo. Sacó la flauta de su sitio en la espalda y llevándola hacia la comisura de sus labios, con gran pesar en su corazón por la arrolladora profecía, comenzó a tocar la Canción del Cielo que tantas veces le había hecho repetir Taka. La melodía invadió la sala al completo, haciendo que Elohim se sintiera como cuando era más joven. En un tiempo en el que vivía bajo la tutela del dios del cielo, su señor. Una vez finalizó su interpretación, bajó el instrumento y lo guardó.

—Ha sido precioso, una interpretación a la altura del mismísimo Taka —dijo Elohim, esbozando una leve sonrisa—. Desde que has llegado a esta tierra, ¿Qué te ha sucedido?

—Me han empezado a acosar voces, sentimientos, nacimientos y muertes de todos los seres vivos que existen. Mis poderes están intactos exceptuando el de abrir portales —comentó para ponerle al día.

—Al Señor del cielo le sucedía lo mismo, pero al tocar esa melodía se serenaba casi por completo —explicó con toda la tranquilidad que había en su interior, Elohim—. ¿Y qué hay de las visiones del pasado, presente y futuro? ¿Las tienes también?

—De momento me acechan visiones del pasado, de los dioses, sobre todo —respondió Kenji, pensando en cuál sería la siguiente etapa de sus visiones.

—Si es tu deseo, puedes quedarte aquí una temporada hasta que puedas regresar a tu hogar —le propuso.

—Sería una buena idea, aunque a estas alturas no tengo muy claro cuál es mi hogar —dijo apenado—. En el Mundo de los Hombres no me queda nada y en las Tierras de la Eternidad es muy probable que tampoco, a causa de Hakai.

—Intenta serenarte, todo sucede por alguna razón —le puso la mano sobre el hombro—. Es posible que la profecía hable de ti —Kenji alzó la cabeza dudando mucho que fuese él.

—En el caso de que sea cierto, mis ejércitos y yo mismo lucharemos a tu lado para derrotar al dios de la destrucción.

—Lo descubriré, pero antes tengo que desvelar el pasado. Desentrañar sus misterios.

—Está bien, lo veremos sobre la marcha —asintió Elohim, sonriente—. Tus amigos, los Thunder Wolf nos están esperando.

Al salir de la vivienda, los soldados que guardaban la entrada se apartaron para dejar paso a Elohim y a Kenji. Los lobos estaban sentados sobre sus patas traseras, al verlos salir se irguieron a la espera de noticias de la reunión. Kenji se acercó a Viento y se agachó para darle un abrazo. Al separarse Viento le dio un lametazo en la cara en señal de afecto.

—Kenji, ¿Qué sucede? —preguntó Viento sin dar tiempo a que hablase su amigo.

—Voy a quedarme una temporada con los Alas Blancas. He de escrutar el pasado más rápido para que podamos regresar a las Tierras de la Eternidad, para volver con Ryoko y el resto de nuestros amigos y quizá ellos puedan ayudarme —dijo sin ganas de separarse del lobo.

—*Nosotros debemos emprender el viaje a las tierras del norte a ver al jefe Roca y después a los dos jefes restantes. ¿Estarás bien aquí?* —preguntó preocupado.

—Creo que sí —afirmó Kenji mirando a su alrededor—. Si me necesitas, mantendré aumentada nuestra conexión, solo tienes que llamarme y acudiré allá donde estés.

—*Me parece bien, no me gusta la idea de dejarte aquí.*

—Lo sé, pero es algo que debo hacer —dijo antes de que Elohim añadiera.

—Ve tranquilo, no dejaremos que le pase nada. Furia sabe perfectamente la forma de ser y de actuar de mi pueblo. Nunca haríamos daño a nadie que no se lo mereciese —las palabras de Elohim sonaron muy sinceras—. ¿Queréis algo de comer antes de emprender el regreso?

—*No creo que haga falta aún es de día y nos gustaría bajar a descansar para partir por la mañana. ¿Qué decís chicos?* —preguntó Viento a sus acompañantes. Todos los Thunder Wolf asintieron en emprender el descenso para no demorar su viaje.

—Tened mucho cuidado —dijo Kenji al grupo de lobos.

—¡Lo tendremos no te preocupes! —exclamó Cuzo con mucha alegría.

—Cuidaremos de Viento —prometió Astilla, rozando su lomo contra Kenji.

—Mis guerreros y yo haremos lo mismo, estoy en deuda contigo amigo mío —dijo Furia, guiñándole su recién recuperado ojo derecho.

—*Nos veremos muy pronto, recuerda que estamos conectados desde el día en el que me llamaste desde los Bosques del Renacer* —Kenji le dio un último abrazo a Viento, separándose para dejarle ir con los demás.

Los Thunder Wolf bajaron el camino hasta las puertas de metal, traspasándolas, bajo la mirada de los Alas Blancas y de Kenji. A los pocos minutos de bajada desaparecieron entre las nubes. Los integrantes de la sociedad regida por Elohim, regresaron a sus quehaceres en cuanto vieron desaparecer al grupo de lobos, cerrando las puertas de la ciudad y colocando de nuevo el postigo.

Elohim le pidió que le siguiera, quería mostrarle todo lo que había en la ciudad de los seres alados. Se dedicaban a diversas actividades, en lo que más se involucraban era en mejorar sus artes guerreras y sanadoras, con la esperanza de que llegara el día de volver a la batalla por el dios del cielo. Uno de esos guerreros era una mujer de tez rosada. Sus cabellos rojizos volaban por el aire a cada movimiento de su cuerpo y sus ojos verdes, al igual que su espada, no perdían de vista el objetivo de su ofensiva.

—Se llama Anael, es mi hija mayor y capitana de la élite de los espadachines alados —dijo Elohim al ver el interés que le suscitaba a Kenji esa escena—. ¿Habías visto algún guerrero alado antes?

—Solo uno. No es que nos lleváramos muy bien —dijo, antes de desvelar el nombre del susodicho—. Se llamaba Nakuma, era un Alas Negras —Elohim torció el gesto, conocía ese nombre.

—Era el hijo de mi hermana Kaliel, pero ya te contaré su historia en otro momento. Prosigamos la visita por la ciudad, aún queda mucho por ver —desvió la atención de Kenji hacia otros menesteres.

Al principio, Kenji pensó que la ciudad era más bien pequeña. En sus cálculos entraban como unos quinientos habitantes, hasta que llegaron al borde en el otro extremo de la montaña. Al mirar hacia abajo pudo ver cientos de casas ancladas a la pared pedregosa. Algunos de los alados volaban en picado hacia la tierra, regresando con una pieza de caza entre sus brazos a los pocos minutos como si fuesen aves de presa. La cara de asombro de Kenji era notable, al ver sus cálculos echados por tierra.

—Somos algo más de mil guerreros y guerreras alados, sin contar a los niños. En la Puerta del cielo todos esperamos el regreso de Taka para luchar a su lado —las palabras de Elohim, hicieron que luciese un rayo de esperanza.

—Taka quería que fuese su sucesor —dijo a Elohim, que se tornó serio—. Lo único malo es que, según sus palabras, él tenía que morir para que yo adquiriera su poder. Al apartarme de la batalla, desconozco si está vivo o no, aunque creo que sé la respuesta.

—Deberás descubrirlo, para confirmar tus sospechas —contestó el jefe de los seres alados—. Si es como has dicho, te seguiremos a la batalla.

—Me parece justo —dijo Kenji, antes de añadir—necesito seguir con las visiones, pero no tengo claro si puedo tenerlas voluntariamente. Un sitio tranquilo podría servir.

—Sígueme, aún queda alguna casa vacía de los guerreros caídos en la guerra contra los gigantes —Elohim inició la marcha a una de las casas cercanas a donde se hallaban.

Entraron en una casa circular con paredes de piedra grisácea con vetas blancas. El techo estaba hecho de madera y paja, consistente para resistir la lluvia y el viento. Había una cama doble con un arcón a sus pies, una mesa con dos sillas y una chimenea para calentar la estancia. Todo estaba limpio y ordenado como si aún viviese alguien en ella.

—Mandamos limpiar a menudo las casas que no están habitadas para que no se derrumben. De esa manera, los jóvenes al independizarse tienen una casa en la que vivir —dijo Elohim tranquilizándole—. Aún es pronto para cenar, quedan unas tres horas. Si quieres puedes descansar, te avisaré para que nos acompañes.

—Muchas gracias —dijo Kenji haciendo una leve reverencia.

Elohim salió de la casa, cerrando la puerta tras de sí. Kenji se quedó a solas con sus pensamientos. Se sentó con las piernas cruzadas, desató los ajustes de la vaina de Guardiania dejándola sobre la cama. Irguió la espalda, reposando las manos sobre los muslos y cerró los ojos. El silencio de la habitación le hizo transportarse rápidamente a la Isla de los Sueños donde Taka, estaba sentado en la misma posición. Los dioses estaban sentados detrás. Sus espíritus parecían estar en paz. Los animales que paseaban a su alrededor no les hacían salir de su concentración. Los minutos pasaron, sin que Kenji notase nada fuera de lo común. Un haz de luz morada aterrizó frente al dios del cielo.

—¡Taka, necesito de tus servicios! —ordenó haciendo que los ojos dorados de este se abriesen para mirarla.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Hace varios meses, más bien años, os dejé para ir en busca de mis hermanos. Encontré a Hozen que había creado otro plano más. Un lugar a donde las razas inteligentes que adquirieran poderes limitados, pudieran ir después de su fallecimiento para tener una segunda vida rodeados de iguales.

—Parece un buen lugar para vivir, si eres esa especie de ser mágico —alegó Taka, esperando a que Sōzō siguiese con su relato.

—Le ayudé a dar unos últimos toques para que quedase como él deseaba. Inmediatamente después fuimos a buscar a Hakai. No le

encontramos, pero sí un lugar idóneo para crear un plano para todo tipo de criaturas salvajes. Lo creamos, con paciencia durante semanas. Hozen avanzó esa tierra en el tiempo. En ella hay montañas, valles, ríos, selvas, bosques mucho más grandes que en las Tierras de la Eternidad —el relato de la diosa, estaba dejándole fascinado. Tenía que visitar todos esos planos para maravillarse con ellos.

—Hasta el momento no veo nada que sea extraño o que necesite de mi ayuda—dijo el dios del cielo, esperando una razón plausible de la visita de la diosa que le dio la vida.

—Ahora voy a eso, necesito ponerte al día de todo lo sucedido, Taka —dijo en tono de regañina, sin dejar de mirarle—. A raíz de la idea del plano de las bestias, me surgió la idea de un plano totalmente acuático. Se la conté a Hozen, muy ilusionada. Mi hermano me dijo que fuera a crearlo. Él se encargaría de buscar a Hakai y, cuando lo encontrase, viajarían a donde estuviese. Creé un mundo más pequeño que este, lleno de criaturas que pocos seres terrestres podrán ver.

—¿Hozen encontró a Hakai? —preguntó, a la vez que los otros cuatro dioses abrían sus ojos para abandonar la meditación.

—Sí, le encontró —dijo cambiando totalmente la expresión de su cara, por una de angustia—. Hozen apareció solo, herido, justo cuando acababa de terminar un arrecife de coral. Le curé las heridas. Cuando se recuperó, me contó que habíamos creado, entre los tres hermanos, un total de siete planos de la existencia. Hakai creó uno en el que inició una guerra, para ver que especie inteligente y belicosa era la que merecía la supremacía sobre todas las demás. Todas ellas le adoraban como un único dios e incluso entre las mismas especies, peleaban entre sí.

—¿Cómo llegó a estar herido Hozen? —preguntó Kyōfu, mirando extrañada con sus ojos verdes, recordando al dios del tiempo y la conservación.

—Fue a convencer a Hakai para que detuviese toda esa locura. Al negarse, le dijo que volveríamos los dos para encerrarle. Se dio la vuelta para emprender el viaje y Hakai le atacó con todo lo que tenía, antes de desaparecer su estela. Luego llegó a mí, en esas condiciones.

—¿Podemos ayudarte? —dijo Genbu, poniéndose en pie con los puños cerrados, seguida por el resto de los dioses menores.

—No, pequeños míos —detuvo su ímpetu aun juvenil, la diosa de la creación—. Esta vez por lo menos, vosotros os ocuparéis de regir las Tierras de la Eternidad en nuestra ausencia. Genbu, para ti están dispuestas las tierras del oeste. Seiryu, para ti los mares y el Reino de las Brumas al este. Para Kyōfu las frías tierras del norte y para Kuroihi los páramos del sur. Proteged a sus animales y cuidadlos. Mientras tanto Taka, mi hermano Hozen y yo misma, nos encargaremos de encontrar a Hakai en ese nuevo plano, le abatiremos y le encerraremos, en el peor lugar posible, vigilado por Hozen y por mí por toda la eternidad.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Taka a la diosa.

—Ahora mismo, prepárate —miró a los ojos de cada uno de los otros dioses menores—. A cada uno de vosotros os enviaré a vuestros reinos.

Se acercó hasta Genbu la diosa de la tierra, le tocó en el brazo haciéndola desaparecer con un haz de luz color ocre. Siguió acercándose a Seiryu la diosa del agua, con el mismo gesto partió en un haz de luz color cian. Repitió el gesto con Kyōfu la diosa del aire, viajando en un haz de luz blanca y por último con Kuroihi el dios del fuego oscuro, que comenzó su viaje en un haz de luz verde y negro. Una vez a solas, Sōzō se giró hacia Taka que estaba terminando de ajustarse las tiras de cuero de sus sandalias.

—¿Preparado? —preguntó, con un poco de prisa.

—Sí —asintió, sabiendo que ese era su deber.

La diosa de la creación se le acercó, enlazando su brazo al de Taka, elevó la mirada saliendo despedidos en un haz de luz morada y oro hasta desaparecer del plano en el que habitan los dioses. Kenji abrió los ojos después de su visión. La habitación estaba vacía, seguía en soledad como le había dejado hacía un rato Elohim. Se levantó de la cama, estirando los músculos agarrotados por la posición inmóvil que había mantenido. Cogió a Guardiana de la cama, ajustando las correas de la vaina a su cuerpo, dispuesto a salir a pasear por la ciudad de los Alas Blancas.

Al abandonar la protección de la casa, que le había asignado el líder de los seres alados de La Puerta del cielo, pudo ver las estrellas. Unas brillaban con una luz tenue, indicando que se habían extinguido hacía mucho tiempo. Otras parpadeaban como cuando alguien te guiña un ojo. Otras lucían con tal intensidad que dejaban ver el camino por el que se debe ir en plena noche. Kenji se encaminó hacia la casa de Elohim por el mismo sendero pedregoso que le había mostrado horas antes.

Al pasar por el sitio donde había visto a Anael, estaba vacío. Prosiguió hasta llegar a la puerta de la casa de Elohim, alzó la mano para llamar con el puño cerrado. La puerta se abrió, incluso antes de llamar. La joven de cabellos rojizos apareció ante él con una mirada de sorpresa. Recuperó la compostura asombrosamente rápido, antes de hablarle.

—Iba a buscarte para que te unieras a nosotros en la cena —dijo con un tono sereno, muy suave para lo que estaba acostumbrado.

—¡Muchas gracias! —exclamó, sin dejar mucha pausa antes de proseguir—. Salí antes y decidí acercarme.

—¡Gracias a ti por ahorrarme el paseo! —contestó ella, invitándole a entrar sin más preámbulos—. Entra, padre te está esperando.

En la sala principal, habían apostado una mesa alargada con un mantel blanco de lino, unas sillas de madera también blancas. Sobre la mesa había unas bandejas con carnes de ave asadas y algunos platos con bayas de las montañas de todos los colores. Anael le acompañó hasta el asiento que había designado Elohim a su derecha. La joven, rodeó la mesa para sentarse a la izquierda de su padre.

—¡Bienvenido a nuestra mesa! —comenzó a decirle Elohim—. Hemos traído la mejor selección de bayas y carnes asadas que tenemos. Siento no tener vinos ni otras bebidas especiadas —dijo alzando una copa repleta de agua fresca.

—No importa, el agua me vendrá bien —dijo Kenji con mucha cortesía.

—Una pregunta, ahora que estamos solos —dijo Elohim, mientras hincaba el diente a una zanca de ave—. ¿Cómo es que conociste a Nakuma?

—¿Qué conociste a mi primo, El Bastardo? —dijo Anael abandonando su pose de tranquilidad.

—Sí, le conocí —respondió a la pregunta de la joven guerrera alada, continuando con la de Elohim—. Fue por un error de mi impulsividad. La diosa de la mentira me amenazó con asesinar a todos mis seres queridos si no me enfrentaba a ella yo solo. Decidí hacerle caso, sin decirle nada a nadie partí en su busca. Me enfrenté a ella, perdí y cuando estaba a punto de morir vi como Nakuma alzó el vuelo con ella en los brazos, con sus enormes alas negras. Hemos tenido un par de encuentros más, pero su historia ya no es relevante.

—¿Cómo que no es relevante? ¿Sigue vivo? —preguntó Elohim, queriendo saber todo lo sucedido.

—Antes de que me enviaran a Bestiary, conseguí acabar con su vida por matar a mis padres adoptivos —confesó sin ocultar la cruda verdad.

—Pobre, nunca supo elegir bando correcto. Lo mismo le pasó a su padre, Raziel, y a mi hermana, Kaliel —dijo apenado, Elohim, mirando a su hija de manera fugaz—. Antes de la primera gran guerra de los dioses, los Alas Blancas y los Alas Negras, éramos un solo pueblo. Mi padre regentaba los dos, con mano firme para que fuésemos el orgullo de los ejércitos divinos. Luego llegó la traición de Kitsune a los dioses, iniciando una guerra cruenta. Al ver el poder que ostentaba, el hijo de mi querida hermana y su padre se unieron a la diosa de la mentira jurándole lealtad. Los guerreros de los Alas Negras, poco a poco se fueron uniendo a las filas de la traidora y al final todos los demás, menos los Alas Blancas.

—¿Qué pasó con los supervivientes de los Alas Negras? —preguntó Kenji.

—El dios del cielo, abrió un portal hacia una tierra de fuego y vapores tóxicos, enviándoles allí. Un destierro cruel, si estás acostumbrado a los valles, montañas y aire puro, como aquí —contestó Anael, antes de que lo hiciese su padre.

—¿Como terminasteis en Bestiary? —preguntó Kenji.

—Una vez acabada la guerra, le pedimos a Taka que nos enviase a un lugar donde pudiéramos curar nuestras heridas, tanto físicas como emocionales y donde poder aumentar el número de nuestra especie para futuras ocasiones. Esa guerra casi acaba con nosotros, por esos motivos vinimos a vivir a Bestiary —contestó Elohim con dolor y amargura en la voz.

—Es muy comprensible —dijo Kenji, interiorizando las palabras y el sentimiento del ser alado—. Siento mucho vuestra pérdida —agregó.

—Hace muchos años, tantos que deberíamos haberlo superado, pero aun así es difícil —dijo Elohim con los ojos vidriosos—. Los más jóvenes, han escuchado las historias de nuestros valientes guerreros. Pero su sentimiento de dolor no es como el de los más ancianos. Por cierto, ¿Cómo vas con las visiones? —preguntó cambiando de tema de manera radical.

—Bien, voy avanzando en el tiempo —dijo Kenji intentando ser lo más acertado con sus palabras—. Pero aún no sé lo que estoy buscando.

—Sea lo que sea lo encontrarás, estoy convencido—dijo Elohim con una sonrisa—. No te será tarea fácil ser el sucesor del dios del cielo, pero creo

que lo harás muy bien llegado el momento.

—¿Cómo que va a ser el sucesor de Taka? Eso es imposible, no tiene sentido —preguntó Anael cada vez más alterada.

—Hija mía, Taka ha delegado en este joven descendiente de los dioses para ser su sucesor. Hace tiempo que Taka sabe que un día llegará su fin, soy de los pocos que lo sabían y por ello ha elegido a Kenji —la voz de Elohim se tornó severa.

—Perdón padre por mi impetuosidad —dijo Anael, sonrojada al darse cuenta.

—Sigamos con la cena, mientras nos podrías deleitar con alguna de tus aventuras por las Tierras de la Eternidad o en el Mundo de los Hombres —dijo Elohim mucho más animado que antes.

Se dedicaron a comer los platos de la mesa hasta altas horas de la noche. Kenji les contó como conoció al dios del cielo, como logró llegar con su amiga Ryoko, su adiestramiento en los poderes de los dioses y muchas cosas más. La velada se volvió muy alegre. La risa de Elohim, le recordaba mucho a la de su gran amigo Kuma el dios oso. Anael se relajó lo suficiente como para contarle historias de su adiestramiento, amenizando con su voz suave la sala. Se despidió una vez el cansancio, se iba apoderando de su cuerpo. Cuando llegó a la casa que le habían asignado se quitó a Guardiania de la espalda y dejándose caer sobre la cama acolchada, durmió.

Capítulo VII

OceanofPDF.com

El fuego airado

Las visiones acudieron a los sueños de Kenji impidiéndole descansar. Sōzō y Taka habían partido en busca de Hakai hacia meses pues los árboles habían tornado su color verde a los ocre y tostados más propios del otoño. Los dioses menores que quedaron al cuidado de las Tierras de la Eternidad, disfrutaban de una época de paz. Genbu y Seiryu se habían dedicado a confraternizar con las criaturas que habitaban en sus territorios, intentando hacerles la vida más fácil. Por otro lado, Kyōfu y Kuroihi, intentaban reprimir su impulsividad. Ambos habían sido amenazados por los hermanos de Sōzō y la sola posibilidad de poder vengarse de uno de ellos les resultaba irresistible.

La manera de viajar en el mismo plano por aquel entonces estaba limitada. Los portales únicamente podían abrirlos los autodenominados dioses mayores o verdaderos y el dios del cielo, Taka.

En el sur, donde los páramos aun reinaban, Kuroihi, se entrenaba para una batalla que nunca sabría si libraría. Desde el cielo, cubierto de nubes en ese sombrío día apareció una estela de color oscuro que todos los dioses menores conocían bien. Cruzó el cielo de las Tierras de la Eternidad de norte a sur. Kyōfu, al ver hacia la zona a la que se dirigía, se elevó hacia el cielo con una presión de aire que la lanzó despedida para recorrer la distancia que le separaba de los territorios de su hermano, el dios del fuego oscuro.

Mientras tanto, a escasos metros de Kuroihi, se erguía el dios de la destrucción, imponente con sus ojos negros como la noche y la sonrisa cargada de maldad. Echó un vistazo alrededor, intentando ver si allí se encontraba algún otro dios como sus hermanos o el mismísimo Taka. Al descubrir que estaban solos fijó su objetivo en el joven dios del fuego oscuro. Dio un par de pasos despacio, colocando las manos a la espalda, pavoneándose e intentando mostrar su superioridad ante Kuroihi.

—Dime pequeño bichejo salido de las entrañas del dios del cielo, ¿Dónde se encuentran Taka y mis hermanos? —la voz mezquina de Hakai

taladraba sus oídos. Aun recordaba el día en el que vio la luz y la manera en la que Taka le detuvo cuando iba a atacarle.

—No es de tu incumbencia, Hakai —dijo manteniendo la cabeza bien alta, dejando su orgullo intacto ante la actitud del dios de la destrucción.

—¡Vaya! —Exclamó Hakai sorprendido porque aún no le hubiera atacado demostrando su autocontrol—. Veo que has aprendido a controlar tus emociones bastante bien. En serio, ¿no deseas atacarme?

—¿Acaso importa? —respondió con voz seca.

—En realidad, no importa. ¿Vas a responderme o termino con tu mísera existencia en este mismo momento? —los dientes de Hakai relucieron en una sonrisa que helaba la sangre.

—Puedes intentar acabar conmigo, antes de que yo acabe contigo —la seguridad del joven dios, hizo que Hakai, por un segundo, se replantease el enfrentamiento, pero descartó esa idea pues nadie le igualaba en poder.

El primer ataque lo propinó el dios de la destrucción, una bola de fuego tan ardiente que habría arrasado todo a su paso. Kuroihi se mantuvo firme, viendo como la bola incandescente se acercaba a él hasta estallar en su pecho. Una nube de humo se formó delante del joven haciendo que no pudiese ver nada a través de su gruesa capa. Hakai esperó para ver el resultado de un ataque poderoso, abrasador. Al disiparse la humareda negra, Kuroihi apareció limpiándose una mancha de hollín en el pectoral derecho.

—Tendrás que hacer algo mejor que una bola de fuego, Hakai. Mi cuerpo es una armadura, pocos ataques pueden traspasarla. Ahora, si me lo permites —Mientras hablaba de las manos le salieron unas lenguas de fuego verde y negro que se acercaban al cuerpo del dios de la destrucción a una velocidad vertiginosa.

Hakai esquivó las llamas, únicamente una de ellas le rozó el muslo. La herida debería haberle hecho sangrar, pero en su lugar creó una costra de color verdoso que comenzó a supurar haciendo burbujas. Hakai, miró con odio al joven dios que había logrado tal hazaña contra él, un dios mayor. Juntó las manos con rapidez para no dar tiempo al joven dios a lanzar un nuevo ataque. Esta vez su ofensiva fue mucho peor, generó una luz negra que fue a por Kuroihi. El dios del fuego oscuro, se preparaba para recibirlo, tal y como había hecho con la bola de fuego, pero una fuerza le apartó en el último momento.

Desde el suelo, pudo ver a su hermana Kyōfu. Esta le tendió la mano, ayudándole a levantarse. Hakai, al verles juntos, se enfadó aun más. Ante sus ojos había aparecido otro de los engendros del dios del cielo. Otro ser que no merecía el privilegio de vivir, ni mucho menos de tener poderes divinos. Kuroihi, seguía con la mirada fija en su contendiente, apretó los puños para detener su furia.

—Hermana, ¿Qué haces aquí? —preguntó sin perder la concentración—. Sōzō me dejó aquí para proteger a toda costa el territorio y a sus habitantes.

—Lo sé hermanito, pero no es un enemigo cualquiera. Es uno de los dioses más poderosos que existen. Si me lo permites, lucharé a tu lado y luego me iré a continuar con mis asuntos, —la mirada de Kyōfu también observaba cada movimiento del dios Hakai.

—Dejaos de palabrería, me ahorraréis mucho tiempo al estar juntos. Acabaré con los dos y después iré en busca de Genbu y Seiryu para hacerlas desaparecer también —la afirmación de Hakai hizo que dieran un respingo.

—¿Qué te parece si alimento tu fuego para derretirle como si fuese un tempano de hielo al sol? —preguntó la diosa a su hermano menor.

—Lo estoy deseando, hermana —contestó lanzando las lenguas de fuego en un torrente mucho más potente que el anterior.

Al ver la fuerza de su ataque, Kyōfu alzó las manos hacia el frente alimentando las llamas con un aire huracanado que impedía que el dios de la destrucción pudiera moverse. Las llamas crecieron al contacto con el oxígeno del viento de la diosa del aire volviéndose aún más peligrosas. Hakai, al ver su movilidad reducida correspondió al ataque lanzando el más poderoso de su arsenal. Desde su pecho surgió una luz blanca cegadora que iluminó todo a su paso hasta chocar con las llamas airadas de los dos dioses menores.

El fuego verde y negro fue engullido por la luz blanquecina del ataque del dios de la destrucción. A los pocos minutos la claridad volvió a dejar ver la escena que tenía ante sus ojos. Los páramos sobre los que se hallaban estaban arrasados por la acometida del dios, cubriendo varios kilómetros. A escasos metros de distancia vio al dios del fuego oscuro, agazapado, protegiendo el cuerpo de su hermana la diosa del aire. Su espalda era como el esqueleto de un escorpión, se había quebrado dejando la carne quemada al descubierto.

—Levántate, te doy una última oportunidad —dijo Hakai, sintiéndose invencible de nuevo—. La pregunta es muy simple ¿Dónde están Sōzō y Taka?

—No pienso decírtelo —dijo Kuroihi con voz titubeante a causa de las quemaduras de la espalda, sin dejar de proteger a su hermana que yacía inconsciente.

—Vosotros lo habéis querido así —dijo Hakai, preparándose para lanzar un nuevo ataque.

El crujido de la madera al abrirse la puerta de su alojamiento en La puerta del cielo sacó a Kenji de su sueño. Sobresaltado tomó a Guardiania preparándose para luchar. Se trataba de Anael, venía con dos espadas rectas en la mano, vestida con la ropa de entrenamiento. Mantuvo la compostura, sin alterarse lo más mínimo, mirando a Kenji con su cara de recién levantado.

—Venía para ver si te apetecía hacer algo de ejercicio con la espada —dijo tendiendo una espada de entrenamiento hacia él. Kenji agarró el arma por el pomo.

—¿Por qué no? Hace muchos días que no me ejercito —dijo aceptando la invitación de la hija de Elohim.

—Entonces, vamos —esbozó una sonrisa de alegría en su bello rostro pues no esperaba que, tras la incómoda conversación de la noche anterior, fuera a aceptar—. Te espero fuera.

Kenji se ajustó los ropajes, se colocó un poco el pelo y salió de la casa. Allí fuera estaba Anael, de brazos cruzados. Al verle abandonar la casa, comenzó a caminar en dirección al campo de entrenamiento en donde la había visto el día anterior. Cuando entraron en el área destinada a las artes guerreras, varios Alas Blancas de edad temprana saludaron a la joven guerrera. Ambos ocuparon el centro del recinto circular espada en mano, adoptando una posición defensiva.

—Cuando gustéis —dijo intentando provocar el ataque. Kenji se dio cuenta al instante, esperó sin más. La mirada de todos los presentes se centró en la acción de los dos combatientes.

Anael no movía ni un musculo manteniendo su posición de guardia. Kenji estaba frente a ella de pie con la espada colgando a uno de los lados del cuerpo. Su mirada estaba baja, pero con la suficiente altura como para saber el momento para iniciar su ofensiva. En su mente, no sabía cómo

actuar, esperaba que fuese el primero en atacar, pero Kenji parecía un luchador experimentado. La brisa se levantó, moviendo las escasas partículas de polvo que había en el recinto. Por encima de ellos un águila, con plumaje verde amarillento, surcaba el cielo. Emitió un chillido, haciendo que Kenji dirigiese su atención hacia ella.

—Es el momento— pensó Anael, forzando a sus músculos a avanzar a una velocidad vertiginosa hacia Kenji.

El brazo con el que sujetaba la espada se movió hacia el costado derecho del joven tan rápido que los presentes daban por ganado el combate para la joven. Un ruido metálico sonó al contacto con lo que debía de haber sido el cuerpo del joven descendiente de los dioses. En su lugar estaba el filo de la espada que sujetaba con su mano diestra, asombrando a todos mientras su mirada seguía fija en el extraño pájaro.

—¿Qué clase de ave es? —preguntó a la guerrera, molesta por su defensa tan eficaz.

—Es un Aguieverd, un depredador que escupe una sustancia viscosa que paraliza a sus presas mientras las destroza con sus garras —contestó, antes de asestar otro golpe. De nuevo Kenji detuvo el ataque con la espada de entrenamiento prestada

—Tenéis un montón de criaturas que no conozco en este plano. Me gustaría saber más—dirigió la mirada a Anael, clavando los ojos morados en los de ella—. Creo que es hora de que empecemos a entrenar —sonrió, haciendo que Anael se sintiese incomoda e insegura.

En un parpadeo, el joven había desaparecido de su vista. Al girarse vio como había posado la espada en su cuello con suavidad. Intentó contrarrestar, con un golpe de su rodilla al cuerpo, pero, sin poder verle, el lomo de la espada le barrió por el tobillo derribándola. Notó la punta de la espada sobre su pecho, lentamente. Miró a la cara del joven, no mostraba ninguna emoción al combatir, no se alegraba de vencer a un guerrero como ella. Los asistentes que observaban la escena, se quedaron mudos al ver como una de los mejores guerreros de su ciudad estaba indefensa ante un desconocido. Kenji le tendió la mano para ayudarla a levantarse del frío suelo de piedra, ella le correspondió.

—¿Estás bien? —preguntó Kenji.

—Si, solo herida en mi orgullo de guerrera —confesó, sacudiéndose el polvo de las ropas—. ¿Cómo te mueves así de rápido? Ni siquiera logro

verte.

—Llevo mucho tiempo entrenándome con los dioses —dijo devolviéndole la espada—. Todos son muy rápidos, pero Byakko es el más veloz de todos. Me forzaron a romper mis límites, cada día. A su lado, cualquier otro ser al que me haya enfrentado es lento. Los veo como si el tiempo se ralentizara. Lo siento, no debía de haber aceptado entrenar contigo sin habértelo dicho —se disculpó, haciendo una reverencia.

Unos aplausos sonaron desde una de las paredes del campo de entrenamiento. Paso a paso se dirigía hacia ellos, ese sonido. Al darle la luz del sol vieron que se trataba de Elohim, el padre de Anael. Su cara denotaba alegría, se le veía muy animado por la escena que acababa de ver entre su hija y el joven Kenji. Cuando llegó al lugar donde se encontraban, dio una palmada en la espalda a Kenji y un beso en la mejilla a su primogénita.

—Eso ha estado pero que muy bien —dijo a Kenji esbozando una amplia sonrisa—. Ha sido todo un espectáculo, una muestra enorme de poder y autocontrol —Kenji frunció el ceño por un segundo antes de dirigir la palabra al jefe de los Alas Blancas.

—Dime que esto no ha sido una prueba, para mostrar la veracidad de mis palabras —el tono de voz de Kenji se recrudeció al expresar su preocupación hacia Elohim.

—Kenji, tienes que comprender que no tenemos muchas maneras de saber si alguien nos dice la verdad o nos miente. Taka lo sabía solo con mirarte e incluso podía averiguar si sus intenciones eran buenas o malas, pero nosotros no tenemos esa posibilidad —Elohim, intentaba excusarse utilizando las palabras lo mejor que podía para no ofender a Kenji.

—¿Sabes? He vivido entre arbóreos, licántropos, elfos del norte, elfos oscuros, enanos e incluso con manadas de Thunder Wolf. Ninguno de ellos, me puso a prueba por algo que no elegí. Yo estaba muy feliz en el Mundo de los Hombres con mis padres adoptivos, con mi vida, con mis aficiones. Nunca pedí esto —dijo señalándose con las dos manos de arriba abajo por todo su cuerpo.

Kenji se dio la vuelta sobre sí mismo, encaminando sus pasos fuera del recinto sin dar opción a Elohim a replica, bajo la atenta mirada del resto de Alas Blancas. Las pocas calles que separaban el recinto que acababa de abandonar y la casa que le habían adjudicado se hicieron más cortas para regresar. Abrió la puerta, cerrándola tras de sí, se sentó encima de la cama

con las piernas cruzadas. Estaba molesto por la prueba a la que habían sometido, necesitaba calmarse de alguna manera.

Abrió el puño, con los nudillos casi blancos, vio la flauta travesera reluciendo. La asió con una de las manos y colocándola en los labios comenzó a tocar. Sabía que la Canción del Cielo haría que las voces de su cabeza se acallasen dejándole pensar en que debía de hacer y también que calmaría esa sensación de enfado y soledad que sentía en ese momento a causa de Elohim y sus subordinados.

Mientras tocaba la melodía le vino una frase que había escuchado muchas veces de boca de su padre James. «En ocasiones uno puede sentirse solo entre una multitud.» Por aquel entonces no había conseguido comprender esas palabras. En ese momento Kenji le entendió mejor que nunca. Poco a poco la sensación de enfado fue desapareciendo, sustituida por una paz interior como pocas veces había experimentado. Las voces eran un leve susurro, permitiéndole escuchar sus propios pensamientos con claridad y su cuerpo se llenó de vitalidad, de la energía más pura.

Sin dejar de tocar la melodía una y otra vez regresaron a su mente los recuerdos de la batalla, la luz blanquecina del último ataque del dios de la destrucción, había cubierto todo a su alrededor. En ese momento vio la luz disiparse.

El dios de la destrucción se alejaba convencido que allí no obtendría nada de información y que los dioses del fuego oscuro y del aire seguramente estarían muertos. Iba a emprender el viaje en busca de las diosas cuando un sonido estruendoso y amenazador sonó a su espalda. Giró la cabeza para ver de qué se trataba. Ante él se alzaba, imponente, un gigantesco escorpión con su cuerpo quitinoso verde y negro, con su aguijón amenazante. Delante se hallaba la diosa del aire, en sus manos sostenía una esfera de viento frío como el hielo que se hacía cada vez más grande. Hakai volteó su cuerpo para encararles exhibiendo una sonrisa burlona.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? No podéis contra mí. Mejor si os dejaseis morir —dijo aconsejándoles, sintiéndose muy superior a ellos.

—Solo hay un dios al que tememos y amamos, el que nos dio la vida y nos ha querido como un padre. A su lado tú no eres más que un insecto que destruye todo a su paso. Ni siquiera llegas al nivel de poder de tu propia hermana —la voz de Kyōfu sonaba fría, haciendo que Hakai apretase los dientes de rabia por la ofensa recibida.

—No sabes lo que dices, creo que deberíais morir de la forma más cruel posible —antes de iniciar la siguiente frase la punta del agujón salió despedida a toda velocidad hacia él, clavándose en su pecho, inoculándole una sustancia corrosiva. Hakai se arrancó el agujón—. No me dejáis opción alguna. ¡Vais a morir!

Hakai extendió los brazos hacia los dos dioses menores haciendo que de la punta de cada dedo salieran proyectados varios proyectiles de metal con puntas afiladas. El escorpión en el que se había transformado Kuroihi se interpuso en la trayectoria haciendo que rebotasen en su dura piel. Al apartarse Kyōfu, vio a Hakai en plena carrera hacia ellos para asestarles un golpe con sus poderes. La diosa del aire decidió adelantarse lanzándole la esfera de viento frío que sujetaba en las manos.

El viento frío se desató con tal ferocidad que los pasos del dios de la destrucción se ralentizaron, quedando casi paralizado en el sitio en el que estaba. Desde la hierba seca de los páramos comenzó a subir por sus pies una capa gruesa de hielo que avanzaba rápidamente hacia sus rodillas. Hakai, se centró en liberarse para seguir con el ataque antes de que le asestasen otro golpe. Con un toque de su mano, logró quebrar el bloque helado de una de sus piernas. Mientras Kyōfu, se preparaba para lanzarle una ráfaga de aire combinada con el fuego abrasador de su hermano en su forma primigenia. Kuroihi, abrió las mandíbulas para exhalar su ataque más poderoso, haciendo salir un torrente de llamas tan grande que parecía el incendio de un millar de bosques a la vez. La diosa del aire aprovechó para lanzar su chorro de aire más caliente y fuerte, para generar un ataque imparable para el dios de la destrucción.

Entretenido con la pierna bloqueada por el hielo, no se dio cuenta del ataque de los dos hijos menores de Taka hasta que fue lanzado. Sus pensamientos ardían como las llamas que iban hacia su ser. ¿Cómo se atrevían unos dioses inferiores a enfrentarse a él, un dios mayor, un dios verdadero? Irguió su cuerpo, abriendo los brazos para recibir las llamas. Mantuvo la mirada fija en las llamas, que estallaron ferozmente contra el dios de la destrucción. El portentoso ataque continuó durante varios minutos sin dar tregua al oponente de los dioses menores.

Kuroihi se sentía agotado por el esfuerzo, al exhalar el último aliento de fuego regresó a su forma humana dejándose caer al suelo, agotado. La diosa del aire se arrodilló ante el cuerpo de su hermano, ella también estaba a

punto de desfallecer, pero sabía que el combate aún no había terminado. Miró hacia donde estaba el dios de la destrucción instantes antes. La nube de humo negro que se había formado le impedía ver si seguía con vida o no. Esperó unos segundos a que se disipase la cortina, inquieta, quería ver el resultado de su ataque combinado de su poder destructivo contra un dios superior.

La sombra del cuerpo del dios de la destrucción se dejó ver a través de lo que quedaba de la cortina de humo, parecía que avanzaba hacia ellos con intención de asestarles un último golpe, un golpe de gracia. Echó un último vistazo a su hermano, el dios del fuego oscuro, que yacía inconsciente sobre la hierba de los páramos quemada por el enfrentamiento. Muy a su pesar, tomó una fatídica decisión. Debería seguir el enfrentamiento contra Hakai ella sola, Kuroihi no estaba en condiciones. Generó una presión de aire a sus pies saltando a por su enemigo, le abrazó con fuerza saliendo volando por el cielo en dirección a las tierras del norte. Alejando al dios de la destrucción del donde yacía su hermano.

Unos golpes sonaron, al salir de la visión escucho que llamaban a la puerta de la casa donde se hospedaba. Kenji separó la flauta travesera de sus labios, dejándola en la cama a su lado y abrió los ojos. Se incorporó, dando unos pasos hacia la puerta. Agarró el pomo con la mano derecha y abrió. Tras ella estaba Elohim, vestido con sus ropajes como los de la antigua Roma.

—Kenji, ¿Puedo pasar? —preguntó con voz serena.

—Adelante, es tu ciudad—dijo abriendo de par en par la puerta y apartándose para dejarle acceder.

—Tenemos que hablar —comenzó Elohim, mientras se sentaba en una de las sillas de la habitación —antes de nada, he de pedirte disculpas por mi actuación de hace un rato.

—Lo entiendo, no os podéis fiar de nadie —dijo Kenji, un poco dolido todavía.

—Sí, pero no es solo eso —Elohim, parecía querer explicarle algo que le avergonzaba—. Una vez durante la guerra de los dioses menores, Kitsune logró engañarnos cambiando de aspecto. Traspasó nuestras filas y, desde dentro, nos hizo mucho daño. Desde entonces no confiamos en nadie que no sea de nuestra comunidad.

—Entonces, ¿Por qué me dejasteis entrar en la ciudad y quedarme con vosotros? —preguntó intrigado Kenji.

—El soldado que vino a avisarme de tu llegada, me explicó que habías llegado en forma de Thunder Wolf y que abandonaste esa imagen revelando la tuya propia. Por un momento pensé que podrías haber sido la diosa de la mentira que venía a acabar con lo que empezó. Así que decidí averiguarlo, de ahí que te pusiera a prueba —la explicación de Elohim le estaba quitando las pocas dudas que tenía sobre su sinceridad. Aunque le parecía que algo se le quedaba en el tintero.

—¿Existe algún otro motivo? —preguntó intentando descubrir las razones ocultas que pudiese tener.

—En realidad, hay un segundo motivo. No es que sea importante o de urgencia —comenzó a explicarle—. Desde hace unos días los poderes que usábamos para repeler a los gigantes han mermado, también nuestros poderes de curación. Hace unos días perdimos a cuatro de nuestros mejores guerreros en una confrontación al este de aquí.

—¿Por qué os enfrentáis a ellos? —Kenji no veía motivos para enfrentarse a unos gigantes que no se adentraban en su territorio.

—Junto a ellos está Raziel, el viudo de mi hermana, y padre de Nakuma, un Alas Negras que ha convencido a los gigantes para formar un ejército con el que poder exterminarnos. Hasta hace unos días no habrían podido causarnos demasiadas bajas—Elohim expresaba cada palabra con sumo dolor.

—¿Cómo llegó aquí? ¿Hay más Alas Negras en Bestiary? —las dudas de Kenji rechinaron en el aire como las uñas en una pizarra.

—Desconozco cómo llego a este plano, es posible que se colara con los pocos que sobrevivimos. En cuanto a la segunda pregunta: sí, hay más Alas Negras. Son otros tres más, pero Raziel les tiene adiestrando a los gigantes como si fuesen sus generales. Nunca los hemos visto entrar en batalla.

—Dame un par de días para descubrir como devolver la fuerza a vuestros poderes e iré con vosotros a por los Alas Negras. Los gigantes no son una gran amenaza, por el momento —Kenji se puso serio y algo pensativo, mientras ofrecía su ayuda a Elohim.

—Me parece lo más sensato, diré a mis guerreros que por el momento saldrán solo las partidas de caza diarias. ¿Te gustaría acompañarme? —propuso, levantándose de la silla dispuesto a abandonar la casa.

—No, gracias. Cuanto antes empiece a investigar, antes podré darte una solución —Kenji se mantuvo impasible.

—Entonces nos vemos a la hora de comer, mandaré a Anael a buscarte. Muchas gracias por tu comprensión —Elohim, abrió la puerta al exterior, dejando a Kenji en soledad.

Kenji cerró los ojos, intentando volver a conectar con la última visión de la diosa del aire, empujando al dios de la destrucción lejos de su hermano Kuroihi, pero no pudo ver nada. Muy posiblemente, la conversación con Elohim había afectado a su concentración. Cuatro Alas Negras colándose por un portal abierto por Taka, no le parecía muy real. El dios del cielo les habría descubierto al instante, además ¿los gigantes se colaban aquí igual que en Fuerte Helado? Quizá en ambos planos tuvieran una brecha. Recordaba la nieve cuando se enfrentó a los gigantes. En su mente la imagen de dos cuerpos cayendo a gran velocidad sobre un manto blanco. Supo que estaba en la visión pues aun no se habían formado los bloques de hielo que se extendían al norte de Ecos del Rugir y la capa de nieve era como un manto fino y esponjoso. Kyōfu rodó lejos del cuerpo de su oponente quedándose en guardia con una rodilla clavada en el suelo. Los ojos azul verdosos de la diosa comenzaron a brillar, su mano derecha apuntaba al cuerpo de Hakai que aún estaba incorporándose. Sin emitir ni un solo sonido la diosa lanzó su ataque.

Las presiones atmosféricas cambiaron haciendo que el aire se tornara helado como el peor de los inviernos. Sobre el cuerpo del dios de la destrucción se formaron, en cuestión de milésimas de segundos, cristales de las moléculas de agua del aire congeladas que se unían unos a otros atrapándolo. La diosa intensificó su ataque empleando la mano restante. Las capas de cristal se engrosaron cada vez más convirtiéndose en un bloque de hielo enorme en el que se conservaría uno de los dioses conocidos más poderosos. Kyōfu no cejó en su empeño hasta que las fuerzas le fallaron, casi por completo.

Apoyó las manos en la tierna nieve que tenía a sus pies, intentando recuperar el aliento. Sus ojos habían dejado de brillar, miró hacia donde se hallaba el dios congelado. No parecía tener escapatoria alguna de esa prisión que le había regalado. Tranquilizada al ver la situación recordó el estado físico en el que se encontraba el dios del fuego oscuro, debía de ir a

su lado para ayudarlo. Haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, salió rauda sobre una presión de aire hacia donde había dejado a Kuroihi.

El silencio se apoderó de la zona, la presión de la atmosfera había recuperado su normalidad. Los pocos animales que hubieran estado presentes, habían abandonado el escenario de la batalla, asustados. Ni un alma se acercaba. A los pocos minutos de haberse ido la diosa del aire, sonó un crujido, luego otro y otro más. Se produjo un estallido que lanzó miles de proyectiles de hielo por los aires, seguidos de un grito iracundo hacia el cielo lleno de nubes grises. Hakai se deshizo de la prisión en la que le había encerrado la diosa menor. Giró sobre sí mismo, buscando la causante de su humillación sin poder encontrarla.

—¿Esto es lo que quieres? Un mundo frío, cruel, lleno de belleza silenciosa —dijo mirando el paisaje—. Pues es lo que vas a tener y luego, Kyōfu, te mataré —Hakai, comenzó a flotar por los aires con suavidad, hasta llegar a una altura considerable para lo que tenía pensado. Cogió la misma idea que le había mostrado la diosa del aire y ejecutó un ataque contra todas las tierras del norte. El agua del océano norteño se congeló. Las montañas se cubrieron de nieve y hielo hasta donde alcanzaba la vista. Los animales más débiles perecieron de hipotermia. Por último, generó unos vientos fríos que, de manera constante, mantendrían en pie ese castigo divino.

Satisfecho con el daño causado a las tierras y habitantes de la diosa del aire, emprendió el viaje hacia donde había tenido lugar su primer encuentro. Estaba convencido que la diosa no había podido reprimir el instinto de bondad inculcado por Taka y habría ido a ayudar a su hermano. Poco tiempo tardó en llegar a su destino. Allí, vio a la diosa cogiendo al dios del fuego oscuro por un brazo para ayudarlo a incorporarse y abandonar el lugar. Hakai descendió muy despacio, sigiloso como un depredador. De pie sobre el terreno, con los brazos cruzados, observaba como caminaban hacia el noroeste.

—¿A dónde crees que vas? —dijo en voz alta para que repararan en su presencia. Kyōfu, giró la cabeza para mirar a los ojos negros como la noche de Hakai.

—Hemos terminado, no estás en condiciones de seguir combatiendo y nosotros tampoco —dijo dando por acabada la conversación, dando unos pasos más.

—Habla por ti, pequeña diosa insignificante. Aun me queda fuerza para castigarte —dijo con seriedad—. Tus territorios, ahora son yermos, estériles y los de Kuroihi, un erial que se extenderá en los próximos días.

—¿Qué has hecho? —el enfado de la diosa se traslucía en sus palabras. Apretó tanto los dientes que de las encías le salió una gota de sangre, roja como un rubí.

—Lo que debía. Castigar tu orgullo antes de acabar contigo. Deja a tu hermano y enfréntate a mí por última vez, luego le dejaré en paz. Morirá por las heridas, como se merece, como una alimaña —la provocación de Hakai surtió el efecto deseado.

La diosa del aire salió rápida al encuentro del dios de la destrucción con las manos emanando un tremendo poder. Hakai no movió un solo dedo hasta que se encontró a la distancia de un brazo extendido, entonces como si de una espada afilada se tratase, clavó la mano con los dedos extendidos en su cuerpo, congelándola desde sus entrañas mientras gritaba de dolor convirtiéndose en el cisne que era por nacimiento. Estallando en millones de pedazos y desapareciendo por completo. Kuroihi, estaba en el suelo sin poder moverse. Las heridas infringidas por el dios de la destrucción le estaban pasando una cara factura.

—Chico, le di mi palabra —dijo mirando al dios del fuego oscuro, moribundo—. Como dije, quédate ahí, muere como la alimaña que eres —dicho esto, Hakai desapareció de la escena dejándole solo.

Capítulo VIII

OceanofPDF.com

La prisión

Las manos del dios del fuego oscuro arañaban la tierra cada vez más árida, con esfuerzo. Arrastrando el cuerpo, intentaba resguardarse del sol que empezaba a castigar su piel con los primeros rayos del día. La sangre de sus heridas no cesaba cayendo gota a gota al suelo. Los ojos le pesaban más a cada segundo. Las fuerzas le estaban abandonando, a él, al poderoso Kuroihi. Las llagas de las yemas de los dedos le impedían avanzar más. ¿Iba a ser ese su final? ¿Así acabaría su corta vida como dios? Ni siquiera había podido decirle a Taka el terrible final que había sufrido su hermana Kyōfu, para poder vengarla.

Cerró los ojos, intentando serenarse. Dejó que la luz de los rayos del sol y su calor le bañasen para embarcarse en el descanso final. Una suave brisa empezó a mover los granos de arena, cubriendo el cuerpo del Kuroihi. Pasaron varias horas, dejándole casi enterrado por completo en el desierto recientemente formado. La cara aún estaba al descubierto, permitiéndole respirar con dificultad. Una sombra se interpuso entre la luz del sol y su rostro.

—Kuroihi, ¿Qué ha pasado? —era la voz de Taka.

—Hakai —respondió con mucho esfuerzo—. Ha asesinado a Kyōfu, arrasado el norte y el sur.

—¿Dónde está el cuerpo de Kyōfu? —preguntó preocupado, mirando alrededor.

—Estalló en millones de partículas, no queda nada —la voz del dios del fuego oscuro se apagaba por momentos—. Quiero descansar, estoy cansado. Hablaremos cuando esté mejor, Taka.

—Sí, hablaremos cuando estés recuperado —dijo el dios del cielo. Kuroihi, se relajó hasta el punto de exhalar su último suspiro. La arena que le cubría se hundió, mientras salían flotando unas luces microscópicas de color verde y negro alzándose hacia el oculto firmamento. Taka se volvió para abandonar el triste escenario. La diosa de la creación apareció con cara de preocupación.

—Taka, ¿Qué ha pasado aquí? —interrogó.

—Hakai se está cobrando vidas de dioses, ya van dos —el tono de voz de Taka, se volvió frío—. Quiero su cabeza y creo saber dónde puede estar.

—No es buena idea enfrentarte solo a mi hermano—la voz que hablaba estaba justo a su espalda, se trataba de Hozen: el dios del tiempo y la conservación.

—¿Y qué propones? —preguntó Taka sin girarse a mirar.

—Vayamos juntos, entre los tres podremos reducirle y mantenerle cautivo en una prisión —la respuesta de Hozen quemó a Taka como un hierro candente sobre la piel. No deseaba que Hakai siguiese con vida.

—¿Y por qué no podemos acabar con él? —insistió.

—Porque es un dios mayor, no te corresponde a ti decidir su destino. Le daremos un tiempo para reflexionar —la diosa de la creación respondió con dureza.

—¿Dónde crees que está? —dijo Hozen, con la autoridad de un líder.

—Estoy convencido que ha viajado a los dominios de Genbu para sonsacarle información sobre nuestro paradero y acabar con ella —confesó de mala gana, a sabiendas de que los dos dioses mayores tenían razón.

—Vamos entonces —dijo Sōzō, desvaneciéndose con su acostumbrado haz de luz morada, seguida por Hozen y Taka.

En los dominios de Genbu, Hakai se paseaba como si fuese el dueño y señor del territorio. La búsqueda de la diosa de la tierra le estaba resultando tediosa e infructuosa. Parecía una diosa muy esquiva a sus ojos. En su siguiente paso, dio una patada a una piedra escuchando cada sonido del paisaje intentando adivinar el paradero de Genbu. Ningún sonido llegó. Su reducida paciencia estaba llegando al límite, no podía soportar que una diosa menor jugara con él.

Bajo sus pies escuchó un crujido, acto seguido notó un pequeño movimiento de tierra. Sonrió, estaba convencido que la diosa de la tierra se ocultaba allí. Levantó la mano cargando un ataque poderoso para atravesar las capas del suelo y acabar con ella. El puño descendió con fuerza golpeando en el sitio donde se había generado una pequeña grieta. Bajo sus pies, se abrió un enorme foso haciéndole caer varios metros hacia el fondo. Vio cómo, al descender, el agujero se cerraba dejando el suelo tal y como lo había encontrado. Una vez enterrado en vida la diosa de la tierra salió de su

escondite con los brazos cruzados bajo el pecho, mirando el lugar donde había desaparecido el dios de la destrucción.

—He tardado más de lo que esperaba, pero eso lo retrasará un poco y me dará tiempo a pensar cómo detenerle —la voz de la diosa fue interrumpida por la llegada de los dioses mayores, acompañados por Taka.

Con paso firme se acercaron hasta donde estaba Genbu, mirando hacia las profundidades ocultas al ojo de los demás. Taka se situó al lado intentando dilucidar qué había sucedido. Hozen y Sōzō, detectaron la energía del poder de su hermano bajo el suelo.

—Genbu, ¿Te encuentras bien? —preguntó el dios del cielo sin preámbulos.

—Sí, llegó hace más de medio día. Le he estado distrayendo, escondiéndome de él, hasta que he logrado enterrarle con una pequeña artimaña —contestó la diosa menor—. ¿Ahora qué hacemos? —preguntó.

—Tú abandonar el lugar lo más rápido posible. Nosotros nos encargaremos de Hakai, no queremos más pérdidas —dijo Hozen, respondiendo a la pregunta de la diosa de la tierra.

—¿Cómo que «más» pérdidas? —dijo preocupada.

—Kyōfu y Kuroihi han muerto a manos de Hakai —dijo Taka apenado.

—No tendrías que decírselo, Taka —le regañó el dios del tiempo. El dios del cielo se giró con la mirada llena de ira.

—Tiene derecho a saberlo, es una de los dioses menores como lo fueron ellos —Sōzō, posó una mano sobre el brazo de su hermano Hozen para calmarlo.

—Tienes razón, Taka. Pero no tenemos tiempo que perder, Genbu nos ha dado una buena oportunidad. Vete niña, luego te buscaremos—la dulce voz de la diosa de la creación siempre hacía que la tranquilidad reinase.

Genbu abandonó el lugar, dejando a Taka y a los dos dioses mayores al mando de la situación. Debajo de sus pies surgió un sonido, como el de una explosión. La tierra se agrietó, despidiendo hacia el exterior al dios de la destrucción dispuesto a acabar con la diosa de la tierra. Al salir de un salto, el dios del tiempo le estaba esperando. Con sus fuertes brazos aprisionó el cuerpo de su hermano, impidiendo que se moviese. Sōzō, extendió las manos para reducir el efecto de su poder, para que se sintiese agotado. Taka se acercó a él con la mirada llena de rencor. Sōzō negó con la cabeza. Los ojos de Hakai cruzaron la mirada con los dorados del dios del cielo.

—No, tú no acabarás conmigo, Taka, no tienes el poder suficiente para matarme —dijo sonriendo como un loco, que ha perdido lo que le quedaba de cordura.

—No voy a acabar contigo, haré algo mucho peor —la mano de Taka tocó la frente del dios de la destrucción, anulando la capacidad de seguir consciente, haciendo que Hozen soportara todo el peso

—Bien hecho Taka, ahora vayamos a Olvidado, allí le encerraremos en la caverna más profunda y mejor custodiada que jamás va a existir —Hozen, estaba decidido a darle una prisión digna de un dios a su hermano.

—Taka ven con nosotros, necesitaremos de tus poderes para que se mantenga inmóvil mientras preparamos todo —dijo la diosa de la creación, mostrando la confianza que tenía en él. Los dioses, junto con su prisionero salieron del plano de las Tierras de la Eternidad, dejando todo en calma como debería haber estado siempre.

Un trueno sacó a Kenji de la visión de los dioses atrapando a Hakai. Se levantó de la cama para asomarse a la entrada de la casa. Miró la inmensidad de las nubes que discurrían negras alrededor de la montaña, con la vana ilusión de que Byakko hubiese atravesado, con el amuleto de Vaél, el fino velo que separa los dos planos en su busca. Toda su emoción se vio truncada, no era más que una tormenta normal y corriente. El dios del trueno no había ido a buscarle, como tampoco lo había hecho ninguno de los otros dioses menores, ni siquiera Ryoko.

Calle arriba, contoneando las caderas de un lado para otro, se acercaba Anael. Le observó con cara de extrañeza, estaba mirando las nubes. Se aproximó más para ver qué le estaba rondando por la cabeza.

—Kenji, ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí fuera? —preguntó la joven de alas inmaculadas.

—Escuché la tormenta, el trueno, vi el rayo, pero... —paró de hablar en seco, dando prioridad a sus pensamientos.

—Pero... ¿Qué? —intentó sonsacarle lo que se estaba guardando para él.

—Pero no era lo que creía, mi mente en ocasiones me juega malas pasadas —irguió la cabeza para mirar a la joven hija de Elohim—. Venías a buscarme para el almuerzo, ¿no?

—Si, está todo listo —dijo la joven—. ¿Vamos? —hizo un gesto hacia el camino, con la mano.

Reconocía el sendero de piedra que iba hasta la casa del líder de los Alas Blancas. En menos de lo que uno podía esperar estaba ante la puerta de la casa. Anael llamó golpeando con suavidad. Desde el interior se escuchó una voz que les daba permiso para acceder. Dentro de la sala principal donde iban a comer, estaba todo dispuesto sobre la mesa. En una de las sillas Elohim charlaba animadamente con otro Alas Blancas de pelo castaño de apariencia un poco más joven. Al ver entrar a Anael y a Kenji se levantó de la silla que ocupaba haciendo una inclinación de cabeza.

—Sentaos, os esperábamos —Elohim dibujó una sonrisa cálida en su rostro—. Kenji quiero presentarte a uno de nuestros generales más jóvenes, Adriel. Él es Kenji el sucesor del dios del cielo —Adriel dio un paso en dirección a Kenji tendiéndole el brazo para saludarle. Kenji hizo lo mismo cogiéndole del antebrazo.

—Un placer conocerte, dios Kenji —dijo animoso—. Elohim me ha contado cosas maravillosas sobre ti.

—¿de verdad? —dijo mirando al jefe de la ciudad.

—Sí, me ha hablado de tu forma de luchar, de tu poder, incluso de tu forma de ser. Parece que le has impresionado y, por lo que me ha contado, a mí también. Siéntate, comamos juntos, como sabrás, no solemos tener invitados.

Anael y Kenji se sentaron a la mesa para disfrutar de los manjares dispuestos sobre el mantel de lino color crema. Anael les explicó cómo había sido su mañana después de que Kenji abandonase el recinto de entrenamiento. Al parecer los guerreros y guerreras adiestrados por Anael, se envalentonaron creyendo que podrían con ella en combate después de que el muchacho la venciera. Pero uno a uno los derrotó a todos, dándoles una lección. Adriel les narró el día de caza con la cuadrilla de guerreros y oficiales elegidos. Por lo visto un grupo numeroso de gigantes se dirigían al Noreste.

La mente de Kenji se desvió de la conversación por unos instantes, recordando la conversación que había mantenido con Elohim horas antes. Estaba seguro que ese grupo de gigantes iba directamente a Raziel para ser entrenados. Por otro lado, debía saber cómo les otorgó Taka ciertos poderes a la especie de Elohim. Esperó un momento retomando la escucha de la conversación, para hacer la pregunta que más le interesaba. Por fin se hizo un segundo de silencio.

—Elohim, ¿Puedo preguntarte algo? —dijo con cortesía.

—Claro, Kenji —contestó con amabilidad.

—¿Podrías contarme el día en el que Taka os otorgó vuestros dones? —la pregunta resonó en toda la sala. Elohim sabía por dónde iba el joven discípulo de los dioses.

—Por supuesto, intentaré arrojar un poco de luz sobre el tema en cuestión —cogió la jarra que tenía enfrente. Bebió un trago y secándose la boca con el antebrazo comenzó a narrar la historia como la recordaba—. En los primeros días desde el encierro de Hakai, el dios del cielo se dedicó a crear criaturas que le ayudasen a guiar a los seres del Mundo de los Hombres creado por el dios de la destrucción. Los primeros fuimos los Alas Blancas, seres de luz pura, nos llamaba. Para darnos el poder de protegerlos nos otorgó una lágrima de luz solar que introdujo en el pecho de los ancianos. Desde ese día pudimos curar solo con imponer las manos y cegar a los enemigos que intentaran hacer el mal. Cuando llegaron las guerras humanas, creó a nuestros hermanos los Alas Negras. A ellos le dio el don de abrir heridas solo con tocar y de hacer que la mente de otros cayese en la oscuridad más absoluta solo con mirar a su alma a través de los ojos. Para ello uso una lágrima negra como la noche, que también alojó en el pecho de sus ancianos —Kenji se quedó callado, pensando en esas palabras—. Espero haberte ayudado —dijo Elohim, viéndole meditabundo.

—Lo has hecho —contestó Kenji al mayor de los Alas Blancas sentados a la mesa—. Solo una última pregunta, ¿Cuántos ancianos siguen con vida? —la pregunta hizo pensar unos instantes al jefe de los Alas Blancas, antes de poder contestar con certeza.

—En realidad, el último murió hace unas semanas, de enfermedad —Elohim, cayó en la cuenta de donde quería llegar Kenji con sus conjeturas—. ¿No creerás que ese es el motivo?

—Es muy posible —dijo Kenji, prosiguiendo con sus conjeturas—. Dime, ¿Raziel no será uno de los ancianos de los Alas Negras? —Elohim se sobresaltó.

—Si, él fue el primero de los Alas Negras en ser creado. Nosotros llevábamos varios siglos de vida ayudando a todos los seres cuando él nació —Anael y Adriel, permanecían callados ante la conversación que mantenían.

—Entonces está muy claro, debemos reinstaurar una sede de Alas Blancas ancianos que reciban la lágrima de luz. Despertarán en los demás los poderes que casi habéis perdido—Kenji había dado con la solución o al menos eso pensaba—. Mañana elegiré por el aura de cada ser alado de la Puerta del Cielo los más dignos para ello y podremos, en unos días, ir a por Raziel y sus aliados.

—Me parece lo más acertado —dijo Elohim viendo la sabiduría de sus palabras—. Muchas gracias, Kenji.

—No tienes por qué darlas, es mi deber. Para eso me instruyó Taka —la sola mención del nombre de su maestro, el dios del cielo le apenaba—. Si me disculpáis he de ir a descansar, me siento un poco agotado.

—Ve, nos veremos por la noche para la cena —dijo Elohim, levantándose de su asiento su hija y Adriel le imitaron.

—Un placer el haberte conocido, Kenji, espero que podamos hablar más la próxima vez —dijo Adriel sonriendo con los ojos cerrados.

—Iré a buscarte para cenar —dijo Anael con voz suave.

—Allí te esperaré —contestó brevemente—. Gracias por la comida. Hasta luego.

Kenji salió corriendo hacia la casa que le habían cedido. Las voces de su cabeza estaban retomando la fuerza que les había restado la melodía de la Canción del Cielo. Debía volver a tocar, antes de que dañase a alguien en un ataque de dolor y rabia contenida. Entró en la casa, cerrando la puerta con fuerza. Se lanzó hacia la cama donde se encontraba la flauta travesera y, llevándola hacia sus labios, tocó.

Los minutos fueron pasando. Una interpretación tras otra su mente se calmó de nuevo. Tanto se relajó, que se vio recorriendo los pasillos de una cueva. Todo a su alrededor le sonaba, estaba seguro de que había estado allí con anterioridad. Llegó a una explanada amplia, al fondo había dos caminos que iban a diferentes lugares. Una sensación de frío intenso que agarrotaba sus músculos le invadió. Ahí cayó en la cuenta de donde estaba: era la Cueva Espectral.

Allí derrotó a un escuadrón de esqueletos que protegía la cámara de acceso a los dos pasillos. Escogió el camino que bajaba hasta la sala donde tenían prisioneros a Neko y a Vaél. Avanzando con paso tranquilo, comenzó a escuchar las voces de Sōzō, Hozen y Taka. Kenji entró en la sala, poco iluminada. El dios del cielo sostenía a Hakai, inconsciente, entre sus brazos.

La diosa de la creación y el dios del tiempo creaban un material nuevo, extraño para ellos en ese momento, pero de sobra conocido por él. Estaban fabricando unos grilletes de cuello, cintura, manos y pies. Hozen trabajaba, mirando de vez en cuando a su hermano menor.

—Este material nuevo que has creado, ¿Soportará el poder de Hakai? —preguntó el dios del tiempo, sin dejar su labor.

—Por sí solo no, tendremos que mantener su poder manteniéndonos cerca para que no se pierda el efecto. Por otro lado, necesitare que Taka le suma en un profundo sueño, del que no despertará a menos que uno de nosotros abandone este plano —la explicación de Sōzō era muy concreta. Dejaba claro, que a causa de este encierro se privaba de libertad a los dioses mayores por un bien común.

—Comprendo hermana, ¿Qué opinas, Taka? —desvió la conversación hacia el dios del cielo que seguía concentrado en someter la mente del dios de la destrucción.

—No sé si debería opinar, vosotros me creasteis. Lo que decidáis será lo correcto—contestó, siendo lo más comedido posible, aunque en el fondo quería acabar con Hakai, hacerle sufrir de todas las maneras posibles que hubiese.

—Puedes dar tu opinión, eres casi igual que nosotros en poder —le recordó la diosa de la creación, anclando a la pared de piedra una de las piezas.

—En el remoto caso de que logre escaparse, ¿Qué podemos hacer? —dijo Taka, expresando su temor.

—En ese caso, prepárate para la guerra. Porque si nuestro hermano lograra escapar, seguro que intentaría acabar con los dos y, sin nosotros, la responsabilidad de pararle recaería en ti —dijo Hozen preocupado.

—Crea un ejército de criaturas. Enséñales a combatir, otórgales ciertos poderes mágicos que ayuden en tu labor y, si llega el momento, intenta detener a nuestro hermano. A partir del encierro de Hakai, tú serás la cabeza visible de los dioses. Sé que harás un gran trabajo —la voz de Sōzō se volvió tierna como la de una madre llena de orgullo.

—Así lo haré —dijo Taka asintiendo con la cabeza a la vez.

—Creo que estamos listos para anclar a Hakai a su prisión —dijo Hozen, colocando la última de las piezas en la roca de la cueva. Miró al dios del cielo, haciéndole un gesto para que se acercase.

Taka se aproximó con el cuerpo de Hakai. Dejó que lo tomaran, cada uno de un brazo, levantándolo hasta donde se hallaban los grilletes de las muñecas. La diosa de la creación le hizo un gesto con la cabeza para que cerrase los grilletes. El dios del cielo, cerró las piezas hasta que sonó el clic. Subió la cabeza, posicionando el cuello en su anclaje, cerrándolo también. Hizo lo propio con el de la cintura y con los de los tobillos. Una vez aprisionado, los dioses valoraron la situación.

—Creo que puede valer hermana —confesó Hozen, contento por la labor realizada.

—Taka, mantenle dormido mientras regamos cada pieza con nuestra sangre para que las ataduras sean más efectivas—ordenó la diosa de la creación.

Con la mano sobre la frente de Hakai, Taka vio como los dos hermanos rasgaron su carne haciendo que emanase un reguero de sangre que caía lento, pero continuo sobre las piezas de metal negro con brillos. Los grilletes absorbían la sangre. Una tras otra, los dos dioses mayores bañaron las piezas, concediéndoles un brillo especial entre blanco y morado. Sōzō y Hozen cerraron sus heridas pasando el dedo índice sobre ellas.

—Deja que despierte a la realidad de su prisión eterna —Hozen endureció el tono como hermano mayor de los tres que era.

El dios del cielo, cesó su poder sobre la mente del dios de la destrucción. Los párpados de Hakai se abrieron lentamente dejando ver los ojos negros que le caracterizaban. Irguió la cabeza del todo mirando a los tres dioses que le habían capturado. Intentó romper los grilletes que le sujetaban, sin éxito. Emitió un grito de rabia que hizo eco en toda la caverna. Dirigió su odio por completo al dios del cielo, al que consideraba un ser inferior.

—¡Soltadme! —ordenó a sus hermanos.

—No, hermano. Esta será tu residencia permanente donde pasaras la eternidad, para no dañar a ningún ser del cosmos —Hozen habló por los tres presentes.

—Me libraré de estas ataduras y acabaré con vuestras míseras vidas, uno a uno —amenazó Hakai, emitiendo una risa llena de locura, de demencia—. ¡A ti hermanita, te mataré! ¡A ti, dios inferior, te haré sufrir hasta que me supliques la muerte! ¡Y a ti hermano, te haré lo mismo que me estás haciendo a mí, te dejaré en esta misma prisión para que te pienses dos veces meterte conmigo!

Taka se acercó hasta quedar a un solo paso de distancia del dios de la destrucción. Cerró los ojos, para escrutar el futuro tal y como le había enseñado la diosa de la creación. Por el momento no era capaz de ver nada que le alarmase sobre su liberación. Abrió los ojos clavando su mirada dorada en la profundidad de los ojos negros de Hakai. Con el semblante tranquilo, se dirigió a su enemigo.

—No te temo —los dos dioses mayores le escuchaban atentos.

—Si algún día sales de este lugar, lucharé contigo hasta mi último aliento, pero no sueñes que te voy a suplicar para que me mates. Hasta entonces, voy a hacerte un regalo.

—¿Un regalo? ¿Vas a traerme un ramo de flores? Sorpréndeme, pequeño dios del cielo —el tono de burla del dios de la destrucción se notaba a kilómetros de distancia.

—¿Flores? No te mereces algo tan hermoso —dijo Taka haciendo caso omiso de la burla de Hakai—. En tu mente, sufrirás todo el dolor de las muertes de los seres que hayas dañado hasta la fecha. Así recordarás el motivo de tu encierro, el motivo por el que, tus dos hermanos y yo, te hicimos cautivo en esta prisión.

—¡Oh, dios del cielo! no sabéis la que os espera. No tendré las visiones de mi hermana, ni controlaré el tiempo como Hozen, pero tengo algo mucho mejor. Soy astuto y previsor —dijo esbozando una mueca de orgullo, mirando desafiante a su oponente.

—Estaré preparado para lo que hayas tramado —afirmó el joven dios del cielo.

Taka golpeó con la palma de su mano la frente de Hakai emitiendo un fulgor dorado que hizo que el dios de la destrucción cayese en un profundo sueño. Separó la mano. Este comenzó a tener espasmos, su cuerpo estaba sufriendo por orden de su mente. Emitía gemidos de dolor, apretaba los dientes hasta hacerlos rechinar. El dios del cielo se volvió a los dos hermanos.

—Regresa a las Tierras de la Eternidad. Protege a todos los seres de los diferentes planos de la existencia. Puede que sea la última vez que nos veamos. —dijo la diosa de la creación acercándose para darle un abrazo. Le susurró—. Recuerda la profecía, él vendrá, y tú debes ser su maestro.

—No dejes que te venzan tus emociones, el tiempo pasará igual seas un dios mayor o no. Te deseo una buena vida —dijo Hozen manteniendo la

postura, sin mostrar señal de afecto.

—Adiós, me ha gustado aprender de vosotros. Sois como mis padres —dijo Taka separándose del abrazo de Sõzõ, emprendiendo el camino de vuelta a la salida de la Cueva Espectral, dejándoles al cuidado del cautivo.

El sonido de los pasos del dios del cielo sobre el suelo de piedra, devolvieron a Kenji a la realidad de su habitación en la que seguía interpretando la Canción del Cielo. Algo le preocupaba. Las visiones de su cabeza concordaban, tan solo en parte, con la versión de la creación del mundo y los sucesos posteriores que le había narrado Taka, al inicio de su adiestramiento en la Isla de los Sueños. Debía seguir el camino hacia la verdad que le impedía abrir portales. Posó el instrumento sobre la superficie de la cama, se irguió estirando los músculos entumecidos por la postura inmóvil que había mantenido.

Colocó a Guardiania a su espalda. Le apetecía dar un paseo para aclarar sus ideas. Salió, con la mirada puesta en el cielo. La noche se cernía lentamente sobre la Puerta del Cielo, sus habitantes regresaban al refugio de sus hogares. Kenji fue hacia la zona norte de la ciudad, allí pudo ver el amplio territorio que se extendía ladera abajo. La sensación de libertad ante esos parajes era indescriptible. Quería volar, sentirse en comunión con Bestiary. Un murmullo invadió su mente por un instante. La voz le resultaba de lo más familiar. No lograba discernir de quien se trataba. Concentró su atención en el susurro que le llamaba.

—*Kenji, necesitamos tu ayuda. Ven al noreste* —al fin reconoció la voz. Era Viento, a través de su vínculo.

Calculó la dirección en la que se hallaba su amigo, por el momento había suficiente luz como para ver con claridad donde estaban ubicados en su apresurado viaje. Se dejó caer por la ladera de la montaña, creando una presión de aire que le transportaba a toda velocidad hacia su nuevo destino. Sentía irse sin avisar, pero la seguridad de Viento estaba en peligro y eso no lo podía permitir.

Los valles, las praderas, los ríos y demás formaciones del terreno de Bestiary se volvieron casi imperceptibles en su avance, a lo lejos pudo divisar una mancha borrosa. Según se acercaba pudo distinguir un gran grupo de gigantes que intentaban esquivar, con poco éxito, los mordiscos cargados de explosiones eléctricas del grupo de Thunder Wolfs. Sacó a Guardiania de su vaina antes de descender haciendo que la cabeza de un

gigante rodara hasta los pies de un aliado cercano. El gigante se agachó a coger la cabeza de su compañero con las manos, reparando en la presencia de Kenji.

El joven corrió hasta el gigante cercenando sus tobillos, el cuerpo comenzó a caer sin control hacia el suelo. Con un chasqueo de dedos, se deshizo en polvo cenizo. La balanza de la batalla se empezó a decantar del lado del grupo de Viento. Los pocos gigantes que estaban en pie, intentaban huir en diferentes direcciones sin un orden. Kenji dejó que se marchasen, sin hacerles más daño. Viento localizó a su amigo, se acercó con una ligera cojera en la pata delantera izquierda. Kenji guardó la espada yendo a su encuentro.

—¿Estás bien? —preguntó mientras le daba un abrazo.

—Sí, *gracias por venir* —contestó el actual jefe de la manada.

—Eran muchos, ¿Cómo no me avisaste antes? —la preocupación se notaba en su forma de hablar.

—*Nos pillaron por sorpresa, veníamos de regreso de ver a Roca y su manada, cuando nos encontramos con una treintena de gigantes. Lo único que pude hacer antes de ser atacados fue pensar: Kenji, necesitamos tu ayuda. Ven al noreste* —el dolor de la pata herida se traslucía en su voz.

—¿Te duele mucho?

—*Solo un poco. Me preocupa más Astilla, uno de los gigantes logró abrazarle y le crujieron las costillas* —dijo señalando con el hocico hacia donde estaba tumbado su consejero.

—Me ocuparé de él primero y después de ti, ¿Hay algún otro herido? —dijo mirando al resto de los lobos. Cuzo parecía estar bien, vacilaba de cómo le había desgarrado la garganta a uno de los gigantes. Furia reía con la anécdota, acompañado de sus dos guerreros. Alguno tenía heridas leves, casi podía decirse que se trataba de rasguños.

—*No, solo nosotros dos. Tuvimos que abatir al más grande del grupo* —confesó a su amigo.

—Voy a atenderle, acompáñame.

Kenji y Viento se acercaron hasta donde Astilla se mantenía inmóvil como una estatua. De sus ojos apretados por el dolor salía un río de lágrimas. Los dientes de sus fauces estaban tan apretados que parecía que se iban a romper de un momento a otro. Kenji inspeccionó las lesiones, tenía rotas al menos cuatro costillas del lado derecho y del izquierdo había

notado otras tres. Cerró los ojos haciendo una imposición de manos sobre el lado derecho del lomo de Astilla. Salió un fulgor morado que traspasó el pelaje y la piel del lobo.

La expresión de dolor del semblante de Astilla se relajó un poco, dando paso a una molestia casi soportable. Las costillas de ese lateral estaban reparadas por completo. Viento le dijo algo a su amigo de manada, este se giró con cuidado dejando el lado izquierdo visible para que Kenji pudiese trabajar. La situación era peor de lo que se esperaba en ese costado. Todas las costillas estaban dañadas, menos la flotante. Una a una fue reparando las que estaban menos dañadas, dejando las peores para el final. Por suerte ninguna de ellas se había clavado en los órganos vitales. Tardó más de lo que pensaba, pero al cabo de unos cuarenta minutos Astilla estaba en perfectas condiciones para viajar e incluso volver a combatir.

—Muchas gracias, Kenji —dijo levantándose sobre sus cuatro patas—. Creía que no lo iba a contar esta vez.

—De nada, pero para la próxima ten más cuidado —dijo Kenji, aliviado al verle en tan buen estado. Mientras abría los ojos de nuevo.

—Descuida, lo tendré —dijo acercándose al animado grupo en el que se hallaba Cuzo.

—Te toca, a ver esa pata —le dijo a Viento.

—*Estoy bien en serio, seguro que no es más que una torcedura. Se pasará* —dijo Viento intentando parecer más fuerte.

—Trae aquí —dijo Kenji cogiéndole la pata herida, emitiendo el fulgor de curación—. ¿Cómo fue con Roca?

—*Digamos que soy jefe de tres de las cinco manadas y que uno de mis descendientes debe unirse a la hija o hijo más joven que tenga Roca en ese momento. Solo me quedan dos jefes por ver, antes de regresar a casa* —Kenji terminó de curarle la pata mientras le contaba lo sucedido.

—¿Sabes a cuál iréis a ver primero? —dijo Kenji, dejándose caer a su lado sobre la hierba.

—*No tengo ni idea, Furia quería ir al norte para regresar por el centro e ir de regreso a casa después. Pero aún no lo hemos decidido. ¿Y tú que vas a hacer? ¿Regresarás con los Alas Blancas?* —preguntó Viento.

—Debería, pero me siento solo, aunque esté en una ciudad. Supongo que es normal, cuando acabas de conocer a gente nueva. Todavía sigo

avanzando con las visiones del pasado de los dioses, pero no he descubierto que me falta —la última frase parecía haberle entristecido.

—*Lo descubrirás, por esta noche quédate con nosotros. Vamos avanzar un poco, no quiero dormir entre cadáveres de gigantes*—dijo Viento.

—Me parece una buena idea —dijo levantándose, cambiando su forma a la de un Thunder Wolf.

OceanofPDF.com

Capítulo IX

OceanofPDF.com

La Verdad Revelada

La copa de un árbol frondoso cubría el cielo estrellado. Después de haber cenado una carne tierna de Quiurión, otro animal extraño de Bestiary mezcla de tres conocidos en el Mundo de los Hombres, los Thunder Wolfs se acostaron a descansar. Kenji intentó dormir, pero no lograba conciliar el sueño. Se levantó con cuidado de no despertar a sus acompañantes y se fue a pasear no muy lejos.

Caminando a ritmo lento, levantó la cabeza para mirar las estrellas. Eran un poco diferentes de las que había visto en los otros dos planos. Algunas brillaban de un color rojizo, otras de azul, otras blancas, así hasta un sinfín de tonalidades. Unas pocas parpadeaban como si quisiesen guiñarle un ojo en señal de complicidad. En su cabeza le daba vueltas a las visiones inconexas con las explicaciones de Taka.

De pronto se hizo la luz del sol con los primeros rayos del alba. Ante él, una niña de unos diez años de edad avanzaba con un vestido blanco hasta los pies descalzos. Su pelo era negro brillante, sus ojos tenían un tono marrón rojizo, su tez blanca como la luna llena y sus labios finos, rosáceos. Sin pararse ante su presencia, atravesó su cuerpo continuando su camino. Kenji se giró para ver hacia donde se dirigía. Los ojos morados se abrieron de par en par, no podía ser. Se frotó con las manos antes de volver a mirar, pero la visión no cambió.

La imponente montaña, llamada Pico Colmillo, se alzaba ante él como un coloso desafiante. Quiso ver si Lukwos se encontraba en su lugar, pero aún no se había edificado. No había murallas que defender, ni licántropos que lo hicieran, al menos por el momento. Decidió seguir a la muchacha ladera arriba. Sus pequeños pies recorrían el terreno con seguridad, a pesar de no haber senderos marcados para su ascenso a la cima.

El sol comenzaba a quemar con sus cálidos rayos a medida que subían Pico Colmillo. A mitad del camino la niña se desvió un poco con la vista fija en un punto concreto. Siguió subiendo, sin ceder ante el terreno pedregoso o la fatiga. Kenji, admiraba la determinación que tenía la

muchacha, aunque sabía que, a ese ritmo, no llegaría mucho más lejos. Los pocos matorrales que se encontraban en el camino, comenzaron a desaparecer dando paso a pura roca. El aire se volvía denso a cada minuto que pasaba.

La niña detuvo su caminar, mirando con una amplia sonrisa unos metros más arriba. Reanudó su marcha con más energía que antes. Kenji miró el terreno, seguidamente en dirección hacia donde había mirado la muchacha. A pesar de no haber una ciudad reconocía algunas de las formaciones rocosas, todavía poco desgastadas. Al fondo, la entrada de una cueva que por algún motivo le sonaba más que todo lo demás. Dando un segundo a su mente para recapacitar supo la altura en la que se encontraban en ese instante. La niña se dirigía a la entrada de la Puerta del Caos donde, tiempo después, se construiría la cúpula, y por donde se podía viajar al Mundo de los Muertos, Olvidado.

Su mente se activó como un resorte, debía detener a esa niña a cualquier precio. No sabía quién era ella, lo que sí sabía es que, si cruzaba ese portal iría a un mundo donde no podría sobrevivir. Intentó abrazarla varias veces para apartarla de su objetivo, pero los brazos traspasaban el cuerpo de la chica. Ante la entrada de la cueva la niña se detuvo, incluso Kenji podría asegurar que dio un paso hacia atrás. Empezó a temblar como un cervatillo que va a ser devorado por un tigre y no puede hacer nada por evitarlo.

De la oscuridad de la cueva, surgieron unos ojos morados que la miraban con fiereza. Caminaba hacia ellos. La luz del sol permitió ver su hocico negro, sus patas grisáceas, la cabeza... hasta que iluminó su cuerpo entero. Era un lobo del tamaño de un hombre adulto que gruñía amenazante. Su postura era de ataque hacia la muchacha, no parecía que fuese a tener compasión de ella.

La niña no se apocó, se transformó en un zorro de nueve colas blanco como la nieve con ojos rojizos. Se multiplicó hasta un total de siete zorros iguales, que gruñían al lobo guardián de la cueva. Kenji acabó por reconocer que estaba en un recuerdo de los dioses, el cansancio había hecho tanta mella en él que no había podido distinguir las visiones de la realidad. Ella era la joven Kitsune. Ante la reacción de la chica, el lobo comenzó a reírse a carcajadas. Kenji le escuchó en su mente.

—¿Quién eres, niña? —dijo el gran lobo, cambiando de forma a la de un chico de unos dieciséis años de ojos morados, piel clara y pelo de varias

tonalidades. La niña hizo desaparecer sus otras imágenes, regresando a su forma anterior.

—Mi nombre es Kitsune —dijo con voz dulce, acorde con su edad y apariencia.

—Tienes ciertas aptitudes para convertirte en un ser poderoso, en cuanto maduras, claro está. Pero este no es lugar para ti, es peligroso y no tengo tiempo para adiestrarte o defenderte. Creo que estarás bien bajo la tutela de Taka, el padre de los dioses. Él te enseñará todo lo que debes saber —Cerró los ojos un instante.

Un momento después se escuchó un chillido como el de un ave rapaz enorme. Taka apareció detrás de ellos en su forma humana, le había crecido una barba que perfiló hasta parecer elegante. Dio unos pasos hasta donde se ubicaba el protector de la entrada.

—¿Por qué me has hecho llamar, Vaél? —dijo con voz severa, mirando a la niña que observaba la escena. Vaél abrió los ojos, cruzando la mirada con los dorados del dios del cielo. Taka se cruzó de brazos, esperando una respuesta.

—Esta niña ha venido a mis dominios. No sé para qué, pero tiene aptitudes mágicas. Creo que podrías enseñarle a sacar provecho de sus poderes —sugirió con amabilidad.

—¿Yo? ¿Y por qué no lo haces tú? Como bien has dicho está en tus dominios —la pregunta del dios del cielo le resultó algo molesta. Respiró profundamente, sabía de sobra que Taka aún ponía a prueba su paciencia, hacía poco tiempo que le había dado el control de ese territorio y conocía sus arrebatos de ira.

—Porque aún tengo que poner orden en las criaturas de esta zona. Algunas son muy peligrosas para una niña y no puedo estar pendiente de ella —la niña se acercó a Taka, cogiéndole de la mano con suavidad, bajo la atenta mirada de Vaél—. Al parecer ella quiere ir contigo —sonrió.

—Muy bien, vendrás conmigo. En cuanto acabe con tu instrucción, volverás para ayudar a Vaél en sus tareas. Por cierto, mi nombre es Taka —dijo presentándose.

—Yo soy Kitsune —la niña cerró los ojos a la vez que sonreía con ternura.

—Nos vamos de aquí —anunció Taka—. Por cierto, en los próximos días tu madre vendrá a verte. Quiere asegurarse de que su pequeño se las

apaña bien—subió a la niña sobre sus hombros, antes de emprender el camino hacia la Isla de los Sueños.

—La recibiré como es debido, nos veremos pronto —dijo viendo a Taka alzar el vuelo con la niña sobre su espalda. Dándose la vuelta recobró la forma de lobo. Metiéndose en la cueva desapareció en la oscuridad.

Kenji sacudió la cabeza, intentando sacar de su mente la imagen dulce y tierna de la diosa que había mandado ejecutar a sus padres. No era posible que una niña tan inocente, en apariencia, fuese la causante de tanto daño. Abrió los ojos, la noche estrellada seguía ante él. Miró hacia donde descansaban los Thunder Wolfs. Todo había sido una visión, se sentía agotado, pero seguía sin sueño. Cada vez más dudas, más incógnitas. A esto se le sumaba otra más, ¿lo que veía era cierto o lo cierto era lo que le habían contado? Debía averiguarlo, hacer que todo encajase para que su mente racional pudiese descansar de una vez por todas de los misterios que se le habían ocultado.

Una brisa de aire azotó su cara, haciéndole girar la mirada hacia otro lado. Allí había un hombre de avanzada edad, con un traje negro, unos zapatos elegantes, camisa blanca y corbata a juego. Sus ojos eran anaranjados, el pelo de su cabeza y el de su barba perfilada eran grises, canosos. Avanzó hacia él, apoyándose en un bastón de roble que tenía por mango una bola con siete esferas de distintos colores dentro.

—Kenji, Kenji —dijo apoyando la palma de su mano en la espalda del joven, que le miraba perplejo—. No, por el momento no digas nada. Sé que me conoces, aunque esta vez estoy mucho más... vestido. Caminemos, no suelo hacerlo muy a menudo. La última vez bajé a la ciudad de Los Ángeles y me confundieron con un actor famoso, pero como he dicho no es lo más habitual.

Kenji comenzó a andar, un pie tras otro, como le acababa de sugerir el hombre que tenía a su lado. Miró a las estrellas en silencio, como el que examina un cuadro en un museo de arte. Luego sin preámbulos reinició la conversación.

—Sé que lo estás pasando mal con tus recién adquiridos dones. Escuchar todas esas voces, experimentar los sentimientos de todos los seres que forman parte del universo, las visiones del pasado de los dioses y de todos los seres de los siete planos... es agotador. Pero es un don que muy pocos han tenido. Con el tiempo será como un soplo de aire que te dejará de

molestar. Sōzō lo consiguió de manera gradual. a Taka le ayudó mucho la música, pero en el fondo la clave de todo es asimilarlo como una parte de nosotros mismos —la voz del hombre sonaba profunda, madura, llena de sabiduría—. Al contrario que el resto de seres, tu voz no la puedo acallar. Sé las preocupaciones que te rondan por esa cabeza.

—Entonces, respóndeme a todas—dijo Kenji interrumpiendo en mitad de lo que parecía una lección como las que le impartía Taka.

—Hay cosas que solo podrás comprender descubriéndolas por ti mismo. Como te dije una vez, eres mucho más de lo que crees ser. Pero te puedo ayudar en algo, resolver una de tus múltiples dudas. Las visiones que tienes, que estás experimentando, son reales. Te están contando lo que pasó.

—Entonces, ¿Por qué no concuerdan con la historia que nos contó Taka? —preguntó el joven, indignado.

—En ocasiones, hasta los dioses nos avergonzamos de nuestras acciones. No somos perfectos, por lo tanto, los seres que creamos tampoco lo son y ahí radica su belleza —se quedó pensativo un segundo antes de enlazar las siguientes palabras—. Cometí un error al principio de los tiempos. Llevé a cabo un acto que nadie debería, sea dios, hombre, elfo o cualquier otra especie. Separé a mi propia hija de vástagos, les abandoné a su suerte vagando por el cosmos. Por esa razón, aunque no me suelo inmiscuir en los asuntos de mis habitantes, modifiqué ciertos hechos a los ojos del dios del cielo. No quería que descubriese el motivo de mi mayor vergüenza.

—Todos cometemos errores —dijo intentando aliviar el peso del anciano—. Por mi culpa Neko, la diosa del hielo, murió y Hakai la utilizó.

—Hakai, es el vivo reflejo de un joven que no ha tenido una guía adecuada. Sus acciones no son culpa tuya, Kenji. Recuerda, todos debemos asimilar lo que realmente somos para estar completos. Las partes buenas, las malas, todas son parte de nuestro ser y si no lo aceptamos morimos, desaparecemos. No sé si volveremos a vernos, pero muy pronto comprenderás porqué te hablo con tanta confianza.

—¿No vas a responderme a nada más? —preguntó Kenji, viendo como el anciano giraba su cuerpo para desaparecer.

—Eres un muchacho inteligente, lo descubrirás y entonces tus poderes estarán casi al mismo nivel que los míos. Hasta entonces, acepta lo que eres y no pierdas la cabeza —las últimas palabras hicieron eco en el paraje,

mientras Kenji veía como el anciano de traje elegante desaparecía junto con su bastón de madera.

—Eso haré, Uchū —dijo Kenji medio en susurros, echando la vista hacia el firmamento.

El camino de regreso hacia donde los Thunder Wolfs, se hizo más largo de lo que había parecido al alejarse. Al escuchar los últimos pasos antes de recostarse en el suelo, Viento levantó la cabeza con los ojos abiertos. Al ver que su amigo se acababa de acostar, se acercó, posando la cabeza sobre su costado para abrazarle.

La respiración pausada de Viento y el abrigo que le proporcionaba, hizo que lentamente se durmiera. Los sueños son el lugar que puede albergar cualquier cosa para un ser normal, para Kenji podía ser la continuación de las visiones de los dioses, de su pasado o de hechos que harían que padeciese un dolor insufrible.

Los cantos de los pájaros, en las arboledas próximas a la cabaña de Taka, hacían que el despertar de los animales fuese mucho más alegre. En la Isla de los Sueños reinaba la paz. Al poco tiempo, por encima de los árboles se escuchaban los gritos de hombres y mujeres luchando, bajo las instrucciones del dios. Una chica morena de unos dieciocho años, les observaba desde el camino de tierra. Sus ojos brillaban al ver la entrega de esos seres de alas blancas para ser lo que su señor deseaba.

—Mi señor, ¿Podemos hablar? —dijo la muchacha.

—Ahora bajo, Kitsune —dijo el dios del cielo batiendo las alas hacia donde se hallaba un guerrero de extraordinaria destreza. Hizo un gesto a su pupilo, parando el entrenamiento por un instante—. Micael, escoge a los cuatro mejores de guerreros y guerreras y bajad cuando os lo ordene.

—Sí, mi Señor —dijo ayudándose con un gesto afirmativo de cabeza.

Taka descendió hasta llegar a la vereda del camino, haciendo desaparecer sus alas. Dio unos pasos hasta el lugar donde Kitsune le estaba esperando con las manos a la espalda. La joven bajó la mirada en señal de respeto y obediencia hacia el dios del cielo.

—Dime, ¿de qué querías hablar? —preguntó con serenidad en el tono de su voz.

—Mi Señor, me dijisteis que si pasaba las pruebas de poder que me impusisteis ayer... —Kitsune hizo una pausa, antes de continuar. Haciendo

que el rubor apareciese en sus mejillas, calentando su cara—. Podría regresar a las Llanuras de Plata, junto a Vaél.

—Es cierto te lo dije, pero antes he de hacer una pequeña gestión con los Alas Blancas. Después les dejaré al cuidado de la Isla de los Sueños en mi ausencia. Como te explicaré más tarde, tenemos mucho que hacer —Micael y otros cuatro Alas Blancas descendieron, formaron una fila, hincando una rodilla en el suelo—. Levantaos, hoy será el día en el que os otorgue un don. Micael, ¿a quienes me has traído?

—Mi Señor las dos guerreras más fieras y las más compasivas a su vez, Suryan y Sarakiel. Por otro lado, la defensa más férrea de los guerreros alados, Remiel y Auriel. Son los mejores, les confiaría mi propia vida —dijo Micael, presentándoles.

Taka acercó el dedo índice de la mano derecha a su ojo. De este salió una lágrima que se posó en la yema. Levantó el dedo hacia el sol, haciendo que la luz le traspasase como un rayo, iluminándose con un brillo blanquecino. Con esa gota brillante, miró a los hombres y mujeres alados. Se acercó a ellos y dejó la gota sobre la piel de sus torsos, uno a uno hasta que la gota desapareció con el último de ellos. Regresó a su lugar junto a Kitsune, orgulloso de sus guerreros.

—A partir de este momento se os conocerá como los ancianos, seréis capaces de curar las heridas y las almas cansadas con solo imponer vuestras manos sobre ellas. En la batalla, podréis cegar a vuestros enemigos con un destello igual brillante como la luz del mismísimo sol. Ponedlo a prueba —dijo Taka, haciendo que se ilusionaran, mirándose las palmas de las manos, como si no terminaran de creer el regalo que les acababa de otorgar el dios del cielo—. Me ausentaré una temporada. Micael, quedarás al cargo de todo, vosotros ayudadle. Ahora id, continuad con el adiestramiento.

Los ancianos, emprendieron el vuelo para reunirse con sus compañeros y contarles la buena nueva. Mientras el dios del cielo se volvió hacia la bella Kitsune, ella le devolvió la mirada con sus ojos marrón rojizo y una sonrisa cálida, apacible.

—Nos vamos, querida —dijo Taka, entre risas.

El dios del cielo la tomó del brazo, emprendiendo el viaje hacia las Llanuras de Plata, los dominios del dios lobo. El día estaba airado, el cielo lleno de nubes negras cuando llegaron a la falda de Pico Colmillo. Ascendieron con bastante rapidez hasta llegar a una cúpula de piedra y

metal con unas puertas que Kenji reconocería en cualquier sitio. Del interior salió Vaél sacudiéndose las manos cubiertas de polvo. Al ver al padre de los dioses, le dio un abrazo, justo después de hacerle una pequeña reverencia en señal de respeto.

—Bienvenido Taka, ¿Qué te parece? —preguntó emocionado por la obra.

—Tiene pinta de ser una edificación muy sólida —dijo con ganas de ver cómo era por dentro

—Lo es, Kuma estuvo hasta hace unos días por aquí ayudándome con las paredes y el techo. Los refuerzos de metal, las puertas y los hechizos de sangre son cosa mía —explicó un poco por encima—. ¿Eres Kitsune? —preguntó al ver a la muchacha que había dejado de ser una niña, para convertirse en toda una mujer. Ella asintió con la cabeza, callada y ruborizándose—. Has crecido mucho desde la última vez que te vi. ¡Pasad! —dijo animándolos a entrar haciendo un gesto con el brazo derecho.

El dios del cielo fue el primero en pasar seguido de Kitsune y Vaél. La cúpula estaba igual que la primera vez que Kenji entró en ella. Al fondo vio las enormes puertas de color obsidiana con sus postigos cerrándola. El resto eran bloques de fría piedra y metal, sin ningún adorno. Denotaba el carácter sencillo del dios lobo. Taka se acercó a las puertas negras, intentando levantar uno de los postigos sin lograrlo. Intentó abrir la puerta, bajando las manos hacia sus costados al no conseguirlo. Miró a Vaél que le observaba curioso.

—¿Hechizos de sangre? —preguntó, esperando una respuesta amplia sobre el tema.

—Exactamente. Hace unos meses me corté con una roca, bañándola con mi sangre. La cogí entre mis dedos, lanzándola con fuerza contra un saliente de la montaña. Esta piedra hizo un agujero, adentrándose varios metros. Probé con más objetos, ninguno se rompía, cuando estaba bañado con mi sangre, el resto acababan hechos añicos. Hice más pruebas, no solo de resistencia, sino de dureza, peso, etc. Todo lo que había sido marcado por mi elemento de vida respondía solo a la llamada de su portador. En este caso, yo.

—¿Y si la bañase otra sangre? —preguntó Kitsune, haciendo que Vaél se girase hacia ella.

—En ese caso tenemos dos opciones —levantó uno de los dedos para indicar la primera opción—. Si la segunda sangre ha bañado el objeto inmediatamente después que la primera, será rechazada. Por el contrario... —dijo levantando un segundo dedo—. Si la segunda sangre ha bañado el objeto a la vez que la primera, se necesitaría la acción de las dos para que el objeto responda.

—En otras palabras, solo tú puedes abrir estas puertas —agregó Taka, viendo la solidez de sus argumentos.

—Solo yo o mis descendientes, mis futuros hijos. Pero esto me ha hecho pensar en las posibilidades del uso de nuestra sangre —dijo comenzando a caminar de un lado a otro cavilando mientras Kitsune y el dios del cielo le seguían con la mirada—. Hasta ahora, te has encargado tu solito de arreglar el desastre que creó el dios de la destrucción en el Mundo de los Hombres, por la imposibilidad de los demás de viajar a ese otro plano. Pero, ¿y si cogemos un edificio que hayan hecho los humanos y los bañamos con tu sangre para poder tener un punto de acceso y ayudarte? Podríamos hacer aquí una réplica y viajar cuando fuese necesario.

—Es posible que pueda dar buen resultado, ¿lo has hablado con alguien más? —preguntó, aunque conociendo el buen corazón de Vaél sabía la respuesta.

—Con mis hermanos y con madre —respondió con total sinceridad.

—Me lo temía —dijo con exasperación—. Y estoy seguro de que están todos de acuerdo en llevarlo a cabo, ¿no?

—Pues sí, solo quedan por ser informados Seiryu y Shika —dijo embargado por el nuevo proyecto—. No creo que se opongan.

—Iremos a hablar con ellos —Taka echó un último vistazo a la cúpula. Le parecía poco hogareña—. Mientras, podrías hacerte un buen hogar, la cúpula es un poco austera—aconsejó a Vaél.

—Lo tenía pensado. Una casa de madera y piedra, con una chimenea para calentarme en las noches de invierno, no estaría nada mal e incluso comer caliente como cuando vivía en la isla contigo —Vaél miró a un lugar de la montaña unos metros más abajo, un terreno casi llano—. Creo que tengo el emplazamiento idóneo para ello.

—Muy bien —dijo Taka saliendo de la cúpula, acompañado de Kitsune—. Solo espero que la próxima vez que venga me puedas ofrecer asiento y algo de beber. Nos vamos, Kitsune.

—Pero, ¿no me dijiste que me podría quedar con Vaél para ayudarlo aquí? —se quejó la joven diosa.

—Sí, pero los demás dioses deben conocerte primero. No podemos faltarles al respeto. Además, tenemos mucho trabajo por hacer y quiero que me ayudes —la respuesta de Taka no le convenció del todo, pero la aceptó de buen grado—. Nos veremos en unas semanas.

—Aquí os esperaré —contestó Vaél despidiéndose con la mano del dios del cielo y su joven acompañante.

Un golpe suave cayó sobre la cara de Kenji, luego otro y otro más. Abrió los ojos, el cielo negro como el tizón había roto a llover con fuerza sobre ellos y las ramas de los árboles no les aportaban suficiente refugio. Los Thunder Wolfs se habían levantado sobre sus cuatro patas. Viento se acercó a Kenji.

—*Es mejor que nos movamos, es una tormenta eléctrica y es probable que nos caiga un rayo si nos estamos quietos. Buscaremos un lugar más seguro para seguir descansando hasta que despierte el nuevo día* —dijo con sensatez.

—Cuando des la orden —dijo, transformándose en Thunder Wolf como había hecho antes en varias ocasiones.

A un aullido de Viento, el grupo de lobos comenzó a correr en dirección a los dominios de Furia en busca de un mejor cobijo. El sonido de las patas de los lobos resonaba pisando los charcos, en el transcurso de la carrera. A poco menos de una hora de camino encontraron una pequeña cueva que parecía abandonada. Pero que, a simple vista desde fuera, tenía el suficiente espacio para que entraran los integrantes del grupo. Furia insistió en ser el primero en entrar para evitar sorpresas a Viento, en caso de haber algún otro animal.

Le vieron desaparecer, a través de la entrada, internándose en la profundidad de la caverna. No pasaron ni dos minutos cuando salió dando el visto bueno. Uno a uno, se adentraron, Kenji cerraba la marcha. Una vez protegidos de la lluvia, se acomodaron para seguir descansando, hasta que amaneciese.

Viento se acostó cerca de Kenji mirándole fijamente, sabía que su amigo estaba sufriendo las visiones del pasado y que le estaban afectando. Las ojeras de dormir poco y mal, se acumulaban bajo sus ojos, tornándose cada vez más oscuras. Su mirada pocas veces demostraba ese brillo natural,

sustituido por una inquietante mirada perdida hacia no se sabe dónde. Como estaba preocupado por él, decidió intervenir, debía tener una conversación para ver que podían hacer. Kenji debía descansar, no solo dormir, para estar completamente bien.

—*Kenji* —llamó la atención de su amigo, haciendo que este volviese la mirada hacia él.

—Dime —contestó Kenji.

—*¿Cuánto hace que no descansas?* —preguntó sin rodeos el Thunder Wolf.

—La verdad, no lo sé —respondió con voz cansada—. Desde que comenzaron las voces y las visiones, no he podido dormir a gusto. Cada vez que cierro los ojos, ya sea para interpretar la Canción del Cielo o para dormir, me viene una visión. Las últimas, han sido tan reales que no podía distinguirlas de la verdadera realidad. He perdido hasta la noción del tiempo, ni siquiera sé cuántos días llevamos en Bestiary. Hace unas horas, me ha parecido que he paseado junto a Uchū, mientras manteníamos una conversación, pero tampoco estoy seguro de que haya sido cierto.

—*Si no encuentras la manera de descansar, tu mente no funcionará como debe y es posible que liberes tus poderes haciendo daño a alguien. Tienes que encontrar una solución y creo que es urgente* —el razonamiento de Viento, hizo reaccionar a Kenji. En algunas culturas antiguas preparaban brebajes para entrar en una especie de sueño inducido, en el que la mente quedaba inactiva. Se parecía al coma que provocaban en los hospitales, pero más arriesgado. Lo desechó de su cabeza.

—Encontraré la manera —le aseguró a Viento—. Por ahora intenta descansar, quedan pocas horas para el amanecer.

—*Lo haré. Intenta descansar tú también* —dijo bajando la cabeza, ocultando el hocico entre las patas delanteras.

Kenji cerró los ojos para relajarse, haciendo que su respiración se ralentizara. Pensó en sus padres, James y Elisabeth, no había visitado la tumba donde descansaban. Había estado tan concentrado en la misión que le habían encomendado los dioses, en su venganza, que no había ido a despedirse, ni les había llevado un centro con flores. Se prometió a si mismo que, si salía de Bestiary, sería lo primero que haría. Ya tendría tiempo de prepararse para la batalla final contra el dios de la destrucción.

Con ese pensamiento, perdió el contacto con la realidad de nuevo. Sus ojos miraban fijamente a sus pies, estaban pisando sobre un campo de hierba verde, cubierta de escarcha de la helada nocturna. Alzó la vista para ver en donde se encontraba exactamente. Ante él, imponente se veía Stonehenge el portal por el que había llegado a las Tierras de la Eternidad, junto con Ryoko. Delante de la puerta se encontraban los dioses menores y Taka, que estaba realizando un ritual de sangre. El golpe final de las manos del dios del cielo, activó el resplandeciente halo blanco del portal.

—Muy bien, está hecho —dijo Taka dirigiéndose a Vaél que sonreía como un niño con zapatos nuevos—. Acabamos de activar el primer portal de viaje entre nuestro plano y el Mundo de los Hombres. ¿Quién será el primero en probarlo?

—Yo mismo —dijo Vaél, adelantándose al resto. Dio unos pasos comenzando una carrera vertiginosa y, saltando a través del portal, se transformó en lobo. Regresó a su forma humana, la más conocida—. Funciona, Taka —decía mientras miraba su cuerpo por si hubiese algún daño físico al viajar.

—Me alegra escucharlo, regresa tenemos que hablar del futuro —dijo su madre Genbu, instándole a volver.

—Es cierto —dijo Byakko con pose autoritaria—. ¿Qué vamos a hacer con este conducto de viaje que habéis situado en mis dominios?

—No hace falta ponerse tan serio, hermano —dijo Kuma dándole una palmadita en la espalda—. Seguro que Taka quiere que seamos la guía de la humanidad, de las gentes élficas, enanos y de otros seres de los que tanto nos ha hablado.

—Estoy de acuerdo con Kuma, Byakko. No te lo tomes como una invasión de tus tierras —añadió Shika con tono pacífico.

—Cállate o te tragarás tus palabras, Shika —los dientes apretados del dios del aire y el trueno se vieron desde todos los ángulos.

Mientras discutían, Vaél había regresado junto al grupo. Taka y Seiryu permanecían callados, a la espera de que los demás hiciesen el silencio en la zona del monumento de piedra. Una vez las voces se fueron acallando, el dios del cielo se colocó en el centro de todos los dioses que habían formado un círculo. Vaél se situó al lado de Kitsune, rozando disimuladamente los dedos de la mano de la diosa de la mentira con los suyos, haciéndola sonrojar. Genbu se dio cuenta, al estar situada en frente, del interés por

parte de su hijo. La diosa de la tierra, hizo la vista gorda pasando a temas mucho más importantes. Taka miró a cada uno de los presentes antes de pronunciar la primera palabra.

—He tomado la determinación de dejar que me ayudéis con la regencia de las vidas del Mundo de los Hombres. Llevo mucho tiempo pensándolo, desde la conversación con Vaél en Pico Colmillo. Sé que me he hecho de rogar, pero antes no había tantos motivos de peso para hacer un portal mágico de viaje.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Vaél sin poder contener su lengua.

—Los enanos, los elfos y muchas otras criaturas están en peligro por el avance de la raza humana. En mi opinión disponemos de bastante tiempo para ayudarlos, puede que milenios, puede que siglos. Como último recurso, si es inevitable, les traeremos a las Tierras de la Eternidad. De esa manera, tendrán un hogar en el que vivir en paz. ¿Estáis de acuerdo? —Los dioses asintieron con la cabeza, uno por uno, sopesando las palabras del dios del cielo—. Entonces, empecemos con nuestra misión divina.

Capítulo X

OceanofPDF.com

Linaje

Las siguientes visiones se sucedieron con imágenes rápidas pero muy nítidas. Kenji vio guerras entre humanos de diferentes imperios: egipcios, Babilónicos, persas, macedonios, romanos... Pudo ver la caza indiscriminada de seres como minotauros, centauros, ninfas... Las guerras entre elfos y humanos, perdiendo los elfos territorios a medida que pasaba el tiempo. Todas esas visiones de guerra, se intercalaban con la acción de algunos de los dioses menores que intentaban mediar para que hubiese paz entre los distintos seres. Al final para evitar que se derramara la sangre de los seres de las otras razas existentes, los dioses menores optaron por la última salida que les ofreció el dios del cielo mucho tiempo atrás. Abrieron los portales que llevaban a las Tierras de la Eternidad, evacuando del Mundo de los hombres a elfos, enanos, licántropos, así como otros seres de origen mágico.

Por el arco del triunfo de Vaél, en las Llanuras de Plata, apareció el dios lobo fatigado, sujetando a Kalen, el último licántropo de linaje real. A su lado caminaba su mujer Alanna, portando sus armas y las de su esposo. Detrás de ellos un centenar de hombres y mujeres se ayudaban para continuar con el viaje hacia Pico Colmillo, donde se instalarían levantando una gran ciudad en honor al dios que les había auxiliado y acogido. El portal se cerró tras ellos cubierto por una nube de polvo del camino que marcaba su dirección.

El tiempo transcurrió raudo como el galopar de un caballo. Los dioses siguieron mediando en los asuntos de los humanos, sin lograr que la semilla de maldad instaurada en sus corazones por el dios de la destrucción mermara ni un ápice. Los imperios comenzaron a caer ante los ojos de los dioses que intentaban salvar vidas inocentes. Los hermanos, se enfrentaban entre ellos, con sus padres, con sus madres... Entre tanto, la joven diosa Kitsune, había desaparecido sin dejar rastro de su paradero para el resto de los seres divinos.

La ciudad de los licántropos, Lukwos, comenzó a crecer. Los edificios, las murallas, los comercios, todo estaba en pleno apogeo. La extraña paz de la que estaban disfrutando sus habitantes, no era nada habitual en su forma de vida. Kalen, como general de los licántropos, sugirió a Vaél mantener un ejército para la defensa de la ciudad y de la gente que la habitaba. El dios lobo accedió de buen grado otorgándole el mando. Él deseaba continuar con sus estudios del universo.

La noche cayó sobre la ciudad amurallada, bañada por la luz de la luna llena. Unos pasos ágiles como la brisa recorrieron las calles sin ser vistos ni oídos por los recién instaurados guardias. El ascenso hacia la Guarida de Vaél, fue como un paseo en un día de verano, fácil. El dueño de los pasos, no se detuvo en la entrada de la casa, sino que rodeó la edificación con presteza aprovechando cada recodo, cada saliente para no ser descubierto. Vio una ventana con una luz de vela encendida, se trataba del dormitorio del propio dios lobo. La estancia se encontraba vacía. Entró sigilosamente colocándose en el rincón más oscuro de la habitación a la espera de que regresase su dueño.

Vaél llegó con una jarra repleta de agua, se sentó en la silla que tenía frente a una mesa llena de pergaminos y, bajo la luz de la vela, se concentró en la lectura que le ocupaba. La sombra oculta en la alcoba le miraba con interés, con una respiración superflua casi imperceptible. El dios giró la cabeza, dejando que la luz iluminase el color morado de sus ojos, haciéndolos brillar. Al verlos, al furtivo casi se le escapa un suspiro que contuvo por muy poco permaneciendo escondido. Cuando el dios decidió irse a dormir a altas horas de la madrugada, la sombra regresó por el camino a su morada.

En los días siguientes, una serie de habitantes de Lukwos fueron llamados para servir en la casa del dios lobo. Todos y cada uno de ellos debían ser supervisados por Kalen, debían ser de total confianza para la seguridad del dios lobo. La mayoría pasaron las exigencias del general licántropo, incluso una mujer con el pelo negro como la noche, ojos marrón rojizo y labios finos de tono rosáceo. Esta última fue escogida para mantener en orden las estancias privadas de Vaél. Su uniforme era un vestido gris de algodón y sandalias sencillas. Su pelo estaba adornado por una fina diadema de flores que favorecía su rostro inocente. Los días

pasaron. Llevaba a cabo sus tareas con diligencia, no había nada que la joven no hiciese por su señor. Todo tenía que estar perfecto.

Vaél apenas había reparado en su presencia, mirándola tan solo unos segundos al presentársela Kalen como una chica cuyo nombre el dios lobo no recordaba. Estaba tan enfrascado en su búsqueda de conocimiento que era como un espíritu por los pasillos de su propio hogar, de las calles de su ciudad. Se pasaba las mañanas, las tardes y gran parte de las noches estudiando el cosmos, un espacio desconocido para él por falta de medios.

Cada noche la sombra que le observó una vez, lo repetía sin ser vista, ni oída. Pero esa noche, el cansancio pudo frente a su cautela. Una respiración llegó a los finos oídos de Vaél, tenía a alguien observándole a sus espaldas. A la derecha de la mesa tenía un cuchillo, que previamente había utilizado para cortar la carne que le sirvieron a la hora de la cena. Veloz como nadie le había visto, cogió el cuchillo dirigiéndose a la procedencia del sonido. Apoyó una mano en la pared de madera pulida bloqueando el paso de su observador, colocó el filo del largo cuchillo sobre la garganta del intruso. Sus ojos cruzaron la mirada con los ojos marrones de una muchacha de gran belleza, de pelo negro y labios finos y rosas como los pétalos de la flor del cerezo japonés.

—¿Qué haces aquí? —preguntó suavizando la voz. La cara de la muchacha le era familiar. El olor a jazmín de su piel, impregnaba toda la habitación y la dulzura que transmitía a través de su mirada le ablandaba el corazón. Ella no dejaba de mirarle, incapaz de pronunciar sonido alguno e, ignorando el filo del arma improvisada, acercó sus labios hasta los del dios lobo besándole con ternura. Vaél, correspondió al beso de la joven prolongando su duración todo lo posible—. ¿Cómo te llamas? —dijo al separar los labios de los de ella, sin abrir los ojos, pasándose la lengua por los labios.

—Me conoces bien —contestó ella, con voz melosa, en susurros—. Desde muy niña he querido estar a tu lado. El primer día que te vi quedé fascinada por el color de tus ojos, por tu porte, por el sonido de tu voz. Pero tuve que irme, soñando en el día que me convertiría en una mujer para regresar a tu lado.

—¿Kitsune? —dijo el dios lobo abriendo los ojos, fijándose mejor en el tono de color de los ojos de la muchacha. Eran marrón rojizo, como los recordaba. Su pelo era suave, como una cascada lisa que le caía hasta la

mitad de la espalda. Ella asintió, antes de darle otro beso sin permitirle seguir hablando.

—Siempre he sido tuya, Vaél —confesó, acariciándole la cara, a la vez que este bajaba el cuchillo a su costado—. Taka sabe de mi origen, no se fía de mí, al menos no del todo. Hakai es mi padre, pero mientras siga encerrado no hay ningún peligro que correr. No tengo más anhelo que vivir a tu lado, ser tu esposa, amante, amiga, confidente, apoyo... la madre de tus hijos. Dime que no me has visto así en algún momento y me alejaré de tu vida.

—Kitsune, no puedo negarlo. Me fijé en ti hace tiempo, pero hay mucho que descubrir, tanto que aprender. No sé si seré el esposo que mereces, que debes de tener. No quiero negarte la dicha de un hogar feliz, por estar enfrascado en mis estudios.

—Probemos durante un tiempo y si somos dichosos contraeremos nupcias, sino cada uno por su lado. No te reprocharé nada, te lo juro —el corazón de Vaél latió con fuerza instándole a estrecharla contra su cuerpo, fundiéndose en un abrazo, y así lo hizo.

La primavera dio paso, con sus elegantes flores, al sol del verano. El otoño cubrió los campos con las hojas de los árboles creando una inmensa alfombra para los invitados de un gran festín en honor de los dos dioses enamorados. Como dios del cielo, Taka celebró el enlace matrimonial de la manera más solemne. Vaél vestía con un traje hecho de sedas de las arañas de nieve, elegante, con brillo propio. Su pelo largo peinado por su madre en una larga trenza que le llegaba por debajo de los hombros y por la frente le pasaba una cinta fina de color morado a juego con sus ojos. Con las manos entrelazadas por delante del cuerpo, miraba al fondo del pasillo creado por los invitados.

Allí estaba ella, la mujer que ocupaba su corazón. Una de las criaturas más hermosas que conocía hasta la fecha. Su vestido se ajustaba al contorno de su figura, las mangas eran vaporosas dejando los brazos libres desde los codos. El escote favorecía la curvatura inicial de su busto, sin enseñar en demasía. Su pelo liso suelto le llegaba por la cintura, a excepción de un par de trenzas adornadas con pequeñas flores de distintos colores que nacían de cada lado de la cabeza y confluían en una sola. Entre sus manos descansaba un pequeño ramo de flores blancas y moradas de una fragancia embriagadora que iba dejando a cada paso que daba hacia su futuro marido.

La ceremonia resultó más sencilla de lo que al propio Kenji le había podido parecer. Después de un discurso, se intercambiaron promesas de amor eterno. Vaél le colocó un anillo del metal más precioso y pulido que existía en las Tierras de la Eternidad, gesto al que ella correspondió. Kitsune cogió de las manos de Kalen, una espada recién forjada, cediéndosela a su esposo con las palabras. «Con este regalo, defenderás nuestro hogar, nuestra familia y nuestro honor.» Vaél asió con ambas manos el arma, haciendo una reverencia a su esposa, que solo tenía ojos para él. Por orden de Taka bebieron del mismo vaso de cerveza de miel y compartieron un pan de centeno, simbolizando los bienes que, a partir de ese momento, iban a compartir. Después de ello, con el consentimiento del resto de los dioses, se unieron en un apasionado beso, el primero como matrimonio, aplaudidos y vitoreados por los presentes.

La fiesta duró horas, sucediéndose bailes bajo la luz de antorchas, proyectando las alegres sombras sobre el suelo otoñal. Los platos de comida se sucedían sin dejar uno vacío en las mesas. Lo mismo pasaba con las jarras de cerveza especiada, vino y otros licores. La música corría a cargo de los licántropos que habían habitado las regiones celtas de Europa. Uno de ellos sostenía una flauta travesera de madera con gran elegancia. Taka se situó a su lado para escuchar mejor su interpretación de una de las canciones más conocidas por Kenji: La Canción del Cielo. El hombre que la tocaba, estaba lleno de tatuajes tribales, su destreza no tenía rival entre los músicos presentes. El dios del cielo le pidió el instrumento, para intentar ejecutar por primera vez la melodía. El músico se la prestó de buena gana, quedando maravillado al ver lo rápido que había asimilado el dios la partitura. A raíz de esto el músico narró, a él y todos los presentes la historia que se ocultaba detrás de ella. Taka proclamó, entre risas, que a partir de ese momento sería su canción, la que le ayudaría en las noches de desvelo y así fue, por lo que Kenji sabía.

Llegó el final de la noche, al menos para los recién casados. Escoltados por una pequeña patrulla de la ciudad, regresaron a la Guarida, abandonando al resto de los invitados que seguirían con la diversión hasta el alba. Traspasaron las puertas de su hogar, ella subida en los fuertes brazos de él. Vaél no la dejó en el suelo, siguió con ella por los pasillos de la casa hasta llegar a la alcoba. Una vez dentro, posó suavemente a Kitsune sobre una alfombra de pelo marrón. Se dirigió hacia la chimenea,

prendiendo el fuego con dos pedernales. Sopló avivando la primera chispa sobre la hojarasca hasta que la llama emergió contra la madera como un titán. Se irguió dando la vuelta para encarar a la diosa que le miraba, inmóvil. Acarició con sus manos la cara de la diosa bajándolas al cordel que sujetaba el vestido al cuerpo, tiró de uno de los extremos deshaciendo el lazo haciendo que la tela comenzara a descender hacia el suelo.

—*Kenji ha salido el sol, tenemos que reemprender la marcha. Nos queda un largo camino que recorrer* —la voz de Viento le sacó del trance en el que estaba sumido, haciendo que abriese los ojos. Fue un gran alivio para Kenji, estaba seguro de no querer ver como engendraron sus abuelos a su padre o a alguno de sus tíos.

—Gracias, ¿A cuánto estamos de la Puerta del Cielo? —preguntó, al darse cuenta de que se había dejado la flauta en la casa que le había cedido Elohim.

—*A unos cinco días de camino, aproximadamente, pero para asegurarnos preguntaré a Furia* —Viento se separó unos metros para preguntar, mientras Kenji recogía sus pertenencias. El Thunder Wolf volvió a su lado a los pocos segundos—. *Lo he confirmado, estamos a unos cinco o seis días correteando. ¿Por qué?*

—Nada importante, me he dejado la flauta travesera de Taka en la ciudad de los Alas Blancas. Puedo estar sin ella unos días, hasta que regrese. Además, las voces y sentimientos cada vez parecen afectarme menos —dijo orgulloso de sus progresos.

—*Está bien, pero si necesitas entonar la Canción del Cielo parte a toda velocidad como hiciste para venir en nuestro auxilio* —el tono de preocupación de Viento se vislumbró a cada palabra que pronunciaba.

—Así lo haré, te lo prometo —dijo sonriente.

—*Entonces comencemos la marcha* —emitió un aullido en señal de inicio, siendo obedecido al instante por la manada de Thunder Wolves. Kenji se transformó, iniciando la vertiginosa carrera para seguir el ritmo a los allegados de Viento.

Los parajes parecían durar solo un segundo al ritmo que avanzaban los lobos del pequeño grupo. Kenji les seguía, sin perder el aliento. A su derecha se colocó Cuzo que le contaba anécdotas graciosas que les habían pasado durante su estancia en los territorios del jefe Roca. Una de ellas relataba el coqueteo de uno de los lobos del grupo con una joven y hermosa

loba cerca de uno de los ríos. La joven con picardía, hizo que el pretendiente se pusiera tan nervioso que retrocedió hasta caer dentro del agua quedando totalmente empapado. Kenji emitió una gran risotada al llegar al final de la historia, evitando indagar sobre cuál de los presentes se había visto envuelto en esa situación tan vergonzosa.

A las pocas horas, Viento ordenó el alto para descansar un poco las patas, beber y comer algo, antes de volver al camino. Reemprendieron la rauda carrera, apenas descansaron una hora antes de volver a los senderos polvorientos. Aunque Kenji le había prometido que, si se encontraba mal por las voces que asediaban sus pensamientos, sus sueños y su mente volvería con los Alas Blancas, su amigo quería recorrer el mayor trecho posible para que estuviera a salvo. Poco antes del atardecer, Furia le dijo algo al oído, obligándole a detener la marcha de la cuadrilla.

—*Vamos a acampar aquí mismo, allí hay una arboleda en la que podemos resguardarnos* —Viento miró de soslayo a Furia, no muy contento por la determinación que le obligó a tomar. Salió corriendo veloz, avisando de que se iba a cazar algo para la cena. Kenji pareció notar un deje de descontento en su amigo por la actitud que estaba teniendo en ese momento. Decidió que lo hablaría con él cuando regresase.

—¡Espera! —dijo Cuzo saliendo a toda prisa detrás de Viento, sin despedirse de nadie—. ¡Te acompaño, así traeremos más presas!

Los minutos pasaron llegando a la hora sin que ni Viento ni Cuzo apareciesen por la arboleda donde se hallaban descansando. Kenji se acercó hasta donde estaban Astilla y Furia, frente a frente, discutiendo de manera acalorada. Al acercarse pudo ver como el silencio invadió el espacio que ocupaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó frunciendo el ceño.

—Furia, le dijo a Viento que correr sin descanso no era la manera de cuidar a la manada. Que debía darles un descanso y replantearse su manera de liderazgo. Pero con un tono poco conciliador —dijo Astilla, mientras era fulminado por la mirada del acusado.

—Voy a buscarlos, hablaremos de esto cuando regrese —Kenji salió corriendo en su forma de Thunder Wolf en la misma dirección que habían salido los dos lobos.

Se internó en el bosque, dividiendo su mente buscando el aura de Viento, para localizarle con más rapidez. Los animales de menor tamaño se

apartaban de su camino escondiéndose, temerosos de que el animal que encarnaba pudiese hacer de ellos su alimento. Al cabo de un rato localizó el rastro del aura de Viento, corrió siguiendo la senda turquesa de esta. Se topó de bruces con una pendiente descendiente en la que no se podía ver el final. En ella se dibujaba un surco, alguien había caído por ella rompiendo ramas, aplastando las plantas existentes.

Kenji bajó a toda carrera por la cuesta, intentando no resbalar ni caerse. El descenso fue largo, prolongado, pero logró llegar a una explanada de hierba frondosa en la que se marcaban las huellas de los dos Thunder Wolf y de otro animal desconocido, de tamaño descomunal por sus pisadas. Con el corazón latiendo nervioso por lo que podría haber pasado a sus dos amigos, apresuró el paso llegando a ver una especie de bisonte de unos dos metros de altura a cuatro patas. Este expulsaba vapor por los orificios nasales y su pelo se erizaba largo como las púas de un puercoespín. Enfrente del magnífico ejemplar, estaba Viento gruñendo con su columna iluminada, preparado para atacarle. Cuzo estaba detrás tumbado sobre la hierba, parecía herido, apenas se movía.

Kenji cargó contra el costado del animal al tiempo que lo hacía Viento por el frente. El animal, desconcertado, no sabía a qué atacante enfrentarse primero. Ambos clavaron sus fauces antes de que la presa pudiese evitarlo, emitiendo una descarga tan potente que los ojos se le pusieron en blanco y el humo le empezó a salir por la boca, hocico y orejas a la vez, señal de que habían frito hasta los órganos internos. El cuerpo se precipitó hacia el suelo con un gran estruendo. Kenji se aseguró de que el animal caído no daba señales de vida, antes de proseguir hasta donde Cuzo estaba recostado. Viento lamía una de las patas de Cuzo que le miraba con lágrimas en los ojos a cada lametazo que le propinaba. Al apartar la cabeza, Kenji pudo ver lo magullado que se encontraba el joven lobo. Tenía el hueso de la pata roto, sobresaliendo al exterior y mucha sangre en el lomo, a la altura de las costillas.

—¿Qué haces aquí, Kenji? —preguntó Viento sin dejar de observar a Cuzo—. *Da igual, esto es culpa mía. No debí dejar que Cuzo me acompañase a cazar*—las orejas de Viento se agacharon de vergüenza por primera vez en el tiempo que se conocían—. *Debí reprenderle, ordenarle que regresase con la manada.*

—Chsst, ¿Qué dices? Hemos conseguido una gran pieza de caza, tenemos comida suficiente para los siete —dijo Cuzo con voz compungida por el dolor, pero sin perder el humor—. Ya verás lo que voy a vacilar con las lobitas cuando sepan que hemos abatido a la mayor bestia de la zona, después de los hijos del dragón.

—No te preocupes, le curaré. En un momento volverás a corretear por los campos y los bosques —dijo Kenji regresando a su forma natural. Colocó la mano sobre el lomo, explorando los posibles daños. Hizo una mueca, no le gustaba lo que había notado. Tenía varias costillas rotas y un par de órganos perforados—. Empezaremos primero con esta parte, puede que te escueza, grúñeme con confianza —las manos emitieron su fulgor morado provocando un calor que invadió el torso del lobo. Las costillas salieron de los órganos afectados soldándose sin dificultad.

—Tengo frío —dijo Cuzo—. No siento las patas de atrás.

—Ahora entrarás en calor —comentó Kenji, notando que la sangre fluía de los órganos perforados.

El cuerpo de Cuzo comenzó a temblar, estaba entrando en hipotermia. La atención de su mente se centró en los órganos. Cerró la herida del primero rápidamente, para centrarse en el segundo, el pulmón. La herida era más profunda, pero poco a poco logró cauterizarla, cerrándola como si nunca hubiese existido. Los ojos de Cuzo se cerraron lentamente. Por un instante pareció que no respiraba, pero unos segundos más tarde comenzó el subir y bajar del costado, seguía con vida. Alivió la expresión en la cara de Viento, llamando la atención de Kenji que le dio una caricia tras las orejas para tranquilizarle.

—Se pondrá bien, voy a curarle la pata y estará como nuevo —las manos emitieron la misma energía curativa que habría utilizado el mismo Shika. El hueso ocupó su sitio fusionándose las dos partes, cerrando poco a poco los músculos y la piel sin dejar cicatrices. En la cara de Cuzo desapareció la mueca de dolor, quedando en calma. Kenji se sentó sobre la hierba al lado de Viento.

—*Muchas gracias por salvarle la vida, no me habría perdonado su muerte. He sido un insensato* —la voz de su amigo era más suave de lo que solía ser, estaba entristecido.

—No te culpes, está bien. Solo necesita descansar unos minutos para reponer fuerzas. Sé lo que pasó con Furia, Astilla me lo contó. No debes

preocuparte por mí, solo ocúpate de ser el mejor líder de las cinco manadas que ha existido jamás. Sé firme en tus decisiones, ante los demás, y todo irá bien —el consejo que le acababa de dar Kenji le parecía lo más sabio que le había escuchado hasta la fecha.

—*Así lo haré, amigo mío. Deberíamos volver* —dijo mirando a Cuzo dormir—. *Pero no sé si despertarlo, está agotado.*

—Déjale unos minutos más, le vendrá bien —comentó Kenji.

Para hacer tiempo, Kenji cortó al magnífico animal en trozos quitándole la piel de pelos punzantes e incluso separando la carne de los huesos para que fuera menos pesado cargarla hasta la arboleda donde descansaba el resto del grupo. Dejó los trozos de tamaño considerable en un montón para así llevarse solo lo escogido y dejar el resto de la bestia para los animales carroñeros.

Cuzo abrió los ojos mirando alrededor a la vez que boqueaba y movía la lengua contra el paladar como si tuviese la boca seca. Miró a Viento un instante, seguidamente a Kenji, luego a lo que quedaba de la presa. Se irguió sobre las patas traseras, estirándose sobre las dos patas delanteras. Emitió un sonido que ningún ser podría describir bien, pero que todos hacemos al desperezarnos. Viento se acercó hasta él.

—*¿Estás bien?* —preguntó desvelando su preocupación.

—Sí, estoy como nuevo —dijo Cuzo con alegría—. Pero tengo mucha sed y hambre, ¿podemos comer algo antes de regresar?

—*Come lo que quieras, pero no tardes está oscureciendo y tenemos que reunirnos con los demás* —antes de que Cuzo se dispusiera a dar el primer mordisco la carne, Viento le dedicó unas pocas palabras más—. *Siento lo sucedido, Cuzo* —este giró la cabeza con una sonrisa.

—Son cosas que pasan, los cazadores nos arriesgamos a que nos sucedan accidentes como este a diario —dijo dando el primer bocado—. No te preocupes, pero si hace que te sientas mejor... podrías presentarme alguna lobita de las otras manadas —añadió, guiñándole un ojo a modo de complicidad.

—*Eso está hecho*—Viento se sentía mucho más aliviado viendo que el joven Cuzo se encontraba en perfecto estado.

Cuando el estómago de Cuzo estuvo saciado hasta casi el tope de su capacidad, emprendieron la marcha de regreso hasta la arboleda. Cada uno de ellos llevaba un enorme trozo de carne de la bestia, para que los

compañeros que les estaban esperando pudieran llenar sus barrigas antes de dormir. Al llegar, se acercaron a ellos Astilla, Furia y los demás, preocupados por el tiempo que habían tardado en volver. Cuzo soltó la carne que portaba debajo de una de las copas de los árboles. Correteando de un lado para otro les narró lo sucedido con la presa que habían abatido. Como le derribó de un embiste colina abajo, como Viento se había interpuesto para protegerle con su cuerpo como escudo y la mejor parte como Kenji y Viento acabaron con la vida del animal en un ataque conjunto. Inspeccionaron el cuerpo de Cuzo en busca de señales de lucha, pero no hallaron nada. Fue entonces cuando Viento les informó de que Kenji le había sanado las heridas para seguir con el viaje, sin entrar en la gravedad de las mismas.

Después de ponerse al día con lo sucedido en las horas previas, la manada comió la carne que les habían traído sin dejar ni un solo pedazo. Kenji se sacó una hebra de carne de entre los dientes mirando a los miembros del grupo. Eran una familia que trabaja en equipo por la subsistencia y el bienestar de todos. Eso le hacía sentir extraño, las pocas veces que había trabajado así había sido con su equipo de fútbol, con Ryoko y con los dioses menores. Echaba de menos los comentarios de Taka, la lógica de Ryoko, la serenidad de Shika e incluso el carácter iracundo de Byakko.

La luz del sol rojo de Bestiary comenzó a ocultarse en el horizonte, dejando ver los primeros destellos de las estrellas más cercanas. Mirando al cielo sombrío, Kenji vio que había dos lunas. La más grande estaba en el lado derecho en estado menguante, amarilla como el pan de oro. A la izquierda había una la mitad que la anterior, blanca como la leche, llena como un tazón de agua. En el Mundo de los Hombres y en las Tierras de la Eternidad había visto solo una luna, pero aquí parecían dos hermanas protectoras del firmamento. Los Thunder Wolfs aullaron a las dos lunas en señal de saludo, antes de prepararse para dormir. Kenji los observó con interés, era una escena que nunca había soñado ver pero que recordaría toda la vida.

Cuando todos se fueron a descansar, Kenji se sentó en postura de meditación. Cerró los ojos, sintiendo la sangre de su cuerpo palpar en las sienes a causa de las voces que volvían a cobrar fuerza en su cabeza, con la esperanza de acallarlas. Las nubes negras aparecieron delante de su mirada,

era un día frío como los de cualquier plano en la época de invierno. Los campos estaban cubiertos de un manto blanco inmaculado de nieve que se extendía por las Llanuras de Plata hasta la misma cima de Pico Colmillo. Los cuervos sobrevolaban el terreno en busca de algo que llevarse al gaznate, con mayor o menor éxito.

Kenji avanzó por la ladera de la montaña hasta entrar por las puertas de la empalizada de madera de la mismísima Lukwos. Las calles centrales habían sido cubiertas de piedra pulida y algunas de las secundarias estaban en proceso. De una de las casas salieron tres mujeres a toda prisa, en las manos llevaban unas sábanas blancas, ánforas con agua caliente y unas hierbas que no logró reconocer a simple vista. Se encaminaron, casi corriendo, en dirección hacia la Guarida, la casa de Vaél y Kitsune. Las siguió de cerca hasta llegar a la puerta del edificio, una vez allí entró con cautela a pesar de que no podían verle. Los sirvientes de la casa de Vaél iban de un lado para otro sin parar como si hubiese surgido una urgencia. El reguero de personas se dirigía hacia la habitación del matrimonio.

Entró en la alcoba. Allí, acucillada frente a la chimenea, con la cara llena de sudor se encontraba Kitsune. Agarrándole la mano, a su derecha se encontraba Vaél. Dos de las mujeres que había visto estaban rasgando las sábanas, empapándolas en el agua. La mujer restante preparaba una infusión con las hierbas que momentos antes llevaba en su mano. A los pocos minutos le acercó con cuidado un vaso de arcilla que despedía vapores a Kitsune. Esta lo cogió con la mano que tenía libre quedándose mirando sin mediar palabra a la mujer que se lo había dado, con una mueca de dolor más fuerte. La mujer le hizo un gesto para que lo bebiese.

—¿Para qué sirve? ¡AAAHH! —dijo, escapándose un grito de dolor.

—Mi señora, son hierbas que le ayudarán a que el dolor sea más soportable, sin dañar al bebé —explicó con voz calmada. Kitsune, al escucharlo, bebió el líquido hasta la última gota devolviéndole el vaso con presteza.

—Caeli, ¿dónde están el resto de mis hijos? —preguntó Vaél.

—Mi señor, su hija Lupa esta con la cocinera y con la pequeña Wolvin, están dándola de comer. Sus hijos Úlfur y Vilkas están con Kalen, decían algo de querer aprender a luchar. ¿Quiere que vaya a buscarlos? —preguntó la sirvienta.

—No hace falta, cuando nazca su hermanito les haremos venir para conocerle —dijo sin soltar la mano a su esposa.

Las horas pasaron entre los movimientos de idas y venidas de los que estaban asistiendo el parto del quinto hijo del dios lobo. Los gritos de dolor de cada contracción de la diosa de la mentira se fueron aplacando según le hacía efecto el brebaje de hierbas. Vaél no se separó del lado de Kitsune ni un solo instante. Cuando los primeros rayos del sol rozaban la cima de Pico Colmillo, descendiendo por la ladera hasta las casas más altas de Lukwos, se escucharon unos llantos fuertes de recién nacido. El mundo le estaba esperando y él anunciaba su llegada con sus jóvenes pulmones. Mientras Caeli limpiaba al niño, otros ayudaban a Kitsune para que estuviese cómoda.

Por la puerta salió una de las sirvientas más jóvenes en busca de los hijos de Vaél. A los quince o veinte minutos aparecieron por la puerta. El primero fue una joven de unos trece años de edad, preciosa, con los rasgos de su madre en la cara y los andares de su padre, de la mano traía a una niña de unos seis años muy parecida a ella. Detrás aparecieron dos jóvenes revoltosos dándose empujones y collejas. Eran de edad similar, diez y nueve años respectivamente. Tenían el pelo negro y los ojos de Vaél, al contrario que sus hermanas. Dejando de jugar entre ellos, los cuatro miraron hacia el fondo de la habitación.

Allí de pie, con un pequeño bulto envuelto en unas sábanas blancas de lino, estaba el dios lobo. Los dedos de su mano derecha se movían con mucho cuidado acariciando los deditos de la mano del bebé que sostenía en los brazos. Al ver a sus hijos parados en la entrada de la alcoba, comenzó a caminar acercándose hasta ellos. Agachó un poco el torso para que pudieran conocer al nuevo miembro de la familia, permitiéndoles verle mejor. Era de piel clara, con un poco de pelo oscuro en la cabecita, las manos eran pequeñas pero fuertes y, al abrir fugazmente los ojos, se adivinaba un resplandor morado del linaje de Vaél. Las chicas fueron las primeras en ir a saludar y acariciar a su nuevo hermanito, con la cara iluminada por una amplia sonrisa. Los chicos tardaron unos segundos más, pero se unieron a la alegría familiar.

—Os presentó a vuestro nuevo hermanito —dijo Vaél henchido de orgullo y cariño.

—¿Cómo se llama, papá? —preguntó Lupa con interés, acariciándole las mejillas.

—No lo sé, aún no lo habíamos decidido. ¿Cómo os gustaría que se llamase? —preguntó el padre a sus hijos.

—¿Qué te parece Honshū, padre? —dijo con un poco de timidez Úlfur.

—Es un buen nombre, ¿Qué os parece a los demás? ¿Os gusta? —dijo mirando a cada uno de sus hijos. Estos asintieron con la cabeza en señal de aprobación, luego miró a su mujer que descansaba en la cama. Kitsune sonrió —. Muy bien, dado que todos estamos de acuerdo vamos a presentárselo a los habitantes de la ciudad.

Los hijos de Vaél, tras dar un rápido abrazo a su madre, siguieron a su padre por los pasillos de la Guarida hasta la puerta de entrada. Al otro lado se escuchaba la algarabía de un gran grupo de gente reunida a la espera de noticias sobre el alumbramiento. Úlfur y Vilkas tiraron de las argollas de las puertas para abrirlas de par en par. Vaél salió a unos pocos metros de la entrada, haciendo que se acallasen los murmullos con su presencia. Alzó a su hijo neonato hacia los licántropos que le miraban expectantes.

—¡Os presento a mi hijo, Honshū! —exclamó en voz alta para que se le escuchase bien claro. Al oírlo los habitantes de Lukwos vitorearon de alegría, dando la bienvenida al nuevo hijo de su señor.

Capítulo XI

OceanofPDF.com

Flores y metales

La visión cambió, de pronto se encontraba en el patio de los siervos de Vaél. Ataques, paradas y las risas de un joven adolescente, eran los sonidos predominantes. Kenji entró al escuchar el ruido siguiendo una fila de soldados rezagados. En las gradas un centenar de guerreros aplaudían a un joven de ojos rasgados muy parecido a él que peleaba contra dos hombres de parecido asombroso y pelo negro. Este les esquivaba, les barría derribándoles al suelo y le golpeaba a la más mínima ocasión sin apenas ser rozado por ellos. Los vítores de los espectadores hacían que resonaran las paredes emitiendo una suave vibración.

—Vamos hermanos, no me digáis que no podéis hacerlo mucho mejor —dijo convirtiendo la afirmación casi en un reto— Te la estás cargando, hermanito —contestó Úlfur con las manos apoyadas en las rodillas—. La idea de entrenar juntos es pulir nuestras habilidades guerreras, no humillarnos.

—Úlfur tiene razón, si no de qué sirve que nos adiestremos juntos —Vilkas llamó la atención de Honshū justo en el momento en el que Úlfur se disponía a embestir a su hermano menor.

—Muy hábiles —dijo riendo, a la vez que colocaba la mano en el cuello de su hermano, girando el cuerpo para derribarle con suavidad, sin esfuerzo—. Pero esa conducta tan poco honorable no creo que le guste a nuestro padre. En la batalla se ataca de frente, nunca por la espalda, ni deberían usarse triquiñuelas o embustes para obtener la victoria.

—Bueno, esa es una opinión que no comparto del todo con padre. Creo que hay que hacer todo para ganar y prevalecer sobre los enemigos —la voz de Vilkas sonó con picardía, haciendo patente cierto tono altanero.

—Si es vuestra opinión, lo respeto. Solo espero que, cuando os enfrentasteis el verano pasado a los gigantes, junto con el tío Byakko, lucharais mucho mejor que hoy —la burla de Honshū irritó a Úlfur que se había levantado del suelo mientras conversaban. Se disponía a atacar cuando una voz femenina les interrumpió.

Dejaos de peleas, Padre viene para llevaros a la Cúpula —la voz provenía de una mujer de cabellos castaños con los ojos marrón rojizos y una mirada avispada. A su lado, acompañándola iba una joven de pelo negro y ojos claros cambiantes.

—Lo dejaremos por hoy, ¿Qué tal la mañana, hermanas? —dijo caminando hacia ellas con paso alegre.

—Aburrida, Honshū, mucho más aburrida de lo que ha sido la vuestra. Madre se empeña en que tenemos que ser unas señoritas, unas mujeres de clase alta —contestó Lupa, correspondida por Wolvin.

—Dudo mucho que haciendo costura logremos ese objetivo. Lo único que consigo es pincharme si no tengo cuidado. Preferiría entrenarme con vosotros antes de seguir otro día más con esa actividad —la última frase la dijo con resignación, bajando el tono casi a un susurro inaudible. Pero no para el dios lobo que acababa de llegar, colocándose a sus espaldas.

—Así que a mi pequeña Wolvin le gustaría aprender a luchar. ¿Y tú, Lupa, estás de acuerdo? —el tono de voz de Vaél se impuso a todos los sonidos cercanos a los cinco hermanos.

—No estaría mal para variar, padre —dijo Lupa con todo el respeto ruborizándose.

—Muy bien, subamos todos a la Cúpula. Es hora de que los más pequeños aprendáis a utilizar vuestros poderes —Vaél inició la marcha calle arriba, hacia el recinto donde tanto Kenji como Ryoko se habían adiestrado con Neko y Suzaku.

Las imágenes se sucedieron, no era posible determinar si habían pasado horas, días o meses desde la escena del patio de los siervos de Vaél. En la Cúpula, los cinco hermanos hacían verdaderas obras de arte con piedra y metal bajo la supervisión de su padre. Incluso podían hacer aparecer armas en sus manos desnudas cuando les apeteciera, como si dentro de sus cuerpos ocultaran todo un arsenal. Lupa y Wolvin, luchaban entre ellas como solo había visto luchar a Ryoko en batalla, eran unas auténticas guerreras. Como habilidades extra vio como los muchachos se multiplicaban físicamente igual que la diosa de la mentira.

Al principio la Cúpula fue creada para guardar la Puerta del Caos, pero viendo cómo se entrenaban los miembros de su familia, comprendió los refuerzos que había implantado Vaél para que no se desmoronase el edificio. Allí se llevaban a cabo batallas épicas, que no llegaban a un

terrible final, pero que eran muy poderosas y destructivas. Por las puertas entraron dos doncellas seguidas de Kitsune, llevaban en las manos dos cestas con comida y bebida para saciar el apetito y la sed de sus hijos. Al verla, Vaél, ordenó detener el entrenamiento, le obedecieron en el acto. Todos se acercaron. Se sentaron formando un círculo, comenzando a comer carne, frutas y bebiendo vino especiado con miel.

—¿Qué tal va el uso de vuestros poderes? —dijo Kitsune, preguntando a todos sus hijos.

—Creo que Wolvin y yo vamos mejorando cada día que pasa —dijo Lupa con alegría.

—Es cierto, en poco tiempo podríamos igualar a Úlfur y a Vilkas, pero si hablamos de Honshū es otro cantar —Wolvin sacó la lengua hacia su hermano pequeño haciéndole reír.

—¿Tan mal lo haces? —preguntó la madre, cambiando la expresión de su cara sorprendida.

—Cariño, no es que nuestro hijo pequeño lo haga mal, es... —fue interrumpido por un gesto de Honshū que, estirando el brazo, cubrió su cuerpo del acero más resistente e hizo aparecer un puñal de la nada, dejando a todos perplejos—. el mejor de todos. Tiene una capacidad de aprendizaje increíble, casi iguala mis poderes —terminó la frase, Vaél.

—Y es por eso madre, cuando nos entrenamos con él nos batimos de dos en dos —explicó Úlfur con cierto grado de resentimiento—. Aun así, nunca hemos logrado vencerle, no tiene piedad ni cuando ve que estás exhausto.

—No se lo digas así a madre, sí tengo piedad. Es solo que no me gusta perder. Además, si quiero que me igualéis en destreza he de ponerlos al límite, cada día un poco más. Sois mis hermanos, deberíamos ser invencibles —Honshū lo expresó con tanta pasión que sus hermanos se hincharon de emoción.

La diosa de la mentira hizo que sus hijos vieran únicamente oscuridad, después se levantó. Cuando recobraron la vista unas quince Kitsune les rodeaban y se encontraban en un desierto con el sol abrasándoles o eso les parecía. Los cinco se pusieron en guardia mientras todas las imágenes de su madre hablaban.

—Eso está muy bien, quieres lo mejor para tus hermanos y hermanas. Pero nunca olvides que el mayor poder de todos está en nuestro cerebro, debes pensar en todas las posibilidades antes de actuar —la diosa dio un

beso a Wolvin y la muchacha dio un respingo. El consejo de Kitsune caló hondo, no solo en la cabeza de Honshū sino en la de todos. A su alrededor la cúpula volvió a la normalidad

—Terminemos de comer, aún nos queda mucho por hacer hoy —dijo Vaél, apurando de un trago el contenido de su vaso mientras reía por la teatralidad de su mujer.

El sonido de un insecto y el tacto de sus patas sobre la cara de Kenji le hicieron volver. Al abrir los ojos echó a volar alejándose rápidamente. Los Thunder Wolfs seguían dormidos. Los rayos del sol estaban apareciendo en el horizonte, anunciando el nacer de un nuevo día. Se irguió, desperezándose, sin dejar de contemplar a lo lejos la belleza salvaje del paisaje. Sus visiones avanzaban, esperaba que en un par de días o tres a lo sumo, pudiera ver lo que había pasado en la batalla en las Llanuras de Plata y descubrir lo que le faltaba para recuperar el control de la creación de portales.

Un zumbido comenzó a aguijonarle la cabeza, sabía perfectamente de que se trataba. Las voces estaban volviendo a recobrar sus fuerzas. No eran tan fuertes como al comienzo, pero lo suficiente como para provocarle migrañas e incluso hacerle llorar de dolor. Respiró hondo para serenarse, antes de que Viento le viera. Si conseguía controlar sus emociones podría aguantar hasta volver a la Puerta del Cielo y tocar la Canción. Diez expiraciones e inspiraciones después el dolor punzante, el zumbido, se aminoró hasta casi ser imperceptible para él.

Viento y los demás comenzaron a erguirse sobre sus patas, estirándose como solo los lobos saben hacerlo. Tras una breve conversación comieron algo de lo que había sobrado y emprendieron la marcha. Esta vez Viento insistió en que Kenji le acompañara a la cabeza.

—¿Qué tal has descansado? —preguntó sin dejar de correr.

—Bien, ha sido una de las noches que mejor he dormido la verdad. Me siento fresco —contestó Kenji, mirando de reojo a su amigo—. ¿Y tú como te encuentras?

—No me siento orgulloso de lo que pasó. Sé que Cuzo no me guarda ningún rencor, él es así. Pero en el fondo sé que debo empezar a pensar más en la manada y menos en mí mismo, en mi orgullo —las palabras de Viento estaban cargadas de responsabilidad—. He de rendir homenaje a los

antepasados de mi familia que lideraron las manadas, tanto de Bestiary como de las Tierras de la Eternidad.

—Serás un gran jefe, llevas muy poco en el cargo, te adaptarás rápidamente —dijo Kenji intentando animar a su amigo lobuno.

—*Eso espero* —contestó un poco más aliviado por la carga que soportaban sus jóvenes hombros—. *Prosigamos, nos quedan unos días de viaje antes de que te dirijas a la ciudad de Elohim y nosotros a ver a los dos jefes de las manadas restantes* —la marcha de la carrera se intensificó por parte de Viento, seguido por todo el grupo.

Los campos eran como cuadros pintados a mano, al avanzar a la velocidad de carrera de los Thunder Wolfs. No había espectadores, ningún elfo, enano, humano, ni otra raza. En Bestiary, la raza a la que pertenecía Viento, eran los dueños y señores del lugar. Pocas especies tenían la capacidad de enfrentarse a ellos y no salir mal parados. Según Furia, existía una clase de dracónido llamado Thunder Draco, que tenía un ataque casi tan demoledor como el suyo, pero que no lo podía llevar a cabo si no descendía de donde estuviese volando. Lo describía totalmente blanco, con los ojos negros, con dientes de marfil y cuatro garras de uñas negras. En realidad, ese ser no le preocupaba mucho. Dado que, nunca, en las veces que se habían enfrentado, habían sobrevivido y hacía mucho tiempo que no se veía uno sobrevolando los cielos.

A la hora de la comida, Astilla, Furia y otro de los Thunder Wolf, salieron a cazar dejando a los demás descansando sobre un prado verde, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Kenji, decidió entrenarse un poco en las artes que le habían enseñado los dioses. No era lo mismo entrenar solo sin supervisión que bajo la atenta mirada de uno de sus maestros, pero sabía perfectamente qué hacer y cómo debía de hacerlo.

Una vez terminó con los ejercicios marciales, prosiguió con los poderes de cada uno de los dioses menores, comenzando por el poder de la tierra de Genbu, seguido el agua de Seiryu, el fuego de Suzaku y así hasta llegar al poder del cielo de Taka. El cosmos oscuro, no se le resistió en ninguna de sus vertientes, la lectura del aura fue más sencilla de lo que recordaba. Pero al llegar a la creación de portales... nada, notó que la energía quería salir de su cuerpo, pero no pudo.

Seguía atrapado en Bestiary, al menos de momento. Furia y los demás no habían regresado aún de la cacería. Tenía tiempo para repasar lo que había

aprendido de las visiones del pasado del universo y los primeros dioses. Cambió de forma, de sexo, de edad, de especie, regresando a su estado original. Como descendiente de Vaél y Kitsune decidió ponerse a prueba. Concentró toda su energía para dividirse en varios cuerpos idénticos al suyo. Al cabo de unos minutos había seis cuerpos idénticos a él haciendo un círculo, vestidos de la misma manera. Volvió a concentrarse para fundirlo de nuevo en su propio cuerpo. Siguió haciendo pruebas, extendiendo su poder bajo la mirada de Cuzo y Viento. Estiró los brazos y las manos, haciendo que de ellos saliesen dos espadas cortas de filo curvado, se trataba de katanas japonesas.

—¿Cómo lo hace y por qué? —preguntó Cuzo a Viento, sin dejar de observar a Kenji.

—*Es un dios, pero también es un guerrero. Lo ha pasado muy mal. No puede permitirse una derrota, bueno, más bien no puede soportar la derrota. Ha perdido demasiado. Seguramente, teme llegar de nuevo a las Tierras de la Eternidad y descubrir que ha perdido todo lo que le importaba, a la gente que quería e incluso a la mujer que ama. Por eso se esfuerza al límite, para aumentar su poder. Para hacer lo que nadie ha logrado hacer. Quiere vencer a Hakai, acabar con su divinidad. Restablecer un orden que nunca ha existido* —Viento divagaba a la vez que respondía a la pregunta, dejando a Cuzo perplejo con sus palabras.

—Deberíamos ayudarle, luchar a su lado —dijo Cuzo totalmente convencido.

—*Es muy posible, pero si le ayudamos creará que no puede lograrlo sin apoyo. Tiene que afrontar su destino, igual que nosotros el nuestro* —añadió Viento.

—Cada día pareces más sabio —rio Cuzo, como solo se ríe con un buen amigo. Viento le correspondió con una sonrisa sincera.

—*Tengo que serlo por el bien de todos. El tiempo de corretear tras las mariposas y revolcarme sobre un campo de flores de colores ha pasado, me temo* —el sonido de las patas de los cazadores llegó, por un lado, anunciando la hora de comer. Viento se irguió para darles la bienvenida.

Kenji seguía haciendo pruebas cuando, por el rabillo del ojo, vio llegar a Furia y los demás cazadores con una presa de tamaño medio en las fauces de cada uno de ellos. Hizo desaparecer las armas de metal que había hecho surgir de la nada en sus manos. Se sacudió el polvo de los pantalones,

levantando unas pequeñas nubecillas de color ocre. Se acercó hasta donde seguía sentado Cuzo, mirándole con cara de admiración.

—Eso que has hecho, ha estado genial —le alabó.

—Gracias, pero he visto poderes que superan al mío. Esto no ha sido nada —contestó cortésmente y con humildad.

—Creo que lo importante no es el poder que tengas, sino cómo lo usas. En mi joven opinión —intentó halagarle el Thunder Wolf.

—En eso tienes mucha razón —respondió con alegría.

Furia arrastraba una presa un poco mayor que las demás, dejándola a los pies de Kenji. Le miró a los ojos que permanecían morados desde hacía varios días. El joven le correspondió con una leve inclinación de cabeza, en señal de respeto y agradecimiento. Los otros dos cazadores que le habían acompañado dejaron los cuerpos de sus presas al lado de la que había dejado Furia en el suelo.

Al ver las piezas de caza a sus pies, Kenji comprendió que lo que los Thunder Wolf querían era que les despellejara los animales para comérselos más fácilmente. No era lo habitual, ellos mismos les destripaban para alimentarse hasta quedar saciados aun así lo hizo. En poco tiempo él seguiría hacia la ciudad de los Alas Blancas y ellos al territorio de otro de los jefes de las cinco manadas de Bestiary.

Una vez hecho comieron la carne cocinada por las descargas eléctricas de los colmillos de los cazadores. Aun llenando por completo sus panzas, quedaron restos suficientes para alimentar a otros animalillos e incluso para nutrir la tierra cuando se descompusieran. Se dispusieron a descansar un rato, antes de continuar con el camino. Kenji sentía curiosidad por su padre, pues le separaron de él con apenas dos meses. Se sentó cómodamente sobre la hierba con las piernas cruzadas. Algunas visiones le habían venido mientras meditaba para acallar las voces, quizá, si se concentraba, pudiera controlar las visiones o incluso decidir qué quería ver.

Respiró profundo y su mente le trasladó a la alcoba de Vaél. La puerta se abrió de par en par, a través de ella apareció Honshū, fatigado como si hubiese corrido sin cesar para llegar hasta su padre. El dios lobo estaba sentado en una silla, frente al escritorio bajo la ventana, con una pluma en la mano escribiendo sobre un papel amarillento. Le acompañaba el sonido de rasgar de palabras de tinta. Dejó la pluma en el tintero, volviéndose a mirar a su hijo.

—¿Qué sucede? —preguntó viendo el estado físico de Honshū.

—Algo está surcando los cielos hacia los territorios de Genbu —dijo con voz entrecortada.

—¿Cómo? Vamos a ver. — le respondió.

Vaél se irguió de la silla saliendo de la habitación seguido por su hijo. Recorrieron los pasillos de la Guarida hasta la puerta de entrada. Al abrir los portones, una estela surcaba el firmamento dejando un rastro de luz rojiza. Era una gran masa envuelta en llamas que se dirigía a toda velocidad hacia el Páramo del Abismo, el hogar de su madre. El dios hizo una señal a su hijo para que le siguiera, comenzando una vertiginosa carrera. Las horas pasaron, también los días, noches enteras sin dormir poniendo a prueba su resistencia y el poder de su divinidad, sin perder de vista el astro que amenazaba con caer sobre el lugar donde vivió su niñez.

Honshū seguía a su padre sin mediar palabra, por primera vez le notaba alterado, lleno de miedo, de angustia. El final de la trayectoria del proyectil celeste llegaba a su fin, se estrellaría contra la superficie de la tierra muy pronto. La buena noticia era que el volumen de la esfera llameante parecía haber disminuido en los días que llevaban de viaje hacia donde se dirigía. A pesar de ello no sabían con certeza cuales serían los devastadores efectos que podría provocar.

Cuando llegaron a la Fortaleza Oscura el proyectil acababa de impactar contra el suelo. Una nube de polvo se alzó, cubriendo varios kilómetros a la redonda. Vaél siguió adelante, bajando por las escaleras de entrada del Abismo Oscuro hasta las mismas puertas de la fortaleza. Ninguno de los elfos de la ciudad se atrevió a detenerle. Todos sabían de su fiereza, de su determinación. Cuando se proponía algo, era mejor no interponerse. Llegó a lo más profundo de los territorios de su madre, Genbu. A varios metros de la caverna donde se hallaba el trono en el que, una vez cada cierto tiempo, la diosa descansaba, la encontró.

Tenía las manos extendidas hacia una esfera del tamaño de una sandía, ejercía su poder creando una capa de roca basáltica alrededor cumpliendo con su deber de proteger el Azurión ubicado en el corazón de Las Tierras de la Eternidad. Al verlo, Vaél y su hijo Honshū recubrieron la materia protectora del acero templado que sus poderes podían generar. Tardaron bastante en poder controlarlo y eso les debilitó. La esfera que cayó del cielo, pasó de estar ardiendo a caliente, de caliente a templada y finalmente

de templada a fría. Dejaron de cubrir la esfera, quedando a la vista un material, negro como el carbón, pero con brillos de todos los colores de las estrellas del firmamento. Genbu se agachó, apoyando las palmas de las manos sobre las rodillas, el sudor de su frente caía como un inmenso río en época de deshielo.

—Gracias—dijo con un deje de agotamiento en la voz—. Si no es por vuestra aparición, no lo habríamos contado. Mi poder es grande pero esa materia es algo que no...

—¿Qué no qué? —preguntó Honshū.

—Que no pude controlar. Su materia parece estar formada por fragmentos como los de la tierra, pero no son idénticos. Rechazaba mi influencia, no se desintegraba, no era capaz de ablandarlo siquiera —la explicación de Genbu, intrigó a Honshū que se acercó a la esfera estirando la mano para tocarla. Vaél le agarró de la muñeca, negando con la cabeza.

—Nos lo llevaremos a casa para investigarlo —Vaél miró a su madre—. Necesitaré una tela para cubrirlo y un cofre en el que pueda entrar.

—Haré que te lo traigan, pero antes he de ver si las protectoras están bien. La roca no ha atravesado el suelo que protege el Azurión, pero el impacto contra la superficie quizá haya causado grietas —dijo Genbu, recuperando poco a poco la compostura.

—Ve. Te esperaremos aquí, madre —dijo Vaél.

—No tardaré en regresar —los pasos de Genbu se perdieron por uno de los múltiples pasillos subterráneos que solo ella conocía.

El tiempo avanzó como un viento huracanado. Lo siguiente que vio Kenji fue a su padre y su abuelo cogiendo un arcón con un asa a cada lado emprendiendo el camino hacia las Llanuras de Plata y a la diosa de la tierra despidiéndose de ellos. Los caminos casi inexistentes los llevaron por los campos hasta la ladera de Pico Colmillo y de allí hasta las mismísimas puertas de Lukwos, su hogar. Antes de entrar por la empalizada de madera, Vaél recogió unas flores preciosas con pétalos blancos y en el centro de cada uno de ellos una línea rosácea.

—Padre, ¿por qué recoges flores? —preguntó Honshū, admirando la delicadeza con la que cortaba su padre los tallos.

—Me he ausentado de casa sin avisar a tu madre y le prometí que cada vez que regresara de un viaje le llevaría un ramo de sus flores favoritas, los suspiros de primavera. Es una flor preciosa, fuerte, no crece en cualquier

lugar. Por suerte para mí, en nuestras tierras sí lo hace —dijo esbozando una sonrisa pícaro irguiéndose para coger de nuevo el arcón—. Sigamos, estoy seguro de que tu madre y hermanos querrán saber dónde hemos estado.

Volvieron a levantar en el aire el pesado cofre entrando a la ciudad, emprendiendo la subida hasta la Guarida donde les esperaba el resto de su familia. Una vez ante las puertas de la casa, salió Kitsune para dar la bienvenida a su esposo con un abrazo rodeándole el cuello y dándole un beso en los labios. Una vez se separó del cuerpo de Vaél, este le ofreció el ramo de sueños de primavera que cogió con delicadeza. Kitsune inspiró el suave aroma de estas, sonriendo. Los hermanos de Honshū se acercaron, con intriga por el arcón de madera que sujetaba. Vilkas le despeinó pasándole la mano por el pelo entre risas, mientras sus hermanas le daban un beso en la mejilla. Úlfur, mantuvo las distancias sin dejar de mirar el objeto que sostenían con el ceño fruncido.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó Úlfur dejando la pregunta que todos tenían en el aire.

—Todavía no lo sabemos, pero es algo muy especial —respondió Vaél—. He de hacer unas cuantas investigaciones. Al parecer está hecho de minerales y metales, pero no lo sabré hasta que lo analice.

—Lo único que sabemos es que cayó del cielo, entrando por la atmosfera hasta las tierras de la diosa de la tierra—añadió Honshū lleno de emoción por el acontecimiento.

—Es increíble, ¿y la abuela está bien? —intervino Lupa, preocupándose por el bienestar de la diosa.

—Sí, un poco cansada, pero está bien —respondió Vaél.

—Entonces entrad en casa —comentó Kitsune haciendo un gesto hacia la entrada—. Mientras descansáis del viaje, nos podréis contar como ha sido esta pequeña aventura.

Los siete entraron en la Guarida cerrando las puertas tras de ellos, dejando a Kenji con la mirada en las gruesas tablas de madera antes de salir de su trance abriendo los ojos de nuevo al mundo de Bestiary. De todo lo que pudo ver, de todo lo que escuchó, solo había una duda que le asaltaba, una incógnita que algún día debería desvelar. ¿Qué era el Azurión? ¿Quiénes eran sus protectoras? Miró alrededor, el sol seguía surcando los cielos, haciendo breves apariciones entre las nubes que viajaban hacia el oeste mecidas por el aire.

Sus acompañantes seguían descansando. Algunos estaban acurrucados, con las cabezas metidas entre sus patas delanteras. Otros simplemente estaban recostados con la cabeza erguida y los ojos cerrados como Viento. Un pensamiento le sobrevino a la mente. Los Thunder Wolfs son una especie que lucha por sobrevivir cada día en un mundo en el que cualquier instante puede ser el último. Un mundo cruel, salvaje en el que reina un delicado equilibrio. En el que, si no eres el cazador, eres el cazado; el que, si no te adaptas rápidamente, aprovechando tus capacidades, mueres.

Con ese pensamiento divagó hasta llegar a una conclusión. Él también tendría que adaptarse a lo que le viniese en el futuro para sobrevivir a Hakai y sus enemigos. La historia de los dioses, de los planos de la existencia, avanzaba a pasos gigantescos. Esperaba descubrir lo que necesitaba para completar el puzzle de su ser, para poder controlar sus poderes plenamente y su propio destino. Por el momento, Vaél acababa de encontrar la materia prima del carbirio. Eso le indicaba que, en sus visiones, descubriría la rebelión de Kitsune y el encierro de Taka en el Gran Roble. Los acontecimientos, hacían que se planteara algunas dudas. ¿Cómo alguien como Kitsune, que parecía adorar a su esposo Vaél y a sus hijos, fue capaz de traicionarlos? ¿Por una profecía, por ansias de poder? ¿Cómo escapó Hakai de su encierro si Sōzō y Hozen le vigilaban? Y, por último, ¿Dónde estaban los dos hermanos del dios de la destrucción ahora para no acudir a detenerlo?

Kenji iba de un pensamiento a otro, intentando encontrar respuestas, sin hallarlas. No se pueden conseguir respuestas a ciertas preguntas si no se posee toda la información, pensó. Se irguió, estirando las piernas. Comenzó a dar pequeños paseos de un lado a otro, sin alejarse demasiado de la manada. Desvió sus pensamientos a los poderes que recientemente había descubierto. Nunca se habría imaginado alcanzar esos niveles de destreza, ni siquiera cuando estaba bajo la tutela de Taka. En unos pocos días, había conseguido más que en los últimos dos años estudiando bajo la guía de los dioses menores. Era como si su sangre le revelase secretos escondidos en un doble fondo de un cajón.

Reanudaron la marcha, para estar más cerca de su destino. El día siguiente sería el último que pasaría en compañía de los lobos, tenían que desviarse de su ruta, hacia el este, para ir a ver al próximo jefe de manada. Un lobo bastante anciano cuyo nombre pronunciado por Furia le pareció

muy gracioso. Le llamaban Silencio. Cuzo se acercó a su derecha al verle tan divertido, entre susurros intentó explicarle por qué le llamaban Silencio. Al parecer desde su juventud el jefe de la manada central, fue tan sigiloso en sus apariciones que ni siquiera los cazadores más expertos eran capaces de detectarle hasta que se abalanzaba encima de ellos. Pero de eso hacía mucho tiempo, ahora era un venerable anciano al que nadie se oponía por su sabiduría y su leyenda.

Astilla, se colocó al otro lado de Kenji viendo que Cuzo le estaba contando la historia de uno de los grandes jefes. Les contó más historias sobre Silencio, el rey del sigilo, el cazador nunca cazado. Alguna de ellas estaba a la altura de la reputación de Furia, Trueno, Roca e incluso de las recientes proezas de Viento. Entre risas amigables, transcurrió la tarde recorriéndola distancia marcada por el jefe.

—¿Sabes, Kenji? me gustaría saber cómo se las va a arreglar Viento para convencer a Silencio de que se rinda a su mandato. Si todo lo que hemos escuchado de él, desde cachorros, es cierto, significa que es muy astuto —dijo Astilla expresando su pequeño temor.

—Viento lo va a tener complicado —aseveró Cuzo, haciendo desaparecer la risa de su rostro.

—Saldrá bien parado —afirmó tranquilizándoles —Viento se ha criado con los hijos de las dos leyendas más grandes de los Thunder Wolfs. No bastando con eso, ha vivido entre los dioses el tiempo suficiente para aprender más cosas, algunas que no están al alcance de todos los seres.

—Tienes razón, además ha conseguido que dos de los jefes más poderosos se unan a él —la alegría y la risa volvió al semblante de Cuzo, que cerró un momento los ojos como si sonriese.

—Prosigamos, la noche se acerca —Astilla apretó el paso, para situarse de nuevo al lado de Viento, que hablaba con Furia sobre cuestiones de gobierno.

Las lunas hicieron su aparición en el horizonte, entretanto el sol se ocultaba tras los picos de los montes que se situaban al frente. Kenji observó un instante el terreno reconociendo las figuras montañosas de su derecha. Se trataban de las montañas en los dominios de Furia, sobre las cuales descansaba la ciudad de Elohim, La Puerta del Cielo, hogar de los Alas Blancas. El terreno se encontraba elevado, desigual. Por la inclinación,

por el verde de su superficie, parecía que eran los restos de una antigua montaña erosionada. Indicaba el camino de ascenso.

Los minutos que quedaban de luz diurna los dedicaron a cazar en manada, así acabarían antes para poder descansar. Kenji mantuvo la forma de Thunder Wolf para esa tarea, regresando a su forma humana para alimentarse. Se sentó junto a Viento para hablar.

—*Kenji, mañana iremos al este a encontrarnos con el jefe de manada central, Silencio. Tú deberás seguir la sombra rocosa de las montañas a la derecha hasta llegar a la manada de Furia. Tardarás entre dos a tres días en llegar, si sigues el ritmo que hemos llevado hasta ahora.*

—Seguiré manteniendo la conexión mental por si me necesitas, no dudes en pedirme ayuda. Acudiré lo más rápido que pueda, como si fuese un huracán —dijo Kenji sin ánimo de separarse de su amigo.

—*¿Más rápido? La última vez que te llamé apareciste en menos de diez minutos. No sé cómo alcanzaste esa velocidad* —el asombro en la voz de Viento era notable.

—Sí, más rápido —contestó Kenji con seriedad—. Llegué por los pelos, no volverá a ocurrir.

—*No te preocupes, esta vez tomaremos más precauciones para mantenernos a salvo. Asegúrate de llegar a La Puerta del Cielo e interpretar la melodía que te enseñó Taka. Están volviendo a salirte ojeras, se te empiezan a notar las venas rojas de los ojos. Eso no indica nada bueno, lo sabemos los dos* —le aconsejó, con cierto aire autoritario.

—Lo haré, tranquilo —Soy el primer interesado en no perder el control de mi mente a causa de las voces, las visiones y el cansancio acumulado, pensó.

—*Descansemos, mañana nos levantaremos al alba* —Viento se acurrucó al lado de Kenji haciéndose una bola, ocultando su hocico tras la poblada cola.

Kenji se recostó abrazando a su amigo. Luces rojas, amarillas y anaranjadas aparecieron en su mente. La sombra de un yunque, un martillo, un caldero junto con una silueta de aspecto humano se veían a la izquierda de lo que parecía una sala de fragua. El repiqueteo sobre un yunque se repetía una y otra vez con el continuo movimiento del martillo. La sombra del herrero se llevó la mano a la frente para secarse el sudor, antes de proseguir con el trabajo que ocupaba su tiempo. La imagen se repetía, los

minutos pasaban sin que notase ningún cambio en la visión que había invadido su subconsciente. En ningún instante pudo distinguir de quien se trataba. Ni siquiera su raza, sexo o edad. Lo único que estaba completamente claro era que su labor debía ser muy importante para concentrarse hasta esos niveles.

La sombra posó el martillo en un extremo del yunque, cogió unas pinzas con las que sujetó un objeto del que Kenji no logró discernir la forma. Lo sumergió en un cubo, produciendo una nube de vapor que nubló su visión por un momento, se escuchó una voz, con una exclamación de victoria.

— ¡Lo conseguí!

OceanofPDF.com

Capítulo XII

OceanofPDF.com

Las dos caras

Con las manos juntas palma sobre palma, Vaél salió de la ciudad de Lukwos por el sendero hacia las llanuras. Miró al cielo, el astro sol estaba en su cénit. Dejó caer el objeto que guardaba con recelo en sus manos sujetándolo por una fina tira de cuero. Kenji reconoció al momento el objeto. Con cuidado se colgó al cuello el amuleto, el generador de portales, el mismo que una vez le concedió el don de aumentar sus poderes en el Mundo de los Hombres. El dios lobo cerró los ojos dibujando un óvalo en el aire, delante se abrió un portal de viaje hacia un mundo que desconocía.

El recuerdo avanzó con imágenes inconexas que no pudo distinguir. Cuando se centró en una en concreto su antepasado, regresaba a sus aposentos. Cogiendo pergamino, tinta y pluma escribía todo lo que descubría. Se repitió la acción múltiples veces. Viajaba y recopilaba datos durante horas, días e incluso semanas, dejando el gobierno de Lukwos a su esposa e hijos. Su familia estaba al tanto de cada progreso que daba hacia un mejor conocimiento del resto de los planos, sin embargo, en ocasiones se sentían desplazados, sobre todo Kitsune.

Con ese objeto de poder en sus manos podría comprender todos los mundos, sus secretos, ver cómo eran sus habitantes y eso le fascinaba. La sed de conocimientos de Vaél no tenía límites. Pasado algún tiempo entró en un plano frío como el hielo donde el aire cortaba la respiración y la piel se cuarteaba soportando temperaturas extremas. Ese lugar, conocido por Kenji, era el lugar del encierro de su abuelo, Olvidado o más comúnmente llamado el Mundo de los Muertos.

Vaél recorrió la superficie de cabo a rabo, encontrándose con algunos seres etéreos que habían perdido la consciencia de sí mismos, pero sin más señales de vida o, en su caso, de no vida. Sabía que, por algún rincón de esa gélida tierra, debía haber alguna entrada a un mundo subterráneo. Si los elfos oscuros y los enanos vivían en el subsuelo de las Tierras de la Eternidad, ¿Por qué allí no iba a ser así?

Tras varios días, calculados por su mente, pues allí el tiempo no tiene dominio, encontró la entrada a una caverna. La única entrada hacia un mundo inferior: era la entrada a la Cueva Espectral. Recorrió los pasillos de piedra irregular, con el suelo lleno de barro y algunos charcos hasta llegar a una explanada donde un ejército de esqueletos vagaba de un lado a otro sin sentido. Portaban rudimentarias armas como espadas de bronce, con escudos a juego. Algunos llevaban arcos de madera o lanzas, nada tan avanzado como las armas de acero que habían empleado contra Kenji.

El dios descendió hacia el recinto con cuidado de no ser visto por los centinelas. Mirando con detenimiento al fondo de la sala descubrió dos grutas, una a la derecha y otra a la izquierda. En un descuido, mientras observaba las dos grutas, dio una patada a una piedra haciéndola rodar con estruendo hacia la horda de muertos vivientes. Al escucharlo, las cabezas de todos los esqueletos se volvieron. Un grito de ultratumba hizo temblar las paredes. Los esqueletos comenzaron a correr hacia él con intención de atacarle. Vaél estiró los brazos cubriéndose todo el cuerpo del metal más duro conocido: el acero.

Se quedó quieto en el lugar donde se encontraba. El camino de subida era estrecho, apenas pasaban dos a la vez. Los primeros en llegar alzaron sus espadas cargando contra el intruso sin ninguna compasión. El sonido metálico se vio respaldado con un sonido al caer en pedazos contra la piedra del suelo de la caverna. Los guerreros dieron un paso atrás al verse desarmados, desconcertando a los soldados que les seguían.

El dios lobo sonrió, las armas que portaban no eran rivales para su poder. Dio un paso adelante para intimidarles, para ver como reaccionaban. Dos esqueletos le propinaron un puñetazo en el pecho. Vaél empezó a golpear los esqueletos a diestro y siniestro, los huesos se esparcieron por toda la explanada.

Por fin había llegado hasta las dos entradas que dividían el camino a explorar. A su espalda escuchó un sonido de arrastrar de huesos, echó un vistazo para ver qué podía ser. Ante sus ojos vio como cada esqueleto se estaba recomponiendo para volver a ponerse en pie e ir a detenerle. Se giró sin hacer caso de los indefensos esqueletos para ver como otros seres de aspecto sombrío salían de la gruta de la izquierda, eran como mantos de oscuridad con los ojos rojos, brillantes. Portaban una especie de daga de hoja curva etérea.

El camino de salida estaba ocupado y la entrada de la izquierda también. Solo faltaba que, de la gruta de la derecha, saliesen más seres. Decidió que la opción más sensata era salir de La Cueva Espectral. Tendría tiempo para prepararse e ir a investigar con más opciones. Mientras pensaba uno de los mantos espectrales intentó acuchillarle. La hoja logró atravesarle sin hacerle herida, aunque notó como si el frío de ese ser le penetrase el corazón por un solo segundo.

Se dio la vuelta emprendiendo una vertiginosa carrera hacia la salida derribando a los esqueletos que estaban en su camino. Sin ceder terreno, seguido por los mantos espectrales, cogió una piedra de las que iluminaban la cueva y un hueso de uno de los esqueletos que había sobre el empedrado suelo. En su cabeza se estaba urdiendo un plan para regresar y salir de ese terreno indemne cuantas veces quisiese. Si lo lograba se convertiría en el guardián del Mundo de los Muertos.

El ascenso hasta la superficie fue agotador. Una vez alcanzada la entrada de la cueva, los muertos de todas clases no querían o no se les permitía salir. La sola idea de que hubiese un ser mucho más poderoso que les tuviese bajo su yugo alimentó el fuego de su curiosidad. Tenía que llegar a conocer a quien, o quienes, controlaban a todo ser sin vida de ese plano e incluso podría luchar por la supremacía de ese mundo.

Alejó esos pensamientos de su mente, al notar el aire frío que volvía a cortarle la respiración a cada bocanada. Sobre su cuerpo, todavía cubierto de acero, empezaba a formarse escarcha por la humedad del ambiente. Cerró los ojos abriendo el portal de regreso hacia su hogar, las Llanuras de Plata, y lo cruzó con calma. Primero un pie, luego el otro como si estuviese dando un paseo por un tranquilo parque donde nada malo puede pasarle. Se cerró el portal de viaje a sus espaldas, mientras sus ojos morados se centraban en la cima de Pico Colmillo, en concreto al lugar donde estaba oculta la Puerta del Caos.

Vael recordó algo que había visto cuando apenas era un adolescente. En la misma época en que el dios del cielo le otorgó la regencia de esas tierras y la protección de la puerta. Al fondo de la escalera que conduce desde la cúpula al centro de su mundo había una especie de halo que reflejaba un mundo frío, formado por hielo, nieve y viento. ¿Sería el mismo mundo? ¿Sería Olvidado, el Mundo de los Muertos? Hacía mucho tiempo que no entraba a través de la Puerta del Caos, más allá de su estudio secreto, desde

el mismo día en que logró sellar la entrada. Sus ojos se abrieron ante esa posibilidad.

—Tengo que atravesar la Puerta del Caos —dijo apretando la gema y el hueso entre sus manos, sin llegar a romperlos—. Y estos objetos, me ayudarán a ser señor del inframundo y sus habitantes —colocó los dos objetos dentro de su chaqueta, su cobertura de metal desapareció dando el primer paso para regresar a la Guarida.

Vaél pasó meses trabajando dentro del estudio. La mente del dios lobo daba vueltas a las posibles aplicaciones del nuevo elemento que estaba trabajando junto con los materiales que había traído de Olvidado. Después de elucubrar varias teorías que le podrían favorecer, se puso manos a la obra forjando una daga de hoja curva hecha de metal negro más brillante, con un filo tan cortante que antes de rozar la piel, lo notabas. Enfrió el metal con el agua del primer deshielo de la cima de la montaña, le ajustó una piel negra para forrar el mango, cosió una funda con un cuero grueso y se dispuso a viajar, de nuevo, al Mundo de los Muertos.

Salió por la cúpula de camino a las puertas de la ciudad, no sabía hasta qué punto era seguro viajar por el portal del final de la escalera. Unos pasos apresurados le seguían. Viró para ver de quien se trataba. Honshū le saludó con la mano en alto, Vaél se detuvo permitiendo que le alcanzara.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó, mientras Honshū recobraba el aliento.

—Quiero ir contigo —dijo más calmado.

—No, no sabes los seres que habitan donde voy —Vaél intentaba persuadirle. Aunque era el más diestro de sus hijos, tanto en combate como en el uso de sus poderes, quería mantenerle a salvo.

—Desde que encontramos el metal caído del cielo, en las tierras de Genbu, apenas estamos juntos. A decir verdad, ninguno de nosotros, ni siquiera madre —las palabras de Honshū, mezclada con su mirada de tristeza calaron hondo en el corazón del dios lobo.

—De acuerdo, puedes venir—antes de comenzar a caminar, levantó su dedo índice hacia el chico—. Pero ni una palabra de esto a tu madre —la última frase sonaba a advertencia.

Los dos salieron de la ciudad como la vez anterior había hecho Vaél a solas. Una vez en el camino de bajada por la ladera de la montaña, sacó el amuleto abriendo el portal recordando el lugar de destino de su viaje. Ante ellos apareció el paisaje frío e inerte de Olvidado. Recorrieron las gélidas

tierras hacia la entrada de la Cueva Espectral. En el trayecto puso al corriente a su hijo de lo que se podían encontrar. Le aconsejó cubrir su cuerpo de metal como tantas veces había hecho, así como no dar tregua a los esqueletos guardianes.

Kenji vio a ambos, padre e hijo, luchando contra un millar de esqueletos y mantos sombríos. La daga forjada por el dios cortaba los huesos como si fuesen mantequilla, pero sus almas seguían dentro de sus cáscaras. Logró arrancar varios trozos de los mantos sombríos, al verlo estos huyeron dejando a los esqueletos sin ayuda. De la daga salió un manto que cubrió el cuerpo de Vaél haciéndole parecer uno de ellos. Aparecieron más muertos, todos de diferentes clases. El arma les arrebató un poco de su esencia, sin hacerles desvanecerse.

Por su parte, Honshū, se las arreglaba de una manera espectacular con todos los enemigos que pudiera cortar, pinchar o destrozar. De sus manos salían armas del mejor metal, de su piel, cuando algún enemigo le atrapaba, salían pinchos que les destruían. Su semblante durante la lucha no era como cuando practicaba con sus hermanos, se mantenía impassible, tan concentrado que daba miedo mirarle.

Las huestes de muertos parecían no acabarse nunca, era una confrontación de dos dioses contra un billón de almas en pena. A pesar de ello habían logrado descender por la gruta de la izquierda hasta que llegaron a una gran caverna subterránea. En el fondo de esta se veía una especie de ciudad de muertos. Vaél agarró del brazo a su hijo, evitando que siguiese adelante por el camino.

—Creo que por hoy es suficiente. Regresemos a casa —la mirada del dios lobo contemplaba la retirada de los muertos que no se habían atrevido a luchar contra ellos, por miedo—. Recogeremos muestras de los diferentes seres de este plano para mejorar las armas y así conocer a los dueños de la ciudad espectral.

—¡Pero padre, tenemos la ciudad allí en frente puedes enfrentarte a su señor! —exclamó Honshū, un tanto decepcionado al ver la victoria que habían logrado, en lo que parecían tan solo unas horas.

—¿Y de que serviría? No sé qué poderes o habilidades tiene su señor y los que le sirvan como consejeros. De momento saben que alguien puede entrar, vencer y asustar a más de un millar de soldados fantasma.

—Por eso mismo, ¿Por qué no continuar? —preguntó asombrado por la respuesta de su padre.

—Porque, cómo todo en el universo, hay que estar preparado antes de actuar. Un ser como el señor de esa ciudad, tendrá un poder que supere al de los espectros, esqueletos y mantos sombríos a los que nos hemos enfrentado. Por eso he de asegurarme de que mi poder, o más bien el de las armas que fabrique, están a su altura o incluso lo superan. ¿Lo entiendes? —dijo mirándole a los ojos.

—Si padre, lo comprendo. Una preparación adecuada es la antesala de la victoria —se llevó la mano al cuello, donde tenía un abollón sobre el metal, eran como dos colmillos.

—¿Y eso de ahí? —le señaló el cuello.

—Uno de esos seres me quiso morder en la yugular, pero con mi recubrimiento metálico no lo consiguió —metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta sacando dos dientes afilados, enseñándoselos a su padre—. Le arranqué los dientes para asegurarme de que no lo intenta con nadie más.

—Si me lo permites, los emplearé para mis experimentos —dijo cogiéndolos de la mano de su hijo y guardándolos en la bolsa que llevaba en el cinturón—. Recojamos más muestras y marchémonos.

Ambos recorrieron el camino de regreso hacia la entrada de la Cueva Espectral, cogiendo cuantos materiales necesitaban de los cuerpos de los muertos a los que se habían enfrentado, así como gemas de las paredes que iluminaban la zona cómo si se tratase de antorchas. Cuando pisaron de nuevo la hierba de las Llanuras de Plata la luna estaba en lo alto del firmamento. Escucharon algunos aullidos de los guardianes de Lukwos, era la hora del cambio de guardia. Subieron con paso ágil hasta la ciudad, de allí hasta la cúpula y al estudio secreto de Vaél. El dios metió en un ánfora de barro todo lo que habían recogido, sellándola con una capa de metal, para que nadie pudiera abrirla excepto él mismo. Miró a su hijo que escudriñaba la pequeña sala con mucho interés.

—¿Qué te parece mi estudio secreto? —dijo mostrando una sonrisa de satisfacción ante el asombro de su hijo.

—Es increíble, ¿Cuántos tomos tienes? —la mano derecha tocaba un libro con cubierta de cuero que estaba en una de las estanterías.

—La verdad es que no tengo ni la menor idea, nunca los he contado. Solo recopiló todo lo que veo en mis viajes a otros planos, para tener una mejor comprensión—dijo mirando un libro con letras en tinta azul—. Este, en concreto, es de un lugar llamado Acuática, tiene una ingeniería y tecnología superior a todos los demás que he visto. Llegué allí por un portal creado con el amuleto, pero solo se puede acceder con el permiso de la diosa Seiryu. Digamos que son sus acólitos, sus fieles sirvientes. Pero hay otros planos igual de interesantes.

—¿Cuántos? —preguntó Honshū.

—Siete en total, contando con nuestro mundo, pero ya te lo explicaré en otro momento. Deberíamos ir a ver a tus hermanos y a tu madre, estarán molestos por no vernos aparecer en toda la noche —ambos salieron por la Puerta del Caos cerrándola. Fueron hacia la Guarida para proporcionarse una buena cena.

Todo se volvió borroso, haciendo que Kenji abriera los ojos al nuevo día. Los Thunder Wolf se preparaban para proseguir el camino hacia las tierras de Silencio. Con paso apagado Viento se acercó a su amigo, separándose de Cuzo y Astilla que conversaban animadamente. Kenji se agachó un poco para abrazar al lobo por el cuello, sintiendo el calor que desprendía a través de la piel y el pelaje.

—*Kenji, no pierdas de vista las montañas de la Puerta del Cielo y llegarás a salvo. Si todo sale como es debido nos veremos en unos días* —dijo comunicándose a través de la mente como siempre habían hecho.

—Así lo haré, te lo prometo. Me mantendré alerta por si me necesitas —el cariño se dejó traslucir en las palabras de Kenji y en el abrazo que se hizo un poco más fuerte.

Se separaron mirándose a los ojos morados y amarillos antes de que Viento, como jefe de las manadas, se volviese para dar la orden de avanzar. Los Thunder Wolfs comenzaron su vertiginosa carrera haciendo señas con la cabeza para despedirse. Viento fue el último en emprender el viaje. Kenji se quedó mirándolos correr hasta que no pudo verlos en la lejanía, apenas un punto que desapareció a los pocos minutos de que se marchasen de su improvisado campamento. Recogió las cosas con pena colgándoselas al hombro, comenzando a caminar en dirección a las montañas. Estaba solo, por primera vez en Bestiary desde su llegada, estaba completamente a solas.

Al principio la soledad no le hizo casi mella, la tristeza por la separación del grupo de lobos con los que había compartido los últimos días atenazaba su corazón. Pasaron los segundos, tan rápidos como suspiros. También los minutos y las horas hasta pasar el momento del punto álgido del sol rojo que iluminaba todo el paraje. Una suave brisa mecía suavemente las hojas de árboles que Kenji no había visto nunca, ni siquiera en sus viajes. Con la mirada vacía, absorto en sus pensamientos se olvidó del rugir de su propio estómago, avanzando hasta quedar tan cansado que no tuvo más remedio que apoyarse en el tronco de un joven árbol. Era mitad de la tarde, el astro solar comenzaba su descenso lentamente, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

Cerró los ojos después de posar a Guardiania sobre la mullida hierba. Notó el aire fresco que recorría el terreno llenándole los pulmones tras una larga inspiración. Sintió algo parecido a caricias sobre su pelo, eran pausadas, tiernas como las de una amante, cariñosas como las de una madre. Con ese sentir, se sumió en un profundo sueño. Dejó de escuchar el viento, el silbido de las hojas de los árboles e incluso el piar de las pequeñas aves que habitaban sus frondosas copas.

Notó el aliento de algún ser en la oreja, seguido de una voz dulce de mujer. No, para ser totalmente sinceros era melodiosa. Sus palabras se deslizaban por el aire con la lentitud de la miel dorada de las abejas carmesí de los Bosques del Renacer. En ese susurro distinguió unas pocas palabras en forma de interrogación que se clavaron en su mente antes de desvanecerse de la realidad.

—Eres tú, ¿verdad?

Vaél y Kitsune hablaban tranquilamente, iluminados por las tenues llamas de unas lámparas de cera, después de la cena que habían compartido con sus hijos. Estaban solos con una botella de vino morado de frutos silvestres y dos jarras de madera elegantemente labradas a mano. Kitsune bebió un sorbo de su jarra, sin dejar de mirar a su esposo. Antes de posarla, le hizo una pregunta separando el borde de sus finos labios.

—¿Dónde has estado?

—Estudiando, aprendiendo de otros planos. El amuleto que he forjado con una parte del mineral que transportamos desde la Fortaleza Oscura tiene unas propiedades increíbles. Con él, puedo abrir portales hacia cualquiera

de los planos, sin necesidad de ir a los que creamos hace tiempo —la explicación de ese hecho tan asombroso avivó la curiosidad de la diosa.

—¿Y cuál es el último que has visitado? —preguntó con ganas de que Vaél le contara sus aventuras.

—Olvidado —solo escuchar el nombre, trajo a Kitsune recuerdos de su joven pasado., Un pasado que había enterrado en lo más hondo de su memoria, abandonándose al amor y las atenciones del dios lobo. Un tiempo en el que buscaba liberarse de un ser poderoso: su padre. Perdida en ese recuerdo, no escuchó las primeras frases de Vaél, aunque sí el resto de la historia.

... entonces forjé una daga negra como la noche, te hace adquirir las habilidades o los poderes del ser que ha cortado con su filo. Por esa propiedad la he bautizado con el nombre de Ladróna. En la cueva corté a un manto sombrío y me envolvió con una capa oscura, etérea. Asimilé el aspecto de uno de ellos, pero sin serlo. Al descender por la gruta encontré una ciudad llena de espectros, de muertos de todas las clases —en ese momento Kitsune le interrumpió antes de que dijese una sola palabra más.

—¿Entraste a la ciudad? —susurró haciendo que su hija Wolvin asomase la cabeza desde su escondite. Kitsune la miró con un ligero enfado—. ¿No deberías estar durmiendo ya, pequeña?

—Sí madre, solo quería despedirme, hasta mañana —dijo para después salir corriendo a su habitación.

—Ya sabía que estaba ahí, —dijo Vaél bebiendo un trago largo de su jarra antes de seguir hablando—. No me importa que nuestros hijos escuchen mis historias.

—Pues a mí sí que me importa —Kitsune redirigió su enfado hacia su esposo—. ¿Quieres que sigan tu ejemplo y se conviertan en dioses viajeros?

—¿Por qué no? No tiene nada de malo —la mirada de Vaél se volvió tierna como la de un cordero—. Sé que no te he prestado mucha atención en los últimos meses, pero ellos no tienen que pagar las consecuencias.

—Ya lo hablaremos, prosigue —dijo con voz seca.

—No, no entré en la ciudad. Eran demasiados para enfrentarme a ellos. Soy un dios, pero mis energías no son ilimitadas.

—Habría sido épico, ver como el poderoso dios del metal se enfrentaba en combate a un ejército de innumerables huestes de difuntos —dijo, exhibiendo una sonrisa con un ligero toque de sarcasmo.

—No tanto como ver cómo se las apañaría mi esposa la diosa de las ilusiones, en esa situación —Vaél esperó la réplica mordaz de su esposa, pero no fue así. Kitsune se limitó a explicarle lo que ella habría hecho en su lugar.

—En tu lugar adoptaría la apariencia de uno de esos seres y vagaría por la ciudad explorándola para conquistarla sin ningún problema. Puede que incluso la destruyese desde dentro —hizo una pequeña pausa, mirando a los ojos de su marido—. Tendría que verme en la situación. ¿Qué tienes pensado hacer mañana?

—Viendo cómo se defendían los difuntos, he decidido mejorar nuestras artes de combate. Sé que me llevará un tiempo, pero quiero llevarlas a otro nivel, asociarlas al elemento que dominamos cada uno. La próxima vez, llegaré hasta su líder con un par de sorpresas que tengo en mente. ¿Por qué lo preguntabas?

—Nada, pensé que te gustaría ver el torneo que han organizado los licántropos. Van a participar los niños también —los ojos de Kitsune reflejaban una súplica de atención.

—Mis planes pueden esperar un poco más. Pasaremos un día en familia, así veré como se defienden nuestros hijos en el campo de batalla —su sonrisa cálida alegró el corazón de la diosa, más aún cuando Vaél acercó los labios a los de ella fundiéndose en un apasionado beso.

—Deberíamos irnos a dormir, se ha hecho tarde —la diosa no abrió los ojos cuando pronunció esas palabras a escasos milímetros de los labios del dios lobo.

Kenji seguía sintiendo caricias sobre su cabeza, pero también sobre su pecho por dentro de la camisola. Notó un ligero olor a almizcle, brezo, a hierba recién cortada, a flores. Abrió los ojos imponiendo su voluntad a la visión. Miró alrededor alarmado asegurándose de que estaba solo. Vio el campo que se extendía hacia el horizonte y a su espalda un pequeño bosque en silencio, a excepción de lo que le pareció una débil y difuminada risa nerviosa, se acalló al instante. Como un animalillo alertado del peligro que le podría estar acechando, fue a cazar algo para la cena. A decir verdad, era la primera comida de ese día y la última antes de dormir. Hizo una hoguera con un cerco de piedras para controlar el fuego, se acurrucó de nuevo contra el tronco del árbol.

Levantó la mirada hacia el cielo para ver las dos lunas surcando el firmamento. Un cometa con su rojo fulgor cruzó veloz hacia el oeste. Seguramente no estaba cercano a la atmósfera de Bestiary, ni dentro de su radio de acción. Pasó de largo dejando un fugaz momento de emoción, como un suspiro acallado por la quietud de los posibles seres que allí habitaran. Kenji cogió un par de troncos de madera para mantener el fuego unas horas más. Se acostó regresando a su posición inicial y, cerrando los ojos, intentó que las voces le dieran un rato de tregua. Añoraba Lukwos y su sociedad, añoraba la Guarida y a Vaél.

Ni una sola estrella iluminaba la ciudad de Lukwos. Una sombra salió por el tejado de la Guarida, sigilosa como un ladrón que va a por un tesoro ansiado. Recorrió las tejas de madera hasta llegar a la parte trasera, en dirección a las escaleras que ascienden hacia la cúpula. Sin pausa siguió su camino, atravesando las puertas del recinto, por fin vislumbró la Puerta del Caos con la hoja entreabierta. Accedió a través de ellas bajando cada peldaño de piedra con cuidado. El estudio del dios lobo se encontraba vacío, ni un solo ruido que indicara su paradero, extraño pero irrelevante para sus objetivos. Registró las estanterías llenas de libros, el baúl de pergaminos al fondo de la sala, la superficie de la mesa llena de tinta, papel y otros materiales que no le importaban.

Con las manos apoyadas en las caderas, se dispuso a ver todo desde el centro de la sala. Necesitaba tener perspectiva para encontrar el ansiado objeto. Sobre una de las estanterías, escondido, vio un estuche de madera roja, ligeramente envuelto en un paño de lino amarillento. Con un poco de esfuerzo lo alcanzó. Quitó la tela que lo cubría y, levantando un diminuto pestillo, abrió la tapa. En su interior brillaba la hoja más negra que jamás han visto sus ojos marrón rojizos, su filo intacto como recién forjada. Ya sabe su nombre: Ladrona, ahora le pertenece tanto la daga como el poder que puede llegar a proporcionarle.

Al verse reflejada en el filo del arma, por un instante asomó la duda. ¿Será lo correcto? No lo sé, pero estoy segura de que con ello perderé a mi familia. A los hijos que, con tanto cariño y amor, había criado. ¿Por qué lo hago, entonces? Caviló por unos segundos, buscando la respuesta adecuada para convencerse a sí misma. Alguna razón debía haber para detener esa locura que, una parte ínfima de su mente, había ideado. Solo se le ocurrían sus hijos, sus hijas, el amor del pueblo licántropo y el de su esposo. Por otro

lado, estaba la profecía que, semanas antes, el dios del cielo les había contado durante su visita. La profecía en la que alguien reuniría todos los poderes de los demás dioses igualándose a los dioses mayores.

Su cabeza no dejaba de dar vueltas mientras sostenía entre sus dedos la caja con la imponente arma. Tenía dudas sobre su propósito allí esa noche. Entonces, ¿Por qué? ¿Cuáles eran sus motivos? ¿Por qué merecía la pena sacrificarlo todo? Entonces su rabia oculta le dio los motivos, lógicos para ella. Por liberar a su padre encadenado a una fría pared de piedra, vigilado por sus hermanos, por la soledad que había tenido que sufrir en silencio desde hacía meses, desde el mismo día que cayó ese estúpido meteorito en los dominios de la madre tierra, para demostrar que era mucho más que un adorno bonito en la casa de su esposo, por mostrar al mundo la valía y el poder que ostenta la diosa de la mentira pero, sobre todo, por ansias de poder, un poder que le habían negado desde niña y que, ciertamente, podría rivalizar con el poder del dios del cielo. Él era una creación de los tres dioses mayores y ella era hija de Hakai, el dios mayor de la destrucción, no debía rendirle cuentas a nadie y menos a alguien como Taka.

Concentrada en tales pensamientos escuchó ruido de pasos hacia la estancia en la que se encontraba. Miró en varias direcciones por si veía alguna puerta oculta a sus ojos. Temiendo haberse entretenido demasiado, cerró la caja de la daga escabulléndose escaleras arriba, cubierta por ropajes negros y oculta por la inmensidad de la noche. Salió de la ciudad a hurtadillas tomó el sendero que iba hacia el sur. En su mente trazaba la ruta para llegar a su destino. Primero llegaría hacia las tierras de Genbu, la diosa de la tierra, pasando por los Bosques del Renacer de Shika y, por último, viajaría por los desiertos hasta Alfatihin la ciudad de Suzaku, la diosa del fuego.

Mientras caminaba apresurada, para descender la ladera de Pico Colmillo lo más rápido posible hacia las llanuras sin ser vista, pensaba en todo lo que había preparado para que su partida fuese creíble. Sobre la mesita de noche había dejado una carta de su puño y letra en la que le explicaba a su esposo, Vaél, que el motivo de su viaje era hacer una breve visita a su sobrina en el sur. Hacía tiempo que no la veían, así que no sería extraño que quisiese visitarla. Por otra parte, lo había estado comentando días antes, un poco apenada, pensando que Suzaku estaba sola sin ningún miembro de la familia. Sus hijas Lupa y Wolvin la animaban a que hiciese

el viaje, llevando algún presente para su prima. Honshū, precavido como su padre, le aconsejó emprender el viaje por la noche. Viajar por el desierto era mejor durante las horas nocturnas, pues de día el calor abrasaba la piel de los viajeros. Así lo había hecho. Pasaron los días, a decir verdad, semanas, pero en el último amanecer de su caminar por las arenas doradas del Desierto del Fénix pudo ver como se alzaban imponentes las murallas de piedra arenosa de Alfatihin.

Kenji observó todo desde el silencio y la contemplación, como analizando una situación complicada. Por un lado, Kitsune quería seguir siendo una buena esposa, madre y regente junto a Vaél, pero por otro quería poder, notoriedad, ser valorada por ser ella misma. No era algo para tomarse a la ligera. Era una dualidad, las dos caras de la moneda. El bien y el mal de un mismo ser enfrentados en una batalla en la que solo gana el que más se alimenta. El poder tiene dos caras, una benévola y otra malvada, pero tiene mucho riesgo el querer ostentarlo. Como decía su profesora de filosofía, mentando a Tácito: «Para quienes ambicionan el poder, no existe una vía media entre la cumbre y el precipicio.»

De pronto notó unos labios húmedos y carnosos rozar los suyos en un intento de beso tierno. Unas manos que le sostenían la cara entre las palmas, suaves como pétalos de rosas y con un perfume familiar. Era el mismo olor a almizcle, brezo, a hierba recién cortada y a flores que había distinguido horas antes. Abrió los ojos encontrando unos verdes como la hierba. Se trataba de una joven de piel color oliva y pelo castaño verdoso. No se apartó. Kenji no se movía ni articulaba palabra alguna. La muchacha iba completamente desnuda, dejando poco a la imaginación de quien la contemplaba, sin ningún pudor. Acarició los labios de Kenji con las yemas de los dedos con delicadeza, como si fuese una ráfaga de aire minúscula.

—Me llamo...

Capítulo XIII

OceanofPDF.com

Rhianne

Con sus labios claros, como los pétalos de las rosas antes de abrir el capullo y mostrar todo su esplendor, terminó la frase que un segundo antes había empezado.

—... Rhianne, ¿y tú?

Sus ojos recorrieron a la joven salvaje que tenía delante de arriba abajo. Un aura de misterio envolvía a la muchacha de voz liviana. Sus ojos curiosos penetraban hasta el fondo del alma en busca de respuestas. Volvió a acariciar lentamente, casi con parsimonia, el rostro de Kenji esbozando una sonrisa dulce. El tacto de su piel dejaba en el aire ese olor entremezclado tan característico marcando su cara como un perfume retenido en su memoria.

La chica rió al llegar a la comisura de sus labios, separándolos con el dedo índice. Observó con detenimiento cada parte del extranjero que había encontrado merodeando cerca de su bosque. Vestía de forma extraña, no iba desnudo exhibiendo su piel como los animales o incluso otros de su propia especie. Llevaba algo raro puesto sobre los pies, por su forma parecía incómodo de llevar. A su espalda pudo ver un palo de metal, al que no dio demasiada importancia. Pero sí se la dio a su olor, era distinto a todos los que conocía, entre dulce y amargo. No sabría definirlo muy bien. El color de los ojos era inusual, nadie que hubiera conocido los poseía en esa tonalidad. El silencio no le irritaba, estaba acostumbrada a estar días e incluso semanas en silencio sin hablar con nadie. Pasados unos minutos, estaba casi convencida de que no poseía la capacidad del habla. Acercó la cara pegando la mejilla a la de Kenji y, rozando la oreja con sus carnosos labios, soltó un leve suspiro.

—¿Sabes hablar? —hizo una pausa para seguir, cerrando los ojos, con sus labios sensuales bien cerca del lóbulo de la oreja esta vez—. ¿Cómo te llamas, hermoso ser? Cuéntale a Rhianne.

La voz de esta se volvió más hipnótica que antes penetrando en su mente. Siguiendo su ejemplo, con la mirada perdida en el horizonte, rozó el

lóbulo de la oreja de Rhianne con sus labios para contestarle en los mismos términos que ella estaba haciendo.

—Soy Kenji, un semidiós y sí, sé hablar... —pausó un momento su frase para sopesar sus propias palabras. No sabía muy bien de qué tipo de ser se trataba, aunque parecía una ninfa de los bosques como las que aparecían en las leyendas. Decidió arriesgarse... hermosa ninfa.

Ella pasó su lengua por el lóbulo de la oreja del joven saboreando la piel de ese ser que decía ser un semidiós. Era delicioso al igual que su figura tan masculina e intimidante como la de un depredador. Comenzó a separar su cara de la de él dejando rozar sus labios por la mejilla hasta la comisura de sus labios dándole un beso suave. Colocó la cara de frente a la de Kenji, mostrando una sonrisa pícara y divertida a la vez.

—Así que sabes hablar, eso hará que esto sea mucho más divertido. Pero te aseguro que no voy a compartirme con mis hermanas—se irguió dejándose ver en todo su esplendor, tendiendo la mano hacia Kenji—. Ven conmigo.

Le cogió de la mano. Kenji se levantó, sin saber muy bien por qué lo hacía, para seguirla por los terrenos que habitaba. Al principio caminaban serenos, tranquilos, pero según se adentraban en el frondoso bosque Rhianne se sentía más alegre, menos cohibida y comenzó a correr. Sus pies apenas parecían rozar las briznas de hierba que poblaban la tierra, la brisa mecía sus cabellos, haciéndolos ondear como una bandera de color castaño verdoso suave. Aún en pleno trote su figura era esbelta, majestuosa. Sabía que no se trataba de ninguna ilusión. Como los esqueletos de Olvidado, o los elfos de las Tierras de la Eternidad, tenía la certeza de que Rhianne era real.

Por un momento perdió de vista a la que creía que era una ninfa de los bosques. Detuvo su caminar, mirando a todos lados. Su mente racional le pedía salir de allí pero su cuerpo parecía no obedecerle. Una figura se abalanzó sobre él tirándole al suelo, haciéndole rodar en una mezcla de brazos y piernas. Con hojas de árbol y algunas pequeñas ramas enredadas en el cabello, Rhianne se subió encima de su cuerpo, riendo como una niña pequeña jugando a su propio juego. Kenji relajó su cuerpo al ver que ella solo estaba divirtiéndose un poco.

—¿Quieres agua? —preguntó ella con la dulzura acostumbrada.

—Sí, gracias —contestó Kenji, dedicándole una sonrisa cargada de ternura. No era capaz de negarle nada.

Rhianne dejó de estar a horcajadas sobre el joven, irguiéndose para acercarse a un reguero cercano casi invisible. Cogió una amplia hoja de un árbol cercano, pidiéndole permiso con amabilidad y respeto, para ser arrancada de su rama. Con la hoja en su poder, hizo un cuenco para tomar el agua de la fina corriente, lo llenó hasta el borde. Sujetando el improvisado objeto con ambas manos se lo llevó a Kenji dándole de beber.

Acarició las manos de la ninfa ayudándola para poder beber mejor. Ella no dejaba de conectar sus ojos verdes como la hierba a los morados de Kenji. Era como si para ella, la misma acción de saciar la sed fuese todo un ritual que tenía que cumplir a la perfección. Una vez vaciado el improvisado recipiente Rhianne se acercó de nuevo al riachuelo y dejó la hoja en su corriente, mirando como descendía hasta desaparecer segundos después. Tras unos instantes de vacilación Kenji decidió hablar de nuevo.

—Rhianne —dijo llamando la atención de la muchacha. — ¿Vives aquí sola? En el bosque, me refiero—. Las palabras de Kenji hicieron que su cara se iluminase, ante la perspectiva de una conversación. La ninfa se acercó hasta donde estaba sentado, se dejó caer sobre la mullida hierba apoyando su cabeza sobre el hombro de Kenji, comenzando a acariciarle el pecho con una de sus manos.

Rhianne le confesó que no vivía sola en los bosques, que era una de las muchas ninfas que habitaban esos parajes. Cerca del árbol donde ella había nacido, estaba una de sus mejores amigas: una náyade llamada Laehian, protectora del agua que surcaban el bosque y sus formas de vida. También a unos metros, otra de ellas, Arachnia, cuidaba de todos los insectos que se encontrase, incluidos algunos de los animales de menor tamaño que se podían ver por esos parajes.

La conversación fluyó hasta que Kenji descubrió que Rhianne era, más concretamente, una dríade. Un ser ancestral que dedicaba su existencia al cuidado, y la preservación de los bosques. A Kenji le surgían muchas preguntas sobre la especie a la que pertenecía, pero decidió guardárselas para cuando ella terminase de hablar sobre las amigas que vivían cerca de su dominio. La dríade estaba muy emocionada de poder hablar de su vida con alguien que no fuesen Laehian o Arachnia, así que continuó un rato más deleitando a su joven invitado con historias de las aventuras de las que se sentía orgullosa.

Los rayos de sol atravesaron las frondosas copas de los árboles, dando de lleno en sus caras. Rhianne al notar su calor y su luz, se levantó de un salto como un animalillo en alerta. Sus músculos estaban relajados, como si se acabase de levantar de una larga siesta. Le hizo un gesto con la mano para que le esperase en el sitio donde se encontraban, desapareciendo del lugar tras unos árboles.

En la mente de Kenji circulaban, a gran velocidad, todos los sucesos de los últimos días. Sus pensamientos bailaban entre la ciudad de los Alas Blancas, la lucha contra gigantes, el viaje con los Thunder Wolfs y, ahora, la inesperada aparición de una dríade que le hacía de anfitriona en su bosquecillo. Cerró los ojos dejándose llevar por los sonidos del lugar, disfrutando del ambiente caldeado por los rayos del sol. Respiró profundamente hinchando sus pulmones, soltándolo a la par que emitía un suspiro relajado.

El estado de calma duró menos de lo que esperaba. Las voces retornaron con fuerzas renovadas. El dolor que le infringían comenzaba a pasar de soportable a molesto, llevaba varios días sin interpretar la Canción del Cielo y lo necesitaba. Se sujetó la cabeza con ambas manos, apretando los ojos a causa del malestar. El cuerpo tiritaba de la presión que estaba ejerciendo para controlar sus instintos y no ceder al sufrimiento.

De pronto sintió que las sensaciones, los sentimientos y las voces, amainaban como si se retiraran para dejarle descansar. Los temblores de sus músculos cesaron dándole una tregua, al menos momentánea. Sus párpados se abrieron para dejar ver a los ojos, ante él estaba Rhianne con una bandeja improvisada hecha con una corteza de árbol. Sobre ella, reposaban frutos silvestres de diferente índole. Bayas moradas, rojas, verdes, amarillas e incluso alguna negra, de diferentes tamaños. Rhianne le miraba mostrando una amplia sonrisa, estirando la bandeja hacia su cuerpo ofreciéndole el alimento. Estiró el brazo cogiendo una de las bayas negras, la masticó. Su sabor era dulce, muy similar a las moras. Miró a Rhianne, seguía sonriendo.

—Gracias, está muy bueno —dijo agradecido, con sinceridad. La dríade hizo un leve gesto de asentimiento—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué estas sonriendo desde que has regresado?

—Porque cuando he llegado estabas sufriendo, yo he calmado tus miedos. No sabía si sería capaz de lograrlo, mi especialidad son los árboles

y las plantas. Pero al conseguirlo, me he sentido muy feliz —la explicación de la muchacha fue suficiente para entender por qué las voces le concedían una tregua.

—Gracias de nuevo —la deuda de Kenji iba en aumento, por lo que la dríade hacía por él. En pocas horas, le había alimentado, saciado su sed y contado historias sobre su bosque, los seres que lo habitaban y sus amigas.

—No tienes por qué darlas, cuido de todo ser que esté en los bosques al igual que Laehian y Arachnia. Ahora dime, ¿de dónde vienes? No hay muchos como tú por aquí —preguntó con mucha curiosidad, recostándose a su lado, acariciándole el pecho con suavidad otra vez.

—Digamos que vengo de muy lejos, de un mundo en el que la magia y los protectores de los bosques no existen—la respiración de Kenji se tornaba más pausada con cada caricia de las manos de Rhianne.

—¿No hay dríades, ni náyades, ni ninfas de ninguna clase? ¡Qué horror! —la exclamación de la dríade parecía más suave de lo que quería mostrar—. ¿Y todos en tu mundo sois tan poderosos?

—¿Poderosos? —se sorprendió cediendo a un sueño dulce sin temores ni voces suplicantes.

—Sí, poderosos —Rhianne hizo una pausa—. El viento me ha traído noticias, historias de tus gestas contra los gigantes, contra Grael y otros seres de Bestiary.

—No todos... —la mente de Kenji se estaba adormilando entre caricias—. Son... tan poderos...

—Ya seguirás contándome historias de tu mundo, Kenji —dijo apoyando la cabeza sobre su hombro—. Por ahora te quedarás aquí conmigo.

La voz de Rhianne sonaba lejana como los recuerdos de su niñez. Una luz cegadora le dio paso a una imagen clara del Palacio del Sol, en Alfatihin. Sus pasillos estaban hermosamente adornados, al igual que sus paredes. Sus arcos de arte mudéjar recordaban a las imágenes que le mostraba su madre de diferentes edificios de España, más concretamente de la Alhambra. Kitsune, recorría los pasillos ataviada con un vestido, tipo gandora, de manga corta en color cian. En los antebrazos portaba adornos plateados, sus manos adornadas tatuajes de henna con motivos de hojas y ramas.

El sonido de sus pasos le llevó por toda la planta hasta el fondo del palacio. Allí, erguidos como dos columnas de piedra, dos soldados, lanza en

mano, guardaban la puerta de tonos dorados e intrincadas formas. Al verla llegar apartaron las armas, abriendo las puertas de par en par permitiéndole el paso. En la habitación, una cama grande con dosel y unos cojines ocupaban la mayor parte de la estancia. Dejando unos caminos cubiertos con alfombras para ir de un lado a otro. Kitsune fue directa hacia el arco que daba acceso al balcón, escuchando el golpe de las puertas al cerrarse.

Apoyada con las palmas de las manos sobre la barandilla, se encontraba la diosa del fuego Suzaku. Con su larga melena castaña suelta al viento del desierto fijaba sus ojos marrones en extensión de toda la ciudad que regentaba. Kitsune se situó al lado rozando la mano con la de ella, haciéndola estremecer. Sin mirarla, la diosa de la mentira se mordió levemente el labio inferior, lo suficientemente despacio para que Suzaku se percatara.

—¿Qué es lo que miras con tanto interés? —preguntó viendo como la diosa del fuego cruzaba las piernas.

—Observo la ciudad que han erigido los Shaitan —confesó, intentando evitar la tentación de mirar a Kitsune—. ¿Qué has venido a hacer a mis aposentos?

—Sabes bien a qué he venido—la diosa de la mentira no escondía sus intenciones.

—Me lo imaginaba, pero sabes que no está bien. Desde que llegaste hace más de un mes, cada noche terminamos sobre mi cama. No es justo para Vaél. Hasta que llegaste, estaba bien con mis cinco doncellas de confianza. Una o dos de ellas venían a mí, pero tú tienes algo que es difícil de resistir...

—Entonces, ¿por qué no ceder a nuestros deseos? —Kitsune elevó la mano acariciando el pelo de Suzaku, pasándole un mechón por detrás de la oreja.

—No creo que sea lo correcto. En cinco días hará dos meses que estás de visita, deberías regresar a las Llanuras de Plata. No cederé más, al menos no contigo. —la fuerza de su decisión hizo mella en el ego de Kitsune.

—Como deseas mi dulce niña —dejó caer la mano acariciándole la espalda con ternura—. Iré a preparar mis pertenencias para abandonar Alfatihin —tomó aire antes de continuar para sentirse más segura de lo que iba a decir y hacer—, ¿Estás convencida de que no deseas estar entre mis brazos antes de partir?

—Sí, lo estoy —Suzaku clavó los ojos en los suyos con determinación mientras Kitsune acercaba sus labios levemente.

—Muy bien, mi niña —la mano derecha fue a su espalda hasta alcanzar un objeto que llevaba oculto—. Entonces nos veremos esta noche en el salón principal para la cena con el Sultán, después me iré.

La diosa de la mentira se apartó aparentando abandonar la habitación. Dos pasos después, giró sobre sí misma clavando la daga en el vientre de la diosa del fuego a la vez que la abrazaba contra ella. Una luz negra cubrió a Ladrona, tornándose progresivamente en el color de las llamas de una hoguera, de una fragua, de un volcán a punto de entrar en erupción. Suzaku emitía gruñidos de dolor a causa de la herida. La diosa de la mentira sacó el arma del cuerpo de su sobrina, dejándola caer en el suelo del balcón. Suzaku se hizo un ovillo intentando llegar con sus manos a la llaga para cauterizarla. La herida le atravesaba de lado a lado del cuerpo.

—No es nada personal, mi niña —dijo con desdén mirando el brillo en la hoja del arma—. Puede que un poco sí, no me gusta que me rechacen. Ahora quédate aquí, tengo planes y tu Sultán con sus huestes me van a venir de perlas.

La diosa de la mentira cambió su imagen, adoptando la apariencia de la diosa del fuego. Se recreó con el cuerpo de una joven que simulaba unos dieciocho años, con todo lo que ello conlleva. Echándose el pelo hacia la espalda por encima del hombro con la mano que tenía libre, vio cómo se retorció la verdadera diosa a causa de la herida. Gemía de dolor, sobre un charco de su propia sangre que no cesaba. Kitsune dio unos pasos, deleitándose en sus piernas torneadas, asió el pomo de la puerta sin mirar atrás. Salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí, recibiendo la reverencia de los guardias, sin dejar que viesen lo que sucedía dentro. Los soldados se irguieron esperando órdenes de su señora.

—A partir de ahora nadie entra ni sale de esta habitación, sin mi consentimiento expreso. ¿Entendido? —dijo apuntando con la punta de ladrona al Shaitan de más edad.

—Sí, mi señora —acompañó la frase con una leve inclinación de cabeza.

Las visiones le permitieron ver retazos de sucesos que ocurrían en el palacio. La falsa diosa del fuego se había reunido con el Sultán Almir, padre de Malak. Con sus artes oratorias y otros trucos le convenció para formar un ejército de elfos que fueran expertos guerreros para avanzar hacia el

norte e invadir todas las tierras emergidas. Unas horas después, Kitsune volvió a la habitación de Suzaku. Entró, pero la diosa del fuego no estaba allí. De su estancia en aquella alcoba solo quedaba el charco de sangre seco y un aro negro de una llamarada surgida de sus propias manos al cauterizar la herida. La diosa de la mentira aulló de rabia al descubrir que Suzaku había logrado escapar.

La formación del ejército duró apenas unas semanas. Los elfos salían por las puertas de Alfatihin en filas de ocho. Marchaban al compás de los tambores de piel tensada, en silencio, armados con escudos, espadas y lanzas las primeras filas. Las últimas filas portaban arcos y carcajes llenos de flechas con la punta impregnada en veneno de serpiente negra y otras alimañas. Las huestes se perdían en el horizonte internándose en el Desierto del Fénix atravesándolo con el estruendoso sonido de la percusión.

El caos invadió la visión de Kenji, combates que se entrelazaban unos con otros. No solo los veía, sentía todo lo que cada soldado y cada ser mitológico temía en el centro de su corazón durante la batalla. El dolor, el sufrimiento hicieron mella en su cuerpo y su mente, atenazándole, haciéndole convulsionar mientras Rhianne cuidaba de él. La dríade intensificó su esencia, acariciándole para calmar su espíritu. En su visión distinguía a los hombres de la madre tierra batirse en retirada hacia los dominios de Shika, perdiendo gran parte de su fuerza militar. Genbu encabezaba a los cientos de soldados que, apresurados, huían de unos seres de fuego conjurados por la diosa de la mentira y su daga, Ladrona. A estos se enfrentaban unos soldados de piedra dura que les daban algo de tiempo para coger distancia.

Los Bosques del Renacer ardían como una enorme pira funeraria, mientras los Arbóreos combatían al enemigo Shaitan y su falsa diosa del fuego. Varios seres, tales como hadas, dríades y kodamas entre otros, les ayudaban intentando apagar las llamas de los alrededores. El dios ciervo se enfrentó a las huestes con animales y plantas a los que pidió ayuda. El esfuerzo fue inútil, los elfos del desierto avanzaban como un alud sin que nadie pudiera detenerlos.

La diosa del agua ocultó el Reino de las Brumas a los ojos de todo ser viviente con una capa de neblina tan espesa que hasta el dios del cielo habría encontrado dificultades para ver en ella. Kitsune se desvió hacia la Isla de los Sueños, hogar de su maestro, el padre de los dioses. Allí no

encontró resistencia, los Alas Blancas y Negras de Taka, incluso él mismo habían abandonado el lugar. Dirigió su mirada hacia el norte. El dominio de Ecos del Rugir, lugar donde vivía Byakko, el dios más fuerte conocido.

El frío invernal protegía la ciudad de Fuerte Helado, haciendo mella en los cuerpos poco acostumbrados de los elfos Shaitan. Semanas de asedio sin ninguna brecha por la que colarse para poder conquistarlos. Sus arqueros eran más fieros, estaban mejor preparados para la defensa que ellos para el ataque. Byakko acompañado de Taka y Seiryu les observaban sin tomar parte por el momento. Las provisiones de alimentos empezaban a escasear, el hambre se sumaba al frío y al cansancio del ejército. Kitsune ideó un plan para lograr superar sus defensas. Al parecer ningún elfo oscuro, ni tampoco ningún arbóreo había acudido al norte, aún.

Cambiando a la forma de una arquera arbórea herida por un tajo Shaitan, corrió rauda perseguida de una cuadrilla de elementales de fuego. Al verla, el rey de los elfos del norte, Dailin, ordenó abrir las puertas para que entrase en la fortaleza. El buen corazón del rey elfo fue la causa de la caída de Fuerte Helado. Aquella misma noche, en más de veinte sitios de la ciudad ardían casas, se escuchaban gritos y por las puertas entraban los hambrientos Shaitan, arrasando todo a su paso. Muchos de los Alas Negras se unieron a la causa de la diosa de la mentira, abandonando a sus hermanos y a su señor.

Al final del día llegó la visión de las Llanuras de Plata, casi todos los territorios de las Tierras de la Eternidad estaban bajo el dominio de Kitsune y sus soldados. Los que no se rendían ante su soberanía eran descuartizados por espadas, con una muerte lenta, dolorosa. Los dioses, derrotados, llegaron unos días antes con los supervivientes a Pico Colmillo. Solicitaban la ayuda del más diestro de ellos en combate, Vaél. La batalla fue cruenta, muchos murieron en las llanuras, incluidas madres y niños como Kitsune le había hecho ver antes. Los Alas Blancas quedaron casi diezmados, así como los dragones, las hadas y muchos otros seres.

Vaél derrotó a la diosa de la mentira ante el arco del triunfo que ejercía de portal al Mundo de los Hombres en sus dominios. El dios lobo, logró conocimientos ocultos al resto de los dioses. Se convirtió en el dios de los metales, en creador de las artes guerreras de los dioses y próximamente, según entraba en sus planes, también sería el guardián del Mundo de los Muertos. Alcanzó todo lo que ansiaba, pero, a cambio, pagó un gran precio.

Perdió a su esposa, al amor de su vida y eso le acompañaría en los años siguientes a esa batalla. Tras el destierro de Kitsune, adiestró a los dioses menores en las artes de cada elemento adaptadas para la lucha y luego desapareció, dentro de la Puerta del Caos sin que nadie volviera a verle.

Kenji se estremeció abriendo los ojos a Bestiary, estaba envuelto en el cálido abrazo de Rhianne. Sus caricias seguían surtiendo efecto, estaba alterado, pero mucho menos de lo que debería estar tras las visiones. La dríade le abrazaba con firmeza apretando su cabeza contra su cuerpo desnudo. De vez en cuando le otorgaba un beso lleno de ternura sobre su creciente y alborotada melena. Se irguió separándose ligeramente de la joven ninfa del bosque.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó mirándole fijamente.

—Se podría decir que, a menudo, tengo pesadillas que me impiden descansar —dijo intentando no dar demasiadas explicaciones.

—No te preocupes, entonces. Puedo hacer que tus emociones y sentimientos se aplaquen sin que te afecten. Mientras estés a mi lado, todo irá bien. Me dijiste que no todos sois tan poderosos en tu mundo, ¿hay más? —siguió curiosa sentándose de rodillas sobre la hierba como una niña pequeña que busca respuestas.

—Claro que hay más, mi pareja, por ejemplo—el recuerdo de la melena de Ryoko, danzando por el campo de batalla imbatible, le trajo un sabor agridulce—. Ella es poderosa, una gran guerrera. Es muy inteligente, no hay situación de la que no logre salir airosa. Junto a ella viajé a muchos lugares, conocí a dioses, a seres longevos, fuertes como no había conocido —miró con dulzura a Rhianne—. Y ahora, te he conocido a ti.

—Pero, yo no soy poderosa —objetó la dríade, a la vez que se le ruborizaban las mejillas por primera vez desde que le encontró.

—Lo eres, cuidas de todo un bosque y sus habitantes, además eres capaz de reducir mi sufrimiento como solo una canción ha logrado hasta la fecha —Rhianne, se levantó alterada. Las adulaciones de Kenji estaban haciendo que le tomara afecto. Eso no era bueno para sus planes. Él debía permanecer en el bosque con ella, nadie que se adentrara en sus dominios podía regresar—. Rhianne, ¿Estás bien?

—Sí —titubeó al responder—. Lo que pasa es que el sol está desapareciendo y debo ir por algo de comer. Quédate aquí, enseguida vuelvo.

La dríade desapareció corriendo entre los árboles y matorrales como un pez escurridizo sin dar opción a réplica por parte de Kenji. El muchacho se recostó hacia atrás dejando que la espalda se apoyase de nuevo en el tronco del árbol. Cerró los ojos, sentía las almas que le llamaban pidiendo ayuda. Algunas tenían más fuerza que otras, pero en general podía soportar su murmullo.

Las visiones del pasado, cada vez más cercanas a su propio presente, comenzaron a mezclarse de nuevo. Vio a sus tíos y a su padre desapareciendo por el portal de las Llanuras de Plata en pos de encontrar a Kitsune para ajusticiarla en el Mundo de los Hombres «privada» de sus poderes. Su disgregación por todos los rincones del planeta, provocó que surgieran miles de leyendas sobre dioses que cambiaban de forma a lobo.

Pudo ver a su abuelo, caminaba por las grutas de la Cueva Espectral. Los muertos caían a su paso, tocados por Vida y Muerte, sin poder enfrentarse a su furia divina. Los habitantes de la fortaleza espectral se escondieron al verle llegar, dejándole el camino libre hasta el castillo donde se enfrentó a un ser alto como una montaña y a sus dos hermanos. Derrotó a los dos hermanos que cayeron al suelo inmovilizados en pocos segundos. El hermano que quedaba sentado en el trono, vestido con una túnica gris raída, se levantó asiendo una espada larga con sus manos. Al final también sucumbió a los envites del dios lobo, hincó rodilla, para jurarle obediencia.

Otro empujón de su mente hacia adelante le llevó a través de guerras de diferentes civilizaciones, caídas de reinos, luchas entre los dioses hasta la Batalla de Camlann. Una niebla espesa cubría todo el campo, solo se escuchaban los gritos del combate, de heridos, el entrechocar de espadas unas contra otras. Kenji comenzó a caminar fijándose en cada palmo de terreno, cuando por fin lo vio. Un hombre rubio con barba recortada, de armadura reluciente como la plata, portaba a Cantarina, la espada de Seiryu. Era el rey de Camelot, Arturo Pendragón. Se enfrentaba a un joven de melena negra como el carbón, con armadura oscura y una larga lanza de punta afilada. Ambos se abalanzaron a por el otro. La lanza atravesó el pecho del hombre entrado en años, que atravesó el corazón del joven con su espada. El muchacho de melena negra le llamó padre antes de morir.

Arturo se arrancó la lanza del pecho, sacó la espada de su difunto hijo, Moldred, y con la mano izquierda sobre la herida sangrante se dirigió a un roble cercano donde se dejó caer a la espera de la muerte. De entre las

brumas salió un hombre con una capa de plumas de halcón, portaba un bastón de madera de roble. Se arrodilló ante el rey, tirando de la capucha hacia atrás desvelando su rostro a Arturo, era Taka. El hombre hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban para hablar con su amigo y consejero.

—Merlín, toma la espada —Cantarina fue empujada lentamente por su brazo para que Taka la cogiera con su mano libre—. El mundo no está preparado para un arma tan poderosa. Tuve un sueño amigo mío, casi logro hacerlo realidad —Arturo tosió, surgiendo una mueca de dolor por el esfuerzo.

—Te enseñé bien, pero a la hora de verdad te he fallado. Tu sueño será recordado, inspirará a miles de jóvenes, a generaciones enteras. Te llevaré a un lugar donde nunca te encontrarán, te convertiré en una leyenda, a ti y a los caballeros de la mesa redonda, y devolveré la espada a su verdadera dueña como es tu deseo.

—Muchas gracias, amigo—dijo bajando la mano hasta su regazo—. Ahora quiero descansar, tengo frío. Apenas escucho el fragor de la batalla a mí alrededor. ¿La niebla se ha espesado? No veo nada, más allá de mi cara.

—Sí, Arturo, la niebla se ha vuelto espesa. Descansa, me quedaré a tu lado—el subir y bajar del peto de la armadura cesó por completo. Taka acarició el semblante del rey cerrándole los ojos.

El dios del cielo enfundó la espada en su vaina, ajustándola a su cintura con fuerza. Recogió el cuerpo de Arturo en sus brazos, comenzando a caminar despacio, perdiéndose entre la niebla sin ser visto por ninguno de los pocos combatientes que quedaban en pie. Kenji se vio imbuido por aquella espesa capa de humedad. Sentía sus músculos agarrotados, como si el frío de la visión se hiciese realidad.

Abrió los ojos, ante él Rhianne había traído a otras dos mujeres de igual apariencia en cuanto a su edad. Una tenía la piel azulada con los ojos negros como los peces, la otra tenía una piel de tonos cambiantes y pelo blanco, de aspecto parecido a las telarañas, con ojos cristalinos. Intentó moverse, al no lograrlo, miró su cuerpo cubierto de una gruesa capa de tela de araña, hasta el punto que se había formado un capullo resistente. Kenji se dirigió hacia Rhianne.

—¿Por qué me has hecho esto?

—No puedo dejar que salgas de este bosque, te quedarás conmigo y mis amigas para siempre. Serás nuestro juguete, nuestro contador de historias de

otros mundos —la voz de la dríade seguía siendo tan dulce como lo había sido hasta entonces.

—Al menos, hasta que mueras —dijo la última de las ninfas en las que había posado sus ojos morados.

—Ahora, descansa —dijo Rhianne, acariciándole de nuevo, acompañada por las caricias de sus dos compañeras sumiéndole en un profundo sueño. Intentó resistirse, pero el poder de las ninfas era mayor.

OceanofPDF.com

Capítulo XIV

OceanofPDF.com

Encierro y Libertad

Taka lanzó la espada, Cantarina, por los aires hacia un lago. La mano derecha de Seiryu la agarró en el aire por el mango. Con voz autoritaria ordenó a la diosa que se llevase también el cuerpo del rey a un lugar donde ningún mortal lo encontrara y así darle el descanso eterno. La diosa transportó el cuerpo de Arturo, flotando sobre las aguas, como si de una hoja otoñal se tratase, hasta el mismo centro donde desapareció entre las brumas junto a ella.

El dios del cielo abrió los brazos hacia los lados, aprovechando que se encontraba en soledad. Emitió un grito mezcla amarga de rabia y dolor que hizo estremecer a todos los seres que habitaban el Mundo de los Hombres. En sus ojos dorados, por primera vez en mucho tiempo, se reflejó el odio. Un odio hacia los hombres que traicionaron a Arturo, odio a los mismos que consiguieron que se alejase lo suficiente para generar esa situación y sobre todo odio a Kitsune (o Morgana como la conocían en aquella época) por haber engañado a Arturo para tener un hijo con él, destinado a acabar con su vida.

Embriagado por aquel sentimiento Taka empleó todo su poder para aparecerse en el mismo centro de Stonehenge, invocando a su enemiga. La magia era lo suficiente fuerte en ese plano todavía para que el dios del cielo usara sus poderes casi a pleno rendimiento. Kitsune le miró extrañada al principio, sin saber muy bien donde estaba, pero al ver a Taka emitió una risa cargada de burla. Ella, la diosa de la mentira, había conseguido engañar y frustrar los planes del más cercano a los dioses mayores, eso la enorgullecía.

—Creo que se acabó el juego, amigo mío —dijo la diosa entre risas. Taka permanecía en silencio, apretando los dientes, conteniéndose para no sucumbir a sus abundantes deseos de venganza—. ¿No piensas hablarme, maestro? —se burló, haciendo un gesto forzado de tristeza.

—Ha llegado la hora —Taka extendió los dedos de la mano, formando una bola negra de Cosmos oscuro—. Nunca debí dejar que entraras en la

vida de los dioses, ni del resto de los planos. Hoy todo obtendrá su fin.

Los ojos de la diosa de la mentira se centraron en la bola negra que no aumentaba en la mano del dios del cielo. Sabía, por la mirada de Taka, que estaba lleno de ira. La situación no pintaba nada bien para ella. Con la daga en la mano decidió atacar primero en lugar de esperar. El fuego salió de la hoja con una fuerza tal que ningún ser querría estar delante. Taka se mantuvo firme, el fuego ocultó la zona en la que se encontraba por unos instantes. La esfera negra se alimentó del fuego creciendo el triple de rápido de lo que solía hacerlo. La mirada de Kitsune se llenó de pavor, de un miedo hacia el dios del cielo que nunca había sentido. Estaba decidido a acabar con su vida, su determinación era férrea y no le importaba acabar con la vida de millones de seres con tal de terminar con ella ese mismo día.

—Es tu final, Kitsune no puedes hacer nada por impedirlo —la voz de Taka sonaba a sentencia, era un juicio en el que ya había decidido el veredicto: su ejecución.

Haciendo uso de todas sus artes, Kitsune intentó dañar a Taka con múltiples dobles. Taka las disipó con un campo de energía tan solo acercándose a su cuerpo. El dios del cielo cerró los ojos, el Cosmos oscuro necesario para acabar con la vida de Kitsune estaba listo. Lo lanzó. La esfera voló con rapidez hacia la diosa de la mentira, engulléndola como se engulle un bocado de comida. De pronto todo se quedó en silencio. La esfera se disipó como las nubes en un día de verano. Taka abrió los ojos, la diosa de la mentira había desaparecido como un mal recuerdo.

Seguro de su victoria, regresó a las Tierras de la Eternidad con el peso de su dolor a cuestas. Durante meses no se dejó ver a los ojos de ningún otro ser, ni siquiera los dioses menores. Se ocultó en la Isla de los Sueños, intentando sobreponerse a su pena. Estuvo tan cerca de hacer del Mundo de los Hombres un lugar bueno, justo y honorable que la pérdida era peor que una herida sangrante. Arturo, Camelot y los caballeros de la mesa redonda, eran tan solo el recuerdo de un sueño, que nunca alcanzaría su final glorioso. Un destino para el que la humanidad no se hallaba preparada, al menos en la época tan oscura que estaban viviendo.

Tras su exilio voluntario de más de un año desde su regreso, Taka decidió acicalarse para salir de la isla. Viajó a los Bosques del Renacer, territorio de Shika en busca de consejo del más pacífico de los dioses. Al llegar los elfos arbóreos le indicaron que debía ir al Gran Roble donde el

dios ciervo meditaba. Dirigió sus pasos hacia la zona donde se hallaba. Vio a Shika que se encontraba apoyado sobre el tronco del árbol con las piernas cruzadas en plena meditación. Antes de que pudiera acercarse, el dios se percató de su presencia, abriendo los ojos.

—Bienvenido Taka, se te ve cansado —dijo observando la figura del dios del cielo. Su cara expresaba su agonía. En el último año, apenas había dormido, mucho menos descansado. Las bolsas bajo sus ojos se tornaban de color morado casi negruzco y los movimientos de su cuerpo eran lentos—. Siempre nos dijiste que no nos involucrásemos emocionalmente con ningún ser para evitar marchitarnos. Ese consejo también era aplicable a ti, ¿no?

—Cállate, vengo en busca de paz —dijo cascarrabias, cansado—. No necesito sermones.

—Lo siento padre de los dioses, no era mi intención reprenderte. Pero sé lo que debes hacer para recobrar la fuerza que poseías antaño —dijo algo dubitativo.

—Existe un sueño que llevo a cabo cada cierto tiempo. Un sueño que hace que abandones tu ser al olvido durante el tiempo que necesites para recuperarte o tener una visión más clara del futuro e incluso descubriendo nuevos caminos. Genbu lo llama el sueño de la tierra.

—Interesante, podríamos llamarlo el sueño del espíritu. Aunque no sé... no debería ausentarme tanto tiempo ¿Cómo se lleva a cabo? —preguntó a Shika.

—Necesitas un lugar, podría ser el interior del Gran Roble. También necesitas la ayuda de tres dioses, por tu gran poder. Genbu y Seiryu podrían ayudarte e incluso yo mismo, pero he de advertirte que...

—No necesito objeciones a algo de lo que ya dudo, Shika. ¿Te importa si me quedo aquí unos días? —Taka cerró los ojos contagiándose de la paz que reinaba.

—Claro que no, Taka. El tiempo que necesites.

El dios ciervo le miró en silencio. Taka no había dejado que le advirtiese sobre el sueño en el que se iba a imbuir. Se quedó a su lado hasta que uno de sus arqueros llegó hasta él. Shika salió al encuentro del guerrero.

—Perdonad que os moleste, dios Shika. Pero vuestra madre Seiryu, acaba de llegar.

—Acompañadla a mi cabaña, voy en seguida —se acercó de nuevo a Taka que continuaba con los ojos cerrados—. Ha surgido algo, debo volver

a Arbórea —Taka asintió.

Seiryu acababa de llegar, su hijo la abrazó contento.

—Madre, ¿qué haces aquí?

—Te echaba de menos, el Reino de las Brumas es un poco monótono ¿qué tal todo por aquí? —se interesó la diosa del agua.

—Pues bien... aunque Taka ha venido a pedirme consejo, está descansando junto al Gran Roble —informó Shika.

—¡Maldito dios, defensor de los humanos! Voy ahora mismo a decirle cuatro verdades. Le entregué mi mejor espada a un humano por orden suya y fue para nada.

—Madre, espera. Quiere encerrarse en el Gran Roble—la retuvo el dios.

Ambos dioses fueron al encuentro de Taka, pasaron el día juntos y Seiryu le explicó que era una gran idea, así podría ver las cosas con claridad.

—Avisa a Genbu, en cuanto llegue comenzará mi sueño del espíritu —pidió Taka.

Cerró los ojos resignándose. Llamó a un pájaro, que portaría el mensaje de llamada hasta la diosa de la tierra, para que acudiese en ayuda del dios del cielo. Apareció a los pocos segundos bajando de una de las ramas del Gran Roble, posándose sobre la rodilla del dios ciervo.

—Vuela querido amigo, dile a la diosa de la tierra que acuda a este lugar por requerimiento del dios del cielo. Sé raudo —Shika abrió los ojos, pronunciando estas palabras. Viendo como el animalillo alzaba el vuelo llevando a cabo su mandato.

Pasaron varios días hasta que los cuatro se reunieron frente al Gran Roble. En ese tiempo Taka permaneció en la ciudad, pero sin comer ni beber. Iba temprano todos los días a sentarse pensativo bajo el árbol. Genbu llegó al amanecer. Las dos mujeres se acercaron hasta el dios del cielo. Este abrió uno de sus ojos dorados al notar su presencia. Se levantó estirándose, la hierba conservaba su forma.

—Taka, se te ve horrible. ¿Cuánto tiempo llevas así? —comentó la diosa de la tierra mirando fijamente al dios.

—Más tiempo del que debería. Pero no es momento de hablar de ello. Necesito vuestra ayuda para sumirme en el sueño del espíritu —sus palabras penetraron en los oídos de las dos diosas.

—Te ayudaremos —asintió Genbu, preocupada por el estado físico y mental del dios—. Vamos, no lo demoremos más.

Taka se irguió, girándose hacia el Gran Roble. Su tronco era grueso, tanto que podría albergar a dos personas. También era alto, las ramas más altas se perdían mezclándose con la inmensidad del cielo haciendo imposible ver donde terminaban. Shika y Seiryu les seguían a pocos pasos por detrás de ellos. A un gesto de Genbu, el dios ciervo juntó las palmas de las manos separándolas como si fuese el capullo de una flor abriéndose. El tronco del Gran roble se abrió con un lento crujir de la madera que lo conformaba. El hueco en el interior era amplio.

El padre de los dioses dio un paso adentrándose en el árbol legendario. Se giró lentamente apoyando la espalda contra la pared interna. Palpó las paredes con las manos, acariciando el que iba a ser su hogar. Dirigió la mirada hacia los tres dioses que le observaban. Hizo un gesto de consentimiento, dándoles permiso para proceder a su sueño del espíritu. Shika juntó de nuevo las manos hasta que el tronco del árbol se cerró envolviendo al dios del cielo con su abrazo.

La grieta de la madera del Gran Roble desapareció por completo ante los ojos de las diosas. Cada uno se colocó en un extremo del árbol reforzando la consistencia del tronco con sus propios poderes. Su madera sería más dura, más flexible, se regeneraría con mucha más facilidad que cualquier ser vivo que haya existido en cualquiera de los siete planos. De esa manera el confinamiento del dios del cielo sería por un tiempo largo e indefinido.

En el hueco Taka cerró los ojos para serenarse, ayudándose de una respiración acompasada. La misma que solía utilizar para calmar sus voces antes de descubrir la música y la Canción del Cielo. A su mente acudieron las palabras que le dijo Sōzō antes de quedarse vigilando a su hermano menor.

«Recuerda la profecía, él vendrá, y tu deberás ser su maestro.»

Apenas habían transcurrido unos minutos desde que se acomodó en el Gran Roble. A su mente acudió una visión, era tan solo una sombra de alguien que no había nacido. Su aura de poder era tan intensa, que le hacía temblar de emoción y de respeto. Su mente quería salir para buscar al elegido por la diosa de la creación, los refuerzos de sus congéneres y la

debilidad de su cuerpo, de su mente se lo impidieron. La paz que sentía allí le hizo caer en un sueño tan profundo, que no pudo resistirse a la prisión elegida por él mismo. El mismo lugar donde descansaría más de un milenio.

Kenji abrió los ojos con mucho esfuerzo, los párpados parecía que pesaban más de lo que deberían. Cuando logró tenerlos completamente abiertos, vio una tela blanca alrededor de su cabeza. Al parecer Arachnia había formado un capullo en el que le habían encerrado para que no escapase del bosque. Intentó mover los brazos y las piernas, pero solo consiguió un leve temblor. Aunque no tenía miedo a los lugares cerrados, sí le gustaría ver la luz del sol que se dejaba notar a través de la tela de araña. Las voces de su cabeza regresaron con más fuerza que nunca, las caricias de Rhianne que tanto le ayudaban en ausencia de la Canción del Cielo no estaban.

«La muerte sería un alivio para mí, señor. Duele, me duele mucho. Mamá tengo hambre. ¿Por qué no acaba este sufrimiento?...»

De pronto otra voz llegó a su cabeza, una voz joven, apenas la reconocía con todo el dolor que le estaban generando los sentimientos de todo el universo en su mente.

«¡Os han traicionado, nadie en su sano juicio habría confiado en ellos! Los dioses, los demonios, todos los seres traicionan a sus allegados. He visto hermanos matar a sus hermanos, a padres, a amigos. ¿Por qué iba a ser diferente? No existe el equilibrio, al menos no de la manera en que lo concebimos en nuestras cabezas. Y tú que me escuchas no serás una excepción, nunca superarás la barrera de las especies, aunque estoy convencido que lo intentarás con todas tus fuerzas.»

La voz se desvaneció, dejando en su cuerpo una sensación de agotamiento. Se sumió de nuevo en las visiones que circulaban por el cosmos. Todo se volvió oscuro de nuevo a su alrededor, mientras se acallaban el resto de voces que le hablaban. Caminó despacio con los brazos extendidos hacia los lados para notar si el sitio en el que se encontraba poseía paredes. Ahí estaban unas frías paredes de piedra, humedad.

Una luz tenue cubrió la estancia en la que se hallaba. Era la prisión de Hakai en la Cueva Espectral. Allí veía a Hozen y a Sōzō revisando los grilletes de carbirio que mantenían apresado al dios de la destrucción. La expresión de la cara de la diosa era de preocupación. Hozen, en cambio, parecía estar lleno de rabia, apretaba los dientes como si le hubieran cauterizado una herida con el acero candente de una daga. Sōzō, se volvió a su hermano mayor.

—Hozen, hermano, debemos hablar. El confinamiento de Hakai no será definitivo, tenemos que acabar con él o dejar que alguien con el suficiente poder lo haga. Yo... —interrumpió sus palabras al ver la mirada fría del dios del tiempo clavándose en ella.

—He dicho que no pienso plantearme la opción de asesinar a nuestro propio hermano y, menos, que un hijo tuyo o mío lo haga. Esta discusión se ha acabado —dijo intentando zanjear el tema.

—¿Estas ciego? Ni siquiera con nuestros poderes podremos retenerle mucho tiempo aquí. En mi visión nuestros padres cometieron un error desafiando a Uchū. Él les advirtió que no engendrarán. —la frustración que sentía se notaba en el timbre de voz de la diosa.

—Y por eso estamos aquí los tres. Ellos están prisioneros en sus respectivas estrellas. Nosotros somos dioses mayores, sus descendientes directos, es nuestro deber demostrarle que se equivocaba —las palabras de Hozen eran severas como latigazos sobre la piel.

—Pero no se equivocó, Hozen. Nosotros no hemos hecho nada y estamos tan prisioneros como ellos. Hakai se escapará si no hacemos algo. He visto la destrucción que va a provocar, he visto nuestra muerte y la de todo lo que hemos construido. Pero puede haber un final mejor si tomamos cartas en el asunto.

—Te he escuchado suficiente, hermana. ¿Crees que un dios más joven podría con él? Un descendiente, además. No te das cuenta, de que, si dejamos de nutrir con nuestro poder estos grilletes, escapará. Entonces tendré que luchar a muerte con él —ambos giraron la cabeza hacia el dios de la destrucción. Tenía los ojos cerrados. Su boca emitía gemidos de dolor, la maldición impuesta por el dios del cielo le torturaba.

—Déjame ir. Te depositaré sangre suficiente en barriles para que extraigas mi poder. Esto no va a acabar bien para ninguno de los dos hagamos lo que hagamos —suplicó, es el mensaje que captó Hozen a través

de las palabras y la expresión de su hermana. ¿Qué habría visto en realidad para temer tanto por el futuro? ¿Por qué temer el futuro de un dios como su hermano si estaban a un nivel de poder y de divinidad iguales?

—Hazlo —suspiró, cediendo al ruego de su hermana—. Me encargaré de todo durante un tiempo. Pero, cuando se acabe la sangre, me veré obligado a intervenir contra nuestro hermano y puede que después contra ti.

La diosa de la creación de preparó unos barriles que en las semanas siguiente fue llenando con su sangre. Regenerándola a una velocidad vertiginosa para llenar más. Al final de varios meses consiguió llenar toda la caverna de barriles de madera de roble llenos de su propia vitae. Hozen tenía un asiento de piedra a la sombra en el que sentarse y una cama con pieles de oveja para descansar. El resto era espacio ocupado por la sangre.

Sōzō se despidió de su hermano abrazándole por última vez. El dios del tiempo le devolvió el abrazo. La separó de su cuerpo, mirándola de arriba abajo quedándose con cada detalle de la fisonomía.

—Te echaré de menos —dijo lleno de cariño.

—Y yo a ti, aunque puede que esto no sea una despedida. Más bien, un hasta pronto —la diosa intentaba reducir la tristeza que le embargaba al despedirse de Hozen. Sabía que era un adiós definitivo, al menos si las visiones que había tenido se hacían realidad.

—Es posible. Entonces hasta pronto —dijo Hozen sonriendo por primera vez en mucho tiempo. Mantuvo la mirada en su hermana, viendo como caminaba por la estancia hacia la salida de la Cueva Espectral, hacia el mundo exterior de Olvidado y desde allí al resto de los planos de la existencia creados por ellos.

El tiempo pasó raudo ante los ojos de Kenji como si de una ráfaga de aire se tratase. Volvía a estar de nuevo en las Tierras de la Eternidad, en el portal de Ecos del Rugir. Shika cruzado de brazos miraba con nerviosismo hacia todos lados. Del portal salió un joven de ojos morados con una amplia sonrisa en el rostro. Se trataba de Honshū, su padre. Al ver a Shika se acercó a grandes zancadas para darle un abrazo.

—¡Tío Shika! ¡Cómo me alegro de verte! —Las palabras hicieron eco en la zona chocando contra las arboledas más cercanas, desapareciendo en el paisaje—. ¿Cómo es que estas aquí? ¿Y tío Byakko?

—Byakko, Seiryu y tus hermanos fueron detrás de ti a buscar a la diosa de la mentira. Genbu, Suzaku y Vaél están desaparecidos. Neko, Kuma y yo

nos hemos quedado cuidando este mundo—explicó Shika, comenzando a dar un paseo por la hierba llena de escarcha.

—Menuda situación —dijo mesándose la fina barba que le había crecido—. ¿Por qué no funcionan el resto de los portales?

—Neko y yo decidimos que sería mejor cerrarlos hasta que cada uno de los dioses regentes regresasen, así llevaríamos un control de las entradas y salidas a nuestro mundo —las expresiones del dios ciervo eran calmadas, llenas de serenidad.

—Una cosa más, ¿Dónde está Taka? Tengo que hablar con él, es muy importante —Honshū, observó un cambio en la cara de su tío, se llenó de vergüenza al instante. Algo pasaba y quería saber de qué se trataba—. ¿Qué pasa, Shika?

—Verás, las diosas Genbu, Seiryu y yo convencimos a Taka para que se tomase un largo sueño. La idea surgió de mí, pero al ver su estado demacrado, accedimos. Lleva mucho tiempo en el Gran Roble.

—¿Me estás diciendo que hicisteis cautivo al dios del cielo, una de las mayores fuerzas de poder y conexión mágicas entre los planos? —la rabia de Honshū apareció, haciendo que se pareciese a su padre cuando se enfadaba y perdía el control—. Hay que pensar en algo para sacarle de allí. Hay cosas que ninguno de nosotros puede hacer y le necesitamos para descubrir la ubicación de Kitsune entre otras cosas.

—Lo haré, pero tardaré algo de tiempo —dijo Shika levantando las palmas de las manos a la altura del pecho.

—¿Hay alguien en Lukwos? —preguntó.

—Sí, Neko.

—Nos veremos allí —Honshū se transformó en un lobo enorme, comenzando una vertiginosa carrera hacia el sur de los dominios de Byakko y de allí a las Llanuras de Plata, tierra de su familia.

Otro tirón temporal hacia delante. La velocidad vertiginosa a la que se sucedían las imágenes y sucesos intermedios abrumaba la mente de Kenji. Tenía la impresión que, una vez descubierto lo que le faltaba para continuar su camino, podría ver el resto de sucesos que se escapaban a su comprensión. Atravesó las puertas de la empalizada de Lukwos subiendo con rapidez la calle principal hasta entrar en la Guarida. En el sillón de audiencias sentado se encontraba Honshū. De pie a su derecha, con pose

regia, Neko mantenía la compostura mientras recibían a una invitada inesperada, con los brazos cruzados.

La mujer de cabellos rojizos observaba bajo la capucha de una capa malva, la casa erigida sobre la ladera de Pico Colmillo. Ella recordaba esa montaña más pura, sin edificios ni murallas, solo la fría piedra que desafiaba al firmamento. La fina figura, clavó sus ojos morados sobre los ojos del mismo color del ocupante del sillón. Su cuerpo erguido dio un paso al frente hasta llegar a rozar las rodillas de este. Levantó las manos hacia el rostro del joven, acariciándole la cara. Sonrió. Era una sonrisa tímida, en cierta manera se podría decir que era coqueta.

—Tienes una belleza... salvaje. Atrae, como el calor del sol a la atención de las flores. Eres un ser muy especial —la voz suave de la mujer inundó los oídos de Honshū. No podía separar la mirada de esa bella mujer que le hablaba con tanta dulzura. Sabía que no le haría ningún daño, incluso sin conocerla.

—¿Quién eres? — Neko descruzó los brazos, encarando a la extraña. De su mano derecha salió una lanza de punta azul hielo, Escarcha. La mujer miró el imponente arma, sin alterarse lo más mínimo.

—Esa lanza no me hará ningún daño, pequeña, aunque la forjara el mismísimo Taka —hizo una pequeña pausa antes de proseguir—. Tiene poder, pero no tanto como para matarme a mí, la diosa de la creación.

La cara de Neko cambió su expresión de amenazante a sorprendida. Guardó a Escarcha. Acto seguido hincó la rodilla sobre el suelo de madera agachando la cabeza en señal de pleitesía. Honshū, se quedó mirando la escena antes de regresar su atención a la mujer que tenía enfrente. No podía creerlo, tenía delante a la responsable de la simple existencia de ese plano, de los dioses menores y sus habitantes. Ella, la diosa Sōzō. Fue a levantarse para rendirle pleitesía, pero ella le detuvo con un gesto de la mano.

—No hace falta que te levantes hijo de Vaél. No tenemos mucho tiempo, hemos de hacer que se cumpla una de mis visiones del futuro. Esa misión solo nos incumbe a ti y a mí. Tal vez podamos acabar con el caos que se avecina —giró la cara hacia Neko. La diosa del hielo seguía arrodillada sin mover ni un solo músculo—. Neko, levántate. Te ocuparás de estas tierras, hasta que regrese Vaél o uno de sus herederos.

—Sí, mi señora —dijo levantándose en el acto como le había sido ordenado.

—Honshū, nos vamos —dijo dándose la vuelta caminando en dirección a las puertas. El hijo menor de Vaél se puso en pie, lleno de incertidumbre.

—¿A dónde? —preguntó.

—Al único lugar donde les costará encontrar a nuestros futuros hijos, cielito. Al Mundo de los Hombres —el asombro de Honshū iba en aumento a cada palabra que pronunciaba la diosa de la creación. Acababa de regresar, apenas hacía unas semanas, y tenía que volver a marcharse de su hogar.

Ambos salieron de la Guarida, emprendiendo el viaje hacia el mundo donde reinaba la humanidad, en el que la magia se difuminaba con el horizonte a cada día que transcurría. El mundo en el que los dioses y otros muchos seres reales se convertían poco a poco en leyendas. La diosa de la creación le agarró de la mano, entrelazando sus dedos con ternura. Miró al cielo azul de primavera y salieron despedidos dejando una estela de color morado a su paso.

Kenji abrió los ojos con un leve espasmo de sus músculos faciales. La tela que cubría su cabeza había desaparecido, podía ver las estrellas que parpadeaban en el cielo de Bestiary. Delante de él estaba Rhianne. Le daba de comer bayas silvestres de unos arbustos cercanos. La dríade le miraba con sus curiosos ojos verdes, no pronunció ni una sola palabra hasta que la hoja que usaba de cuenco quedó completamente vacía. Rhianne se movió al riachuelo cercano, recogiendo agua fresca en la misma hoja, llevándosela a Kenji para que bebiera. El agua se notaba fría al bajar por la garganta, pero también le aportaba una sensación de calma sobre su sed.

—¿Kenji?

—Dime, Rhianne —contestó Kenji con tranquilidad, aún inmovilizado.

—¿Estás enfadado?

—No, no lo estoy —dijo—. Pero tampoco estoy contento.

Rhianne se sentó en el suelo llevando las rodillas hacia el pecho, abrazándolas con los brazos—. No sabía qué hacer. Tus sueños son perturbadores. No podía contener tus emociones, ni tu dolor, ni siquiera con mi voz.

—No te preocupes por eso. Sé cómo son. No voy a guardarte rencor —los ojos de Kenji miraron con ternura a la dríade que parecía, en esos momentos, una niña pequeña.

—Gracias —dijo aun con voz baja—. ¿Me cuentas historias sobre tu mundo? Por favor.

—Por supuesto. Déjame pensar —Kenji puso cara de concentración buscando una historia que le pudiera gustar a la dríade. Se acordó de una de las leyendas más famosas de la mitología universal. La leyenda de las manzanas doradas de Idhun y empezó a relatar—. Érase una vez en un valle fértil una diosa llamada Idhun. El valle estaba lleno de manzanos, pero no eran unos árboles como los otros. En sus ramas no colgaban manzanas rojas, ni verdes, ni amarillo claro. Sus manzanas eran de oro. Se decía que aquel que comiera una de sus manzanas, vivía para siempre, por ello era un bien muy apreciado por los dioses. Cierta día...

Kenji continuó con la historia, viendo la cara de emoción de Rhianne por la leyenda. Acto seguido le pidió otra. Kenji accedió contándole otro mito de los dioses europeos, haciendo que la noche pasase rápida. La luz del sol llegó al tronco donde se apoyaba la espalda de Kenji con sus primeros rayos, casi sin fuerza al principio. Rhianne comenzó a cantar una nana suave, y los ojos de Kenji comenzaron a no poder sostener los párpados que se bajaban lentos como una pluma.

Las imágenes volvieron a la mente dormida del muchacho. Esta vez no reconocía el lugar por haber pisado esas tierras, sino por haber oído hablar de ellas y por las fotos del monte que se alzaba majestuoso ante él. El clima era frío, el pico se hallaba cubierto de nieve. Había caído una gran nevada hacía poco, aunque el cielo, en esos momentos, estaba lleno de nubes blancas iluminadas por el sol del mediodía. Unos chicos de diferentes edades corrían cerca de un río, posiblemente se tratase del río Shinane o el río Tone, aunque no lo sabía con seguridad.

Se acercó hacia ellos con la esperanza de saber de qué hablaban. Eran siete en total: tres niños y cuatro niñas. Corrían hacia el río y luego lo saltaban con un alcance sobrehumano. Los ojos eran cambiantes como los suyos. Variaban de un azul celeste a un morado intenso. Su corazón latió muy fuerte, con rapidez, dándole un vuelco al caer en una idea que nunca había contemplado poder realizar algún día. ¿Era posible? ¿Podrían ser...? No, claro que no podían ser. Ellos estaban muertos. Pero, ¿y si lo eran? A fin de cuentas, había visto el pasado. Por fin pudo escuchar a la más mayor de edad hablar a sus hermanos.

—Vamos, sé que podéis hacerlo mejor. Demostremos que somos dignos hijos de nuestros padres —la muchacha saltó por encima del cauce, transformándose en un lobo y corriendo ladera arriba. El resto respondió al desafío, cambiando de forma, siguiéndola en una frenética carrera.

Kenji cambió de forma, aunque sabía que no podían verle. En su forma de Thunder Wolf corrió rápido para alcanzarles. Llegó al más rezagado, parecía feliz en la carrera. Según se ponía a la altura de cada uno de ellos hasta llegar a la mayor le vino un sentimiento de hermandad inusitada. El mayor giró la cabeza hacia donde se hallaba como si hubiese podido sentirle, pero sin detenerse.

Al fondo, subida en la ladera, se veía una casa a la que se dirigían sobre el terreno cada vez más rocoso. En la puerta se veía a una mujer encinta, su embarazo estaba muy avanzado. De la casa salió olfateando el aire un hombre de ojos morados que, transformándose en lobo, corrió hacia los siete cachorros. Derribó a la más mayor rodando ambos por el suelo. El resto se abalanzó sobre el nuevo miembro del juego mezclando zarpazos y mordiscos suaves.

De pronto sonaron risas alegres, el hombre había regresado a su forma humana, era Honshū. Los niños también habían regresado a la primera forma en la que los vio, abrazando a su padre. La mujer se les acercó, se trataba de Sōzō, la diosa de la creación. Se quedó de pie, acariciando su vientre con suavidad.

—Honshū, niños, es hora de comer. Vamos, ayudadme a poner de la mesa —la voz sonaba dulce como la miel.

—Venga, haced caso a vuestra madre —dijo Honshū, entre risas alegres.

—Sí, papá —dijeron al unísono, levantándose para regresar a la casa en familia.

Kenji contemplaba la escena con lágrimas en los ojos. Ellos eran sus hermanos, sus hermanas... Por fin los había conocido. Sabía, después de muchos años, quién era su madre. Incluso Taka le había dado a entender que su madre era una simple mujer humana. Pero allí estaba, caminando con sus hermanos y su padre hacia su hogar, en el vientre de la diosa.

Capítulo XV

OceanofPDF.com

La última carta

La luz de una lámpara iluminaba levemente una de las habitaciones de la casa a altas horas de la noche. Kenji había observado durante todo el día las actividades de su familia, intentando grabarlo en su memoria para tener un bonito recuerdo de ellos. Ahora que sus hermanos y hermanas se habían ido a dormir, se encontraba allí de pie, esperando. Justo al lado de una mesa de escritorio de madera color caoba. En una silla enfrente de un papel inmaculado con una pluma estilográfica en la mano, se encontraba Honshū, ordenando sus pensamientos antes de comenzar a rasgar la hoja con la punta impregnada en tinta.

Detrás de él, recostada con los ojos cerrados, se hallaba Sōzō. El ajetreo del día, de cuidar a siete hijos y de la carga que suponía el pequeño que venía en camino le dejaba agotada. Al otro lado de la cama una de sus hermanas pequeñas, no debía tener más de cinco años. Ambas dormían plácidamente, sin emitir ni un solo ruido. En la habitación contigua hacía varios minutos que no se escuchaba ni un solo sonido de discusión de sus hermanos mayores.

Por fin el sonido del rasgar el papel se escuchó. Honshū, tenía una expresión decidida en los ojos. Quería dejar con total claridad todos los sentimientos y los pensamientos que recorrían su mente imprimiéndolos con tinta de su puño y letra. Kenji se agachó para leer lo que estaba escribiendo su padre, dejando su cara a escasos milímetros de la de su padre. Abrió los ojos con asombro, al leer la primera de las líneas, instándole a seguir con su lectura. La carta decía lo siguiente:

«A mi querido hijo no nato:

Hace unos días me desperté con una extraña y terrible sensación. No es la típica pesadilla que uno tiene cuando ha descansado mal o ha pasado mala noche por comer demasiado durante la cena. Al contárselo a tu madre, se ha puesto muy nerviosa. Con el alma compungida ha escudriñado las

visiones del presente y del futuro. Sus mayores temores han sido confirmados.

En vista de los acontecimientos que van a ocurrir, sabiendo que seguramente no sobreviviremos a las próximas semanas, hemos tomado una dolorosa decisión. Nos hemos puesto en contacto con una agencia de adopción, con la esperanza de que puedan darte un hogar lo antes posible. En teoría por una falta de medios para mantenerte, aunque ese no es el motivo real.

Habíamos pensado hacer lo mismo con tu hermana Izumi, pero lamentablemente el gobierno japonés no deja dar en adopción a niños mayores de cinco años al extranjero. Hemos intentado que la acojan en un orfanato, sin éxito. Tendrá que quedarse a nuestro lado hasta el final como el resto de tus hermanos. No quiero provocarte una sensación de agobio con estas palabras. A decir verdad, cuando leas esta carta ya no existiremos.

Tan solo quiero que sepas que eras un bebé deseado, que tu madre, tus hermanos y yo esperamos tu llegada con mucha alegría. Apenas quedan tres semanas para que te veamos la carita y aún no sabemos el tiempo que podremos pasar a tu lado.

Tu madre ha abierto los ojos, creo que sabe lo que te estoy contando en estas breves líneas...»

Kenji se giró al leer la última frase. Honshū tenía razón. Sōzō había levantado los párpados, dedicándole una mirada llena de ternura a su esposo con los ojos morados. Intentó incorporarse en la cama, desechándolo al ver un gesto hecho por Honshū para que se detuviese.

—No te muevas, debes descansar —dijo entre susurros, dejando la pluma con suavidad sobre la hoja.

—¿Qué estás haciendo? Es muy tarde, deberías irte a dormir. Ha sido un día largo para todos —la voz dulce de la diosa de la creación llegó hasta el alma de Kenji.

—Estaba escribiendo una carta a nuestro hijo. No quiero que viva en la ignorancia. Ese nunca ha sido el estilo de nuestra familia —la respuesta hizo que Sōzō se enterneciese.

—Sé que no es el estilo de la estirpe de Vaél, pero durante un tiempo deberá pensar que no podíamos darle un hogar. Al menos para mantenerse a salvo, puede que sea la última esperanza de todos los planos e incluso de un futuro para los seres del universo, no solo para los dioses. Incluso tendré

que atar sus poderes para que no le descubran —la diosa de la creación hizo una pequeña pausa, tocándose el vientre al notar una patada del bebé—. Será el más poderoso de sus hermanos y hermanas, me será muy difícil suprimir sus poderes.

—¿Estás segura de lo que viste? —preguntó Honshū, para asegurarse de su destino final.

—No tengo la menor duda. Él se ha despertado. La sangre de Hozen no será suficiente para mantenerle preso en la Cueva Espectral —el semblante se le ensombreció.

—Entonces tendré que seguir adiestrando a los niños. Es muy posible que tengamos que luchar aquí, contra él. Lucharemos juntos y, si morimos, lo haremos como una familia —las lágrimas de Honshū se detuvieron en la fina línea del párpado inferior, pensando en el destino al que había condenado a sus hijos. Se irguió de la silla, dio dos pasos hacia su esposa y se puso de rodillas acariciando el abultado vientre. Al hacerlo notó como el pequeño se movía—. Espero, hijo mío, que logres detenerle.

Honshū se acercó a la lámpara apretando un botón para apagarla. Acercó la silla hasta tocar el borde del escritorio. Con cuidado, para no despertar a la pequeña Izumi, regresó a la cama ocupando su sitio dejándola entre él y Sōzō, dando un beso de buenas noches a la diosa en los labios.

Kenji voló, cambiando de escena, como si los fotogramas de una película salieran despedidos a toda velocidad impidiéndole ver las imágenes que lo componen. Se encontraba de nuevo en la Cueva Espectral. Allí, todo parecía normal. Seguía como lo había dejado cuando la diosa de la creación se despidió de su hermano Hozen. En la pared estaba anclado el cuerpo de... ¡No! Los ojos de Kenji se abrieron como platos, en la pared pétrea de la cueva estaba atado Hozen con cortes en la mayoría del cuerpo. Su cabeza inerte, desmayado, carente de fuerzas para continuar con el camino.

De entre las sombras salió, con su sonrisa macabra, el dios de la destrucción. Miró a su hermano, ahora en el puesto que él mismo se había visto obligado a ocupar. Giró el cuello haciéndolo crujir, primero a un lado, luego al otro. Dio unos pasos quedando justo a unos centímetros de su hermano, el dios del tiempo. Elevó la mano cogiéndole por la barbilla, levantando la cara hasta que pudo mirarle a los ojos cerrados.

—No contasteis con todo lo que necesitabais —escupió al suelo, antes de continuar—. Creíais que, con la sola presencia de vuestra magia renovada

sobre mis grilletes, valdría para mantenerme cautivo. Pero no es así, necesitaba la presencia de todos mis captores y la sangre —dejo caer la cabeza de golpe, dando con la barbilla sobre la base del cuello—. Siempre te tuve por el más fuerte y poderoso de los tres, pero ahora te veo indefenso, al igual que ese ser de ahí —dijo señalando a un hombre encadenado, arrodillado, traspasado por dos barras de carbirio en el pecho, con la melena cubriéndole la cara. Kenji lo reconoció nada más mirarlo. Era Vaél—. Acudió para detenerme, cuando notó la explosión de mi poder desde una gruta lateral, pero falló, como vosotros. He de reconocer que fue muy valiente, cuchillos en mano, e incluso admitiré que tiene una mirada aterradora cuando se lanza al combate —sonrió de manera malévola mirando al dios lobo postrado—. Lo mantendré cautivo, será algo parecido a una mascota. Al menos hasta que sepa lo que ha pasado con Kitsune. No cometeré el mismo error que mi hermana y tú. Seré tu único captor. Mi sangre te mantendrá cautivo. Me ausentaré por cortos periodos de tiempo, pero siempre volveré para que sigas aquí. Lamentarás el día en el que me encarcelasteis, tú, nuestra hermanita y el odioso engendro que creamos, Taka. Nos vemos hermano, voy a buscar a mi niña. Espero que haya cumplido con su deber —el temible dios dio la vuelta sobre sí mismo, dando un primer paso hacia la salida, alejándose, sin prisa.

Hakai es el dios de la destrucción, pensó Kenji viéndole abandonar la gruta. Pero también era el hermano de su madre, al igual que el dios del tiempo, Hozen. Ellos eran sus tíos, estaban peleados por sus diversas ambiciones y planes de futuro incompatibles. La misma voz que no logró reconocer regresó a su cabeza, llena de ira por los recientes acontecimientos. Intentando hacer que esos sentimientos anidaran en su corazón.

«Te lo dije. Siempre se traicionan, hermanos luchando contra hermanos. Familias destruyéndose entre ellos. Los dioses no son diferentes. Tu familia no fue diferente. Ni lo es ahora. Nunca superarás la barrera de las especies y, como ya te advertí, lo intentarás con todas tus fuerzas.»

La risa de la voz que sonó en su cabeza también le era muy familiar. De nuevo intentó reconocerla, pero no fue suficiente. Se desvaneció entre el silencio haciendo eco hasta su extinción. Kenji sacudió la cabeza para salir

de ese ensimismamiento. La gruta, pensó. Salió corriendo dentro de su visión sin dejar de cavilar, debía alcanzar a Hakai. Tenía que saber, ¿Cómo logró salir de su confinamiento? ¿Qué le impulsó a apresar a su hermano, a matar a su hermana? El saber da poder al hombre, el conocimiento dará una oportunidad a los seres de los siete planos. Es una esperanza de futuro, débil como el primer rayo del sol, pero igual de brillante.

Subió traspasando las filas de esqueletos, mantos de sombra entre otros seres de la explanada de acceso. Permanecían arrodillados, con la cabeza gacha, temblando, como si temiesen al ser que acababa de pasar entre ellos. Ascendió la gruta hacia la entrada de la caverna tan rápido como pudo, al rítmico son de las gotas de agua cayendo sobre los charcos desde las estalagmitas. Llegó al hueco de acceso de paredes irregulares. La tundra helada es lo único que tenía ante sus ojos. El dios de la destrucción, desapareció del Mundo de los Muertos, Olvidado.

Otro salto temporal en las visiones del pasado de su propia familia, de la historia de los dioses. Después de unos cuantos saltos se empezaba a acostumbrar. Una vez las imágenes que le venían a la mente se detenían, solo tenía que descubrir dónde y cuándo se encontraba. Era bastante sencillo, siempre que se tratase de planos conocidos.

Delante de sus ojos apareció la habitación de sus padres de nuevo. En esta ocasión la cama estaba hecha, todo estaba ordenado, muy limpio. Honshū estaba sentado en la silla con la hoja en la que estaba escribiendo la carta para él. Con la pluma en la mano derecha continuaba rasgando el papel, dando forma a las letras que expresaban sus emociones, sus conocimientos. Kenji siguió leyendo, con atención, la carta que escribía su padre con tanta premura.

«Hace casi un mes que dejé de escribir la carta destinada a ti, hijo mío. El motivo es muy sencillo a las pocas horas tu madre se puso de parto. Llegaste con dos semanas de adelanto. En estos momentos está dándote el pecho en el salón, bajo la mirada de tus hermanos y hermanas. Aprovecho el momento para continuar con mi labor. Una labor que no se si verás algún día.

A pesar de que no me recordarás, si llegas a leer estas líneas, quiero que sepas que estoy orgulloso de ser tu padre. Al igual que lo he estado de serlo del resto de mis hijos. Siento tristeza por no poder enseñarte todo lo necesario para poder sobrevivir en este cosmos lleno de fuerzas que atentan

contra la vida cada día que nace. Me apena saber que no lograré ver tu carita, tus ojos azules y ese pelo negro azabache, verte crecer, convirtiéndote en un niño, adolescente y finalmente en un hombre.

Tu madre dice que es mejor que no recuerdes nada. Que es la manera de mantenerte a salvo. No estoy muy de acuerdo con ella, pero su poder de previsión es mayor que el mío. Me habría gustado adiestrarte en las artes guerreras creadas por mi padre, Vaél: tu abuelo. Aunque en ocasiones sea un poco rudo es una de los dioses más curiosos que existen. Siempre investigando, intentando saciar su sed de conocimientos. En cierta manera, me parezco bastante a él.

En cierta ocasión, viajamos juntos al Mundo de los Muertos, allí luchamos codo con codo para descubrir los secretos de ese plano. Vi a mi padre disfrutar en la batalla, eso me animó. He de reconocer que también me divertí. Me habría gustado tener algún momento así contigo. Como tú, soy el hijo menor de la familia. Eso no significa que seas, como se suele decir, el mimado, pero sí deberás ser el más estudioso, el más hábil. Intentar estar a la altura de tus hermanos y de tu familia. El camino no será fácil, pero puedo decirte que merece la pena.

Continuaré escribiéndote en otro momento, necesito estar contigo el mayor tiempo posible antes de que llegue nuestro sino. Luego ayudaré a tu madre con todo lo necesario y adiestraré a tus hermanos.»

Depositó la pluma delicadamente sobre el papel. Separó la silla, irguiéndose, tomando camino hacia la puerta y de allí al salón. Sentada en un sofá esquinero de dos metros por dos metros, rodeada de los siete hijos e hijas, estaba Sōzō con un bebé en brazos. Tenía el pelo suave, muy fino de color negro. Abría muy poco los ojos, pero aun así se podía ver el color azul que los inundaba. El bebé abrió más los párpados, Kenji se colocó justo enfrente mirándose a los ojos. El pequeño estaba serio, en cierta manera podría asegurar que veía a su yo de diecinueve años. De pronto la seriedad del pequeño se desvaneció, dando paso poco a poco a una sonrisa alegre, divertida. Estiró el brazo con la manita hacia la cara de Kenji casi rozándole la piel etérea. Lo tenía claro, se había visto cuando era un bebé de apenas un mes. Honshū, al verlo lo cogió entre sus fuertes brazos con suavidad, ayudado por Sōzō.

—Mira cariño, su primera sonrisa —dijo mostrando su dentadura perfecta.

—Sí, y es preciosa —apreció la diosa de la creación.

—Mamá, no tiene dientes, ni colmillos. ¿Cuándo le van a salir? —preguntó Izumi quedando boquiabierta, mientras sus hermanos comenzaban a reírse.

—Dale tiempo, le saldrán igual que te salieron a ti y a tus hermanos —contestó Sōzō, acariciando la cabeza de la pequeña—. Creo que es hora de que me ayudéis con las tareas del hogar niños. Papá cuidará de Kenji mientras tanto. Honshū asintió.

La diosa se levantó del sofá, seguida por el resto de los hijos. Con el pequeño Kenji entre sus brazos, Honshū, salió por la puerta principal. El sol bañaba los campos, ocultado por nubes ocasionalmente. El orgulloso padre, comenzó a pasear sobre la hierba como un lobo que vigila sus dominios. No era de extrañar, siendo de la estirpe de Vaél. Miró la cima del monte Fuji, con alegría. Giró al pequeño para que pudiese verlo.

—Hijo mío, ese de ahí es el monte Fuji. Es el pico más alto de todo Japón y el que más se asemeja a nuestro verdadero hogar, Pico Colmillo donde se erigió una gran ciudad, Lukwos, allí residen los hijos de Vaél... También vive una valiente raza de guerreros que se convierten en lobos. Son seres letales, los más fieros, pero también los más leales a nuestra familia. Elegí este lugar para vivir por mis recuerdos, porque era el más apropiado para criarlos —siguió dando unos pasos hacia la cima del monte, mientras le contaba historias de su niñez—. La nieve se acumula en su pico como en nuestra montaña. Somos dioses, Kenji, no estamos sujetos a muchos de los designios que tienen los mortales de cualquiera de las especies. Eso no te librará de los sentimientos, ni de la muerte cuando te llegue. Con esto no quiero decir que no tengamos más facilidades, las tenemos, pero siempre usando la cabeza para cada ocasión, no seas impulsivo. Precipitarse no es nada bueno, te lo digo yo que de eso sé un rato —rió mirando a la carita del pequeño que le devolvía la sonrisa con sus labios sonrosados—. Aun eres muy joven, pero con el paso de los años, lo entenderás.

Se escuchó un fuerte golpe de chocar de madera en la casa. De la puerta salió corriendo en dirección a ellos, la hermana mayor de Kenji.

—¡Papá, mamá te necesita! Ha tenido otra visión —la cara de preocupación de su hija se trasladó a la faz de Honshū. Se acercó a paso rápido hacia ella, dejándole a Kenji en los brazos.

—Cuida de tu hermanito, Sakura —dijo comenzando a correr hacia la casa.

Honshū entró atravesando el salón hacia la cocina. De rodillas estaba Sōzō, rodeada de sus hijos. Un río de lágrimas recorría su cara haciendo que las gotas saladas bañasen el suelo de baldosa blanquecina. Con la mano acarició la barbilla de la diosa de la creación, haciendo que le mirara a los ojos. Ella apretaba los dientes, mientras convulsionaba.

—Niños salid fuera con vuestra hermana y el bebé. ¿Qué ha pasado? —preguntó al ver el estado de su esposa, mientras los niños salían.

—Los ha encontrado —dijo Sōzō, tragando saliva para continuar con la explicación—. No sé cómo, Hakai se ha escapado y los ha localizado. ¡Honshū, lo siento mucho!

—¿El qué, cariño? —la incertidumbre lo estaba matando.

—Lupa y Wolvin, han luchado contra Hakai en las llanuras de Dakota. Tus hermanas han muerto. Hakai dice haber localizado a Úlfur y a Vilkas en la vieja Europa. Va a por ellos —la cara de Honshū se tornó en ira.

—¿Cuánto crees que falta para que me localice? ¿Por qué va a por los hijos de Vaél? —la duda fue resuelta por su mente—. Es por madre.

—Tenemos, como mucho, unas tres o cuatro semanas. Luego vendrá a por ti. Para vengar la afrenta hecha a su hija por Vaél y para acabar conmigo, con nuestra familia —las lágrimas inundaban los ojos de la diosa.

—Tenéis que irlos, lejos de su alcance. Viajad a China o a Australia. Donde sea para mantenerlos a salvo —el tono de desesperación sonaba en la voz del compungido padre.

—No podemos ¿recuerdas? —dijo intentando que Honshū hiciese memoria—. Los Wolfman, vendrán a firmar los papeles la semana que viene. Si nos sucediese algo las autoridades se encargarán de su custodia hasta que llegue la fecha en la que se lo puedan llevar a América.

—Aguantaremos, hasta que eso suceda —alegó con firmeza en la voz y en su postura—. Pero si Hakai no ha aparecido cuando nuestro pequeño se haya marchado, os separaréis de mi lado. Debéis intentar sobrevivir —la diosa asintió con la cabeza, abalanzándose sobre su esposo para darle un fuerte abrazo.

Días más tarde, al final de la jornada volvía a reinar la paz de la noche. En la oscuridad, iluminado por una luz tenue casi apagada de una vela, Honshū se disponía a terminar la carta que nunca llegaría a las manos de su hijo menor. Su trazo era rápido, sin perder la forma estilizada de las letras dibujadas. El texto seguía.

«Después de mostrarte el monte Fuji, de hablarte de mi lugar de nacimiento, de nuestra familia, he acudido en ayuda de tu madre. Ha tenido una de sus visiones. La pobre estaba muy afectada. Me he podido enterar que tus tías Lupa y Wolvin, acaban de perecer en combate a manos de quien vendrá a por nosotros, puede que en unos días o unas semanas. Antes luchará contra tus tíos, Úlfur y Vilkas. Son unos guerreros como no han existido en la historia, juntos pocos podían detenerlos —esbozó una sonrisa al recordar tiempos de su juventud, más sencillos al menos en apariencia—. Aun así, el enfrentamiento será la puerta de acceso hacia nuestro hogar.

Tengo tanto que contarte antes de que debas irte, tanto que enseñarte. Me duele el alma al pensar que nunca podre mostrarte como se usa el poder de los metales, como transformarte en un lobo, como son las artes guerreras de nuestra casta. Hay tanto que quería enseñarte y nada de tiempo para ello. Sé que deambularás por el Mundo de los Hombres, sintiéndote diferente a los demás, siendo un extraño en tierra hostil. Tus habilidades, físicas y mentales, estarán por encima de la media, posiblemente te odiarán por ello, te apartarán de su lado. Un consejo, no se lo tengas en cuenta, la raza humana teme lo que no entiende.

Con el paso de los años, tal vez logres regresar a nuestra tierra. Verás los Bosques del Renacer, la ciudad de Arbórea; el Desierto del Fénix con su oasis y Alfatihin; la cordillera Columna del Dragón, que nace en las tierras de Genbu en el Abismo Oscuro y su Fortaleza; Ecos del Rugir, donde Byakko te enseñará a repeler gigantes desde Fuerte Helado, armado con equipo de las forjas de Ziel; incluso el Reino de las Brumas de Seiryu o la Isla de los Sueños de Taka. Pero lo que estoy convencido que te enamorará, son las Llanuras de Plata, tiene algo que enamora a todo el que las visita.

Creo que debería despedirme, hijo mío. En unas horas nos reuniremos con las personas que te van a adoptar. Se llaman James y Elisabeth, según el informe que nos ha enviado la agencia de adopción internacional de Tokio. Los Wolfman son unas personas con una estabilidad económica y

emocional intachable. Llevan mucho tiempo intentando ser padres, sin conseguirlo. Estoy seguro que serán unos padres estupendos para ti, Kenji.

El país en el que viven está entre los países con más diversidad del planeta. Así que la apariencia de la que te hemos dotado, tus rasgos de nacionalidad japonesa, no desentonarán en la sociedad.

Me está costando despedirme de ti. Es mucho más duro de lo que creía, nunca había pensado separarme de uno de mis hijos. Soy más de mantener la familia unida, pase lo que pase. Pero no lo voy a demorar más.

Te quiero mucho. Nunca pongas en duda el amor que tu madre, tus hermanos o yo sentíamos hacia ti. Eres nuestra esperanza, el futuro de nuestra estirpe y de la de los dioses. Te echaremos de menos.

Tu padre.

Honshū»

Firmó en la parte inferior de la hoja, dejando rodar dos lágrimas cristalinas que brillaron con la luz de la vela al caer desde las mejillas hasta la carta, emborronando la tinta de un par de palabras. Dobló el papel en tres partes idénticas, luego en otras dos dejando la carta con forma cuadrada. Sin detenerse cogió una cuchara en la que había un pedazo de lacre morado, colocándola sobre la llama de la vela. Esperó a que se derritiese, volcándolo encima del pliegue. Cogió un sello metálico aplastando el lacre apretando con fuerza. Al levantarlo se vio el emblema de la familia de Vaél, un lobo aullando.

Kenji sintió cariño por cada uno de los miembros de su familia sabiendo el final que les esperaba. Sobre todo, por su padre, que parecía muy afectado por separarse del lado de uno de sus hijos. Caminó por la habitación, su madre estaba dormida o eso creía él. Cuando le vio la cara, tenía los ojos abiertos cubiertos de lágrimas que resbalaban por su piel empapando la almohada. Estaba triste, se podría decir desolada.

La pena se alojó en el corazón de Kenji al ver la escena de sus padres biológicos entristecidos. Aunque no había vivido con ellos, verles así, dolía. Por un instante se preguntó, ¿Cómo habría sido si se hubieran quedado juntos, sin la amenaza de la guadaña del destino sobre sus cabezas? No podía cambiar el pasado. Solo podía ver lo que acontecía, así de difícil era el poder del cielo.

Un último salto temporal le llevó hacia la escena que tanto temían sus padres, la entrega a los futuros padres adoptivos. La sala en la que se reunieron era totalmente blanca. Dos sofás de piel marrón adornaban la estancia, acompañado de una mesa de estructura metálica con la tabla de cristal transparente bajo la que se encontraba una alfombra gris. Sentados en uno de los cómodos asientos se encontraban los padres biológicos de Kenji, en el otro sus padres adoptivos: los Wolfman.

De pie con un traje negro, camisa blanca y corbata, estaba un representante legal de la agencia internacional de adopciones de la delegación de Tokio. Colocó sobre la mesa un documento de varias hojas. Sōzō lo cogió con firmeza, comenzando a leerlo con calma. Honshū, se limitó a ojearlo desde su perspectiva, a la par que lo hacía su esposa, sin hacer ningún gesto, ni mutar la expresión de su cara. Kenji se puso detrás del sofá para ver la cabecera del documento, estaba redactado con jerga legal muy concreta, pero venía a ser el documento de entrega del bebé a los futuros padres. La diosa de la creación, depositó el documento en la mesa asiendo en la mano un bolígrafo y firmó en la parte de abajo de cada una de las hojas. Honshū, la miró algo reticente, aun así, firmó, sabía que era lo mejor para el pequeño Kenji. Los Wolfman hicieron lo propio en la parte que les correspondía.

El representante cogió el documento inspeccionando que estaban todas las firmas según pasaban las hojas. Asintió con la cabeza, saliendo de la sala para hacer unas copias para ambas parejas, dejándoles a solas. Elisabeth fue la primera en hablar, al principio con dificultad a causa del nerviosismo.

—Es muy bonito vuestro país —dijo mirando a los ojos de la diosa de la creación con ternura. Sabía lo mucho que les debía doler el hecho de separarse de su pequeño—. En las últimas tres semanas que llevamos aquí hemos podido visitar Tokio e incluso viajamos a otras prefecturas.

—Tiene razón, también hemos podido disfrutar de la festividad Hanami —añadió James orgulloso por haber podido asistir a tal evento—. Las flores del cerezo japonés están preciosas en esta época.

—Me alegro mucho de que halláis podido verlo —dijo Honshū, hablando por primera vez desde que llegaron a la agencia—. Estamos orgullosos de ese festival y de nuestros cerezos.

—Debe ser muy duro para vosotros esto que estáis haciendo, sois muy valientes —cambió de tema Elisabeth—. Solo puedo daros las gracias, a los dos.

—Deshacerte de un hijo, nunca es fácil —contestó Sōzō, evitando las lágrimas que se le empezaban a agolpar en los párpados—. Como padres, queremos lo mejor para nuestros hijos, y en este caso, sabemos que con vosotros estará mejor que a nuestro lado, dada la situación.

La puerta sonó al abrirse, entrando en la sala el representante de la agencia. En la mano llevaba las copias grapadas y selladas para dárselas a cada pareja, dentro de una carpeta.

—Ahora señores Wolfman, los padres biológicos del niño pasaran a la sala donde está dormido para despedirse —el tono de voz del representante sonaba frío, distante. Tenía la seguridad de quien ha realizado esa transacción tantas veces que se ha vuelto insensible a la situación—. Una vez hayan terminado, les entregaremos al bebé para que dispongan de su tutela como padres en términos legales. Pudiendo regresar a su hogar como tenían previsto, a los Estados Unidos. Si me siguen por aquí —dijo haciendo un gesto hacia la puerta.

El hombre guió a Sōzō y Honshū a una sala contigua donde dormían varios niños de edades aproximadas a la de Kenji. Algunos con un par de meses más que él. El hombre cruzó las manos delante de su cuerpo, esperando a que se despidiesen del pequeño. Honshū se giró hacia él.

—¿Podría dejarnos unos minutos a solas? Por favor —le hizo una reverencia formal.

—Por supuesto, tienen cinco minutos —dijo el hombre, saliendo de la sala.

La angustiada madre, se acercó hacia la cuna en la que su bebé levantaba las manos hacia el techo mirándolas con sus preciosos ojos azules. Le acunó en sus brazos para estrecharle contra su pecho una última vez, liberando las lágrimas.

—Nunca dejaré de pensar en ti, nunca dejaré de quererte mi pequeño —balbuceó entre susurros al oído del bebé.

—Pensaremos en ti cada día que nos quede de vida —añadió Honshū, acariciando con ternura la cabecita de su hijo—. Te queremos mucho, todos. Sōzō —dijo mirando a su esposa—, es la hora.

La diosa asintió. Sin mediar más palabras, impuso la mano sobre la testa de su hijo, emitiendo una luz tenue de color blanco esta vez. Pronto su voz reveló lo que estaba ejecutando.

—A partir de este momento, serás un niño como los demás. No podrás aprender, ni hacer uso de tus poderes hasta que llegue el momento preciso en que sean liberados. No sabrás nada sobre los dioses, ni de tu pasado familiar, al menos hasta que estés preparado —cerró los ojos como si tuviese un conflicto interno—. Entonces, llegado el día, lo descubrirás todo, alcanzando un poder que pocos podrán superar. Solo espero que el destino que llevas escrito, no sea demasiado doloroso.

Una mano golpeó la puerta con suavidad, tras ella sonó la voz del representante. Sōzō y Honshū, dejaron a Kenji en la cuna. Se había dormido en brazos de su madre. La diosa de la creación estaba agotada por el esfuerzo de encadenar los poderes de su hijo, aunque la tristeza era mayor que el cansancio. Guiada por su esposo que la abrazaba, abrieron la puerta, mirando una vez más a su hijo en señal de despedida.

Capítulo XVI

OceanofPDF.com

Descubrimientos

Torrentes de agua caían desde el cielo encapotado, sobre las calzadas de regreso al hogar. Las oscuras nubes, se iluminaban por rayos intermitentes de carga potente. El viento soplaba como un hilillo que susurra los secretos a los integrantes del vehículo mientras se dirigen al Monte Fuji. El silencio del habitáculo era casi imperturbable, exceptuando los truenos que anunciaban los temibles rayos que azotaban la tierra con su poder.

La desconsolada madre miraba por la ventana, hacia los campos que circundaban el camino, dejando que las lágrimas silenciosas resbalaran por sus mejillas. Tenía que sacar el dolor que le oprimía el pecho por ver partir a su pequeño al nuevo mundo, con sus nuevos padres.

El padre, por su parte, estaba sumido en sus propios pensamientos. No había conseguido darles la carta a los padres adoptivos para que se la diesen a Kenji cuando fuese más mayor. Posiblemente nunca sabría que es descendiente de los dioses, ni de su hogar, ni siquiera de sus poderes o de su familia. Su único consuelo era que su hijo estaría a salvo del dios de la destrucción y de sus planes de futuro. La tarea que le quedaba en esos momentos era más dura si cabe, debía de mantener al resto de sus hijos a salvo. Tendría que usar todo su poder, su ingenio e inteligencia, para protegerlos.

Torció una esquina hacia la casa, las luces de la vivienda estaban apagadas. Honshū, frunció el ceño. Se estaba haciendo de noche. Con la tormenta, Sakura habría encendido las luces mientras cuidaba de sus hermanos. Aparcó enfrente de la entrada. Ninguno de sus vástagos salió a recibirlos. Sōzō miró asustada a los ojos de su esposo que se revolvía nervioso en su asiento lleno de inquietud.

—¡Algo no va bien! —exclamó la diosa de la creación, abriendo la puerta del copiloto.

—Tienes razón —dijo saliendo del coche—. Entremos.

Los preocupados padres entraron con cuidado para no ser descubiertos en el caso de que alguien se hubiese colado en su casa. En el salón sentados

en el sofá tranquilos, inmóviles estaban todos y cada uno de sus hijos, con los ojos cerrados. Sentado en el medio de estos, se hallaba el dios de la destrucción. Acariciaba los cabellos de la impasible Izumi, mientras hablaba en susurros. En la cocina un ser de alas negras se afanaba en hacer un té en los fogones con una tetera de cerámica tradicional.

Sōzō, reconoció a su hermano menor al instante. Honshū apretaba los dientes, notó algo que se les había escapado en toda esa escena llena de serenidad. Sus hijos no respiraban. Su mayor temor se tornó real. En esos momentos, el silbido de la tetera irrumpió en la sala anunciando que estaba listo, para el sediento dios.

El ser de alas negras asió un vaso con una mano, vertiendo con la otra el humeante contenido. Añadió dos cucharadas de azúcar y se lo llevó a su señor. Hakai levantó la mano para recibir el recipiente, acercándose a los labios para darle un primer sorbo. Su mano libre no dejaba de acariciar a la pequeña Izumi, que permanecía inerte. Hakai alzó la voz.

—Entonces la diosa de la creación y el dios del tiempo encerraron a su hermano, vuestro temible tío, el dios de la destrucción. Le encadenaron para toda la eternidad, o eso creían ellos —tomó otro sorbo de té antes de proseguir—. El mundo creado por el prisionero y sus hermanos carceleros, se volvió más limpio con la ayuda del dios del cielo y sus hijos. No contaron con que vuestro poderoso tío, podría escaparse y regresar para ajustar cuentas. Pasado el tiempo, la diosa abandonó su puesto enamorándose de un dios menor. Formaron una familia e incluso se ocultaron para no ser encontrados —otro trago mientras sonreía con malicia, mirando fijamente a los ojos de su hermana—. No contaron con el hecho de que la gente habla, narran leyendas de un lobo de la región que lleva su nombre, Honshū, y de la hermosa mujer de cabellos de fuego que le acompaña...

—¿Qué haces aquí, hermano? —le interrumpió la diosa con dureza en su voz.

—¡Shhh! Estoy narrando a mis sobrinos nuestra historia familiar —levantó el dedo índice hasta rozar sus labios, despacio—. No les estropees el final —bajó la mano de nuevo a la cabeza de Izumi—. Es de muy mala educación, hermana. ¿Por dónde iba? —hizo una pausa, pensativo—. ¡Ah sí! Me contaron las leyendas de honor, de premiar a los bondadosos y castigar a los que obraban mal. Entonces, di con vosotros. He de admitir

que muchas de las historias las recopiló mi buen aliado Nakuma —señaló al hombre de alas negras.

—¿Qué le has hecho a mis hijos? —aulló de rabia Honshū, comenzando a impacientarse.

—Solo les he dado el descanso que tú, hijo de Vaél, no podrías darles —dijo mirándole por primera vez—. Igual que hice con tus hermanos y hermanas. Por cierto, tu padre esta... bueno digamos que descansa en mi cárcel, junto a mí Hozen. Vaél es un buen guerrero, pero le falta, ¿Cómo lo diría?, paciencia —su sonrisa se amplió dejando a la vista la hilera de dientes blanquecinos.

—¡Voy a terminar con tu miserable vida! —gritó Honshū, preparándose para lanzarse contra el dios de la destrucción.

—Aquí no —se adelantó Hakai, irguiéndose de su asiento, dejando a los pequeños inmóviles en el sofá—. Mejor salgamos fuera. Me gusta como la ha decorado mi hermana, tiene buen gusto —añadió—. Nakuma, mantente al margen. Cuando vuelva ten algo preparado para cenar.

—¡Sí, mi señor! —contestó.

Hakai salió de la casa de su hermana, seguido por ella y su esposo el heredero del dios lobo. Se alejaron varios metros del edificio. La lluvia bañaba sus rostros, empapando sus ropajes. El dios de la destrucción se dio la vuelta, haciendo que Sōzō y Honshū se detuviesen a una distancia prudencial.

El descendiente de Vaél se quitó la parte de arriba, dejando caer la camisa al suelo. La diosa de la creación preparó sus artimañas para ayudar a su esposo en la batalla que estaba a punto de librar contra el dios más astuto y destructivo. Hakai, los miraba con aire de suficiencia. Por alguna razón, le divertía esa situación.

—¿Preparados para perecer? —preguntó, emitiendo un tono jocoso. No obtuvo respuesta alguna por su parte—. Lo tomaré como un sí —miró a las nubes negras que flotaban sobre su cabeza—. Cuando caiga el próximo rayo, comenzaremos la batalla. Solo el vencedor quedará en pie.

Los segundos de espera hicieron que la pareja se tensara, no solo sus músculos, también sus mentes. En cualquier momento un trueno anunciaría la llegada del rayo que resquebrajaría el cielo y quemaría la tierra, dando por comenzada la batalla de los dioses.

Kenji estaba de pie, en su forma incorpórea, a escasos pasos viendo con horror todo lo que había maquinado Hakai. Su sangre hervía de rabia, tanto como la de su padre, al ver a sus hermanos sin vida. Deseaba entrar en batalla, ayudar a sus padres contra ese dios maligno, pero sabía que no podía alterar el pasado y, aunque hallara la manera, no debía. Solo podía observar cómo se las habían arreglado sus progenitores en aquel enfrentamiento.

Un crujido llenó la ladera que ascendía hacia la cima del Monte Fuji. Era como si el cielo se rompiera en miles de pedazos, amenazando con caer sobre las cabezas de todo aquel que se encontrase. Entonces, como si de un mechero se tratase, surgió una primera chispa. Quemó el aire haciendo que bajase un rayo dorado, raudo como una lanza, impactando en la copa de un árbol que comenzó a arder.

—¡Preparados o no, allá voy! —gritó Hakai, comenzando una vertiginosa carrera hacia los dos enamorados.

El dios de la destrucción salió despedido hacia adelante con una velocidad vertiginosa. Honshū dejó atrás a su esposa, aceleró a la vez que se transformaba en un lobo metálico de ojos morados que gruñía amenazadoramente. El hijo de Vaél lanzó una dentellada hacia el costado, en cuanto estuvo lo bastante cerca. El dios le esquivó. Contraatacando, Hakai dio un puñetazo en el hocico del lobo, gritando, apartándose con la mano ensangrentada.

Miró con detenimiento a su adversario que se erguía en una forma mitad humana, mitad lupina. De su cara metálica desaparecían un millar de agujas de acero bañadas en sangre. Dejando caer los brazos a los lados, Honshū hizo salir dos dagas, replicas exactas de las que había forjado su padre con ayuda de los enanos. La cara del dios menor, impasible a la situación, a la cara de rabia de su enemigo.

De vuelta a la carga, el dios de la destrucción, tuvo que poner su máximo empeño en llegar a tocar su objetivo, en intentar que ese dios mestizo pereziese lenta y dolorosamente por derramar su esencia. En cada ataque el dios mayor recibió perforaciones de las agujas que salían de la parte del cuerpo que golpeaba. Entretanto, el dios lobo, aprovechaba para hacerle cortes en la piel. Sus hojas se hundieron en la carne varios centímetros. Ríos de sangre recorrían su piel. Demostrándole así que no era el dios menor indefenso que creía.

Nuevamente retrocedió, poniendo distancias entre él y el agresivo depredador. No lograba comprender como un dios inferior podía hacerle tanto daño en una confrontación. Dio unos pasos en círculo, siendo correspondido por Honshū. Su concentración en la batalla era admirable, pero algo no terminaba de encajarle. Observó la escena en conjunto. Delante tenía al padre de sus difuntos sobrinos, armado, preparado para morir defendiendo a su hermana. Detrás, se encontraba Sōzō protegida, callada, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas por delante de su regazo.

Hakai vio el semblante de su hermana, la diosa de la creación se hallaba serena, en completa calma con el entorno e incluso con esa tensa situación de batalla. Entonces, rio en alto. Su risa de loco resonó en toda la falda del Monte Fuji. Ahora lo comprendía. Su querida hermana, estaba aumentando los poderes de su esposo para que estuviese a la altura. De esa manera lo protegía, aumentando las posibilidades de una victoria.

Amagó un ataque hacia Honshū, que le esperaba inmóvil. Hakai no perdía de vista su objetivo. Extendió los dedos de la mano derecha. Una bola blanca, radiante comenzó a lucir en la palma cuando estaba a pocos centímetros del dios menor. Honshū clavó las dos dagas en el pecho del dios de la destrucción, sacando un grito aterrador de su garganta. La bola blanca había desaparecido de su mano. Fijó los ojos en la cara de Hakai que sonreía con maldad. Liberó su pecho de las afiladas armas, despacio, hasta que las puntas salieron. De un potente puñetazo derribó a Honshū, que rodó un par de metros por el suelo embarrado, al compás de las gotas de lluvia al caer desde lo alto.

—¡Espero que lo hayas cogido hermanita! —Hakai se burlaba de la diosa. Honshū desvió la mirada hacia su esposa que se tocaba el vientre ensangrentado—. ¿Creíais que me ibais a engañar durante mucho tiempo? —alzó el dedo índice moviéndolo en señal de negativa— No soy un estúpido, aunque lo creáis. Tu juego ha terminado —esta vez se dirigió a Honshū que se levantaba del suelo para proteger a su mujer, herida—. ¿A ver cómo te las apañas sin la protección y ayuda de mí hermana, bestia?

El dios de la destrucción apareció en un abrir y cerrar de ojos a la vera de Honshū. Justo antes de que pudiese sujetar a su esposa que caía de rodillas sobre el suelo. Agarró del pelo al dios menor, lanzándolo en la dirección contraria. El recubrimiento de metal que ostentaba su cuerpo, desapareció

rápido, sin dejar rastro. Las armas que hizo aparecer, se esfumaron como el humo de una hoguera en la que su fuego está completamente extinguido.

Honshū miró a su esposa tendida en el suelo, desvalida, desangrándose por la herida infringida por su malvado hermano. Apretó los dientes, levantándose de un golpe en la tierra. Tenía que vencer a Hakai, debía proteger a la mujer que amaba y evitar que descubriesen el paradero de su último hijo. En un despiste de Hakai, que disfrutaba divertido de la escena, Honshū arremetió con su mano en forma de lanza, cubierta de duro diamante atravesándole el corazón. Dobló los dedos dentro del cuerpo del dios de la destrucción, para evitar que se liberase de su ataque. De su mano comenzaron a salir agujas minúsculas, que crecían según aumentaba su fuerza de voluntad.

Hakai evitó gritar esta vez, miró lleno de rencor a su enemigo, agarrándole del antebrazo. Con la mano libre, ardiendo como la lava de un volcán, cercenó el miembro que le unía al dios menor. De un tremendo bofetón en la cara apartó de su cuerpo a Honshū que gritaba de dolor, por su brazo mutilado. De su pecho cayó el resto del brazo atacante, desapareciendo la mano de diamante y sus apéndices. Dio unos pasos para acercarse al hijo de Vaél con el rostro serio. Hakai había dejado de divertirse.

—Te voy a dar la oportunidad de decir unas últimas palabras antes de acabar con tu sufrimiento. Aprovecha bien estos momentos —sus manos comenzaron a refulgir como los rayos de sol del mediodía en un día de verano.

—¡Sõzõ, mi amor! —gritó hacia el cuerpo de la diosa, continuaba tumbada sobre la mojada hierba, agarrándose el sangrante vientre con una expresión llena de dolor en el rostro. Ella abrió cuanto pudo los ojos para mirar a su esposo—. Siento haberte fallado. ¡Te quiero!

—Muy emotivo, para ser un engendro. ¡Adiós! —una luz blanca del tamaño de Honshū le envolvió, dejándole totalmente calcinado. Hakai esperó a que algo sucediese, pero no pasó nada. Volvió sobre sus pasos para ver a su hermana, allí con un cuerpo etéreo de moléculas azuladas se hallaba un lobo. El animal acariciaba con el hocico el rostro de la diosa de la creación, secando las lágrimas que se derramaban de sus ojos. Tras un lametón en la mejilla, apoyó la cabeza en la de la diosa y desapareció, ascendiendo al firmamento.

Sōzō, con mucho esfuerzo, se sentó, mirando al ser que antes llamaba hermano. Hakai se agachó, acucillándose frente a ella. Le acarició la barbilla, alzándola para que le viese la cara. Los ojos morados se adentraron en los negros como la noche del dios de la destrucción.

Del pecho de este, surgieron unas flores amarillas y blancas como las margaritas, pero con el brillo del rocío de la mañana en cada pétalo. Hakai vio ese pequeño esfuerzo de su hermana para que viese algo hermoso. Las arrancó con desprecio de la herida que aún estaba cicatrizando.

—Hermanita, podíamos haber sido más grandes de lo que éramos. Podíamos haber controlado la vida de incontables seres en un universo creado por nosotros mismos —la voz de Hakai se tornó dulce, sibilina como la lengua de una serpiente. Su mirada era tranquila, el agua de un estanque en la superficie—. Pero Hozen y tú decidisteis traicionarme, encerrarme y humillarme con visiones de muerte, por un dios de pacotilla.

—Tu... —comenzó a hablar la diosa de la creación con dificultad— no sabes lo que es ser un buen dios. Nunca podrás serlo y algún día serás derrotado —Sōzō se secó una gota de sangre que le brotaba de la comisura de los labios.

— Los dioses como nosotros no podemos morir —proclamó.

—Sí que podemos, lo descubrirás. Te matará, te enviará al olvido —sentenció la diosa de la creación de manera inmediata, tajante en sus palabras.

—¿Él? —dijo señalando con el dedo pulgar el lugar donde, momentos antes, había estado el cuerpo de Honshū—. ¡Lo dudo mucho! —se burló— Ahora dejaré que te marchites como los campos en época de sequía —extendió una de las manos, señalando el corazón de la diosa—. Nadie recordará tu nombre.

La piel tersa de la diosa de la creación comenzó a cambiar, primero su tez se tornó pálida, las arrugas comenzaron a aparecer en todo su cuerpo, notándose en primer lugar en su cara. Su pelo antes lleno de vida y color, se apagó volviéndose plateado. Sus manos acartonadas por tal efecto seguían sujetando la herida, de rodillas, sobre un charco de su propia sangre. Un soplo de aire azotó el cuerpo de Sōzō, desprendiendo partículas de su ser.

—Los dioses, mayores o menores, morimos, desaparecemos. Es la última lección que te puedo enseñar —la diosa se desintegraba poco a poco hasta que quedó solamente el charco.

Desde las arboledas cercanas, animales de diferentes especies, tanto depredadores como presas lloraban la muerte de la diosa de la creación. El lamento se extendía por todo el territorio y de allí al resto del Mundo de los Hombres. Hakai se tapó los oídos para evitar oírlo.

Tras dar unos pasos, Kenji cayó de rodillas, temblando de rabia e impotencia por la escena que acababa de contemplar. Su madre y su padre formaron equipo para enfrentarse al dios de la destrucción, quedándose a las puertas de la victoria. Tocó la sangre de su madre con las manos etéreas, derramando lágrimas de sufrimiento.

Un último vistazo a Hakai le hizo ver que se encaminaba hacia la casa. Pocos segundos después entró dejándole solo con su dolor, bajo la cortina de lluvia que caía desde lo alto del firmamento. Apretando los dientes, se irguió de un salto, echando a correr hacia la casa. Entró por la puerta, dispuesto a acabar con todo si era capaz de intervenir en las visiones. Nakuma hacia una reverencia al dios mayor.

—Mi señor, ¿está hecho? —preguntó, con el máximo respeto.

—Sí, todo ha terminado —contestó con un tono seco—. Al menos en el Mundo de los Hombres —observó el semblante apacible de los hijos de su hermana, sin vida, en el sofá—. Entiérralos.

—Como ordenéis, mi Señor. ¿Qué hacemos con la casa y el coche? —preguntó, mientras cogía en brazos a la más pequeña.

—Los dejaremos como están, no tienen importancia. Mañana nos reuniremos con mi hija en Nueva York —se sentó en el sitio vacío en el sofá—. Y esconde esas alas. A partir de mañana serás el consejero de Kitsune, su as en la manga. Tengo asuntos de los que ocuparme, con muy poco tiempo.

—Así lo haré, voy a comenzar con la labor que me habéis encomendado. La noche se acerca—Nakuma salió por la puerta con la pequeña, desapareciendo de la vista de Hakai y Kenji.

Hakai estaba pensativo, su cabeza no dejaba de darle vueltas a las últimas palabras de su hermana. «Los dioses, mayores o menores, morimos, desaparecemos.» Desde luego su hermana, la diosa de la creación había desaparecido ante sus ojos. Y la otra frase, ¿Qué significaba? «Él te matará, te enviará al olvido.» ¿Quién le iba a poder matar? Su marido e hijos estaban muertos. Solo podía pensar en dos alternativas, Hozen y Taka. Pero era imposible, ninguno de ellos era rival para él. Hozen estaba encerrado en

lo más profundo de la Cueva Espectral. Taka ni siquiera había dejado rastro de su paso por ninguno de los siete planos en mucho tiempo, evitando que le localizaran. Entonces, ¿Quién es el ser del que hablaba su hermana? Siempre odió los acertijos de la diosa de la creación, así como su maldito don de tener visiones. Se frotó la cara con nerviosismo.

Kenji se quedó a dos pasos del dios de la destrucción. Siguiendo su ejemplo emitió una luz blanca que surgía desde la yema de sus dedos dispuesto a lanzarle un ataque fulgurante que acabara con su vida. Lo lanzó o por lo menos creyó lanzarlo, porque la luz desapareció de su mano. La imagen de Hakai aposentado, se alejó a gran velocidad. Es escenario fue sustituido por otro más conocido, los Bosques del Renacer. Ante él bañado por la luz del sol del mediodía, apareció el Gran Roble, símbolo del poder del dios Ciervo y lugar de descanso de su maestro.

Delante del árbol con los brazos extendidos se encontraba Shika. Las partículas de luz atravesaban moléculas de energía vital de las plantas de alrededor y del mismísimo Gran Roble. El crujido de madera retumbó desde dentro del tronco, seguido de un silencio de unos pocos segundos. El dios ciervo se apartó unos metros bajando los brazos. Un estallido reventó la madera y corteza del Gran Roble, dejando salir al dios del cielo.

Taka, hizo aparecer a celeste para apoyarse sobre él. En su cara se apreciaba la falta de fuerza. Sacó del hueco primero una de las piernas, a continuación, la otra. Caminó despacio hacia el dios de los Bosques del Renacer, apoyando una mano en su hombro. Shika le ayudó a mantenerse en pie, sujetándole.

—¿Ha sucedido como te dije? —preguntó sin dilación a Shika que permanecía callado— Sí, la diosa de la creación vino, eligió a uno de los descendientes de Vaél y partieron hacia el Mundo de los Hombres —ambos comenzaron a adentrarse en la espesura del bosque.

—Supongo que guardaste el secreto de mi confidencia, como te dije — Shika asintió con la cabeza—. Necesito recuperar las fuerzas para seguir con el plan. En cuanto pueda iré a Lukwos a por el amuleto de Vaél. Mi poder tardará en estar restaurado por completo. ¿Cómo está la situación?

—Los elfos reinan sobre sus tierras en ausencia de los dioses regentes, los enanos de Ziel siguen con su labor como se les encomendó hace tiempo.

Los licántropos están siendo dirigidos por mi hermana Neko, mientras Kuma duerme en alguna de sus cuevas...

—¿Y los demás dioses? —interrumpió Taka.

—Seiryu y Byakko están desaparecidos, viajaron al Mundo de los hombres buscando a Kitsune, al igual que los hijos de Vaél. Genbu está en sus tierras ejerciendo su descanso. Suzaku y Vaél están desaparecidos por completo. Y... —la voz de Shika interrumpió su informe, sus temores no tenían fundamento, pero sabía que era cierto. Desvió la mirada de los ojos dorados del padre de los dioses, para que no notara su inquietud.

—Continúa, no creo que me pille de sorpresa —alegó el dios.

—Hace un tiempo, como unos dieciséis años humanos casi diecisiete, los animales de las Tierras de la Eternidad comenzaron a llorar al unísono. Al principio me pareció extraño, pero me di cuenta que debió ser por una gran pérdida. Creo que sé cuál fue...

—La muerte de la diosa de la creación, de su esposo, el hijo de Vaél, y su familia —Taka continuó el fluir de los pensamientos del dios ciervo, acertando de lleno en el centro de la diana—. Así que ha regresado, tal y como Sōzō vaticinó. Eso no me da mucho margen para la acción. Tengo que encontrar al hijo de los dioses que siga con vida.

—¿Crees que es necesario ocultarle quién es cuando le encuentres? ¿Y qué hay de tu anunciada muerte? —las preguntas atravesaron la mente del dios del cielo como lanzas certeras.

—Deberá descubrir sus orígenes cuando sea preciso, no antes. De otro modo todo lo que hagamos estará sentenciado al fracaso. Y sobre mi muerte... bueno dudo mucho que todavía exista un lugar para mí en este tiempo, además es algo que debe pasar para que todo se desarrolle como debe. El desbloqueo de ciertos poderes del descendiente depende, en parte, de mi desaparición.

—Comprendo —dijo Shika quedándose pensativo. Recibió una palmada en el hombro, por parte de Taka.

—Por cierto, lo has hecho muy bien —le alabó, sonriente.

Los dos dioses se perdieron entre los árboles de los Bosques del Renacer en dirección a la ciudad de Arbórea. Kenji giró la cara para ver el hueco humeante del Gran Roble, el portal de viaje había quedado inutilizado. Al observarlo comprendió el gran poder que poseía el dios del cielo, no solo a nivel divino, sino también de observación y planificación. Él sabía cómo

iban a desarrollarse los acontecimientos, lo que debía hacer para encauzarlos hasta donde quería que desembocasen. En su mente tomó la determinación de ser más como era Taka, en operar un cambio en su manera de pensar y actuar.

Sumido en estos pensamientos, las imágenes brotaron de nuevo. El tiempo corrió como una película a cámara rápida. Vio sus sueños, el encuentro en el Torii del Jardín Botánico, su viaje hacia las Tierras de la Eternidad, el adiestramiento junto a Ryoko, la presentación y entrenamiento con cada uno de los dioses. Todo lo que había vivido desde que se embarcó en este gran viaje a través de los planos. Pero se detuvo en un lugar que él no esperaba ver. De pronto estaba de pie en el salón de su casa en la quinta avenida. Sentados en el sofá blanco, inmaculado, James y Elisabeth. La televisión emitía un programa de esos que tanto les gustaban. Todo parecía estar en calma, ellos reían relajados.

A través de una ventana abierta, aterrizó Nakuma en el espacio de suelo que separaba el salón de la cocina. Se puso en pie, dejando ver su cuerpo con las alas extendidas, lanzó dos de sus afiladas plumas contra la sorprendida pareja. Ambas se alojaron en el pecho de los enamorados, dejándoles sin habla, comenzando a sangrar. Nakuma se les acercó con calma, sin rodeos, como quien sabe que la partida está ganada. Situó su cabeza entre ellos.

—Mi señora os envía recuerdos —susurró—. Pero no temáis, vuestro querido hijo Kenji se unirá a vosotros muy pronto —cogió otra pluma acercando el filo al cuello de James con cuidado—. Él ha propiciado vuestra temprana muerte, entre otras cosas —sesgó la garganta del padre adoptivo de Kenji, salpicando de sangre la estancia, acompañado por un grito de agonía de Elisabeth—. ¡Shhh! No grites querida, la muerte no debe darte miedo. Es una plácida compañera. Me aseguraré de que Kenji se entere de como perezcais por quererle como a un hijo propio —de un rápido movimiento cortó el cuello de la mujer, dejándola desangrándose en el suelo.

El ser de alas negras se separó de la pareja, dejando caer la pluma ensangrentada sobre la alfombra del salón. Observó la escena una vez más, apoyándose en el marco de la ventana por la que entraba una leve brisa de aire nocturno. Saltó por ella emprendiendo el vuelo hacia el lugar de

residencia de Kitsune para darle buena cuenta del cumplimiento de sus órdenes.

El silencioso grito de Kenji, al presenciar la muerte de sus padres humanos, resonó en todos los planos. El pecho le ardía con la fuerza de mil volcanes en erupción. Las lágrimas de sus ojos corrían sobre sus mejillas. Su cuerpo se tensó presa de la furia que sentía, volviéndose más duro que el frío metal con el que se forjó Guardiania. Abrió los ojos, emitiendo un poder que nunca había sentido, rompiendo el capullo de tela en el que estaba aprisionado.

Rhianne y sus amigas, salieron corriendo a esconderse temerosas del poder del joven. En un radio de diez metros la hierba se quemó. Los troncos de los árboles se tiñeron de negro por el estallido. Arachnia huyó, hasta desaparecer en la frondosa arboleda. Laehian, la ninfa del río, se ocultó en lo más profundo de un charco de agua que había tras uno de los árboles. La ninfa del bosque escondida en una de las copas de los gigantes de madera, no dejaba de observarle.

Gritaba como si le estuviesen partiendo el alma por la mitad. Se irguió sobre la árida tierra. Su cuerpo empezó a emitir vibraciones, como el latir de un corazón. Pulsantes, rítmico, con fuerza. De repente una sombra comenzó a salir de su ser por uno de los laterales. Esta cogió color, forma, adoptando la misma figura que el propio Kenji. Se giraron el uno hacia el otro mirándose, escrutando la profundidad del mismo iris morado. El recién llegado hizo una mueca de autosuficiencia, comenzando a analizar a su acompañante.

—La has hecho buena —empezó a hablar arrastrando las palabras con lentitud, como si su pensamiento fuera el que hablase—. No sabes hasta qué punto. Te dije que todos son unos traidores, sin excepción.

—¿Quién eres? —preguntó con severidad.

—Soy tu. Bueno soy la parte de ti que nunca has querido admitir —explicó con sorna, como si Kenji le debiese algún favor—. Soy la parte que ha hecho que sigas con vida, el destructor de tus enemigos. El que mata si es necesario y el que va a vengarse por la muerte de su familia.

—No puedes hacerlo —el tono de orden de Kenji hizo que su réplica se riera a carcajadas.

—Sí que puedo, soy un dios mayor por derecho propio. En mis manos tengo todo el poder —su voz era más férrea que la voluntad de Kenji.

—Impediré que lo hagas, no estamos preparados —apretó los puños, buscando con la mirada a Guardiana. La halló apoyada en el tronco donde estuvo descansando.

—¿Tú? Tú no puedes pararme, eres débil. Tanto que estás aquí. Hasta las ramas de los árboles te retendrían —sin previo aviso las plantas se abalanzaron sobre Kenji atándole los pies, derribándole al suelo. Intentó deshacer las lianas de hierba que comenzaban a cubrir el resto del cuerpo, no fue capaz. Su sombra le miró con desprecio, dando unos pasos para acercarse a coger a Guardiana. Una vez en sus manos la espada no ofreció ninguna resistencia. Le reconocía como su dueño. Antes de que le cubriese la cabeza a su homónimo, lo miró—. ¿Ves? Eres débil, no tienes nada que hacer contra mí. Ahora voy a buscar a un Alas Negras, el padre de Nakuma. Le sacaré la ubicación del portal invisible a Ecos del rugir. Regresaré a casa y acabaré con Hakai. ¿Sabes? Es un alivio pasear sin tu compañía, me tomaré mi tiempo. Si sales de aquí, es posible que me alcances antes de que me vaya. ¡Adiós!

La sombra de Kenji partió, colocando la hoja de Guardiana sobre su hombro, silbando a cada paso que daba. Las hierbas le cubrieron la cabeza por completo impidiéndole ver hacia donde se dirigía su doble.

Capítulo XVII

OceanofPDF.com

La batalla de Lukwos

La dríade bajó apresurada de la copa del árbol una vez se aseguró de que el doble de Kenji, se había alejado lo suficiente como para no notar su presencia. Con las manos arrancó las hierbas hasta que liberó las piernas. Continuó con su trabajo, liberando tras casi una hora el cuerpo completo del apresado. El pecho se elevaba muy despacio como si le costase respirar. Rhianne, al ver que no se incorporaba, se asustó. Intentó girarle, por si alguna rama se le hubiera colado por la boca o las fosas nasales. Entonces, abrió los ojos.

De un salto se sentó, atento a la figura de la dríade. Tenía unas lágrimas recorriéndole las mejillas. Por primera vez parecía asustada de verdad. Kenji abrió los brazos abarcando el pequeño cuerpo de la ninfa, abrazándola.

—No pasa nada, ¿te encuentras bien? —preguntó a Rhianne, a la cual le acababa de dar el hipo. La dríade asintió con un leve movimiento de cabeza—. Vale, ¿por dónde se ha ido?

—Por allí, pero no le sigas —indicó levantando el brazo en dirección noreste—. Es muy fuerte —se secó las lágrimas con el antebrazo.

—Tranquila, antes he de ir a hablar con Elohim a la Puerta del Cielo. Tengo cosas que hacer y que debatir con los Alas Blancas.

—¿Volverás a verme? —dijo con voz añorada.

—Es posible —contestó con una cálida sonrisa—. Y si me necesitas solo tienes que decirlo con fuerza, entonces acudiré en tu auxilio —atrajo la cabeza de la dríade, dándole un beso en la frente.

—Y a mí que te quedases, aunque te hiciese atar. Lo siento mucho —pidió perdón a su amigo.

—No lo sientas, me ha venido bien. Ahora debo irme, despídeme de Laehian y Arachnia —se levantó, comenzando a correr en dirección a las montañas. Alzó la mano dedicando unas últimas palabras a la joven ninfa de los bosques—. ¡Cuidaos mucho!

Las horas pasaban, rápidas como las nubes blancas arrastradas por las corrientes de aire a gran altitud. Las pisadas del joven sobre los pastos de los animales herbívoros, eran un susurro inaudible excepto para quien estuviese muy atento. Por la cabeza de Kenji discurrió la idea de utilizar sus poderes, pero temeroso de llevarse una decepción prefirió seguir corriendo. No podía soportar la idea de que su homónimo le hubiese privado de ellos, de verse realmente indefenso en un mundo hostil.

Los rayos del ocaso se acercaban anunciando la hora de esconderse a los seres diurnos, dando paso al reinado de los seres de la noche. Kenji notaba que estaba cada vez más cerca de los territorios de la manada de Furia, no debía quedar mucho para llegar. Aun así, tuvo que detenerse, las piernas comenzaron a flaquear a causa del esfuerzo al que las había sometido. Se tumbó en el suelo, cerca de una gran roca que divisó a unos metros. Cerró los ojos con un único pensamiento. «Ryoko, ¿Cómo se encontraría?» La presencia de Viento le habría ayudado mucho en esa situación, siempre sabía qué decir para tranquilizarle.

Ante los ojos de Kenji aparecieron dos bandos corriendo, gritando de manera frenética. A un lado estaban los licántropos, los elfos, los enanos y los dioses. Al otro los seres convocados por la diosa de la mentira, los Dákrya, las diosas del lado de Hakai, Alram, Nakuma y Ayame. En pocos segundos se escuchó el silbido de las flechas atravesando el cielo para clavarse en la escamosa piel de los seres del averno.

Su visión se desvió centrándose en uno de los combates en concreto. En él, su abuelo Vaél con Vida y Muerte en sus manos, se enfrentaba a la diosa de la mentira. Ella llevaba dos dagas de fabricación Shaitan. Ambos se lanzaban ataques cortando el aire, sin llegar a tocarse. Kitsune se dividió en varias copias de sí misma, intentando despistar al dios lobo. Vaél cerró los ojos centrándose en el olfato, derribándola de un golpe, apresó a la diosa que caía boca abajo. Acercó la boca al oído de la mujer.

—Soy el dios del metal y las artes guerreras, guardián del Mundo de los Muertos. No es tan fácil engañarme, deberías recordarlo, querida. ¿Por qué ayudas a Hakai? ¿Por qué te alejaste de mí y de nuestros hijos? —la voz de Vaél denotaba su nivel de indignación, su dolor. Un dolor que no había curado.

—Es difícil vivir a la sombra de un esposo que te demuestra que no importas nada. Ser criada por un dios que te mira por encima del hombro

con desconfianza y rechazada por otros cuando necesitas apoyo —dijo con dificultad para respirar—. Pero eso tú no puedes saberlo, nunca me prestaste la suficiente atención. Por otro lado, es difícil resistirse a la voluntad de mi padre, al igual que a la profecía de que llegará un rey de dioses o, en mi caso, reina. Acaba con mi vida —bramó.

—No voy a matarte, pero no puedo dejar que sigas luchando contra nosotros —contestó echando un vistazo al campo de batalla—. Aunque no me creas, siempre fuiste imprescindible para mí —le confesó, antes de propinarle un golpe en la cabeza dejándola inconsciente—. Descansa amor mío, pronto todo habrá terminado.

Vaél salió corriendo en dirección a sus fieles licántropos para ayudarlos en la batalla contra las horrendas criaturas. En la lejanía se podía ver a Byakko luchando a martillazos, destrozando los cuerpos enemigos que se interponían en su camino. Shika, ayudado por sus poderes, dificultaba el paso de los enemigos, incluyendo la ayuda de varios animales alados.

En mitad del campo de batalla, Neko, ayudada por Seiryu, luchaba con su lanza de doble filo contra una Neko con lanza larga. Los lances de las dos mujeres de idéntica naturaleza eran certeros, aunque pocos lograban dar en el cuerpo de la otra, abriendo pequeñas heridas. Algunas de las estocadas de la diosa del agua, con su espada, hacían que la Neko que luchaba del lado del dios de la destrucción se apartase para evitarlos. En un arranque de maldad e ingenio, fingió un envite contra la diosa del agua, girando en el último momento atravesando la pierna de su gemela. La diosa del hielo, correspondió clavando profundo su lanza en el pecho de su doble. Las dos gritaron, de dolor al unísono. Sacaron las hojas de sus armas del cuerpo. Seiryu abrazó a su hija que sujetaba con una mano la herida de la pierna apretando con fuerza.

—¿Puedes continuar? —preguntó llena de preocupación. Neko asintió con la cabeza, sin mediar palabra.

—Ambas moriremos, ¿lo sabes verdad? —dijo a gritos la Neko contraria. Apretaba la mano contra el pecho sin lograr que la sangre dejara de correr por sus ropajes.

—No es necesario, acéptame como un único ser. Yo te he aceptado, volveremos a estar juntas —alegó con energía la diosa del hielo—. Así no moriremos.

—Eso nunca sucederá, no sabes el poder que me ha enseñado. El que podría tener sin ti. Pero si morimos las dos, quizás merezca la pena —una sonrisa macabra surgió de su boca. Alzó el arma con la punta hacia ella misma, Neko y Seiryu corrieron para detenerla, no pudieron impedir que se la clavase en su garganta.

La diosa del hielo cayó al suelo, lleno de tierra y sangre, sin fuerzas para sostenerse. La diosa del agua se agachó sosteniéndola entre sus brazos, con la mirada fija en sus ojos verdes. De los ojos de la diosa brotaron lágrimas abundantes, que le nublaban la visión. Neko las secó con la mano, esforzándose por mostrarle una sonrisa llena de cariño.

—¡Madre, no llores! Aún sigo aquí, todavía no me he ido —habló con ternura.

—Mi pequeña Neko, mi gatita azabache —comenzó a acariciar la larga melena rubia de su hija, como cuando era niña—. Desde que naciste, fuiste capaz de cuidarte sola. Solo el tiempo te hizo más distante. Aun así, siempre has sido mi niña. Estoy orgullosa de haber sido tu madre.

—Y yo de ser tu hija, eres la mejor madre que se puede tener. Antes de que me fallen por completo las fuerzas, necesito que me hagas dos favores —miró alrededor con gran esfuerzo buscando a alguien.

—Dime, hija mía.

—El primero es que cuides de mis dos descendientes. Ryoko y Ayame deben reconciliarse, son familia. Tienen que estar unidas... —un ataque de tos le impidió continuar la frase haciendo que el dolor se reflejase en su cara. Tomó aire despacio para continuar—. El segundo, es que le des esto a Taka —metió la mano entre los pliegues de la ropa, sacando un colgante de diminuto tamaño, de madera tallada. Representaba un halcón y un gato, juntos, con sus cabezas apoyadas la una con la otra. Neko se lo quitó del cuello, posándolo con delicadeza en su mano.

—Así lo haré, puedes descansar —al escuchar la respuesta de su madre, Neko, cerró los ojos con una sonrisa dichosa. Al poco, dejó de respirar. Su cuerpo se tornó frío como su elemento de poder. De ella salió una luz que se convirtió en un gato de partículas de energía que ascendía hacia el cielo como si jugase, moviendo la cola.

Kenji giró la cara, al ver la muerte de la diosa que le defendió en el puente del río Támesis protegiéndole con su vida. Al hacerlo vio a Genbu y Kuma corriendo contra Hebi, la diosa de las serpientes y de la enfermedad.

Unos Dákrya se abalanzaron sobre la diosa de la tierra, dejando a Kuma lanzar el primer ataque contra Hebi. Su enemiga le esperaba con los brazos llenos de serpientes de diferentes clases, todas ellas venenosas.

Las hachas cortas del dios oso danzaban cortando cabezas de los sibilinos seres. Su cuerpo estaba cubierto de piedra para evitar los colmillos de las bestias. Hebi evitaba, con cara divertida, los ataques del dios con una rapidez de movimientos y unos reflejos increíbles. A su espalda Genbu daba buena cuenta de cuatro seres del averno, uno tras otro consiguió golpearles, atraparles y, por último, desintegrarles como si nunca hubiesen existido. Otros seres se acercaron para rodearla, temerosos al ver su gran poder.

Varios gritos se escucharon en la lejanía. Un Dákrya se escapó alcanzando a Kuma por el costado atravesando su piel pétrea con una de sus garras de diamante. El dios oso gritó, arrancando la cabeza de la bestia de un solo corte con una de sus hachas. Tocó con la mano la herida, descuidando su protección. Hebi aprovechó el momento para lanzarle varias docenas de serpientes que le mordieron inyectándole veneno en su torrente sanguíneo.

El dios se liberó de todas las víboras, recuperando su protección, aunque la ponzoña ya corría por su ser. Genbu llegó junto a él. Sin dar tiempo para explicaciones, Kuma se abalanzó sobre Hebi, dejando caer sus armas al suelo de tierra y hierba. La golpeó en el estómago, en la cara e hizo una presa inmovilizándola. Las serpientes desaparecieron de sus brazos, mientras se debatía para liberarse de su captor. Genbu, se acercó hasta ella y su hijo, con cara de extrañeza. Miró a Kuma, esperando una explicación, sin encontrar respuesta.

—Madre, ahora. ¡Desintéguala, rápido! —su voz apremiaba a la diosa de la tierra—. No aguantaré mucho más, ¡vamos!

La madre del dios de la piedra, juntó su mano contra la piel de Hebi a la altura del vientre. Partículas de tierra, de polvo comenzaron a caer despacio, dejando solo un montón sobre la hierba marcando el lugar donde había estado su cuerpo. Kuma se puso de rodillas agachando la cabeza, dejando su cuerpo libre de protección. La diosa de la tierra pudo ver todas las heridas de colmillos supurando. Fue a poner la mano sobre una de ellas, pero Kuma no se lo permitió.

—No, madre. Ve a luchar por los que aún están en apuros. Ha llegado mi hora, este era mi destino —acarició con cuidado la cara de su madre—. Por fin voy a poder regresar a la corriente del cosmos, a formar parte de Uchū, como siempre ha dicho Taka. Nunca te olvidaré, madre. Ahora corre, te necesitan —Genbu asintió con la cabeza, dio un beso a su hijo en la mejilla poblada de barba y salió corriendo a la batalla.

Kuma echó un último vistazo alrededor a los aliados que luchaban por su vida, por la libertad. Su vista se nubló, su cuerpo flaqueó temblando a causa del veneno, entonces se desmayó. Su animal interior, el gran oso, se formó con la energía como había pasado con Neko saliendo al encuentro de su destino emitiendo un gruñido de felicidad a todo aquel que pudiese escucharlo entre la algarabía de la batalla.

Allá donde mirara Kenji sentía dolor y rabia. A cada lugar donde dirigía la vista, veía amigos luchando, muriendo. Miró alrededor, necesitaba ver a Ryoko, necesitaba saber que pudo escapar con vida. La contienda daba una imagen de caos por todos lados, costaba mucho localizar a la chica. Ante él apareció una batalla en la que no había reparado en su momento. La diosa del fuego blandía sus látigos de lava ardiente contra una mujer de pelo negro, acompañada de tres cuervos, que portaba una gran guadaña afilada.

La enemiga atacaba con ferocidad haciendo que Suzaku saltase, girase sorteando cada envite como una luchadora implacable. Hasta el momento no había conectado ni un solo ataque, pero era cuestión de tiempo. Uno de los cuervos se lanzó a su cara, dividido a la mitad por uno de sus látigos. Su enemiga recrudesció su ofensiva, instigando a los otros dos pájaros.

Los cuervos obedecieron, con un graznido se lanzaron en picado a por la diosa del fuego. Suzaku envolvió su cuerpo en llamas dejando poco margen para hierirla. Sus ojos castaños se tornaron naranjas como las llamas, su voz dijo algo con un crepitar en las palabras. Las aves se prendieron, consumiéndose antes de llegar a su objetivo. La diosa comenzó a correr hacia su enemiga que intentaba controlar el pánico al ver semejante poder destructivo.

La guadaña surcó el aire, cortando el viento hacia Suzaku. La diosa del fuego enfadada, logró detener el arma cogiéndola. Incrementó el calor que emitía su cuerpo, viendo fundirse el metal. El líquido se derramó sobre la hierba del campo de batalla. Kakashi emitió un grito agonizante al verlo. Comenzó a huir de la diosa del fuego. Sin esforzarse en correr, Suzaku

lanzó unos potentes chorros llameantes que alcanzaron la espalda de la huidiza mujer. Rodeada por el fuego gritaba de dolor. Suzaku no cesó su ataque hasta que se aseguró que su contrincante quedaba totalmente calcinada, hecha cenizas como los restos de una hoguera.

Varios Dákrya se le acercaban por la derecha. Al verlos desvió las llamaradas a sus nuevos contendientes. Parecía estar decidida a acabar con la resistencia de las fuerzas enemigas de una vez por todas. Pronto los tres engendros enemigos terminaron como la propia Kakashi. La diosa del fuego corrió internándose de nuevo en la batalla, desapareciendo de la vista de Kenji.

Un trueno retumbó en su cabeza, luego otro y otro más. Las gotas de lluvia comenzaron a caer sobre su cuerpo que permanecía tumbado sobre la tierra. Abrió los ojos, era noche cerrada. Apenas se podía ver algo a pocos metros. Se incorporó, estirándose, se notaba descansado. Estaba convencido que podría continuar el camino de regreso a La Puerta del Cielo sin inconvenientes. Por primera vez desde que su propio doble le abandonó, se planteó usar sus poderes para viajar más rápido. No tenía tiempo que perder y debía ver en la oscuridad reinante.

Concentró toda su voluntad en transformarse en el Thunder Wolf que viajó con la manada de Viento hacia los terrenos de Furia. A cuatro patas, con la visión mejorada de la especie depredadora corrió hacia las montañas que días antes le había señalado su amigo lobuno. El vello que cubría su cuerpo se mecía al contacto con la brisa nocturna, mezclado con las gotas de lluvia que le bañaban de manera continuada. Le alivió poder usar sus poderes todavía.

Algunos rayos, relámpagos, le iluminaban fugazmente facilitándole el camino de regreso a lo que podía llamar zona neutral. Cuanto antes llegase junto a los Alas Blancas, antes podría devolverles sus poderes para luchar por su supervivencia en Bestiary. Por otro lado, tenía claro que las visiones estaban llegando a su irremediable final. Debía encontrar la manera de derrotarse a sí mismo y volver a las Tierras de la Eternidad.

A escasos metros divisó el acceso a la cueva de la manada de Furia. Kenji giró la cabeza hacia el camino ascendente a la cima de la montaña. Las voces de su cabeza, seguían sin darle tregua. Rezos, lloros, quejas, voces ensalzadas llenas de rabia, se agolpaban cada vez con más fuerza. En su corazón albergaba la duda de ser tan débil como su otro yo había

sugerido. Sacudió la cabeza levemente para no desviarse de su objetivo. No, su otro yo no tenía razón. Toda su vida entrenó para derribar sus propias barreras, tanto físicas como emocionales. Se adiestró para ser fuerte, para obtener la mejor versión de sí mismo, no era débil.

Encauzó el sendero que subía por la parte más rocosa hacia las nubes que separaban el mundo salvaje de la ciudad de los ejércitos del dios del cielo. Las piedras sueltas caían a su paso. En pocas horas alcanzó las puertas plateadas de la ciudad. Cambió de forma recuperando su forma humana. Ahuecó las manos colocándolas a la altura de la boca, para que se le escuchase mejor.

—¡Elohim! —gritó, esperando en silencio a obtener respuesta del interior. Nadie acudió—. ¡Elohim! —Gritó de nuevo. Esta vez las puertas se abrieron dejando ver a dos de los soldados que hacían ronda nocturna.

—¿Quién v... —paró en seco al reconocer al joven que tenía delante—? Mi señor Kenji, ¿Dónde os habíais metido?

—Digamos que he estado ocupado, ¿Elohim está aún despierto? —preguntó atravesando las puertas, que se cerraron tras de él.

—No, se fue a dormir hace unas horas. Si es algo urgente podemos avisar de vuestra llegada —le sugirió el soldado.

—Puede esperar a mañana —dijo pensativo. Estaba convencido que su doble no había llegado al hogar de los Alas Negras. Podría hablarlo con Elohim al día siguiente en el desayuno—. Creo que me voy a ir a descansar, gracias por abrirme la puerta.

—De nada, Señor.

Kenji recorrió las calles de la ciudad con tranquilidad hasta llegar a la casa que le habían asignado. Entró en el edificio circular, dirigió sus pasos hacia la cama de matrimonio. Sobre la colcha, como la dejó el día que fue a auxiliar a su amigo Viento, estaba la flauta travesera. La cogió entre sus dedos entonando la melodía que calmaría las voces que asediaban su mente. Repitió la Canción del Cielo otras dos veces hasta que se notó aliviado. Entonces se dio cuenta que su doble tendría que lidiar con las voces sin posibilidad de tranquilizarlas. Puede que eso le diese cierta ventaja.

Se recostó sobre la cama sin deshacerla. Estaba demasiado cansado hasta para quitarse la ropa para dormir. Dejó que la pesadez de los párpados venciese sobre la claridad a causa de la luz de las antorchas. Se relajó tanto que perdió la consciencia de su propio cuerpo, apareciendo de nuevo en el

campo de batalla. Los soldados de las diferentes zonas comenzaban a replegarse. El dios de la destrucción regresó del cosmos oscuro al que él mismo le había enviado, dando ventaja a sus criaturas.

El príncipe Eldar luchaba con ahínco en medio de la batalla con sus dos espadas en las manos. Su primo Alram se enfrentaba a él con dos espadas idénticas muy afiladas. Los filos de las armas cortaban el aire, chocaban unas contra las otras. Los dos príncipes eran diestros en la lucha, esquivaban los ataques del contrario, usaban incluso maniobras desconocidas. La diferencia en la forma de combatir era notable. Alram luchaba lleno de ira, de rencor. Eldar, sin embargo, tenía un estilo más elegante, liviano, ajeno a emociones.

La batalla entre los dos integrantes de la realeza élfica, se prolongó durante varios valiosos minutos en los que ninguno de los dos cedía al cansancio. Aprovechando su agilidad, Eldar amagó a la derecha derribando con el lomo de una de sus espadas al príncipe Alram. Apuntó a la garganta a su primo, lo justo para que le hiciese daño sin que llegase a sangrar.

—Primo, únete a nuestro bando —ofertó el hijo del rey Seith, mostrando su buena fe—. No tomaré represalias contra ti.

—¡Jamás! —Alram escupió, como si la propuesta de su primo le hubiese quemado las entrañas—. ¡Ese trono me pertenece!

— Si perdemos la batalla, no habrá reino que regentar —Eldar giró la cabeza al escuchar a Saida que entraba en batalla contra un Dákrya.

Alram aprovechó la distracción de su primo mestizo, para asir con fuerza la espada de nuevo y, de un solo tajo, cortarle la mano derecha a la altura de la muñeca. Eldar aulló de dolor, soltando la espada de su mano izquierda para agarrarse la muñeca herida. Su primo se incorporó, recogiendo su otra espada del suelo lleno de sangre de los enemigos.

—¿Qué decías primo? —preguntó mirando a Eldar, intentando parar la hemorragia de la parte cercenada—. Ha llegado la hora de morir —adoptó una pose para tomar impulso y cercenar la cabeza de un solo tajo—. ¡Adiós! — escuchó un silbido en el momento justo en el que empezaba el ataque final. Una flecha atravesó su hombro haciéndole perder el equilibrio. Descubrió la dirección del proyectil. El propio dios del bosque le había abatido. Se acercaba hacia ellos. Alram se levantó como pudo, huyendo, no tenía intención de enfrentarse a un dios menor.

Shika llegó al lado del príncipe Eldar. Tenía la cara perlada por el sudor. El dolor de la herida le estaba pasando factura. El dios ciervo, cogió por la parte mutilada e imponiendo una de sus manos ejerció su poder dejando la herida cicatrizada. Ante los ojos de Eldar, quedaba un muñón donde segundos antes había estado su mano derecha. Shika le miró con sus ojos verdes, cogiéndole por los hombros.

—¿Puedes seguir luchando? —le instó

—Creo que sí —dijo liberado del dolor.

—Coge tu espada entonces, ya veremos cómo recuperamos tu mano. Ve con Saida, he de regresar a la batalla junto a vuestro padre —el dios ciervo salió corriendo e, igual que vino, se fue dando golpes a diestro y siniestro, utilizando sus poderes para neutralizar a los enemigos.

Dos mujeres de figuras similares, como diferencia más notable el blanco mechón de pelo de una de ellas. Las dos descendientes de la diosa del hielo, caminaban en círculos. Se evaluaban la una a la otra sin dar el primer paso ofensivo. En el suelo quedaban rastros de hielo lanzado por las oponentes. No era el comienzo del combate, era un receso, se estaban estudiando para dar el próximo paso. A Kenji no le gustaba verlas enfrentadas. Una era su amiga: Ayame. La otra la mujer que amaba: Ryoko.

La lanza de Ryoko interceptó las espadas de su prima, que atacaban mezclando la manera de combatir que Seiyuro les enseñó desde niñas con las nuevas técnicas aprendidas en Alfatihin. Ayame no quedó ahí, usó el poder del hielo que corría por la sangre de sus venas para hacer que se levantase una ventisca dificultando la visión de Ryoko. Al verlo, transformó su cuerpo en piedra para evitar daños por los filos de las espadas.

Pronto sonó el acero de sendas espadas chocando contra su cuerpo pétreo. De una patada en el vientre, alejó a Ayame. Con los ojos castaños miró severamente a su prima, a la vez que deshacía la ventisca con un movimiento de su mano. Su prima recuperó la compostura viendo el cuerpo pétreo de Ryoko.

—¡Tendré que esforzarme más! —clavó las espadas en el suelo apuntando con las palmas de las manos a Ryoko. De ellas salió un aire frío como el que existe en las regiones más frías del planeta.

Aprovechando el impulso que le brindaba Ayame, Ryoko hizo girar a Escarcha con gran velocidad. Emitió un frío de igual magnitud, haciendo que salieran despedidos por el campo proyectiles de hielo que alcanzaron a

algunas de las criaturas enemigas. El humor de la joven iba de mal en peor, su mirada destilaba odio. Un odio intenso lleno de rencor hacia Ryoko. Había sido para ella como una hermana mayor, su consejera y amiga. Había cometido la mayor de las traiciones. Recogió las espadas, volviendo a atacar. Las combinaciones que empleaba habrían sido letales para cualquier contendiente poco instruido. Para Ryoko, sin embargo, era como un entrenamiento de los de hace tiempo.

En el fondo, Ryoko no quería hacer daño a su prima. Pensaba que, hasta cierto punto, Kitsune la había manipulado. Aunque tenía motivos de sobra para estar enfadada con ella. Desde que llegaron a las Tierras de la Eternidad, perdieron el contacto, llegando a no decirle lo suyo con Kenji. Aun así, asestó una combinación de lanzadas, destinadas a hacer retroceder a Ayame.

Respondiendo a la acometida como ella esperaba, Ryoko se elevó de un salto obligándola a defenderse de una portentosa ofensiva. La joven del mechón blanco, no lo pudo resistir. Dobló la rodilla clavándola en la tierra, justo en el momento en el que recibía una patada con el propósito de desarmarla de sus preciadas espadas. Indefensa ante la lanza de Neko, cerró los ojos esperando el golpe de gracia.

Ryoko dio la vuelta a la lanza, dispuesta a asestarle un golpe con el mango, para dejarla inconsciente. Una mano la detuvo asiendo el arma con firmeza. Se volteó para ver quien se estaba entrometiendo. Se trataba de la diosa del agua, Seiryu. Los ojos negros, le transmitieron tranquilidad en un momento de guerra.

—Ryoko, debemos irnos —le apremió, pendiente de la situación que se desarrollaba en los alrededores.

—¿Y Ayame? —preguntó, volviendo a mirar a su prima. Que permanecía callada, con la mirada fija en la diosa.

—Se viene con nosotras, prometí a mi hija cuidaros y que permaneceríais unidas —Ayame no sabía que decir, ni siquiera se movía del suelo en el que estaba arrodillada—. ¡Vamos, levántate! no tenemos tiempo —le regañó con severidad.

Ryoko la agarró de la muñeca tirando de ella. Las tres mujeres corrieron por el campo de batalla, hicieron lo posible para librarse de los enemigos que se les cruzaban en el camino. La joven, se atrevió a dirigir la palabra a la diosa del agua que les dirigía en retirada.

—¿Por qué huimos a toda velocidad? —dijo expresando sus pensamientos.

—Tenemos un gran problema —les empezó a explicar, dando un espadazo a uno de los Dákrya—. Taka ha obligado a Kenji a viajar través de un portal para salvar su vida. En estos momentos, está conteniendo a Hakai con la ayuda de Byakko y Vaél.

—¿Podrán resistir contra él? —Ryoko se mostró temerosa, pues había presenciado el potencial del dios de la destrucción.

—Lo dudo mucho, aguantarán lo suficiente para que podamos retirarnos al norte. Hemos perdido muchos guerreros. Cuando lleguemos a Ecos del Rugir habrá que hacer recuento —miró a las dos primas que por primera vez en mucho tiempo compartían los mismos temores—. Esto no va a ser fácil. Apresurémonos.

Kenji las vio marchar a toda prisa. Observó el desarrollo de los acontecimientos del resto de la guerra. Por lo que pudo ver los licántropos estaban batiéndose en retirada con la ayuda de los elfos del norte. Los arbóreos y los enanos de Ziel hacían lo mismo, dejando pequeños grupos que les cubrían enfrentándose a sus perseguidores. Justo en el punto en el que había desaparecido hacia Bestiary, estalló una enorme bola de energía de color blanquecino que hizo que todos los presentes mirasen hacia ella.

Unos golpes sonaron llamando a la puerta de la casa. Kenji se incorporó de la cama de un salto, alterado por la última visión. Se acercó a la puerta abriéndola. Ante él apareció la hija de Elohim y capitana de la guardia, Anael. Le hizo un ademán para que la siguiese a la casa de su padre.

Salió por la puerta, portando en el cinturón únicamente la flauta travesera. Las calles permanecían desiertas. Los primeros rayos de sol, acababan de aparecer en el horizonte marcando el inicio del nuevo día. Anael abrió el paso hasta el interior de la casa de su padre. El jefe de los Alas Blancas estaba sentado en una de las sillas comiendo algo de fruta. Kenji le saludó con un leve gesto de cabeza, correspondido por este.

—¿Cómo ha ido el viaje? Nos tenías preocupados, te fuiste sin avisar —expresó Elohim su descontento.

—Mi amigo Viento estaba en peligro. Acudí en su ayuda. Cuando llegué estaban siendo atacados por un grupo numeroso de gigantes —explicó con brevedad.

—¿Y el viaje de regreso?

—En realidad, tengo toda una historia que narrarte —dijo Kenji tomando asiento frente al líder de la ciudad.

Durante las siguientes horas les narró el regreso a La Puerta del Cielo, incluyendo varias de sus actividades como la caza del animal enorme junto a Viento. También puso en su conocimiento la presencia de ninfas como Rhianne y sus amigas del bosque. Después de mantenerse unos instantes en silencio, le confesó la bipartición de su ser en dos, así como las intenciones de reunirse con Raziel y los gigantes. Esto último inquietó a Elohim, no presagiaba nada bueno.

El Alas Blancas se irguió, dando la silla hacia atrás. Comenzó a pasear de un lado a otro de la estancia sin decir nada. Kenji se mantuvo en silencio. Tras unos minutos de cavilar cuales eran las opciones de las que podían valerse para sobrevivir, volvió la mirada a su hija, luego a Kenji.

—¿Cómo vas con tus visiones? —su pregunta albergaba un pequeño rayo de esperanza.

—Bien, creo que estoy llegando a todo lo que necesito saber —dijo recordando el ritual que Taka realizó para otorgar sus poderes a los ancianos de los Alas Blancas—. Por cierto, puedo devolveros vuestros dones. Escoged a cinco grandes guerreros que también sean compasivos. Al mediodía les bendeciré con mis lágrimas.

—¿Funcionará?

—Espero que sí. Tengo los poderes de Taka si él pudo realizarlo, quizá yo también.

—Así se hará —dijo Elohim esbozando una amplia sonrisa al escuchar esa buena noticia.

Capítulo XVIII

OceanofPDF.com

El adiós de un dios

En el patio de entrenamiento de los Alas Blancas el sol del mediodía irradiaba un calor reconfortante. En una fila, los llamados a cumplir los designios del dios del cielo, esperaban pacientes. Elohim entró en el recinto acompañado de Kenji y de Anael. Caminaron con paso relajado hasta llegar al centro. Se detuvieron a escasos dos metros de los elegidos. Kenji miró a cada uno de ellos, eran un total de cuatro. Dos hombres y dos mujeres. Empleó la lectura del aura como hacia había aprendido de su mentor. Leyó los pensamientos de los cuatro Alas Blancas allí presentes se hicieron más nítidos en su cabeza. Eran bondadosos y sus ideas eran puras. Eran aptos.

—Falta uno para llegar al número elegido por Taka originalmente —dirigió una mirada llena de seriedad a Anael, la inspeccionó usando los poderes—. Únete a ellos.

La hija de Elohim, sorprendida, se separó uniéndose al grupo que seguía a la espera de lo que fuese a suceder. El jefe de La Puerta del Cielo dejó que Kenji actuase para restablecer del efecto el poder celeste. El muchacho se acercó a los guerreros de los Alas Blancas. Levantó la mano hacia su lacrimal cerrando los ojos. Atrapó una lágrima de buen tamaño sobre la yema del dedo índice. Elevó la gota salada hacia la luz del sol, que se encontraba en su cénit, dejando que sus rayos la traspasasen. Se llenó, brillando con un tono de luz blanquecino.

Abrió los ojos para mirar sus rostros mientras seguía el ritual. Uno a uno depositó sobre la piel del pecho la punta del dedo con la iluminada lágrima. La gota disminuyó de tamaño hasta desaparecer por completo de la superficie de su piel. Kenji se centró para que el grupo de cinco le observase. Juntó las manos delante de su cuerpo, manteniendo el silencio un poco más.

—En palabras de mi mentor, Taka: el dios del cielo, a partir de este momento se os conocerá como los ancianos. Seréis capaces de curar las heridas y las almas cansadas con solo imponer vuestras manos sobre ellas. En la batalla, podréis cegar a vuestros enemigos con un destello igual de

brillante que la luz del mismísimo sol y por extensión todos vuestros congéneres podrán hacer lo mismo —las palabras de Kenji asombraron a los Alas Blancas recién nombrados ancianos.

—¿Podemos probar nuestros dones? —preguntó uno de los hombres colocado en la fila de ancianos.

—Debéis —contestó sin remilgos el descendiente de los dioses—. Usadlos, acostumbraos a ellos. Dentro de poco tendréis que emplearlos contra vuestros enemigos.

Kenji giró sobre sus pasos, encaminándose hacia su casa. Elohim dejó a los jóvenes entrenándose con los dones recién adquiridos para seguirle. Poco antes de llegar a la puerta de entrada, le alcanzó. El jefe de los seres alados, posó una mano sobre el hombro del joven.

—¿Pasa algo, Elohim? —dijo encarando al hombre de cabellos rubios.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Averiguar qué les ha pasado a los dioses restantes y al dios del cielo en particular. Estoy cerca del final de la historia que me muestran mis visiones. He sufrido mucho. Necesito ver el desenlace. En mi estancia aquí he descubierto nuevos poderes. Poderes que no me enseñaron los dioses menores. Poderes que soy capaz de emplear, pero aún no se si puedo regresar con la creación de portales. Ni si quiera he intentado abrir uno —su voz mostraba falta de seguridad en sí mismo, haciendo que lo notase Elohim.

—Descubre lo que anhelas, pero no dejes de creer en ti mismo. Si Taka tenía fe en ti, no eres quien para poner en duda su decisión. Nadie pondrá en duda las decisiones tomadas por el dios del cielo. Dejaré que sigas, nos veremos más tarde —con esas palabras Elohim se alejó ante la mirada pensativa de Kenji. Sus palabras habían hecho que la mente del joven comenzase a cavilar.

Entró en la casa encerrándose. Se sentó encima de la cama de matrimonio con las piernas cruzadas. Dejó reposar las manos sobre las rodillas, tal y como hacía en la meditación después del entrenamiento. Cerró los ojos, respirando con profundidad hasta que sus pulsaciones bajaron el ritmo transportándole a la siguiente visión de la batalla. La luz cegadora le envolvió, igual que había envuelto al dios del cielo, a Byakko y a su abuelo Vaél.

La imagen se fue volviendo más nítida. Al principio era como sombras chinescas, impidiendo saber con certeza que sucedía. Sobre la hierba, acostado, estaba el cuerpo de uno de los dioses. Kenji se acercó para ver de quien se trataba. Agachó su yo etéreo reconociendo al propio dios del aire y el trueno, de su pecho desaparecieron los ropajes como si se hubieran calcinado. En su lugar habían dejado un centenar de heridas humeantes. Byakko apretó el pecho con una de sus manos, buscando a Demoledor. Extendió la mano hacia un lado haciendo que el martillo regresase volando a él. Sus ojos se iluminaron haciendo desaparecer su iris, estaba enfadado. Con torpeza se irguió sobre sus piernas de nuevo y empezó a correr hacia donde escuchaba la voz de su hermano.

Vaél esquivaba los ataques del dios de la destrucción, dando tiempo a Taka para que usase la mayor de sus armas. Hakai se sentía irritado por la velocidad de reacción del dios lobo que le hacía pequeños cortes en la piel a cada oportunidad que le brindaba. El abuelo de Kenji parecía disfrutar con la frustración del dios mayor, sonreía cada vez que le hacía sangrar.

Kenji buscó a Taka, estaba herido de gravedad. Sus ropajes blancos y dorados, estaban teñidos de sangre. Aun así, se mantenía en pie, tambaleante. De sus manos salieron dos bolas idénticas a las que creó Hakai antes de que él se fuese al otro plano. Cada segundo que pasaba, aumentaban de tamaño. El dios del cielo se estaba esforzando al máximo. Byakko llegó a su posición, justo a tiempo para ver cómo se disipaba la nube de polvo, viendo como luchaba su hermano.

—¡Taka, debemos ayudarle! —exclamó preocupado del desenlace final de un uno contra uno con Hakai.

—Él sabe lo que ha de hacer —dijo aumentando más las esferas—. Nosotros estamos heridos, él se protegió con su poder metálico. Obsérvale, está agotando a Hakai. Pronto tendremos una oportunidad de huir, para reagruparnos con nuestras fuerzas en retirada.

El dios lobo seguía infringiendo daño a cada movimiento que realizaba. El dios de la destrucción se protegía como podía, con ayuda de los antebrazos, de las terribles cuchillas de carbirio, los colmillos de Vaél. Aprovechando la visión reducida del dios, Vaél clavó sendos colmillos en el pecho, extrayéndolos a la vez que daba una enérgica patada en el abdomen a Hakai.

—¡Ahora! —anunció el dios lobo, dando entrada al ataque de Taka.

Las dos bolas se unieron en una sola, lanzadas de las manos del dios del cielo como un proyectil hacia el dios de la destrucción. Cada centímetro que avanzaba aumentaba su tamaño, su velocidad. Vaél rodó, cubriéndose de metal de nuevo, alejándose todo lo posible del radio de acción del portentoso ataque. Hakai extendió los brazos para recibir el ataque del dios que más odiaba.

La explosión no se hizo esperar, la luz blanca igual que la de un estallido nuclear se extendió por todo el campo de batalla. Alcanzó al propio Taka e incluso a Byakko que intentó protegerse con una ráfaga huracanada de viento alrededor de su cuerpo. El dios del cielo cayó de rodillas al suelo embarrado. Byakko dejó su protección para abrazar a su padre. Del otro extremo se pudo escuchar una risa malvada, cargada de odio. Hakai seguía con vida. Vaél se arrastró hasta llegar donde su hermano, con las dagas en las manos. Miró con detenimiento hacia donde se escuchaba la risa.

—Byakko, no vamos a salir bien parados de esta —susurró para que el dios de la destrucción no le escuchara—. Coge a Taka, marcharos de aquí. Le entretendré hasta que no os pueda alcanzar.

—Acabará contigo —a Byakko no le gustaba la idea de abandonar a su hermano—. ¡No te dejaré aquí!

—Debes hacerlo, no me matará —sonrió, al ver la figura desorientada de Hakai tras la polvareda—. Desde que se enteró que su hija y yo estamos casados, lo que desea es humillarme, privarme de mi leyenda y una vez lo consiga...quizá se deshaga de mí, pero no antes. Tendréis unos segundos —dijo arrancándose el amuleto creador de portales, ofreciéndoselo a su hermano mayor—. Póntelo, abre un portal y alejaos de aquí. ¡Nos veremos pronto!

Antes de que Byakko le replicase, Vaél salió corriendo. Saltó con los brazos extendidos a ambos lados, contra el cuerpo de Hakai. Abrazándole a la vez que le clavaba en la espalda los filos de sus colmillos. Apretó los músculos con ayuda de su recubrimiento metálico para hacer que le crujiesen los huesos del torso. El grito de dolor de su rehén atravesó el espacio entre ellos y los dos dioses que se disponían a cruzar un portal de viaje. Vaél comprobó por el rabillo del ojo que su hermano y Taka habían desaparecido, antes de incrementar la fuerza de su abrazo contra el dios mayor. Hakai intentaba desesperadamente zafarse de la presa del dios menor que había mancillado a su pequeña Kitsune.

Clavó los ojos negros sobre los morados de su adversario. Su cuerpo comenzó a calentarse haciendo que el metal ardiera. Vaél aguantó un poco más, antes de separarse. Gruñó. El dios de la destrucción resistía tanto como recordaba. Sus armas seguían en la espalda de su enemigo. Corrió a recuperarlas, antes de que Hakai recobrara la compostura, arrancándolas de golpe y con ellas otro grito del dios mayor. Se agachó en pose de defensa como un lobo que espera, recuperando el aliento.

—Molesto dios lobo, estás en mejor forma que en nuestra primera lucha en la Cueva Espectral. Eres más irritante que entonces. Acabaré contigo y volveré a encerrarte atravesado por barras ¿te acuerdas? —la figura de Hakai apareció ante Vaél, imponente—. Ahora dime, ¿dónde han ido Taka y tu hermano «el musculitos»?

—¿No creerás en serio que te lo voy a decir? —dijo Vaél incorporándose para hacer frente al padre de su esposa—. Antes te acuchillaré hasta que decidas morir.

—¡Que ingenioso!, pero como comprobarás no tengo esa opción —desde el cielo descendieron cuatro Dákrya que le flanquearon—. Depón tus armas, entrarás en tu ciudad derrotado.

—¡Claro! Será un placer —dijo Vaél haciendo un gesto para dejar las armas. Giró las armas en sus muñecas cortando los cuellos de dos de las criaturas, embistiendo a una tercera. En un momento sintió un golpe seco en la nuca que le hizo desvanecerse. Hakai meneó la cabeza, haciendo que los Dákrya restantes cogieran al dios lobo por los brazos para llevarle a Lukwos.

Los ojos de Kenji se abrieron observando la habitación en su totalidad. Acababa de ver como su abuelo era capturado, otra vez, por el dios de la destrucción. Debía regresar para rescatarle, pero antes tenía que averiguar qué había pasado con Byakko y Taka.

También estaban las palabras pronunciadas por Elohim antes de que se encerrase en la casa. Se incorporó de la cama colocándose en una postura natural. Cerró los ojos, moviendo los brazos para abrir un portal hacia la entrada de Lukwos en las Llanuras de Plata. Cuando volvió a abrir los ojos allí estaba el prado verde lleno de flores de múltiples tonalidades y al fondo Pico Colmillo.

Una expresión de asombro se instaló en su cara, podía crear portales de nuevo. Era una buena noticia, sin embargo, no era el momento de regresar.

Había cosas que solucionar en Bestiary como por ejemplo recuperar su otra mitad y a Guardiania. Se concentró de nuevo cerrando el portal dejando la habitación tal y como estaba segundos antes. Regresó a su meditación para continuar, cuanto antes, con todo lo que necesitaba saber al respecto de lo que sucedió después de su partida.

Ante él apareció una sala completamente blanca con luces que se iluminaban desde los bordes de la habitación. Sobre una cama de aspecto futurista estaba tumbado el dios del cielo. Varias mujeres intentaban ocuparse de sus heridas, pero por cada una que lograban sanar aparecían otras tres haciendo que en la cara del dios se dibujasen muecas de intenso dolor. Una especie de desagües recogían la sangre que se derramaba sobre la cama limpiándola e introduciéndola dentro del enfermo de nuevo.

Por una puerta hidráulica, que se desplazó hacia uno de los lados abriéndose, entró la diosa del agua. Las mujeres le hicieron una reverencia saliendo de la cámara, dejándoles a solas. Taka levantó levemente la cabeza hacia Seiryu. La diosa le sonrió de manera forzada, sabía de la gravedad de su estado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó preocupada.

—He vivido tiempos mejores —contestó evitando añadir gravedad a la situación—. ¿Y Byakko?

—Dentro de una cámara de regeneración. Tardará varias semanas en recuperarse. Hakai os dejó hechos trizas y eso que aún no sabemos nada de Vaél —las palabras que salieron de la boca de la diosa dolían tanto como las heridas físicas.

—Lamento no haber podido salvar a Neko —expresó su pesar para con la diosa.

— La amabas, ¿verdad? —preguntó Seiryu sin rodeos al dios del cielo. Taka asintió. La mujer le dio el colgante del gato y el halcón juntos—. Me dio esto antes de morir.

El dios lo tomó entre sus dedos entristecido, admirando el detalle del labrado.

—Necesito morir, no solo por la profecía, Seiryu —confesó dejando caer una lágrima que rodó por su mejilla hasta caer en la cama.

—¿Por qué? No lo comprendo, eres el más sabio de todos nosotros. Deberías seguir viviendo para guiarnos —dijo alarmada por la confesión del dios, viendo su abatimiento.

—Porque... incluso para un dios como yo es difícil amar y ser sabio a la vez —la voz de Taka se volvió serena como un mar en calma—. Mi tiempo ha llegado a su fin, Neko ha muerto y Kenji necesita esto para ser el dios que está destinado a ser. Déjame descansar, antes del anochecer reúne a nuestros allegados quiero despedirme.

Seiryu no insistió, sabía que cuando Taka tomaba una decisión sobre el curso de los acontecimientos nada le hacía cambiar de opinión. Él sabía lo que estaba destinado a suceder y si, escudriñando el futuro, esa era la única forma de ganar, era el mal menor. Dio media vuelta, entre tanto cerraba los ojos el dios del cielo para relajarse, preparándose para su último viaje. La puerta sonó con un sonido de aire a presión al cerrarse, dejando al dios del cielo a solas en la alcoba.

Inspiró profundamente. Apoyó las manos con los dedos entrelazados sobre el regazo. Su cara se relajó adoptando una expresión de plena tranquilidad. Sin abrir los ojos comenzó a silbar la Canción del Cielo que le habían enseñado en Lukwos tiempo atrás. Incluso sin la flauta travesera era capaz de interpretarla a la perfección, llegando a lo más profundo del corazón de Kenji que le miraba incorpóreo. El gran halcón notó las vibraciones de su presencia, más allá de sus sentidos habituales. Sonrió al entender lo que estaba sucediendo.

—Estás aquí, joven lobo. Me alegro de que estés a mi lado. Ha llegado el momento de que tus poderes sean liberados. Habrás descubierto que no eres mitad dios —Taka tenía la voz entrecortada a causa del esfuerzo—. Eres hijo de una diosa mayor y de un dios menor. Posees la sangre de todos los dioses corriendo por tus venas, incluida la de Hozen y la de Hakai. Tienes en tus manos el poder de hacer tu voluntad, de ser un dios justo, el mejor que hayan conocido los seres de los siete planos. Usa la cabeza como te he enseñado, eres un gran chico. Siento no haber podido pasar más tiempo contigo. Algún día nos reencontraremos como dos viejos amigos. Creí que tendría más tiempo para poder despedirme del resto. Al fin ha llegado mi momento.

La cara de Taka dejó de moverse, quedándose con la boca entreabierta. Su pecho cesó el movimiento respiratorio. Las manos, brazos, piernas... todo su cuerpo se quedó relajado sin tensión alguna en sus fibras. Desde su piel comenzaron a elevarse despacio como las motas de polvo al contraste con la luz del sol unas minúsculas partículas de luz color azul eléctrico. En

ese mismo momento aparecieron por la puerta de la alcoba Suzaku, Genbu, Seiryu, Shika y Ryoko. Ante sus ojos vieron las luces que comenzaban a salir del cuerpo del padre de los dioses. De los ojos de las mujeres surgieron ríos de lágrimas que recorrieron sus caras. Las más jóvenes, Suzaku y Ryoko, se abalanzaron sobre los ropajes de Taka abrazándolo con fuerza, dejando que se escucharan sus lamentos.

El dios Ciervo cogió una manta negra, de un armario integrado en la pared. La sostuvo entre sus brazos, esperando a que las jóvenes se separasen del difunto dios del cielo. Las lágrimas caían, secándose antes de llegar a las prendas. Su cuerpo se desvaneció dando lugar a las últimas partículas de luz que se unificaron en la figura de un gran halcón que sobrevolaba las cabezas de las muchachas. El ave de presa, giró sobre sí misma, centrándose en los dioses restantes. Les guiñó uno de sus dorados ojos, a la vez que emitía uno de sus característicos chillidos antes de desaparecer volando hacia el techo, atravesándolo sin esfuerzo. Sobre la cama solo sus ropajes. Shika se acercó a las dos mujeres.

—Suzaku, Ryoko, levantad —pidió con educación, tan apenado como todos los demás—. Taka ha emprendido el vuelo final, ha ido a reunirse con el cosmos como siempre nos decía.

Ryoko y Suzaku se incorporaron, secándose las lágrimas de los ojos, mirando la cama vacía. Para una se había muerto su abuelo, el dios más grande y sabio que había existido jamás. Para la otra, el hombre más cariñoso. El hombre que sin ser familia había ejercido como tal, ganándose todo su afecto.

Por otro lado, estaba Kenji cuyas lágrimas saladas no se podían ver por su forma onírica. Acababa de perder al maestro de maestros, a una leyenda viva que admiraba desde niño. El dios que le enseñó que ciencia y magia no estaban separados, sino unidos por una invisible tela de araña forjada desde los inicios del cosmos. Taka era de su familia por eso el dolor de su muerte le ardía en el pecho, puede que aun más porque fue el primero en creer en él sin reservas.

—Recojamos sus ropajes, preparémoslos y démosles un lugar de reposo adecuado —la voz de la diosa del agua se escuchó en la habitación. Acercándose recogió las prendas, los brazaletes y las botas—. Una vez terminemos, nos reuniremos en la sala de audiencias, tenemos asuntos que tratar.

—Estoy de acuerdo contigo —concluyó la diosa de la tierra, mirando a la diosa del fuego y a Ryoko—. Vámonos chicas, tenemos cosas que hacer. Hay muchos heridos a los que curar —ambas asintieron con la cabeza, siguiendo al paso a Genbu abandonando la sala.

Shika y Seiryu, abandonaron la estancia también echando un último vistazo con sus ojos llenos de tristeza. La puerta se cerró de nuevo dejando al espíritu de Kenji en la habitación a solas. Un rayo de luz, de esperanza desapareció de los siete planos en los que el dios del cielo había influido desde su nacimiento. ¿Cómo iba él a poder suplir tal grandeza? Era dios desde hace apenas un par de años y con pleno conocimiento, unos pocos días.

Esa era la última visión que iba a recibir por parte de la vida de los dioses menores y mayores. El futuro no estaba escrito, debería escribirlo de su propio puño y letra. Para ello debía prepararse mentalmente, como nunca lo había hecho hasta la fecha. Tendría que trazar un plan para acabar con todo lo que el dios de la destrucción inició, rindiendo homenaje al dios del cielo. Abrió los ojos, sentado sobre su cama en la casa de La Puerta del Cielo.

Miró sus ropajes detenidamente. El uniforme de batalla de su familia estaba hecho jirones, sucio de tierra, de sangre, de verde de la hierba y las plantas. Se incorporó de la cama despacio como si cada movimiento formara parte de un estudiado ritual. Se quitó la ropa tirándola al suelo, quedando completamente desnudo. Imaginó como quería que fuesen sus nuevos ropajes, cerró los ojos para visualizarlo con mayor claridad. Sintió calor desde la base de sus pies hasta el borde del cuello y las muñecas. Sobre su cuerpo notó que se instalaba un peso liviano. Al tacto con su piel, palpó la suavidad de una nueva tela que le recubría por completo.

Al levantar los párpados vio unas botas de cuero negras llenas de hebillas que le llegaban por las rodillas. Los pantalones eran del mismo color azul de los vaqueros, aunque la tela era más resistente. El cinturón iba a juego con las botas, también los brazaletes que le protegían los antebrazos. Su camisa era negra con un sello en el pectoral derecho. En el sello circular se distinguía una cabeza de un lobo en la que se apoyaba un halcón con las alas estiradas y en la base unas enredaderas con espinas, todo ello bordado en hilo de plata. Colocó la flauta travesera en un aplique que hizo aparecer en el cinturón.

—Es la hora de recuperar mi vida, de arreglar lo que hemos provocado—se dijo, expresándolo en voz alta. Miró sus manos, sintiendo la falta del peso de su espalda—. Mi doble tiene a Guardianana... necesitareé un arma para luchar.

Extendió los antebrazos, estirando las palmas de las manos y los dedos. De la nada apareció un bastón de combate. Se trataba de una réplica de Celeste el arma vinculada a Taka el dios del cielo. Pero en lugar de estar hecha en madera estaba formada de acero de punta a punta. Kenji hizo que desapareciese en su interior como su mentor. Vio los ropajes raídos en el suelo. Con un movimiento de su mano derecha, se convirtieron en tierra. Formó una corriente de aire para que saliera por la ventana. Abandonó la casa con paso firme en dirección al campo de adiestramiento de los Alas Blancas. Debía ver cómo se las arreglaban con los nuevos dones, antes de partir en busca de su otra mitad.

Las calles estaban desiertas, cada paso estaba más cerca de llegar a ver a los ancianos y sus allegados. La algarabía de guerreros luchando unos contra otros era audible. Atravesó las puertas del recinto pudiendo ver a varias docenas practicando sin descanso. El ruido del chocar de espadas, lanzas y escudos era un sonido que le traía recuerdos, tanto buenos como malos.

Se acercó al centro del recinto esquivando sin esfuerzo los golpes de alguna espada. Segundo tras segundo el alboroto de los guerreros en su entrenamiento fue cesando al ver al joven vestido de negro avanzar hasta alcanzar el epicentro del lugar. Los que luchaban volando, manteniéndose en los aires en un delicado equilibrio fueron los últimos en detenerse. Kenji escrutó a todos los soldados de la ciudad, necesitaba ponerse a prueba, pero sin dañarles.

—Mis queridos Alas Blancas... —empezó a hablar, centrando su atención en Elohim que miraba desde las gradas—. El dios del cielo, ha muerto. Como su sucesor quiero vuestra aprobación. Para ello necesito que luchéis contra mí en un combate sin sangre. Si soy derrotado, seréis libres de elegir vuestro destino. En caso contrario me seguiréis a una última batalla por la libertad de los siete planos, contra el dios de la destrucción.

Antes de obtener una respuesta los ancianos a los que horas antes otorgaba sus dones se abalanzaban sobre él con las armas en ristre. De su mano derecha apareció la réplica de Celeste, haciendo que algunos que la

habían visto con anterioridad quedaran paralizados por la duda. Las primeras ofensivas llegaron hasta Kenji que se defendió tal y como le había enseñado Taka, mezclado con el estilo propio de bastón de Guardiania.

Un golpe tras otro hizo retroceder a varios de los mejores guerreros de la ciudad. Anael lideraba el ataque. Elohim se asombraba con la superioridad del joven dios sobre sus guerreros. Ninguno de ellos lograría tocarle con las técnicas que estaban empleando. Sin tener en cuenta que Kenji no estaba haciendo uso de ninguno de sus poderes. La visión de un joven aparentemente normal, golpeando a cada uno de los guerreros curtidos en cientos de batallas era épica.

Viendo la desventaja táctica que tenían frente a él, Kenji permitió que uno de los más jóvenes le alcanzase en el costado derecho para darles la felicidad de la victoria sobre un dios joven, desconocido para ellos. ¿Quién querría servir a las órdenes de un muchacho inexperto en batallas ancestrales? Levantó las manos mostrando el bastón en señal de rendición. Hizo que desapareciese de nuevo, alojándose en su interior.

—Sois libres de decidir vuestro destino —anunció provocando los vítores de los guerreros—. En pocas horas partiré hacia el territorio de los gigantes a reunirme con mi otra mitad. Luego abandonare Bestiary, dejándolo a vuestro cuidado y el de los Thunder Wolf.

—¡Te serviremos a ti, dios Kenji! —la voz a sus espaldas era la de Elohim el jefe de los Alas Blancas—. Ninguno de nosotros tenemos derecho a elegir otra cosa.

—¿Por qué Elohim? —preguntó Kenji girándose para encararle.

—Porque fuimos creados para servir al dios del cielo —alegó con firmeza, con toda la seguridad de la que era capaz de transmitir—. Aunque Taka haya muerto, sigue existiendo un dios del cielo. Tú, su sucesor, por lo tanto, eres nuestro señor. ¡Te serviremos!

Todos los Alas Blancas del recinto bajaron al frío suelo de piedra. Elohim fue el primero en arrodillarse en señal de pleitesía, seguido de toda la muchedumbre de alrededor. Kenji miró hacia las casas de fuera del recinto. De ellas salía gente que se adentraba al patio de entrenamiento, para arrodillarse ante él. Todos le miraban con fervor. La misma mirada que le dedicaron los Vaélers la primera vez que supieron que era nieto del dios lobo.

Salió del recinto, encaminándose hacia las puertas de la ciudad seguido de cerca por Elohim. Al llegar, los dos soldados que allí estaban apostados para la vigilancia se arrodillaron. Kenji sentía remordimiento por lo que les podría suceder si le servían como ellos querían. Elohim le alcanzó quedando a escasa distancia del joven.

—¿Qué sucede? —pidió una explicación a su comportamiento.

—Lo que sucede, Elohim, es que ya hubo un pueblo que me rindió pleitesía como descendiente de Vaél. Todos fueron a la batalla por mí, por las Tierras de la Eternidad. A día de hoy no sé cuántos de esos valientes guerreros quedan con vida —le dijo con gran pesar en sus palabras—. No quiero que pase lo mismo con esos valientes que se entrenan con tanto empeño en el patio de adiestramiento. Son buenos guerreros, pero también son compasivos y mis enemigos no conocen la misericordia.

—Mi señor, nacimos, vivimos y morimos para ayudar a los designios del dios del cielo. Nuestras vidas no son importantes, solo lo que hacemos con ellas para ayudar a que la paz reine en los distintos planos de la existencia. Taka era su protector entonces, ahora lo eres tú —la mano de Elohim se posó sobre uno de los hombros de Kenji, reconfortándole.

—Tengo muchos asuntos que atender, pero que tengan que ver con Bestiary solo una actualmente —habló sin mirar a Elohim, que aún estaba brindándole su apoyo.

—¿Cuántos hombres necesitas? —dijo ofreciéndole los hombres para la hazaña que tuviera en mente.

—Ninguno, mi otra mitad sabe luchar igual que yo. Está llena de ira, de ansias de venganza. No será muy razonable, es mi deber ocuparme de ello. Entrénalos, es muy probable que os necesite para combatir contra los Dákrya de Hakai —aconsejó al hombre alado.

—¿Vendrás a despedirte de nosotros antes de regresar?

—Lo dudo mucho, el tiempo corre en mi contra y no sé con qué fuerzas podemos contar en mi mundo. Cuando lo descubra volveré, os llevaré a la batalla.

—Vas a ir a por los gigantes y a por Raziel —afirmó Elohim dejando que el silencio que Kenji mantenía confirmara sus sospechas—. Es muy peligroso.

—Lo sé, pero es lo que debo hacer. Cuanto antes inicie el viaje, antes sabré el desenlace—se giró para estrechar la mano del jefe de los Alas

Blancas—. Gracias

—De nada, joven dios —Elohim le sonrió con calidez.

Ante él, los dos guardias abrieron las puertas dejando que las traspasase. Caminó por el sendero que descendía hacia la entrada de la cueva de la manada de Furia.

Trasapó la densa cortina de nubes que separaba la zona de asentamiento de La Puerta del Cielo con la zona montañosa y boscosa de los bosques del oeste. Siguió bajando con sumo cuidado hasta que pudo vislumbrar el suelo lleno de piedras, de hierba y tierra. Apresuró su paso hasta que puso los pies sobre tierra firme. Allí descansó, colocando las manos sobre sus rodillas, unos instantes.

Una vez recuperado el aliento, a causa del esfuerzo de bajar la montaña desde su cima hasta su base en su forma humana, enderezó la espalda. Dirigió la mirada con decisión hacia el horizonte en un intento de orientarse para seguir con su camino, para recuperarse a sí mismo y a su espada, Guardiania.

El sol rojo de Bestiary descendía dando paso al atardecer. Kenji comenzó a caminar a paso raudo en dirección este. Recordaba, por la batalla que mantuvo contra los gigantes que acosaron a la comitiva de Viento, que el campamento de Raziel se encontraba en esa dirección. Por la misma razón, su yo vengativo habría partido hacia allí. Para poder sonsacarle la ubicación del portal invisible que daba acceso a las tierras de Byakko, Ecos del Rugir.

Tras de sí, a los pocos segundos de caminar, escuchó unas pisadas de un animal mediano para la zona en la que se encontraba. Giró sobre sus pies sin dar opción a esconderse al pequeño animal. Se trataba de un Thunder Wolf de corta edad. Al mirarle con detenimiento le reconoció, era el hijo de Furia.

—Gruñido, ¿Qué haces aquí? —le interrogó con paciencia.

—Escuché ruidos fuera de la cueva y salí a investigar. Creí que era padre que regresaba con los demás —dijo animado, moviendo la cola tras de sí.

—Regresa a casa, tu padre volverá en unos pocos días. Yo he de partir. Vuelve a la cueva, que yo te vea —a regañadientes, Gruñido, echó a correr hasta que desapareció de su vista.

Comenzó a caminar de nuevo a paso rápido, asegurándose que el pequeño no volvía a seguirle por el medio de los campos. Una vez estuvo convencido de su soledad, echó a correr transformándose en Thunder Wolf

para recorrer más distancia en menor tiempo. La velocidad que alcanzaba a plena carrera en esa forma le permitiría llegar a su destino antes de lo que lo haría en su forma humana sin usar ninguno de los otros poderes. Clavó la mirada en su objetivo, impidiéndose descansar hasta que no le quedasen fuerzas para avanzar.

OceanofPDF.com

Capítulo XIX

OceanofPDF.com

Aceptación

Los paisajes cambiaban paulatinamente dando lugar a una espesa selva que daba la sensación de peligro a cada paso. Sus sentidos se mantuvieron alerta por los posibles animales salvajes, que le pudiesen acechar a cada rincón. Por el momento los animalillos que se cruzaban en su camino, se escondían temerosos.

Los cambios en el terreno irregular se sucedieron hasta convertirse en una llanura pedregosa por la que se hacía difícil transitar. La poca hierba visible a sus ojos era de color pajizo, como cuando se quema por los rayos del sol en verano. Las noches en ese paraje eran frías como la nieve. Kenji se acurrucaba cerca de alguna de las enormes rocas que encontraba, protegiéndose del aire nocturno.

En las últimas noches la única compañía de la que había disfrutado era de algún ratoncillo de campo. A sus oídos llegaba el sonido amenazador de serpientes anunciando su presencia al viajero. alguna de ellas acabó pinchada por un palo de madera a modo de espeto, asada por el fuego de una hoguera y engullida para calmar su hambre.

Poco a poco comenzó a notar una presencia, de su doble. El poder que emanaba era increíble, muy fuerte, incluso las vibraciones de poder de Byakko o de Taka se quedaban cortas comparadas con las que estaba sintiendo en esos momentos. Sabía que tendría que ser cauto, prudente, como nunca antes lo había sido. La responsabilidad que descansaba sobre sus jóvenes hombros era mayor que meses atrás. Notaba su peso como si se tratase de una gran losa de piedra de la que no podía librarse sin más.

No le quedaba mucho tiempo para cumplir veinte años, contando con los distintos cómputos de tiempo de los planos en los que había pasado su vida desde que le dieron la extraña beca de estudios. En su conocimiento vivió en las Tierras de la Eternidad más de dos años, pasó por el Reino Olvidado o el Mundo de los Muertos donde no trascurren los días y por último Bestiary, un plano enorme en terreno que goza de la vida de innumerables seres animales y vegetales, durante más de un mes.

Una vez acabase con los dictámenes de la profecía, debería decidir si regresaba al Mundo de los Hombres o si, por otro lado, decidía quedarse en el lugar de origen de sus ancestros. En el plano de James y Elisabeth no quedaba nada que le retuviese, aunque siempre fue su hogar. Tendría que visitar sus tumbas antes de regresar a las Tierras de la Eternidad. También quería rendir homenaje a sus padres biológicos, así como a sus hermanos y hermanas. Sin ellos no estaría vivo, les debía eterna gratitud.

Apartando los pensamientos de su cabeza, apagó con un movimiento de la mano el fuego de su última hoguera. Se puso en pie mirando hacia el horizonte. Al noroeste, justo donde entabló batalla contra la horda de gigantes. En frente se elevaban majestuosamente unas montañas con los picos cubiertos de blanca e inmaculada nieve.

Dio un paso, luego otro y otro. Después de varios días de viaje su cuerpo se acostumbró a un ritmo de avance que solo los pueblos nómadas de las estepas podían seguir. Su rápido avance no dejó impasibles a algunos depredadores que, al vislumbrar el brillo de sus ojos morados, corrían despavoridos. El dios lobo dejaba vagar por esas tierras a su descendiente, igual que hizo él mismo tiempo atrás.

La presencia de su doble se percibía cada vez más cercana. En algún lugar de esos parajes se encontraba recorriendo cada palmo de terreno intentando encontrar la guarida de Raziel. Centró su ser en la lectura del Aura tal y como le enseñó Taka. El destello de un tono dorado como el oro más puro. Su caminar era lento, no tenía prisa alguna.

Dirigió sus pasos hacia donde se encontraba el aura de poder que acababa de divisar. Sabía que era él mismo, seguro, confiado de su poder, de su divinidad. Horas después, cerca de la entrada a un desfiladero que transcurría entre dos montañas, vio a su doble vestido con el uniforme familiar. Tomó aire para que pudiese escucharle desde esa distancia.

—¡No des ni un paso más! —advirtió a su doble vengativo, lleno de ira.

Este giró sobre sus talones para ver quién era en incauto que le daba una orden directa. Afinó su vista. Le reconoció al segundo. Kenji se acercaba a él con firmeza. Vestía de forma diferente, todo de negro y azul. Su primer movimiento le llevaba a su encuentro. No sabía que se proponía. Es posible que buscara un enfrentamiento directo para ver cuál de las dos mitades de su ser era más poderosa. A escasos centímetros uno del otro, se miraron detenidamente. Ambos eran físicamente imponentes, unos guerreros a ojos

de quien pudiese mirar. También, al ser dos mitades de un mismo ser, eran idénticos como dos gotas de agua. Guardiania reposaba en el hombro de su otra mitad.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó con la voz tomada. Su cara estaba cansada, las ojeras se estaban volviendo negras de los días que debía de llevar sin dormir bien a causa de las voces.

—He venido a por ti. No podemos vivir separados, ni siquiera morir uno para que viva el otro —le explicó, viendo como apretaba los dientes a cada palabra que pronunciaba—. ¿Te has visto la cara últimamente? Las voces y sentimientos de los seres del cosmos te están consumiendo por dentro. No tienes forma de acallarlas sin mí.

—¡No me des lecciones! Todo lo que aprendiste yo también lo aprendí. En algunas situaciones si no hubiera sido por mí no habrías sobrevivido. Soy la parte que no le importa matar, la que no piensa demasiado en las consecuencias cuando se debe actuar —le dijo bajando la espada, apuntando con el filo hacia el suelo—. Me he cansado de esta discusión.

Propinó una patada en el pecho lanzándole hacia atrás a la vez que emprendía una ofensiva. La punta de Guardiania se dirigía al estómago de su contrincante. La espada frenó en seco a escasos milímetros de su torso. Otro ataque, esta vez describiendo un círculo para sesgar el cuello. La espada volvió a detenerse dando un tirón en el brazo del doble de Kenji. Volvió a intentarlo en otras cinco veces a distintos lugares del cuerpo del original. El resultado fue el mismo que la primera vez. La hoja de Guardiania se negaba a cortarle, pincharle o atravesarle. La cara de decepción hizo su aparición en la cara del doble vengativo e iracundo. Clavó en la tierra el filo de la espada dejándola aparte. En sus manos hizo aparecer dos dagas de metal afiladas.

—Ya que Guardiania se niega a acabar con tu vida, lo haré con estas dos amigas —Kenji sacó el bastón, réplica de Celeste, para defenderse de los inminentes ataques de su doble.

El original, los repelía. Esta, a su vez, evitaba con gran destreza los golpes que a él iban dirigidos por parte del arma defensiva. Los minutos pasaron con rapidez, luego las horas, hasta que los dos contendientes comenzaron a notar el agotamiento apoderándose de sus cuerpos impidiéndoles seguir como a ellos les gustaría.

El doble y Kenji se dejaron caer sobre el suelo pedregoso, despacio hasta quedar sentados, mirándose el uno al otro. Les estaba costando recobrar el aliento. Tras un rato en silencio, recobraron la normalidad. Kenji se sentó con las piernas cruzadas como si fuera a meditar. Colocó el bastón sobre las rodillas y las manos sobre los muslos.

—¿Lo ves? No podemos herirnos —dijo Kenji intentando razonar con su parte más agresiva—. Tenemos que encontrar la manera de conjugar nuestros pensamientos. Seguro que tenemos la misma resolución del problema.

—Lo dudo, mi visión es sacarles a palos la ubicación del portal invisible e ir a por Hakai —dijo con sinceridad.

—Yo también quiero acabar con Hakai, pero no nos hace falta el portal hacia Ecos del Rugir. Podemos abrir portales de nuevo, pero antes debemos prepararnos bien. Tenemos que averiguar qué ha sucedido en nuestra ausencia en las Tierras de la Eternidad —le contó parte de su plan una vez salieran de Bestiary.

—¿Y cómo te propones hacerlo?

—Viajando, somos un dios por nacimiento y de los poderosos. Podemos mezclarnos con los habitantes de las poblaciones, recabar información. Encontrar a los supervivientes y hacer un plan para acabar con todo esto —su doble comenzó a acariciarse la cara ante la sugerencia de un plan estratégico.

—Es buena idea, pero no sé cómo hacer que nos volvamos a unir en un solo ser. ¿Y tú?

—Solo sé lo que nos dijo Uchū —dijo recordando en voz alta las palabras exactas—. «Todos debemos asimilar lo que realmente somos para estar completos. Las partes buenas, las malas, todas son parte de nuestro ser y si no lo aceptamos morimos, desaparecemos. Acepta todo lo que eres y no pierdas la cabeza.»

—También recuerdo esas palabras del anciano, pero somos distintos. Yo tengo ira, deseo de venganza, agresividad... Tú eres tranquilo, pacífico, no quieres dañar a nadie... —la voz del doble se desesperaba al describir las características del actual Kenji.

—Es posible que así sea, pero aun así son distintas emociones de un mismo ser. Meditemos con los ojos cerrados sobre ello, tal vez al entrar en comunión nuestras mentes volvamos a ser uno solo —Kenji fue el primero

en cerrar los ojos, perdiendo de vista a su otra mitad. Dejándole allí plantado con ganas de continuar la pelea.

—Está bien, intentémoslo a tu manera a ver si podemos continuar nuestro camino de una vez por todas —cerró los ojos exhalando un sonoro resoplido.

El silencio que acunaba cada piedra de aquel paraje recuperó su reino por unas horas. La respiración de las dos partes de Kenji se relajó acompañándose. Los músculos de los cuerpos, abandonaron toda tensión. Los oídos dejaron de estar alerta, evitando pensar en un ataque sorpresa de cualquier depredador, gigante u otro ser.

La cabeza de Kenji se balanceó hacia un lado perdiendo la consciencia de sí mismo quedando dormido como cuando, de niño, viajaba en coche con sus padres. Dejó que el mundo de los sueños le meciese, como una madre que acuna a su hijo trasmitiéndole seguridad, protección. Una ráfaga de viento acarició su cara haciendo que levantase los párpados lentamente.

Frente a él, solo se hallaba la espada que forjó en Ziel clavada en la tierra. En el lugar donde antes estaba su doble reinaba un vacío existencial. Solo aire, nada corpóreo con lo que poder hablar. Investigó en su interior. Los sentimientos de ira, de venganza, de agresividad... habían regresado a su lugar de origen.

—¡Gracias por regresar! Haremos que valga la pena habernos aceptado tal y como somos —Kenji se irguió dando dos pasos hacia la espada. La funda con el arnés de cuero estaba tirada a su lado. Se colocó las cinchas de piel, ajustándolas con las hebillas y enfundó la espada en su espalda con un simple movimiento—. Ahora, a ver a Viento, debemos partir hacia nuestro destino.

Kenji se transformó de nuevo en el fiero Thunder Wolf, dando un salto hacia adelante para comenzar la carrera de regreso a los territorios de la manada de Furia. Su carrera resonó en el espacio según recorría los kilómetros que le separaban de su siguiente parada. Su mente estaba más serena que antes, se sentía completo como si hubiera encontrado la pieza que le faltaba del puzle.

El dios que inició el universo tenía razón. Para que uno pueda sentirse completo, para que pueda sentirse feliz... primero hay que aceptar cada parte que forma nuestro ser. Es una filosofía muy extendida por filósofos

del Mundo de los Hombres, pero puede que, para un dios, sea igual de difícil conseguirlo que para un humano.

Varios días de viaje después pudo divisar las montañas que marcaban los dominios de Furia y la subida a La Puerta del Cielo de Elohim. Apresuró un poco la marcha para llegar antes de que la noche se cerniese por última vez sobre él en Bestiary. Con resignación a las pocas horas paró, dispuesto a descansar. Se acurrucó en su forma animal, colocando la cabeza entre las patas delanteras.

Una imagen del salón de audiencias de la Guarida apareció en sus sueños. Allí, anclado al suelo por grilletes de carbirio se encontraba Vaél. Delante, estaban el príncipe Alram y la diosa de la mentira, Kitsune, arrodillados en señal de respeto hacia el sillón del trono. Kenji se giró sobre sí mismo. En la silla de madera tallada para el dios lobo descansaba, con cara de mal humor, el dios de la destrucción: Hakai.

Les regañó por no encontrar al dios del cielo, ni a Kenji. Les humillaba, tachándoles de incompetentes. Vaél parecía divertido, la expresión de su cara dibujó una sonrisa. La diversión del dios lobo parecía irritar aún más al dios de la destrucción que se puso a conversar con Vaél. Las preguntas que le hizo con desdén obtuvieron respuestas. Puede que no las que esperaba, pero respuestas, al fin y al cabo.

De su mano salió un látigo con el que azotó al dios lobo con un gran chasquido. Luego otro y otro que le desgarraba la piel, haciéndole sangrar. La mirada de Kenji se desvió un instante, justo en el mismo momento que vio la cara de Kitsune. La diosa de la mentira se estremeció como nunca la había visto hacerlo. ¿Podría ser que aun albergase sentimientos hacia Vaél?

No le dio tiempo a descubrirlo, Hakai dio una orden muy concreta a su hija. Debía encontrarle, a toda costa. La diosa se dio la vuelta, sin mirar al dios lobo dejando al príncipe de los elfos oscuros, con él y con Hakai. Salió rauda por las puertas del edificio que una vez fue su casa.

Una vez a solas azotó otro par de veces al postrado dios menor. Hakai se encaró al temeroso príncipe Alram, que agachó la cabeza, sumiso. Le dio una orden que asumió con toda la naturalidad de la que fue capaz. Abandonando la sala del trono antes de que el dios de la destrucción decidiera tomarla con su persona. Hakai se sentó en el sillón lleno de orgullo, mirando a Vaél. Antes de retirarse decidió dedicarle una última

frase llena de odio, cargada de veneno. En ella se burlaba de él, prometiéndole ver la muerte de su nieto, Kenji.

Despertó en medio de una tormenta de estrellas que se divisaba con total claridad en el firmamento reinado por las dos lunas del plano más bestial de todos. Las imágenes de su última visión le daban la esperanza de poder rescatar a tiempo al dios lobo e incluso descubrir si la diosa de la mentira se cambiaría de bando dada su reacción a los latigazos.

Las voces de su cabeza se habían mitigado desde que sus dos partes se habían vuelto a unir en un solo cuerpo. El universo tenía razón en sus breves lecciones, a veces la mejor forma de sentirse mejor con uno mismo es aceptar la dualidad que vive en constante lucha por la supremacía. Solo cuando alcanzamos el delicado estado de equilibrio, conseguimos alcanzar la verdad suprema. Una verdad que guiará nuestros pasos en la dirección correcta.

Las estrellas recorrían el cielo de lado a lado rápidas, dejando una estela luminosa tras de sí. Kenji las miraba cruzar la oscuridad de la noche metido en sus pensamientos. Su cuerpo logró descansar unas horas más antes de ponerse en camino hacia la cueva donde envió de regreso a Gruñido. Sus aventuras en Bestiary dejaban huellas, huellas que se borrarían por el inexorable paso del tiempo. Pero el recuerdo que dejaba en las mentes de aquellos que le habían conocido quedaría en su memoria.

La entrada de la cuerva, refugio de la manada de Thunder Wolf del oeste, estaba custodiada por cuatro lobos adultos de gran tamaño. Su constitución era muestra suficiente de que eran cazadores. Se acercó hasta ellos caminando con tranquilidad. Cuando estaba a escasos metros de distancia dos de ellos le gruñeron cortándole el paso.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó con tensión en sus palabras uno de los cazadores.

—Vengo a ver al jefe Viento y al jefe Furia —contestó dentro de la cabeza de los cuatro lobos.

—El jefe Viento ha dado órdenes de que nadie puede pasar desde este punto —amplió información otro de los cazadores.

—Decidle que Kenji está aquí, necesito verle —uno de los lobos al escuchar el nombre asintió a uno de los dos que guardaban la retaguardia.

—Espera aquí —ordenó el cabecilla.

El Thunder Wolf que había recibido la señal de asentimiento salió corriendo hacia el interior de la cueva como un vendaval. Los tres Thunder Wolf restantes daban paseos cortos de un lado a otro de la entrada, sin perder de vista a Kenji. Daba la sensación de que a cualquier movimiento que considerasen extraño se abalanzarían sobre él. Decidió esperar inmóvil, con calma a que llegase la respuesta de Viento.

No tardó en regresar el lobo enviado con el recado, su respuesta fue un gesto para que le siguiese. Los guardianes se apartaron dejando que accediera a la cueva. Dentro reinaba la calma, grupos de lobos de distintas edades se concentraban en zonas reservadas para su descanso. Eran como pequeños huecos excavados en las paredes de piedra por el paso del tiempo y la humedad, que daban la apariencia de casas. Siguió caminando fijándose en todo lo que le rodeaba, no apreciaba demasiados cambios desde la última vez que se adentró en sus grutas. Se encaminaban al fondo de la caverna, donde la luz entraba por un pequeño boquete, creado por un derrumbamiento en uno de los laterales de la montaña.

Viento estaba de pie sobre sus cuatro patas, rodeado por Cuzo, Astilla y otros lobos a un Thunder Wolf herido. Kenji se acercó hasta llegar a la posición de Viento que estaba tenso por la situación. Levantó levemente la cabeza para mirar a la cara de su amigo.

—*Hola* —dijo lleno de tristeza—. *Llegas justo en el momento en el que nos estábamos despidiendo de Furia. Está gravemente herido.*

—¿Qué ha sucedido?

Cuzo le sacó de dudas.

—Nos dirigíamos hacia aquí después de las negociaciones con Silencio, cuando nos atacó un grupo de Jaskings. Son una especie de depredadores felinos moteados con un cuerno afilado y dentado sobre sus hocicos —la explicación hizo que la mente de Kenji le revelase la imagen precisa de dicho animal—. Uno de ellos fue derribado por Furia, pero no sin que antes le alcanzaran en uno de los costados.

—Yo me ocuparé de su curación, no es la primera vez que le trato —apartó con cuidado a los Thunder Wolfs que velaban el cuerpo del jefe herido.

Logró llegar al cuerpo de Furia. La herida que tenía en el costado izquierdo era muy amplia. Una espuma de color amarillento le cubría la abertura, mezclada con la sangre. Estaba infectada. Acercó la oreja a la

zona donde se encontraban los pulmones para escuchar. Su respiración era muy débil, igual que los latidos de su corazón. Ambos estaban cansados, su lucha por la supervivencia estaba a punto de llegar a su fin.

Apartó la oreja del torso del lobo. Colocó las manos como tantas veces había hecho desde que aprendió los poderes curativos del dios ciervo. Se concentró en limpiar la herida con un leve chorro de agua clara. Una vez eliminada la masa purulenta, hizo que de sus manos saliese el fulgor morado que lo caracterizaba. La larga y ancha herida comenzó a cerrarse desde sus extremos hacia el centro. Furia apretaba los dientes a causa de la curación acelerada a la que estaba siendo sometido.

Viento sabía perfectamente lo que estaba haciendo en esos momentos su amigo. Estaba curando a Furia, como regeneró su ojo. Como salvó su vida cuando se enfrentó al antiguo jefe de la manada, Trueno. En silencio observaba como hacía su magia, usaba el poder de los dioses por el bien de otros sin pedir nada a cambio.

La mortal laceración desapareció ante los ojos de todos los presentes. El pelo comenzó a crecer sobre la piel haciendo como si nunca hubiese existido. Los ojos de Furia se abrieron de par en par, con torpeza. Dejó de apretar los dientes, el dolor había desaparecido. Vio a Kenji que le sonreía con alegría.

—Veo que he logrado salvarte de las garras de la muerte, ¿Cómo te encuentras? —dijo animado al ver a Furia despierto.

—Cansado, pero mucho mejor que hace unos minutos. ¿Qué haces aquí? —Furia expresó su preocupación.

—He venido a poner al día a Viento y a despedirme. Me voy de Bestiary.

—¿Cómo que te vas? —dijeron al unísono Astilla, Furia, Cuzo y Viento.

—He recuperado la manera de crear portales, no estoy muy seguro de su eficacia para viajar. Pero debo salir de Bestiary para seguir con mi misión —las palabras que pronunció hicieron que los dos jefes se quedasen pensativos.

—No puedes irte, apenas llevas unas semanas aquí —Cuzo y Astilla se mostraban disgustados.

—*Chicos, dejadle tranquilo* —ordenó a sus dos guardaespaldas con autoridad—. *Tenemos que hablar. Sígueme.*

Viento le llevó a una zona apartada dentro de la cueva. La distancia con cualquiera de los grupos de lobos de la manada era la suficiente para no ser

escuchados. Tras unos segundos sin emitir ni un solo sonido, asegurándose de que no había ninguna oreja esquivando intentando escucharlos, encauzó la conversación.

—*Cuéntame todo desde el principio, he de saber qué pasa y cuál es tu plan* —Viento no se andaba con rodeos. Fue directamente a la fuente de su preocupación.

—Como quieras, pero te lo resumiré un poco para no alargarme innecesariamente —Kenji comenzó su relato con datos de sus visiones de los dioses, intentando no entrar en demasiados detalles irrelevantes. Según su historia iba avanzando el interés de Viento se acrecentaba. Tras varias horas en las que el sol estaba alcanzando su zenit, le contó su corta “convivencia” con Rhianne. Su rabia al descubrir la muerte de sus hermanos, sus hermanas y padres biológicos. El desdoblamiento de su ser en la parte positiva y negativa. La descripción de cómo vivieron sus últimos minutos sus padres adoptivos. La recuperación de los dones de los Alas Blancas. La prueba de aperturas de portales. La muerte del dios del cielo, Taka. Por último, su unificación después de enfrentarse a sí mismo en combate.

Al finalizar el resumen de su historia desde su separación, hubo unos minutos de silencio entre los dos amigos. Viento dio un par de cabezadas a cada lado antes de poder terminar de ordenar sus ideas. Kenji esperó a que su amigo lobuno comentase en su mente sus pensamientos.

—*Todo lo que me has contado me perturba, ¿Cuándo nos vamos?* —le dijo con decisión.

—No creo que sea bueno que me acompañes. Ahora eres la cabeza de las cinco manadas de Thunder Wolfs de Bestiary. No puedes abandonarles. Además, tenéis las incursiones de los gigantes entrenados por Raziel... — ante el razonamiento de su amigo, Viento le interrumpió para darle las noticias más recientes.

—*Sí, es cierto que soy el Gran jefe de las cinco manadas, no sin esfuerzo. Silencio no me lo puso fácil. Solo al ver a Roca y Furia unidos a mi favor, le hizo reflexionar durante una noche entera. Pero solicita que las manadas nos juntemos para una mejor supervivencia. Existen más problemas...*

—¿Cuáles? —interrumpió Kenji sin dejarle continuar de seguido. El saber que podía haber más frentes abiertos que los que conocían le

sorprendió.

—*En el norte acaban de organizarse grupos de orcos que intentan avanzar hacia el sur. La manada de Roca les detiene. Ayudados, inconscientemente, por ataques de las patrullas de gigantes que les masacran cada vez que pueden y de algunos depredadores menores* —la expresión en la cara de Viento se endureció mientras le daba a Kenji la noticia.

—¡Con más motivo! —exclamó con énfasis—. Debes ayudar a las manadas a que esta situación termine de una vez por todas. Yo me las arreglaré, regresaré a verte.

—*Me quedo con una condición* —comentó Viento a su amigo con total seriedad—. *Cuando vaya a tener lugar la batalla final, deberás llamarme para luchar a tu lado. Estamos conectados desde el día en el que me llamaste.*

—Te lo prometo, pero prométeme que te mantendrás con vida. Sé lo duro que es vivir en Bestiary —logró sacar una sonrisa a Viento que apoyó su cabeza en su hombro. Kenji le correspondió con un abrazo alrededor del cuello.

—*¿Cuándo vas a partir? ¿Y a dónde?* —preguntó sin separarse del abrazo de su amigo.

—Esta misma noche abriré un portal hacia Nueva York, he de visitar la tumba de mis padres. Luego iré a rendir homenaje a mi familia biológica. Por último, a las Tierras de la Eternidad para ver cómo está la situación. En cuanto me reúna con los supervivientes a la batalla de Lukwos, trazaremos un plan y vendré a buscarte. ¿Qué te parece? —dijo esperando la opinión sobre su planificación.

—*Es una buena idea, pero ve con mucho cuidado. Mientras podrías transformarte en Thunder Wolf y pasar una tarde agradable con todos nosotros, hasta la hora de irte. ¿Te apuntas?* —en respuesta Kenji cambió de su forma humana a su forma lobuna, aullando acompañado por Viento que se alegró.

La tarde fue amenizada por historias de los viajes de los diferentes integrantes de la manada. Algunas de ellas hacían referencia a animales tan grandes que parecía casi imposible que un grupo de tres Thunder Wolfs hubieran podido darle caza. Otras eran conocidas por Kenji, como la batalla contra los gigantes del Noreste que se habían encontrado. Las horas

parecían correr más rápido de lo que le gustaría. Se sentía muy cómodo entre los lobos de la manada.

Por otro lado, su corazón estaba angustiado. Quería ver la cara de Ryoko, saber que se encontraba bien después de la batalla. También tenía ganas de compartir una cerveza de frutos silvestres con Niall, Lugh y el Príncipe Eldar. Incluso se dejaría ganar por Byakko en combate, con tal de saber que él y los demás dioses estaban bien. La nostalgia, la angustia, eran sentimientos que sabía que no le harían sentir mejor.

Uno de los lobatos se acercó hasta donde se hallaba sentado, metido en sus pensamientos. Notó un pequeño cabezazo en el lomo. Giró la cabeza para ver al pequeño que le miraba con los ojos llenos de emoción. Detrás, venían corriendo Gruñido y otros tres cachorros. Todos se abalanzaron contra Kenji. Viento se rio al verlo.

—*Creo que los más jóvenes reclaman tu atención* —la risa de Viento era contagiosa. El mejor amigo que había tenido desde su metedura de pata en el puente del río Támesis.

—Debería ir a jugar con ellos un rato —asintió.

—Deberías, no van a parar hasta que te levantes para estar con ellos —añadió Furia, que conocía muy bien a los pequeños, sobre todo, al líder del grupo, su hijo Gruñido.

—Bien —dijo levantándose sobre las cuatro patas, mirando a los cachorros que le miraban moviendo alegremente las colas sin parar—. ¿A qué queréis que juguemos?

—Nosotros nos escondemos, luego nos buscas y el que sea capaz de abalanzarse sobre tu lomo sin que le descubras... gana, ¿Vale?

Se acercó hacia uno de los rincones más oscuros de la cueva dando la espalda a los cachorros empezando a contar mentalmente para darles tiempo suficiente para que se escondiesen en sus lugares elegidos. Al llegar a cien se dio la vuelta para ver el panorama que tenía. Al parecer los pequeños lobos sabían esconderse mejor de lo que creía. Comenzó a caminar por la caverna llena de lobos, intentando agudizar sus sentidos para escuchar cualquier paso en falso.

El primero de ellos apareció divisado por Kenji desde el rabillo de su ojo derecho. Se ocultaba detrás de un grupo de ancianos que estaban descansando. Este se colocó a su lado caminando por las distintas grutas. Poco a poco descubrieron a los demás compañeros, a todos menos a uno, el

joven Gruñido. Los cuatro cachorros acompañaban en su expedición al amigo del jefe de las cinco manadas.

Tras casi media hora de juego, recorriendo toda la cueva, hogar de la manada de Furia, no vio indicio alguno de donde se había escondido el pequeño. Un último vistazo alrededor le hizo pensar que se había escondido cerca de su padre. Se acercó con mucho sigilo para no ser descubierto por el pequeño cazador. Rodeó lentamente la reunión de los guerreros y jefes. Al parecer una diminuta cola de lobito se ocultaba detrás de su padre moviéndose de manera enérgica por la emoción del juego.

Le pisó con cuidado la cola para darle a entender que le había visto, dando por terminado el juego. Aun así, los cinco lobatos se abalanzaron una última vez sobre su nuevo amigo derribándole al polvoriento suelo. Dejaron que se levantase, dándole las gracias por haber jugado con ellos ese rato antes de cenar e irse a dormir, regresando con sus progenitores.

Kenji se acercó hacia Viento, sentándose a su lado. Su amigo estaba empezando a estar hambriento. El sol comenzaba el descenso de la curva diaria. Astilla propuso a unos cuantos guerreros de la manada salir a cazar para tener algo que llevarse a la boca. Doce de los cazadores que se hallaban en la cueva se pusieron en pie, corriendo detrás de Astilla para ir a los bosques cercanos.

—Kenji, ¿te quedarás a cenar? — le dijo Furia después de ver desaparecer a los cazadores por la entrada de la cueva.

—No creo, tendría que comenzar mi viaje lo más pronto posible para hacer todo lo que tengo en mente. Pero esperaré al regreso de los cazadores —añadió de manera cortés a Furia, viéndole con mejor aspecto.

—¿*Dónde te alojarás cuando regreses al Mundo de los Hombres?* — Viento le expuso una duda que no había resuelto por el momento. Pensaba llegar a Nueva York a través de uno de los portales, pero no donde iba a hospedarse una vez estuviese allí.

—Pues no lo tenía decidido, pero seguro que si voy a la casa de mi maestro me acogerá, aunque sea por una noche —caviló mientras emitía las palabras—. Aunque no sé qué noticias podría darle sobre su hija, Ryoko.

—*Es una buena opción, al menos es alguien de confianza* —Kenji asintió por la afirmación de Viento.

Los cazadores volvieron triunfantes con gran variedad de presas, de diversos tamaños para que cada uno de los miembros pudiera llevarse algo

al hocico. Los lobos adultos ayudaron a los recién llegados con la cena, haciendo trozos más pequeños. Kenji se levantó sobre sus cuatro patas aproximándose a cada uno de los lobos que habían compartido momentos con él desde que llegó a Bestiary. Todos le deseaban un buen viaje, esperando verle pronto de vuelta. Una vez se despidió de todos, cambió a su forma humana.

—*Recuerda tu promesa* —dijo Viento chocando con suavidad su lomo contra Kenji—. *Tenemos una batalla que librar juntos.*

—Tranquilo, no lo olvidaré —acarició la cabeza con cariño. Se situó delante abriendo un portal tras el cual se veía la ciudad de Nueva York—. Nos veremos muy pronto.

Dio unos pasos hacia la ciudad de su infancia, atravesando el portal con la seguridad que le daba ir a un sitio conocido. Tras él, la mirada de Viento le seguía a cada paso hasta que el portal se cerró por completo dejándole con el ruido de la caverna.

Capítulo XX

OceanofPDF.com

Nuevas Amistades

El portal de viaje creado por sus manos, se bifurcó en cuanto puso un pie dentro. De las verdes praderas de Bestiary pasó a un suelo de piedra pulida. Ante él apareció un enorme edificio de piedra amarillenta. En su estructura se podían ver pináculos, arcos, vidrieras de colores diversos y un reloj tan antiguo como el propio monumento. Sus alrededores eran espaciosos, con algún edificio de piedra grisácea y otros más modernos. También había bancos en los que sentarse.

Kenji miró hacia el cielo, la noche se instauró en aquel plano. Las escasas nubes que recorrían el firmamento, se movían con la ligera brisa primaveral. A pocos metros vio un cartel metálico sobre uno de los soportales, se acercó para leer lo que estaba escrito. Reconoció el idioma al primer vistazo, era castellano. El letrero decía «Plaza de Regla». Unos pasos se acercaban por su espalda. Se giró, asiendo con la mano derecha el pomo de Guardiania, que descansaba a su espalda. Frente a él, un hombre de cuerpo curtido en batallas permanecía inmóvil. Su pelo era liso de color blanquecino, tenía la típica barba de tres días sin afeitar. Sus ojos de un verde intenso le observaban, clavando la mirada en su rostro. Vestía unas zapatillas deportivas, unos vaqueros, camiseta blanca y cazadora de cuero negro. Sus manos permanecían dentro de los bolsillos del pantalón. El hombre aparentaba poco más de treinta años de edad. Le dedicó una sonrisa amable. Miró a ambos lados de la plaza para ver que nadie les vigilaba.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —preguntó con voz autoritaria, pero sin alzarla demasiado por temor a que resonara en las paredes. El hombre sacó una de las manos de los bolsillos, señalando con la cabeza a un cartel enorme que tenía justo detrás. Kenji lo miró de reojo—. ¿Estoy en León, España?

—Eso es —habló por primera vez el desconocido mostrando su voz varonil—. Bienvenido al antiguo Reino de León o lo que queda de él, su preciosa e histórica ciudad. Me llamo J, aunque hace siglos me llamaban

Lobo Negro, soy el Gran Maestro del Clan de las Sombras. ¿Y tú quién eres? —interrogó de manera cortes.

—Soy Kenji, de Estados Unidos —contestó a la pregunta de forma sencilla, sin dar demasiada información.

—Bien, Kenji de Estados Unidos. No es muy aconsejable ir por las calles portando un arma de filo, al menos en estos tiempos —recordaba épocas más sencillas en cuanto a la posesión de armas—. Ven conmigo, mi casa está cerca.

—¿Como sé que puedo fiarme de ti? —dijo a J, que acababa de darle la espalda para encaminarse a su hogar.

—No puedes saberlo, pero no he intentado matarte. Eso debe de ser una buena señal —sonrió entrecerrando los ojos—. Es tarde y seguro que tienes hambre. Mi esposa Alicia, habrá terminado de acostar a los niños, prepararemos algo de cenar. ¡Vamos, te doy mi palabra de que estarás a salvo!

—De acuerdo, ¡iré! —terminó la conversación, manteniéndose alerta a pesar de la palabra del hombre que decía ser un gran maestro. No iba armado, eso era un buen comienzo.

Siguió a J por las antiguas calles de lo que denominaban el barrio húmedo. Al parecer era un día entre semana. Sus locales estaban cerrados y las calles vacías por completo. El Hombre se detuvo en uno de los portales, sacó una llave del bolsillo derecho de la cazadora y abrió la puerta. Subieron las escaleras hacia el tercer y último piso del edificio. Allí cogió otra de las llaves abriendo una puerta de color marrón con un pomo dorado. Al empujarla se escuchó la voz de una mujer poco más joven que él.

—Cariño, has tardado más de lo que esperaba —anunció desde el fondo de un iluminado pasillo—. La cena está en la mesa, date prisa que se enfría.

—¿Hay comida para uno más? —preguntó, quitándose la cazadora, colgándola en un perchero. Hizo una seña a Kenji para que dejase la espada sobre el mueble de la entrada.

—¿Has traído a un invitado? ¿No será Gael? Sabes que le gusta despertar a los niños para contarles sus batallas —el tono de Alicia parecía molesto.

—Tranquila no es él, es un joven que me he encontrado en la plaza de la catedral. Ahora vamos a la cocina y te lo presento —hizo un gesto a Kenji, que permanecía callado, para que le siguiese.

Cruzaron el pasillo de unos diez metros de largo hacia el final. A la derecha giraron para entrar a la cocina por una puerta acristalada. La mujer tenía la piel blanca, el pelo dorado liso le caía por el lado izquierdo del cuello. Sus ojos de color ambarino brillantes, estaban centrados en repartir la comida para un tercer plato. Iba vestida con unos zapatos de tacón, pantalón de vestir beis y una blusa blanca. Una vez apartó la cazuela, dejándola en el fregadero, su atención fue para el joven que acompañaba a su marido.

—¿Me presentas a este joven? —animó a J.

—Claro —respondió sonriendo a su esposa—. Este es Kenji, de Estados Unidos. Ella es mi esposa y madre de mis hijos, Alicia.

—¡Encantado, señora! —dijo Kenji, haciendo una leve reverencia de cabeza.

—¡Encantada! —se volvió a J—. ¿Tiene los años que aparenta o es como tus otros amigos? —frunció el ceño dubitativo.

—Pues aún no lo sé, pero no tiene pinta de tener más de veinte años. Luego hablaremos, me muero de hambre. Siéntate, espero que te guste la sopa de fideos con carne —se sentaba en la silla sin dejar de mostrarse alegre—. Es una de las muchas especialidades culinarias de Alicia.

—Seguro que sí, mi madre era de Asturias y cocinaba platos típicos de su tierra siempre que podía —les tranquilizó

—Me alegra escuchar eso, comamos —J metió la cuchara en el plato llevándosela a la boca para degustarla—. Está riquísima, como siempre cariño.

—Muy buena —dijo tras tragar a primera cucharada, Kenji.

—¡Gracias! —contestó Alicia.

Tras la cena, Kenji se ofreció a ayudar a recoger la cocina. Alicia se negó, según ella los invitados no tenían que ayudar en las tareas. J, sin embargo, se puso manos a la obra cogiendo el estropajo, lavando los platos y cubiertos de la cena tanto de ellos, como de los niños. Una vez dejó todo en el escurridor, asió un paño de cocina para secarse las manos. Miró a su mujer que estaba guardando las sobras en la nevera para otro día. Ella terminó, asintiendo con la cabeza. Se encaminó hacia la puerta, deteniéndose apoyada en el marco.

—Creo que me voy a dormir, os dejo con los asuntos sobrenaturales. No me gusta entrometerme —lanzó un beso sonoro a su esposo. Este se

apoyaba sobre el respaldo de una de las sillas—. No tardes mucho, apenas te he visto en todo el día.

—No tardaré, estoy algo cansado —Alicia desapareció de su vista. J se quedó callado hasta que escuchó la puerta del dormitorio. Kenji permanecía sentado en la silla en la que había cenado.

—¿Asuntos sobrenaturales? —expresó Kenji en voz alta.

El hombre de pelo canoso, le miró sin decir nada. Cogió dos vasos de cristal del armario, y una botella de cerveza con limón de la nevera. Salió de la cocina seguido por Kenji hasta el salón. Se sentó en el sillón de piel rojiza, dejando el sofá tapizado del mismo material para que se sentase el joven. Abrió la botella vertiendo en ambos vasos el líquido dorado, produciendo un poco de espuma. Extendió el brazo para dar uno de los vasos a Kenji. Este se había sentado cómodamente en el sofá. J llevó a sus labios el vaso, dando un trago largo. Pasó la lengua por los labios y miró a su invitado.

—Hace mucho tiempo que mi paso por el mundo se hizo permanente. Desde ese día, he conocido a seres que viven siglos, milenios. Tienen poderes que ningún humano que conozca, excepto yo, podría soñar. Te propongo un trato, una amistad duradera. Seré tu aliado, pero a cambio debes ser sincero conmigo, yo haré lo mismo —cada palabra que salía de la boca de J era medida, Kenji intentaba procesar toda la información. Las consecuencias de su decisión, podían ser buenas o catastróficas—. ¿Aceptas?

—He pensado tus palabras, pero dame unos segundos —cerró los ojos un instante, absorbiendo el aroma del lúpulo, de la cebada de la cerveza. En su mente, vio a J luchando a su lado en un terreno hostil, acompañado de otros guerreros. Abrió los ojos satisfecho por su visión de futuro—. Acepto. ¿Que desees saber?

—No eres humano, ¿Qué eres? —J no se andaba con rodeos.

—Un dios mayor —respondió dando otro sorbo—. Tú si eres humano, pero la muerte se aparta de ti, ¿Por qué? —quería ver hasta donde llegaba la sinceridad del hombre sentado frente a él.

—Un trato con un ser oscuro me encadena a la vida, dándome poderes, hasta que cumpla con su mandato. Pero eso pronto acabará. ¿Por qué viniste a esta ciudad? —la curiosidad de J iba en aumento.

—Abrí un portal de viaje desde otro plano hacia Nueva York para ver la tumba de mis padres adoptivos y por alguna razón acabé aquí. —Kenji se sinceraba todo lo que podía sin inmiscuir a J en sus asuntos personales.

—¿Cuántos años tienes? Y antes de que me lo preguntes, yo tengo más de mil años.

—Como dijo tu esposa, tengo veinte a causa de cálculos de tiempo distintos entre los planos de la existencia. Pero vayamos a lo importante, ¿cómo sabías que estaría en la plaza? —la duda asomaba la cabeza como una presa temerosa.

—Digamos que, cuando algo importante, algo que puede afectar a las vidas de este mundo, va a aparecer, se me revela en sueños, aunque no siempre como me gustaría. Te voy a mostrar algo —dejó encima de la mesa de centro el vaso, levantándose. Caminó hasta el armario del salón, apretó los moldes a la vez. Un clic, seguido de un ruido de engranajes se escuchó dejando al descubierto un cajón oculto. Metió ambas manos, sacando del interior un fardo de color negro, alargado. Lo llevó hasta la mesa de centro dejándolo reposar en la superficie. Estiró los pliegues de la oscura tela lentamente. Era un uniforme de color grisáceo y un cinturón —Este era el uniforme de mi congregación, de color gris, porque las sombras no tienen solo luz u oscuridad —lo posó en la mesa antes de coger otro objeto—. Esta es la espada que me forjaron con acero, obsidiana y diamante, se llama Aullido —el arma era impresionante, absorbía y reflejaba la luz a la vez, siendo su hoja un filo no desgastado, ni mellado—. Por último, la tela que lo envuelve es la capa de mi época de mercenario, negra como la noche para no ser visto —todos los objetos eran increíblemente antiguos, se mantenían en muy buen—. Soy el último del Clan de las Sombras, los defensores de un delicado equilibrio en el Mundo de los Hombres como lo conoce el ser que hizo el trato conmigo.

—Mi espada se llama Guardiana, tiene vida propia y su material es carbirio, un metal espacial basado en una especie de carbono. Está bañado en sangre de dos de los grandes dragones, Fafnir y Grael, y en la mía propia —J le caía bien, era un guerrero de otra época que se había visto arrastrado a través de los años hasta la era actual.

—Por hoy es suficiente, te prepararé una cama en la habitación que tenemos libre. Deberías descansar antes de continuar con tu viaje. Espera aquí —dijo mientras envolvía de nuevo sus pertenencias, dejándolas en su

habitáculo secreto. Volvió sobre sus pasos, saliendo del salón hacia el cuarto donde iba a dormir esa noche.

Kenji se quedó sentado, bebiendo lo poco que quedaba del frío líquido dorado. Le parecía curioso haberse encontrado con un guerrero tan noble como J. El honor era una cualidad que, en la actualidad, estaba casi extinta. Solo los artistas marciales clásicos conservaban algo de esa cualidad dentro de la tradición que inculcaban. A los pocos minutos J reapareció por la puerta.

—Ven, te enseñaré la alcoba —dijo tomando camino hacia ella, haciendo que Kenji se levantara para seguirle.

La habitación era muy sencilla dos mesitas flanqueaban una cama de dos metros por dos metros. Sobre ellas dos lámparas, con un reloj digital de luz rojiza. En la pared, un armario empotrado con puertas corredizas. Con mucha amabilidad, J, cambió las sábanas, el edredón y la colcha para que estuvieran limpias. Sobre la cama reposaba Guardiania, metida en su vaina y con las correas de sujeción.

—Te he traído tu espada, espero que no te importe —le posó una mano sobre el hombro con suavidad—. Es un arma muy ligera. Tal vez mañana, si no tienes prisa, podrías enseñarme como blandirla. Siento curiosidad, al igual que el resto de mi especie—sonrió.

—Incluso los dioses tienen curiosidad, no son tan distintos de los humanos, ni de otras muchas especies. Por algo en todas las religiones dan a entender que los humanos están hechos a su imagen. Os concedieron algunas de sus virtudes, pero también algunos defectos —la mente de Kenji divagaba sobre esa idea que era cierta de principio a fin—. Puede que, mañana, podamos compartir más secretos, amigo.

—Tal vez —coincidió J con su joven y nuevo amigo, venido de tierras lejanas, desconocidas para él—. Que descanses, hasta mañana.

—Igualmente, y gracias —expresó otra vez su gratitud hacia J y su familia que le estaban acogiendo en su hogar. J asintió con un simple gesto de cabeza, desapareciendo hacia su dormitorio. Kenji escuchó la puerta al otro extremo.

Se acercó a la cama abriéndola por uno de los laterales, preparándose para acostarse y dormir. Se quitó la ropa que él mismo había creado de la nada, dejándola doblada a los pies de la cama. Cogió a Guardiania, junto con

la flauta travesera y las dejó al otro lado del colchón. Necesitaba tenerlos cerca por si la situación lo requería.

Cerró la puerta de la alcoba con mucho cuidado de no hacer ningún ruido, así no despertaría a los hijos de J y Alicia, ni a ellos mismos. Despacio se acomodó sobre la mullida superficie de la cama. Con las piernas cruzadas meditó en silencio con los ojos cerrados. En su mente aparecieron millones de imágenes dentro del Mundo de los Hombres. Sabía los asuntos importantes que se llevaban a cabo. Conocía de primera mano todos los descubrimientos científicos, las maniobras políticas y militares de todos los países.

Kenji quiso ir un poco más allá en su percepción de un mundo que creía conocer, pero que no dejaba de sorprenderle. Concentró su búsqueda en seres, en palabras de la esposa de J, sobrenaturales dentro de ese plano. En varias zonas del mundo se iluminaron luces rojo escarlata, otra plata brillante, muy pocas de color turquesa y en la vieja Europa varios cientos de color ocre. Poniéndolo con la información de la que disponía, gracias a las enseñanzas de Taka sobre la Lectura del Aura, en el Mundo de los Hombres aún coexistían seres de diferentes planos con el hombre común y corriente. Por el momento, tenía asuntos mucho más urgentes de los que ocuparse. Más adelante, si salía airoso, puede que investigase sobre ello e incluso intervendría de ser necesario.

Metiéndose debajo de las mantas. Se acurrucó como cuando era niño y Elisabeth le arropaba en su casa en Nueva York. Sin darse cuenta, a causa del cansancio, se quedó totalmente dormido.

Los primeros rayos del sol entraron por la ventana, dando de lleno sobre la cara de Kenji. La noche anterior se le había olvidado bajar la persiana. Se tapó los ojos con una de las manos para acostumbrarse a la luz solar de forma gradual. Dejó caer la mano, despacio como si fuera a cámara lenta. Miró la hora que marcaba el reloj enchufado a la red eléctrica, marcaba las nueve de la mañana. La mirada se le fue hacia los pies de la cama, sobre ella había unos vaqueros, una camiseta con estampado de una serie de televisión, una sudadera de color azul marino y unos calcetines negros. En el suelo podía ver unas zapatillas deportivas de color blanco.

Se incorporó apartando el edredón, junto con las sábanas de franela. Posó los pies en el suelo de tarima flotante. Comenzó a vestirse con las ropas que le habían dejado. Era un poco extraño pues no había oído nada.

Para su sorpresa le venía como anillo al dedo, también las zapatillas. Agudizó el oído para descubrir si alguien de la casa estaba levantado. Se escuchaba ruido de tazas en la cocina, debían de estar preparando el desayuno. En la cocina, J, estaba llenando dos tazas con leche y tres cucharadas de cacao. Tras meterlas en el microondas para calentar, se dio cuenta de que no estaba solo.

—Buenos días, ¿Que tal has descansado? —preguntó mientras colocaba dos cucharas limpias sobre la mesa, seguido de un paquete de galletas.

—Muy bien la verdad, esa cama parece que te abraza —le dijo a modo de cumplido—. Por cierto, gracias por la ropa.

—Pensé que necesitarías ropa un poco más de esta época para moverte libremente por las calles —añadió J, sacando las dos tazas y posándolas en la mesa—. Me gustaría que me acompañases esta mañana en mi rutina. Estoy convencido de que te gustaría partir hoy, ¿no?

—Si, mi idea era viajar a mi casa cuanto antes —confirmó las sospechas de J.

—Te entretendré solo unas horas, después podrás irte —la cabeza de J parecía trabajar a una velocidad superior a la del resto de los mortales—. Primero saldremos a correr, nada exagerado, una media hora y luego te enseñaré mi santuario. El lugar donde imparto mis enseñanzas —esto último lo expresó lleno de orgullo, con una amplia sonrisa—. Desayunemos, se acerca la hora.

Desayunaron rápidamente, comiendo solo unas pocas galletas, apurando el contenido de las tazas de pocos tragos. Dejaron los recipientes en el fregadero, saliendo de la cocina en dirección a la puerta de entrada. Bajaron las escaleras, estiraron un poco los músculos y comenzaron a correr. Primero al trote durante dos minutos, luego aumentaron el ritmo al llegar a la muralla de la ciudad, con una velocidad constante recorrieron las calles hasta llegar a un puente que cruzaba el río Bernesga en dirección a la estación de autobuses. Giraron a la derecha sin descender la velocidad. J volteó la cabeza.

—¿Ves ese edificio después del aparcamiento? —Kenji asintió al verlo—. Hagamos un último esfuerzo, un sprint subiendo las escaleras hasta tocar la puerta de cristal, ¿Hecho? —asintió de nuevo, a la vez que J aumentaba el ritmo para dar lo mejor de sí en el tramo final de una carrera que demostraría que todavía estaba en muy buena forma.

Las piernas de los dos se movían a gran velocidad. Cruzaron el aparcamiento, rápidos como si alguien les persiguiese. J subió el primer escalón, milésimas de segundos antes que Kenji, seguido muy de cerca. El brazo estirado del hombre de pelo plateado tocó el cristal de la puerta con sus dedos apartándose para dejar sitio al joven. Apoyó las manos sobre sus rodillas, recuperando el aliento, ayudado con respiraciones profundas. Kenji apenas se notaba agotado, en su ciudad recorría entre diez a quince kilómetros diarios y su estancia en las Tierras de la Eternidad le habían dado una capacidad pulmonar un poquito mayor. Miró al hombre que se erguía mostrando toda su corpulencia.

—Me has dejado ganar —le acusó J con una mirada llena de picaresca.

—No conocía bien tu recorrido. En otra ocasión haciendo el mismo recorrido lograré ganarte —se excusó amablemente, aunque sabía que podía vencerlo en una prueba de velocidad con facilidad.

—Acepto tus palabras, en otra ocasión será —aseveró condescendiente—. Te presento: el Palacio de los deportes —le señaló el edificio con la mano—. Entremos.

—¿Qué haces aquí exactamente? —preguntó Kenji mientras recorrían los pasillos hacia una sala pequeña de paredes blancas y suelo de madera. En su interior esperaban cinco personas, cuatro chicos y una chica.

—Enseño esgrima antigua, mi especialidad, y estos son mis discípulos —les presentó con la mano—. Chicos este es Kenji un invitado de Nueva York. Compartirá clase con nosotros en el día de hoy. Id a por las espadas —los alumnos corrieron al fondo de la sala donde un estante sostenía unas ocho—. ¿Sabes algo del arte de la espada? —le instó a Kenji sin dejar de mirar a sus alumnos que regresaban con sus armas y otras dos.

—Por supuesto, pero no es esgrima antigua. Es... —hizo una leve pausa para darle efecto a sus palabras—. Otra cosa.

—Luego veremos esa otra cosa —acalló sus palabras al acercarse su alumna.

—Maestro, su espada —dijo cediéndola a J, luego le dio otra a Kenji, que la cogió con presteza.

—Ella es Lara: estudia Biotecnología en la universidad. Es muy buena con la espada, lleva dos años conmigo y no he visto cosa igual. Los chicos son Eduardo, David, Luis y Ángel. Entraron a la vez en el club, llevan casi cuatro años —dijo señalando a cada uno de ellos según les nombraba—.

Colócate al lado de Lara —Kenji obedeció como habría obedecido a su maestro Seiyuro—. Chicos, comencemos con los movimientos básicos.

La clase fue muy parecida a una clase de Karate. Los movimientos se repetían una y otra vez para que los músculos memorizasen en cada una de sus fibras el recorrido correcto. Al cabo de unos veinte o tal vez veinticinco minutos todos los alumnos de J comenzaron a sudar a causa del ejercicio y del peso de cada arma. El maestro, sin embargo, aún no parecía cansado, estaba tan acostumbrado como Kenji a enfrentarse en combate a sus maestros. Al verlo, estaba convencido de que en un campo de batalla debía de ser un adversario temible, incluso sin saber sus otras aptitudes.

Después de hacer varios ejercicios en pareja, en los que uno se defendía de los ataques del compañero y viceversa, los discípulos de J recogieron sus espadas dejándolas en el estante. Se despidieron de su maestro y de Kenji, desapareciendo por el pasillo que daba a la ubicación de los vestuarios, para asearse y cambiarse de ropa. Los dos hombres seguían con sendas espadas en las manos. J, dio un par de pasos sopesando el arma, haciéndola girar con un movimiento de muñeca. Kenji, hizo lo mismo con la suya, pesaba un poco más que Guardiania, pero su peso era similar al de una katana de las de su Sensei.

—¿Te apetece un duelo amistoso? —propuso J mirándole de medio lado, estudiando sus movimientos—. Así sabré cuál es tu dominio de la espada.

—Puede ser interesante por fin veré como luchabais en la edad media —bromeó, haciendo reír a J.

Los pasos de los dos hombres empezaron a marcar un círculo de unos dos metros de diámetro. Cada uno cogía el arma como les habían enseñado sus maestros. J con una sola mano, Kenji con ambas. J avanzó con un paso largo atacando a la cabeza de Kenji. El joven respondió con una defensa de barrido, desviando la hoja de su adversario, atacando a la vez al cuello de este. El hombre de pelo plateado retrocedió esquivando la punta de la espada. Se agachó para apuntar con su filo al abdomen del dios, pero este se defendió con facilidad atacando de nuevo a la cabeza desde arriba. J recobró el equilibrio defendiéndose de la agresión llegando en el momento justo.

Al parecer el muchacho era un combatiente, un guerrero duro de pelar. Los movimientos de esquiva, ataque, defensa, giros, saltos se sucedían unos a otros en una danza que hacía siglos que no lograba interpretar con otro

espadachín. Kenji miraba fijamente a los ojos verdes de J, parecía estar disfrutando. Siguió con el combate amistoso, los ataques del maestro del Clan de las Sombras eran precisos, contundentes, con mucha fuerza y energía. Ese era el espíritu de un maestro de las artes guerreras, con o sin armas. J demostraba en cada movimiento como llegó a convertirse en el líder de su facción. Tras un par de ofensivas más, J regresó a una postura natural, inclinando la cabeza haciendo una reverencia respetuosa.

—Eres todo un experto en la lucha con espada, te felicito. Me has sorprendido gratamente. Ahora llegó la hora de mostrar otras cosas que no pueden, ni deben ver los de mi especie —dijo J haciendo un gesto con su mano libre.

La luz que entraba por las cristaleras desapareció por completo, cubriéndose toda la estancia sin dejar un hueco libre. Kenji escudriñó todo el gimnasio sorprendido de ver como los poderes de J evitaban la luz, pero sin sucumbir a la oscuridad. El maestro de esgrima antigua, observaba cada reacción de su joven amigo en silencio. Kenji concentró su energía, movió la mano describiendo un arco. La luz regresó brillando con intensidad atravesando los limpios cristales. Al ver los efectos del joven, J sonrió satisfecho.

—Nadie había logrado disipar mi zona de sombras hasta hoy. Tu poder debe de ser grande —los ojos del hombre de pelo plateado irradiaban curiosidad—. ¿Qué más puedes hacer?

—No sé si debería, pero puedo hacer un pequeño truco —dijo pensando en una de las frases de Taka. «Los poderes de los dioses menores se ven mermados en el Mundo de los Hombres». ¿Se cumpliría esa norma con él? Tenía que probarlo. Subió la mano con la palma hacia arriba hasta la altura de la cara de J. Chasqueó los dedos, de ellos salió una llama como la de un mechero que se mantuvo encendida ante los ojos del Maestre del Clan de las Sombras. Segundos después soplo los dedos apagando el fuego.

—No está nada mal, ¿De qué eres dios? —las palabras hicieron que Kenji se pensara la respuesta, no le gustaba mentir.

—De nada en concreto. Mi madre era la diosa de la creación y mi padre el hijo del dios de los metales —elucubró sin alzar mucho la voz—. En teoría soy el sucesor de mi mentor, el dios del cielo. Pero aún no creo ser digno de ese título.

—Palabras muy acertadas para alguien tan joven. Cuando sepas que tipo de dios eres dímelo, me gustaría saber a quién rendiré pleitesía en el futuro —apoyó la mano en la espalda de Kenji, antes de continuar hablando—. Dejemos las espadas en el estante es hora de regresar a casa. Pero antes pasaré a comprar unas cosas por el supermercado.

Tras dejar las armas en su lugar salieron del Palacio de los Deportes. Con paso calmado deshicieron empezaron a desandar el camino que realizaron corriendo. Kenji disfrutaba del paisaje lleno de naturaleza y edificios. Al cruzar por el puente, vio dos patos posándose en la superficie del agua. El Maestro siguió hacia adelante sin detenerse a mirarlos. Después de varios minutos pararon en un supermercado situado en una calle llamada República Argentina. Al salir con las bolsas en la mano Kenji, se colocó a la altura de J para caminar a su lado.

—¿Solo das la clase de la mañana? —la pregunta salió disparada a toda velocidad, como una bala del cañón de un revolver.

—No —esbozó una sonrisa—. Tengo otras dos horas diarias por la tarde. La clase a la que has asistido es la de los universitarios que no tienen otra hora para venir a verme. A las seis tengo a los más pequeños a los que entreno con espadas de madera. A las siete vienen desde dieciséis años en adelante. Cada clase tiene sus dificultades, pero son buenos alumnos. ¿No creerías que solo tenía cinco discípulos?

—Ni por asomo, ni siquiera mi maestro tenía solo esa cantidad de alumnos —rio Kenji acompañado por J.

—Si te parece bien esta tarde, después de comer, te acompañaré a un lugar que te gustará. Desde allí podrás reanudar tu viaje, a través de esos portales de los que hablaste —sus palabras ocultaban algo que parecía una especie de sorpresa. Kenji decidió esperar para verla, así que asintió una vez más.

El camino de vuelta a casa de J se hizo corto. Subieron las escaleras como habían hecho la noche anterior. Se dirigieron hacia la cocina. Recogieron entre los dos, aprovechando que no estaban ni Alicia ni los niños en esos momentos. Prepararon todo lo necesario para realizar un guiso de carne con patatas en una de las ollas que tenía J en uno de los armarios.

La olla comenzó a silbar cuando Kenji y J posaban los platos sobre la mesa de la cocina. Dejaron que la cocción continuase durante unos

veinticinco minutos. Ellos siguieron preparándolo todo para cuando llegase Alicia y los niños poder sentarse a comer. Sobre la tabla de la mesa colocaron un vaso, un cubierto y un trozo de pan de hogaza para cada uno, acompañado de una servilleta de papel.

La puerta sonó al abrir con las llaves, dejando entrar la algarabía y alegría de los infantes que venían contándole a su madre lo que habían hecho en clase. Los niños corrieron hacia sus habitaciones para dejar las mochilas. Alicia fue a la cocina, encontrándose con los dos hombres que tenían todo preparado. Miró la mesa para ver si faltaba algo, quedando satisfecha al comprobar que estaba correcto. Los niños entraron en la cocina rápidos, abalanzándose sobre su padre para darle un fuerte abrazo. Al soltarse, se toparon con Kenji que los miraba con interés. Los dos varones se situaron detrás de su padre, en busca de protección.

—Tranquilos niños, no os hará ningún daño —les dijo empujándoles suavemente hacia adelante—. Este es un nuevo amigo, se llama Kenji.

—Encantado, ¿Como os llamáis? —preguntó, apoyando las manos sobre las rodillas. Los hijos de Alicia y J no debían tener más de nueve años. Físicamente eran casi idénticos.

—Yo soy Manuel —dijo el primero de ellos.

—Yo me llamo Rodrigo —contestó el otro poco después.

—Encantado de conoceros, chicos —Kenji les dedicó una cálida sonrisa.

—¿Qué tenemos hoy de comida, papá? —instó Alicia, sentándose en su silla habitual.

—¡Un rico guisado de carne con patatas! —anunció por todo lo alto mirando a sus dos hijos.

—¡Nuestro plato favorito! —gritaron los niños al unísono, sentándose a la mesa, cogiendo el cubierto con fuerza.

—Cariño —comenzó la conversación J, acomodándose en su sitio. Mientras Kenji se sentaba en la silla restante—. Cuando acabemos de comer, le prestaré una bolsa de viaje a Kenji y le acompañaré a ver el Torii. Luego reiniciará su viaje, desea ir a ver a sus seres queridos.

—Me parece bien, pero no tardes que los niños tienen deberes que hacer —respondió su esposa.

—Comamos entonces —J abrió la olla, cogió una de las cacetas y comenzó a servir primero a su esposa, luego los niños, Kenji y por último sirvió su plato, llenándolo hasta llegar al borde

—Mientras comemos, decidme. ¿Que habéis aprendido hoy? —Manuel y Rodrigo empezaron a hablar a la vez contando lo que más les había gustado de las horas de clase. A Manuel le gustaba la clase de gimnasia, por el contrario, Rodrigo alardeaba de lo aprendido en la clase de ciencias.

La comida se prolongó durante poco más de media hora, incluido un delicioso café que preparó Alicia. Los niños se fueron para comenzar con sus tareas. La mujer de J se sentó a la mesa de nuevo, echando dos cucharadas de azúcar al café con leche. Después pasó el azucarero a Kenji y a J.

—Bueno Kenji, ¿Que te ha parecido nuestra ciudad? —preguntó Alicia bebiendo un poco de café.

—Es preciosa, una pena que no tenga más tiempo para poder visitarla. Me gustaría partir hacia Nueva York cuanto antes, tengo asuntos importantes que atender —respondió siendo lo más cortés y respetuoso posible.

—Me alegra escucharlo. Tal vez más adelante puedas hacernos otra visita —dijo guiñando un ojo a su esposo que estaba contento al verla cómoda en aquella conversación. Kenji apuró su taza de café hasta que no quedo una sola gota.

—Creo que debería prepararme, tengo un largo camino que recorrer —anuncio Kenji—. Si me disculpáis, iré a recoger mis pertenencias.

—Coge del armario la bolsa de deporte de color azul marino. En ella te entrarán todas las cosas. La ropa que llevas puesta, puedes quedártela. Tómallo como un regalo —J le dedicó una mirada de complicidad.

Dejó al matrimonio terminándose el café. Dirigió sus pasos hacia la habitación de invitados. Abrió el armario empotrado, en la balda superior estaba la mochila a la que J hizo referencia. Cogió su ropa, metiendo todo en el interior, las botas y por último la espada de la que sobresalía el pomo casi al completo. Hizo la cama en unos minutos, alisando el edredón para quitarle las arrugas.

Cuando salía de la habitación J iba a su encuentro con la cazadora en su mano derecha. Se acercaron a la habitación de los niños para despedirse, seguidamente a la cocina agradeciéndole a Alicia su hospitalidad. Bajaron a la calle cogiendo buen ritmo de andar, llegando a una de las vías principales de la ciudad. Tras largo rato llegaron a una glorieta donde se encontraban varios negocios. Siguieron hacia adelante en dirección a las afueras. Allí en

un lugar ajardinado en una especie de plaza circular se encontraba un Torii rojizo, como el que hay en el jardín botánico de Brooklyn. A unos metros de distancia J se detuvo.

—Dado que pareces japonés creí que debías ver el monumento que nos hermana con la tierra del sol naciente. Es un buen sitio para abrir tu portal hacia tu ciudad. Por aquí casi no pasa gente, es un lugar bastante tranquilo —la mirada de J estaba clavada en el imponente monumento, transmitiéndole serenidad.

—Tienes razón, es un buen sitio para despedirnos hasta nuestro próximo encuentro —se giró hacia J con la mano extendida. J correspondió su gesto con un apretón de manos—. Ahora te mostraré como viajamos los dioses menores.

Kenji se situó delante del arco de la puerta Torii, juntó las manos por encima de la cabeza. Cerró los ojos para concentrarse en una zona de Nueva York. Visualizó la calle del dojo de Seiyuro Sensei. Lentamente bajó las manos dibujando un óvalo en el aire. Ante ellos apareció el portal que mostraba la calle que había elegido. Kenji abrió los ojos girando la cabeza para despedirse de su nuevo amigo y, posiblemente, futuro aliado. Los ojos de J estaban abiertos de par en par, no podía creer que una puerta hacia otra zona de su mundo se hubiera personado ante él gracias al joven dios.

—Nos veremos pronto J, tienes una familia estupenda. Cuida de ella. — Kenji dio unos pasos hacia el frente atravesando el portal, dejando a J solo, acariciado por la brisa que venía desde la orilla del río Torío.

Capítulo XXI

OceanofPDF.com

Despedidas

Las calles de Nueva York estaban atestadas de gente. Kenji apareció de la nada sin que ninguno de los transeúntes se percatara. El ajetreo de su día a día no les dejaba tiempo para fijarse en los detalles. Observó la calle en busca de un reloj para ver la hora que era. Por fin pudo ver una pantalla en una de las paredes. Las nueve y treinta y ocho. A su mente regresó el horario de las clases en el dojo de Seiyuro Sensei. En poco más de veinte minutos comenzaría una de las dos clases matutinas. A unos metros desde donde se encontraba se podía ver la entrada al edificio con su puerta. Con paso firme avanzó sin chocarse con nadie a pesar de la multitud. Se colocó del lado de la pared, entrando en el portal.

Comenzó a subir las escaleras a buen ritmo. Pronto se situó frente a la puerta de entrada. Apoyó una de las manos sobre la madera empujando. El dojo estaba tal y como recordaba. El tatami de color azul y rojo, estaba limpio, recién fregado. Al fondo se escuchaban voces de los alumnos que se cambiaban en el vestuario.

Ajustó la bolsa de deporte a su hombro de un solo tirón. Fijando su objetivo en el iluminado despacho del maestro. Llamó a la acristalada puerta con suavidad. El maestro irguió la testa, desviando la mirada de los documentos que tenía sobre la mesa. Al ver a su alumno más aventajado, se levantó de la silla acercándose para dejarle entrar. Cerró la puerta tras él ofreciéndole asiento con un gesto.

—Hola, Kenji —saludó con emoción—. ¿Y Ryoko? ¿No viene contigo?

—En realidad, viaje en solitario, maestro —respondió con brevedad.

—Pero, ¿está bien? —preguntó de nuevo preocupado por su hija.

—Es lo que voy a averiguar —dijo sin sacar a Seiyuro de dudas—. Maestro, ¿Le suena el nombre de Kitsune? ¿o de donde viene su familia?

—No, ¿por qué lo preguntas? —el maestro apreció que varios de los alumnos estaban calentando.

—Porque los dioses existen, y la sangre nos revela lo que realmente somos —Kenji pensaba en alto—. Igual que la sangre de Neko, la diosa del

hielo, corre por las venas de Ryoko y Ayame.

—Eso no eran más que cuentos que narraban las ancianas de mi familia, no existe ninguna prueba de ello —el miedo a que las palabras de su alumno fueran una realidad se instaló en su mirada—. ¿Cómo has sabido lo de la leyenda familiar?

—Lo he vivido, Ryoko ha sucedido a Neko en su cargo. Ella es la diosa del hielo. Ha luchado a mi lado contra Kitsune y otros peligros —Seiyuro se quedó callado, pensando en todo lo que Kenji le acababa de revelar—. Ahora, necesito tu ayuda.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó el maestro intentando serenarse.

—Necesito saber dónde están enterrados mis padres, y un lugar donde dormir, si puede recomendarme algún sitio —le pidió educadamente.

—Por supuesto, puedes quedarte en nuestra casa. En cuanto a James y Elisabeth, descansan en el cementerio Marble, en la hilera del fondo —la voz se le quebró al recordar el lugar donde descansaban dos de sus mejores amigos, también de su esposa Nicolle—. Hace poco fuimos a ponerles unas flores.

—Me gustaría ir a verles, regresaré en unas horas —dijo abandonando su asiento, sin coger la bolsa de deporte del suelo—. Le dejo mi bolsa aquí, no es adecuado ir armado a plena vista. —Seiyuro asintió con un movimiento—. Gracias, maestro.

Salieron juntos del despacho. El maestro fue hacia el tatami preparado para dar la clase. Kenji bajó las escaleras hasta la calle. Levantó la mano para llamar a un taxi que se acercaba a toda velocidad. El frenazo hizo que las ruedas chillaran, parando justo donde se hallaba. Se montó en la parte trasera del vehículo. El conductor tenía los rasgos faciales árabes, aunque hablaba perfectamente inglés.

—Al cementerio Marble, por favor —dio la dirección al conductor, sin esperar contestación.

El recorrido no era nada el otro mundo. Las calles se sucedían unas a otras, acompañado de un interminable desfile de peatones a cada semáforo. El taxista, tomó un atajo, callejeando hasta que el tráfico se tornó más fluido. Por fin, después de veinte minutos de trayecto, el coche se detuvo ante la misma entrada al cementerio. El conductor miró en taxímetro para decirle el importe exacto que le debía. Kenji metió una mano en el bolsillo de la sudadera e hizo aparecer de la nada un billete de veinte dólares.

—Aquí tiene —dándole el billete al conductor.

—Su cambio, señor —dio las vueltas a Kenji—. ¡Que tenga un buen día!

—Igualmente —contestó, bajándose del coche.

Cruzó la carretera hacia la acera donde le esperaba la verja del cementerio. Solo unas pocas personas salían y entraban del lugar a esas horas de la mañana. Atravesó la entrada, sin sacar las manos de los bolsillos. No es que Marble fuera un cementerio grande, pero desconocía su organización. Nunca había estado en él. Recorrió las filas de lápidas de los diferentes pabellones. Muy pocas tenían flores, mucho menos recientes.

Después de caminar otros pocos minutos, encontró la lápida que buscaba. Era de piedra gris como las que se encuentran en el alto de las montañas. Tallado en su superficie, remarcado con pintura metálica se podían leer sus nombres, fecha de nacimiento y de defunción. «James Wolfman, 1976 a 2018; Elisabeth Wolfman 1980 a 2018» A los pies de sus nombres descansaba un ramo de lirios, la flor preferida de su madre.

Se arrodilló delante de la tumba, dejando que las lágrimas inundasen sus ojos y resbalaran por su cara. Permitió que su dolor se vaciase. Las lágrimas saladas calmaban la tristeza de su alma. Hasta ese día, no había llorado la muerte de las dos personas que le criaron como a un hijo propio. Los mismos que le dieron una educación, que le vistieron y le hicieron ser el joven que llegó a ser, antes de la aparición de Taka.

Se frotó los ojos, secándose las gotas saladas de la cara con la manga de la sudadera. Cogió el ramo de lirios aspirando su aroma. Recolocó sus tallos, posándolo en su lugar otra vez. Acarició las letras que dejaban constancia de los nombres de James y Elisabeth, igual que si les acariciase a ellos.

—Papá, Mamá, sé que he tardado demasiado en venir a visitaros. Sé lo mucho que os esmerasteis en darme una vida mejor. ¡Gracias! —cada palabra iba cargada de dolor, de tristeza. Tragaba saliva para darse tiempo para emitir la siguiente palabra—. He descubierto quien soy, de donde vengo en realidad. A causa de ello, hoy estáis aquí. No os merecáis morir de esta manera. Cuando me enteré de vuestra muerte, me esforcé en ser mejor para poder vengaros. Para cumplir con mi cometido, casi alejo de mí a Ryoko... —pausó su discurso unos segundos recapacitando—. A todo el mundo, en realidad. Pero lo logré. Nakuma murió por mi mano —miró alrededor, asegurándose que nadie cercano podría escuchar lo siguiente que

tenía que decir—. He visto a mis padres biológicos, son... eran especiales. He de tomar una decisión. Va a ser muy duro, puede que no vuelva a venir.

El reloj de la iglesia sonó, marcando las once en punto. Las personas que estaban visitando a sus seres queridos, comenzaron a desfilar abandonando el lugar. Kenji se centró en sus difuntos una vez más, ignorando el reloj. Era consciente de que tenía que apresurarse. La hora de la comida se aproximaba, un paseo hasta el dojo le vendría bien para despejar la cabeza.

—Tengo que irme, espero que estéis bien donde estéis. Os quiero mucho, a los dos.

Se incorporó sobre sus piernas sacando fuerzas de flaqueza. Volvió a meter las manos en los bolsillos de los vaqueros. Salió del cementerio con paso relajado, por primera vez en mucho tiempo se sentía en paz consigo mismo. Había llorado la pérdida de sus seres queridos, purgando su dolor. Se sentía preparado para ser el dios que todos esperaban. Aunque, aún le quedaba una parada en el camino.

Las calles de Nueva York estaban atestadas de gente, de vehículos, de ruido y contaminación. Los pasos de Kenji eran ágiles. Se desplazaba entre la aglomeración de personas como si nunca hubiera abandonado ese lugar. Al caminar entre ellos, podía escuchar sus pensamientos, notar sus sentimientos mucho más cerca, todos y cada uno de ellos, pero sin hacer mella en él como al principio.

Poco a poco se acercaba a su destino. La profecía que le transmitió el dios del cielo a Kitsune. La misma que le citó Elohim, llegaba a su fin. Las señales apuntaban a que era su destino, a que él era al que hacía referencia. O puede que solo fuera el instrumento que diera paso al acto final de la función. Puede que otro u otra candidata, estuviese en la sombra.

Asió el pomo de la puerta del portal del dojo. Ascendió, pisando cada peldaño hasta llegar a la entrada. Justo cuando iba a acceder se abrió la puerta. El maestro salía con las llaves en una mano y su bolsa de deporte en la otra. Al verle le sonrió, cediéndole su equipaje. Kenji cogió la bolsa, colgándola del hombro izquierdo. Bajaron en silencio, tomando el camino hacia casa de Seiyuro. Una vez allí, posaron las cosas en el suelo del salón.

—Kenji, si quieres puedes darte una ducha —le ofreció con hospitalidad—. Luego decidiremos donde dormirás. Dentro de un rato iremos al restaurante comeremos algo y verás a los padres de Ayame de nuevo.

—Muchas gracias, Sensei —realizó una reverencia, como las que le dedicaban en el dojo.

En el cuarto de baño cerró tras de sí con pestillo, desvestiéndose mientras el agua de la ducha cogía temperatura. Se metió bajo el agua corriendo la mampara de cristal. El vapor ocultó su figura. Se aseó, frotando con fuerza contra la piel. Quería deshacerse de toda la suciedad.

En cinco minutos había acabado, el pelo estaba más largo de lo que acostumbraba. Se quedó cabizbajo, con las manos apoyadas en la pared, dejando que el agua cayese sobre él como la lluvia. La situación era tensa, necesitaba relajarse. No podía dejar que los sentimientos se agolpasen o se partiría de nuevo.

El maestro llamó a la puerta. Le indicó que le dejaba una muda de ropa para que se pudiese cambiar. Kenji se lo agradeció desde el otro lado, apagando el monomando del grifo. Alcanzó una de las toallas que colgaban del radiador. Se secó a conciencia, de arriba abajo. Quitó el pestillo, abriendo la puerta para coger la ropa. Para su sorpresa era ropa de su armario en casa de sus padres. Metió la ropa al cuarto de baño, vistiéndose con celeridad.

Recogió todo dejando la estancia lo más ordenada posible, abriendo la ventana para que se airease. En el salón se encontraba sentado su maestro, con una taza de té verde en la mano. En frente otra taza echaba humo. Kenji se acercó cogiendo la taza entre los dedos sin sentarse. Dejó que el líquido bajase por su garganta, saboreando sus delicados matices.

—Es un té muy bueno, maestro —lo alabó.

—Es una variedad japonesa —dijo Seiyuro con serenidad a su discípulo.

—¿De dónde sacó mi ropa? —expresó intrigado.

—Cuando murieron tus padres, la policía nos dejó sacar todas tus pertenencias dado que no te quedaban familiares en la ciudad. Alegamos que estabais estudiando en el extranjero y que pronto regresaríais. No nos pusieron objeciones —posó la taza en la mesa, levantándose de su asiento—. ¿Me vas a contar tus planes?

—Aunque se los contase al detalle, no podría dejar que me acompañase, maestro. Tengo cabos que atar y luchas que librar. Los dioses son muy duros. Pero sea como sea, te prometo que verás a Ryoko cuando todo acabe —la última frase hizo que Seiyuro se calmase. Se fiaba de la palabra de Kenji, le conocía desde siempre.

—Vayamos al restaurante, te invito a comer —dijo alegre por tenerle a su lado. Ambos retomaron el camino que recorrieron hasta llegar al restaurante. Una vez dentro del local, Kenji se sentó en una de las mesas mientras su maestro iba a saludar al señor Himura, el padre de Ayame. El restaurante estaba exactamente como lo recordaba. Las sillas, las mesas, los manteles, todo igual. A esas horas pocos clientes estaban dentro, pero se acercaba el momento de más movimiento para los camareros y los cocineros. Tras quince minutos de espera el maestro regresó a la mesa en la que le estaba esperando.

Farfullaba algo con enfado, sin dejar de mirar a un joven de origen asiático que tenía la placa de encargado. Al poco una joven con coletas les llevó un plato variado de sushi. Posó unos palillos en la mesa con su correspondiente accesorio para la punta. Colocó una botella de sake especiado con melocotón y dos vasitos de porcelana.

Asieron los palillos sin hablar, preparándose para comer. La cantidad del plato comenzó a escasear al rato. La misma camarera al verlo, se acercó con una bandeja llena de pato asado al estilo japonés. Se alejó para tomar las comandas de los clientes que empezaban a entrar a tropel. El maestro levantó la mirada hacia el cuerpo de su discípulo.

—Veo que tu cuerpo y cara han cambiado, pareces mucho mayor —aprovechó el ruido de la sala abarrotada—. ¿Cómo es que parece que tienes más edad?

—El transcurrir del tiempo no es el mismo en el mundo de los dioses —miró alrededor asegurándose de la ausencia de oídos indiscretos—. Además, vivir en los caminos no ayuda a parecer joven. Le veo asombrado, maestro, ¿en qué está pensando? Si es algo que pueda contestar, lo haré.

—¿Como era mi antepasada? —mostró su curiosidad.

—Esbelta, de piel blanca con ojos verdes de pupila felina. Su cabello rubio se entrelazaba en una larga trenza. Su carácter era frío como el hielo, pero en la batalla era una guerrera como nunca vi. Con su lanza era casi invencible. Ryoko se asemeja a ella y su carácter es muy similar —la descripción de la diosa, hizo que la cara de Seiyuro se iluminase.

—¿Sabes?, mi abuela Akane me contaba historias que su abuela le contaba sobre Neko. Es exactamente como me has dicho, una pena no poder conocerla. Sigamos, por la tarde si te apetece puedes entrenar un poco.

—Es una buena idea, me lo pensaré. Gracias, maestro.

El resto de la comida transcurrió en calma, mientras veían platos ir y venir hacia las mesas cercanas. Después del postre, Seiyuro se acercó para tener unas palabras con el encargado del turno, dejándole con el semblante serio y las manos temblando. Salieron del local. El maestro le dio una llave para que pudiese entrar en el piso y se despidió de él alejándose hacia la quinta avenida.

Kenji se dirigió hacia el piso del maestro, necesitaba descansar un poco. Sabía que, en breve, no tendría mucho tiempo para hacerlo. Subió hasta la casa, dejando las llaves en un cuenco que tenían en la entrada. Entró en el salón dejando caer su cuerpo sobre el sofá. Cerró los ojos para descansar la vista, aunque fuera unos pocos instantes. La tranquilidad le permitía ordenar cada uno de sus pensamientos.

Ante él apareció de nuevo la sala del trono de la Guarida. Allí Vaél permanecía encadenado al suelo con las cadenas de carbirio. No había rastro de Hakai por ningún rincón de la estancia. Una mujer tapada de pies a cabeza, con un vestido de lino blanco y capa de mismo material se acercó hasta el dios lobo con un cuenco lleno de agua en la mano. Se arrodilló con delicadeza. Sin levantar la mirada, dio de beber al dios.

—¿Por qué has venido? Si te descubre morirás —por el tono de su voz conocía bien a quien le visitaba.

—Me temo que es tarde para arrepentirme de mis actos. Pero no quiero dejar que Hakai te asesine —la voz de la mujer le resultaba familiar. Intentó ver su faz, pero la tenía bien cubierta.

—Vete, saldremos de esta. Siempre lo hemos hecho —unos pasos resonaron en el pasillo de la derecha—. Márchate, corre que no te vea —antes de terminar la frase la mujer se irguió saliendo corriendo del lugar.

Quiso quedarse un poco más para ver si era el dios de la destrucción quien entraba con paso firme. La imagen se hizo borrosa, haciendo que Kenji regresase a la oscuridad. Las voces de su cabeza empezaron a invadir su mente, como habían hecho miles de veces. Sus párpados se abrieron de par en par, sentándose sobresaltado. Vio la bolsa de deporte cerca de la mesa, se acercó hasta ella sacando la flauta travesera. Interpretó la Canción del cielo una y otra vez hasta que las voces de su cabeza se convirtieron en un minúsculo murmullo que no podría escuchar ni el ser con el mejor oído del universo.

El sonido de unas llaves interrumpió la melodía, alertando a Kenji. Bajó el instrumento dejándolo sobre su regazo. Miró por la ventana, escuchando cerrarse la puerta del domicilio, estaba oscuro. La noche había caído sobre la ciudad sin que se hubiera dado cuenta. El maestro apareció por la entrada al salón balanceando las llaves en la mano.

—Veo que al final decidiste quedarte en casa —comentó dejando las llaves en el cuenco con el resto.

—Me eché, cerré los ojos para descansar la vista unos minutos y cuando me desperté se había pasado la hora —la sinceridad de Kenji halagó al maestro.

—No te agobies, de todas formas, ninguno de los actuales supondría un reto en combate. Cenemos, querrás ir a dormir pronto si vas a volver a viajar —encaminó sus pasos hacia la cocina.

Allí prepararon algo de cenar. Verduras en tempura en realidad, a Seiyuro le gustaba comer ligero por la noche. Mantuvieron conversaciones que hace tiempo no pudieron tener, poniéndose al día de los pormenores de la vida diaria del maestro. Kenji, por su parte, intentó no darle demasiada información sobre las Tierras de la Eternidad. No quería dejar al padre de Ryoko en peligro, por saber demasiado.

Antes de irse a dormir, Seiyuro, le dio la opción de dormir en el dormitorio de su hija o en el mismo sofá. Como no quería abusar de la hospitalidad de su maestro, eligió acomodarse en el sofá del salón. Mientras colocaba unas mantas sobre la improvisada cama, Seiyuro se acercó a la estancia.

—Te dejaré unas llaves en el cuenco por si quieres ir a algún lado mañana, tengo que levantarme temprano para ir al banco a hacer unas gestiones que no puedo retrasar.

—No se preocupe maestro, mañana puede cerrar con llave al salir de casa. Cuando regrese lo más seguro es que me haya ido, mi viaje tampoco se puede demorar mucho más tiempo del necesario —su tono era de agradecimiento, hacia quien le inició en las artes marciales.

—Entonces, ¿esto es una despedida?

—Me temo que sí —el maestro le abrazó como si de su hijo se tratase.

—Ten mucho cuidado y si encuentras a Ryoko por favor dile que la quiero, que la echo de menos y que venga a verme pronto.

—Lo tendré, Sensei. Y cuando la encuentre se lo diré. Ella también te echa de menos —contestó Kenji abrazándole.

El maestro se separó del abrazo a su alumno, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo. Kenji sabía desde hacía mucho tiempo que a Seiyuro no le gustaban las despedidas. Todo se quedó en silencio dentro del hogar de los Aoyama. Se acomodó debajo de las mantas dejando que el murmullo de la ciudad le acunase, llevándole al terreno de los sueños.

Una vez más su mente voló a las Tierras de la Eternidad. En esta ocasión se vio a sí mismo sentado, debajo de uno de los árboles de la Isla de los Sueños. Tenía los ojos cerrados, parecía estar meditando. Alrededor estaba la cabaña sobre su asentamiento, los árboles, el camino, todo seguía inalterable. Agudizó sus sentidos para descubrir si había alguien en las cercanías. Nada, ni un alma cerca. Kenji se sentó enfrente de sí mismo, adoptando la misma postura, concentrándose, poniendo la mente en blanco. La quietud de sus acciones, le aportaba serenidad.

Ninguno de los dos se movió hasta pasado largo rato. Kenji se irguió estirando sus músculos para liberarse del entumecimiento de la inmovilidad. Su otra imagen, permaneció tal como la encontró. Su ser parecía imperturbable, nada ni nadie lograba sacarlo de su concentración. Entonces cayó en la cuenta, ¿podría ser una imagen de su futuro? Lo descubriría con el desenlace de los acontecimientos.

Se incorporó despacio como un animal que ha dormido todo el invierno. Estaba en casa de su maestro se calzó las deportivas, acercándose a la ventana del salón. El sol de madrugada iluminaba los edificios con sus rayos de luz tenue. Kenji se encaminó a la cocina, en el fregadero, posada estaba la taza del desayuno de su maestro. Estaba completamente solo en la casa. Cogió un trozo de pan, lo untó en margarina y se lo comió de pocos bocados.

Se dirigió a la habitación de Ryoko, hacía mucho tiempo que no entraba en aquel cuarto. Estaba como lo recordaba, la misma pintura en las paredes color violeta. Los libros ordenados por temáticas y autor. Su escritorio colocado en el orden concreto que a ella le gustaba. Incluso su ordenador portátil de color blanco, con la tapa bajada. Sí, se dijo para sí mismo, la echo de menos. Llegó la hora de partir, cuanto más se demorase, más tiempo transcurriría en el otro plano.

Horas más tarde los campos verdes se ocultaban bajo el manto nocturno que cubría las tierras del sol naciente. Los caminos de barro entorpecían el trayecto del joven dios hacia la ladera del Monte Fuji. Sobre sus hombros portaba la bolsa de deporte que le había regalado el Maestre del Clan de las Sombras. Ni una sola luz le iluminaba el camino que debía seguir. Solo la nieve inmaculada del pico del monte, aun sin derretirse, le daba una leve indicación de donde se encontraba su próxima parada.

El viento azotó su cuerpo, zarandeándolo, haciendo que ofreciera resistencia para continuar avanzando. Al fondo, en la lejanía, se podía ver la casa donde vivieron Hozen y Sōzō. Donde se criaron sus hermanos. Apresuró su paso para ascender hacia la mitad de la ladera donde estaba ubicada.

Con esfuerzo alcanzó la casa de sus visiones. El coche de su padre seguía donde lo había dejado. La pintura estaba deteriorada, picada y el óxido comenzaba a erosionar el metal. A su izquierda pudo ver varios montículos de tierra, de piedra. Cada uno de ellos de un tamaño diferente a los otros. Eran las tumbas de sus hermanos. Las mismas que cavó Nakuma, justo después de que Hakai los asesinase sin remordimiento ninguno.

Al igual que hizo con sus padres adoptivos, Kenji, se arrodilló dejando la bolsa de deporte a un lado. En esas tumbas, no tenían lápidas que dejaran constancia de sus nombres. No había flores de los seres queridos que llorasen su pérdida. Como miembro de esa familia de difuntos dioses, extendió las manos a ambos lados para abarcar todas ellas.

Cerró los ojos como le enseñó el dios del cielo. Concentró todo su poder para llevar a cabo su cometido. La superficie se cubrió de mármol pulido dejando en cada fosa una lápida perfectamente trabajada. A los pies de cada una de ellas crecieron rápidas flores de color morado. Una variedad que solo crecía en su tierra natal: la muerte del lobo. Ellas dejarían constancia de que allí yacían los dioses más valientes desde la creación del universo. La lástima, era que no hubiese una tumba para sus padres. Ellos arriesgaron todo por darle una oportunidad. Por una esperanza de futuro sin Hakai.

Quedó de rodillas, con las manos apoyadas sobre los muslos, en silencio acompañando a los que debían haber sido su familia. La noche estaba tranquila, solo el sonido de algún ave nocturna lo interrumpía de vez en cuando. Las nubes continuaban moviéndose por encima de su cabeza en el sentido que las mecía el viento y sus presiones. Su mente daba vueltas al

recuerdo de la visión de sus padres combatiendo como un equipo bien compenetrado y su funesto final.

Con esos pensamientos, se levantó asiendo la bolsa de deporte. En la puerta de acceso a la casa puso la mano en la madera que la formaba, empujando. Se abrió de forma estruendosa, los años sin cuidados habían hecho mella en su consistencia. Nada más entrar, solo podía ver oscuridad. Alzó la mano chasqueando el dedo corazón con el pulgar, de ellos saltó la chispa de una llama anaranjada.

La sala estaba vacía. Recorrió las estancias fijándose en cada detalle. Sobre un sillón descansaba un peluche con forma de conejo, era de color marrón con los ojos negros. En uno de los costados tenía bordado un nombre. Kenji cogió el peluche entre sus dedos, posando la bolsa en la madera del suelo, para leerlo con claridad. Se trataba del nombre de una de sus hermanas, la pequeña Izumi. Apretó el conejo contra su pecho, dejando caer unas lágrimas por su indefensa hermana, antes de guardarlo en la bolsa de deporte.

Con ello surgió una idea en su cabeza. Aunque no los hubiese conocido en persona, le gustaría tener un recuerdo de los miembros de su familia. Recorrió cada habitación de la casa, pudo ver como las tenían decoradas sus hermanos y hermanas. Descubrió que, a uno de sus hermanos, le gustaban los mismos grupos de rock que a él. A su hermana mayor, le apasionaban los libros de mitología tanto de Japón como del resto del mundo.

Siguió por las estancias de la casa hasta llegar a la habitación de matrimonio. La cama estaba hecha, sin ninguna arruga. El escritorio, donde vio a su padre escribir la carta dirigida hacia su persona, estaba ordenado. Sobre la mesa estaba la carta. La desplegó para ver la letra de su padre, era muy estilizada con toques de escritura medieval. La pluma con la que la escribió estaba al lado del tintero. Cogió ambos objetos y los guardó como recuerdo, al igual que alguna cosa de cada hermano.

Se acercó a la mesilla de noche por el lado en el que se acostaba su madre. Sobre ella había un marco con una foto. En ella se podía ver a toda la familia riendo, detrás de ellos un montón de cerezos en flor completaban la idílica escena. Se quedó mirándola unos minutos, sentándose sobre la colcha para estar más cómodo. Apagó la llama que reposaba sobre sus dedos. Acarició con el dedo índice la cara de su madre, intentando que no le invadiese la nostalgia, el odio y la sensación de venganza.

En su mente empezó a escucharse un zumbido, parecido al que se originaba cuando Kitsune intentaba contactar con él, pero a la vez diferente. Cerró los ojos confiando en sus poderes, tanto en los adiestrados por los dioses menores, como los adquiridos al descubrir su origen. El susurro de una mujer de voz suave y melódica se escuchaba en la lejanía. Poco a poco se volvía más nítido. Por fin lograba entender lo que decía. Se trataba de su nombre, lo repetía una y otra vez llamándole con un deje de desesperación.

—«Kenji... Kenji... Kenji...» —la voz se escuchaba a un volumen aceptable, pero no había imagen que la respaldase. Esperó a que continuase, no lo hizo.

—Estoy aquí —dijo en voz alta.

—«No tengo mucho tiempo hijo mío, debo regresar a la corriente de Uchū, como se espera una vez desaparece tu cuerpo físico —la voz se identificó con esa frase como su madre, la diosa de la creación—. Si has llegado hasta nuestro antiguo hogar, significa que has visto todo lo que necesitas para saber quién eres en realidad. Eres un verdadero dios, con poderes que superan a los de Taka y los de toda su descendencia. Si te concentras podrás hacer que cualquier cosa se haga realidad, incluidas las que creías imposibles. Tienes una misión que cumplir, será duro, pero no tengo ninguna duda de que podrás con ello. Cree en ti, los demás lo harán también. Te quiero hijo mío.»

La voz de la diosa de la creación se desvaneció. Kenji permaneció con los ojos cerrados, manteniendo en su mente la voz que había escuchado solo a través de las visiones del pasado de los dioses. Respiró profundo, lentamente como si Intentase calmarse. Repitió la misma acción unas pocas veces más. De la negrura de su pensamiento surgió una pequeña luz de color azul eléctrico con un aura de color dorado. Centró su atención sobre ese punto, parecía que tenía forma de alubia. Se concentró un poco más para descubrir de qué se trataba en realidad. Sus ojos agrandaron la imagen, como las imágenes de una placa en un microscopio. La forma, parecía tener extremidades, como piernas y brazos. Intentó ver más allá.

Un golpe seco resonó en toda la casa haciendo que Kenji saliese del trance en el que se había visto sumido. Se irguió rápidamente, poniendo todos sus sentidos en alerta. No le apetecía tener visitas inoportunas cuando aún no estaba preparado para un enfrentamiento. Sacó a guardiana de la bolsa de deporte, desenvainando. Recorrió la casa despacio, sigiloso como

un depredador. Activó los poderes para localizar la vida. Llegó a la sala, la puerta de entrada se zarandeaba movida por el viento de la tormenta que estaba a punto de estallar. Ningún ser vivo estaba dentro de la casa, ni en sus proximidades.

Corrió hacia la habitación de sus padres, recogiendo la bolsa de deporte. Salió del hogar. Cerró la vivienda. Sin apartar la mano del pomo, cambió la naturaleza orgánica transmutando la madera en piedra. Esta se unió a las paredes. Desde los cimientos, atravesando la tierra, surgieron varios cientos de plantas de enredadera. Treparon por las fachadas, cubriendo toda la edificación hasta que no quedo nada de ella a la vista. Giró la cabeza hacia el coche de su padre Honshū. Extendió la mano en su dirección, la estructura del vehículo se convirtió en polvo sin dejar testimonio de su existencia.

La tormenta se acercaba a su localización. Llegaba la hora del viaje a las Tierras de la Eternidad. Pero, ¿A qué región debería encaminarse? Si terminaba en la Isla de los Sueños, Hakai o Kitsune podrían buscarle allí. Estaba convencido que pasaría algo similar si viajaba a los Bosques del Renacer, al Abismo Oscuro e incluso Ecos del Rugir. La idea de ir directamente a Lukwos, en las Llanuras de Plata estaba descartada. Era incitar a un enfrentamiento directo con Hakai, en el caso de que permaneciese allí mucho tiempo dado su otro deber.

—Eso solo me deja dos alternativas, el Reino de las Brumas y el Desierto del Fénix —pensó en voz alta—. Ambas son arriesgadas. Pero quizá escondiéndome a plena vista... Decidido, ¡Vamos allá!

Cuando el primer rayo coincidió con el sonido de uno de los truenos, dando por comenzada la tormenta, el cuerpo del joven dios desapareció del Mundo de los Hombres, dejando tras de sí, una cortina de lluvia.

Epílogo

Las luces blancas iluminaban una estancia circular. Sus paredes de aspecto inmaculado, estaban apenas adornadas. Una pantalla curvada, empotrada en la pared daba el parte para el día veintiocho de Landa en la Era de Zume. Justo en frente, una cama de aspecto futurista. Todo daba sensación de pulcritud, limpio sin nada. Sobre ella, sentada, una muchacha de pelo negro y ojos marrones, permanecía atenta a la información dada por los expertos. A su derecha una cama más pequeña, que mecía con una de sus manos con cuidado. En su interior una manta subía y bajaba con el compás de la respiración de un ser que no se vislumbraba.

Los pensamientos de la joven, hicieron que se acariciase el vientre mirando con una pequeña seña de alegría en su rostro al ser de su lado. Por un instante, desvió sus cábalas hacia el recuerdo de un joven de aspecto japonés, con los ojos cambiantes. Su simple recuerdo hacía que se alterase el ritmo de su corazón. Era el mismo chico que consiguió llamar su atención con apenas ocho años de edad. El adolescente que consiguió que sus días fueran más felices, con solo verle al ir al instituto. El hombre que le había dado una nueva razón por la que vivir, por la que luchar.

El sonido de la puerta mecánica se escuchó al abrirse, metiéndose en el interior de la pared que la sustentaba. Una mujer de figura esbelta y orejas membranosas, vestida con un uniforme azul brillante se acercó a la chica. Miró con sus ojos negros la pequeña cama haciendo un gesto para pedir permiso a la mujer. Ella asintió con la cabeza, acompañando con un gesto de su brazo derecho para darle paso a lo que debía hacer. La mujer cogió el edredón junto con su ocupante para salir de la estancia. Dio la vuelta sobre sus pasos, antes de cruzar el umbral.

—Mi señora, la Suma Sacerdotisa y la diosa os esperan en la sala de audiencias —le informó con un tono de voz sibilino.

—Acudiré en unos minutos, he de prepararme. ¿A dónde lo llevas? —señaló al bulto que llevaba en los brazos, debajo de la manta.

—La diosa quiere que le hagamos unas pruebas, nada complejo, ni doloroso. Es para comprobar su anatomía molecular. Una vez acabemos lo traeré de vuelta, se lo aseguro mi señora.

—De acuerdo, ve—ordenó con voz amable—. He de vestirme para acudir a la audiencia.

La mujer desapareció, traspasando la puerta que se cerró al momento. La joven mujer se acercó a un rincón de la pared circular. En ella una pequeña pantalla le lanzó un haz de luz verde esmeralda que se paseó por toda su cara, seguido del cuerpo de arriba abajo.

—Escáner completado, Ryoko Aoyama, diosa del hielo —la voz robótica resonó en la habitación con tono femenino, llegando perfectamente a sus oídos. —. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito un traje a medida para una audiencia —expresó muy decidida.

—Tengo exactamente lo que necesitas, un vestido adecuado a tu tono de piel, resaltará tus ojos y tu figura. En unos pocos minutos podremos confeccionarlo ajustándolo a tu cuerpo —la respuesta del ente virtual fue tan rápida que sorprendió a Ryoko sobre manera. Unos segundos después el ente volvió a hablar—. Los yoctobots están preparados para la confección, ¿Desea que comencemos con la elaboración?

—Empieza —dio una orden sencilla, directa.

De la pared sin ser perceptible para la vista de un ser normal, salieron varios cientos de partículas que rodearon a Ryoko. La ropa que vestía comenzó a desaparecer desde los pies a la vez que comenzaba a aparecer una nueva tela color coral, con puntos plateados. En menos de lo que esperaba habían llegado a la altura de la cintura, al busto, a los hombros y por último al cuello dejándole un bonito cierre con una pequeña flor de cerezo. Los entes robóticos se retiraron hacia su lugar de reposo, dejando a la asombrada muchacha. Meció el cuerpo viendo cómo se movía la tela del vestido que casi rozaba el suelo. Era precioso.

—¿Necesita algo más? —preguntó la voz virtual.

—Si, ¿Cómo llego a la sala de audiencias? —su orientación era nula en ese lugar. Apenas llevaban un par de días allí.

—Por supuesto —ante Ryoko apareció un mapa holográfico donde la voz le daba indicaciones, señalizando a su vez con luces blancas—. Debes salir cruzando el pasillo hacia los laboratorios, tuerce a la derecha hacia las

fuentes de energía y por último a la izquierda en dirección a la sala de audiencias. Una vez allí los centinelas te cederán el paso.

—Eso es todo, muchas gracias —Ryoko se sentía extraña hablando con un ente virtual, pero en ese lugar parecía normal.

—Estamos para servir —finalizó la voz.

La joven salió de la estancia, cediéndole el paso la puerta automática. Siguió su caminar recto como le indicó en el mapa hasta llegar a los laboratorios. Nadie se cruzaba con ella por los pasillos. Esperó tener más suerte llegando a las fuentes de energía. Cuando llegó a la plaza donde se ubicaban las fuentes, solo dos personas estaban sentadas mirando el espectáculo. Las fuentes, eran como una gran escultura de proporciones gigantescas que lanzaban rayos de energía azules de manera intermitente, recogidos por unos receptores para ser reutilizada.

Al fondo a la izquierda, pudo ver a los centinelas de los que hablaba la voz virtual. Sus trajes eran distintos a todo lo que había conocido hasta la fecha. Relucían como el metal, pero no parecían armaduras. Sus armas eran solo una especie de palos cortos de unos veinte o treinta centímetros de largo y su diámetro era de unos tres centímetros. Apresuró su caminar hasta llegar frente a ellos. El más fornido le cortó el paso. Su arma se extendió hasta formar una lanza de hoja formada de energía azul.

—¿Nombre? —exigió el centinela, mientras su compañero permanecía inmóvil.

—Ryoko Aoyama, diosa del hielo —al escucharlo el arma mermó a su estado anterior. El centinela relajó su postura.

—Bienvenida, diosa del hielo —hizo una inclinación, parecida a una reverencia—. Pasad, la Suma Sacerdotisa y la diosa os están esperando al fondo, en el semicírculo de la verdad suprema. ¿Queréis que os escolte hasta allí?

—No será necesario, pero gracias por el ofrecimiento —avanzó pasando entre los centinelas, sin mostrar debilidad.

Dentro del edificio todo era de color de piedra y coral. Por las paredes se dejaba ver cascadas de agua cayendo desde lo alto hasta unos estanques llenos de peces dorados, que nadaban entre algas de un verde oscuro. Un camino hecho de azurita, mezclada con jade, marcaba el camino hacia un círculo de asientos blancos ovalados. En la pared detrás de ellos, podía verse una escultura de la diosa del agua con las manos en alto. A su

izquierda, de rodillas una mujer, con un elegante vestido, agachaba la cabeza en señal de servidumbre. A la derecha un joven, también arrodillado, sujetaba con los brazos extendidos un grueso libro.

Echó un vistazo a las sillas, en ellas se encontraban la diosa del agua, la diosa de la tierra y una mujer con apariencia regia. Su diadema de plata con forma de corona con tres gemas ambarinas, le daban un aspecto más serio aun. Su vestido era blanco con toques plateados. Llegó al centro del semicírculo de la verdad suprema, como lo había llamado el centinela. Hizo una reverencia a las dos diosas con un gesto de la testa.

—¿Me habíais hecho llamar? —fijó la mirada, de sus ojos castaños, en su antepasada directa.

—Si, te necesitamos para un asunto de suma importancia —Seiryu se incorporó, acercándose a Ryoko.

—Para lo que necesitéis, ¿De qué se trata? —curiosidad, eso es lo que sentía en ese mismo momento.

—Pronto lo sabrás —la diosa acompañaba a una de la silla a Ryoko, con paso calmado—. Pero necesito tu opinión más sincera. Siéntate, dentro de poco comenzaremos la reunión.

La joven diosa se sentó en la rara silla, dejando que sus caderas se acoplasen a la forma de esta. Al contrario de lo que pensaba eran muy cómodas. Parecían estar hechas para sentarse sobre ellas durante largas horas. En el transcurso de su reflexión, la diosa del agua regresó a su asiento. Sin dar un momento para conversar, los centinelas de la puerta irrumpieron con una joven con la cabeza oculta tras una capucha de tela. Acompañaron a esta hasta la mitad del semicírculo dejándola allí, de pie. Se apartaron unos metros dejando espacio a la nueva integrante de la escena.

—¡Descubre tu rostro! —ordenó la Suma Sacerdotisa, haciendo un ademán con una de las manos.

La joven levantó las manos hacia la capucha deslizándola por su cabeza hasta que quedó a su espalda. Los cabellos oscuros dejaban relucir el único mechón blanco que poseía. Ryoko se asombró, era su prima Ayame. Le habían llamado para asistir al juicio de su familiar. Estuvo a punto de protestar, pero una mirada severa de Genbu, la diosa de la tierra, se lo impidió.

—Como sabéis, desde la batalla de Lukwos en las Tierras de la Eternidad. Hemos estado prolongando el juicio de Ayame Himura,

descendiente de Neko, la difunta diosa del hielo. Ella, consciente de sus actos, participó en la batalla del lado de la diosa de la mentira y de su padre Hakai —Seiryu estaba exponiendo los hechos de manera clara, concisa—. En estos momentos debemos decidir qué hacemos con ella. Si vivirá, morirá u otro destino. Cedo la palabra a Genbu.

—Por mi parte... —comenzó la diosa de la tierra, poniéndose en pie ante las demás—. Decidiría la pena de muerte de Ayame. Por su culpa se han perdido muchas vidas, incluidas la de Neko, Kuma y el mismo dios del cielo, Taka, teniendo en cuenta los heridos, como mi hijo Byakko entre muchos otros. Pero también he de decir a su favor, que se encontró con la persona menos indicada en el momento menos apropiado. La influencia de Kitsune, no debe pasarse por alto. Voto por la reclusión en Acuática, como novicia de la diosa del agua. Aprovechando que es de su familia. Cedo la palabra a Ryoko, prima de Ayame y la actual diosa del hielo —Genbu tomó asiento de nuevo, reclinándose hacia adelante apoyada sobre sus muslos.

—Lo siento, no puedo condenar a mi propia sangre —la voz de Ryoko sonaba quebrada—. Nos hemos criado juntas desde niñas, casi podría decirse que somos hermanas. Sus actos, fueron la consecuencia de su juventud, los celos y soledad. Ese sentimiento fue aprovechado por Kitsune, como habría hecho con cualquier otro. Decidme, ¿Las novicias están ligadas a estar recluidas?

—No, Ryoko, no están sometidas a ello. Pero los dos primeros años de su instrucción estará acompañada en todo momento. Hasta que demuestre ser digna de nuestra confianza —las explicaciones de la Suma Sacerdotisa, hicieron que Ryoko se sintiera más calmada. Miró a su prima, mantenía la cabeza con la vista fija en el suelo.

—Entonces, al igual que Genbu, voto por la reclusión en Acuática como novicia de la diosa. Cedo la palabra a Seiryu, la diosa del agua —Ryoko se hundió en la silla, sin desviar su atención de Ayame.

—No debería oponerme a las medidas que os gustaría tomar en cuanto al destino de Ayame. Todos hemos perdido a familiares, amigos y súbditos en esta guerra. No creo que acabar con una de las últimas ramas de mi familia haga que me sienta mejor —se irguió acercándose a Ayame. Acarició la barbilla de la joven obligándola a mirarle a sus profundos ojos negros—. Vivirás como novicia, pequeña de la camada.

—¿La Suma Sacerdotisa no tiene que dar su opinión al respecto? —balbuceó Ayame, mostrando las lágrimas de sus ojos rodando por las mejillas. La ocupante del cargo, se levantó llegando a la vera de la diosa.

—Pequeña, solo estoy aquí como testigo. Las diosas, Genbu, Ryoko, en lugar de Neko, y Seiryu, la diosa a la que servimos, son quienes toman la decisión. Te unirás a nosotras en cuanto acabe.... —la frase se vio interrumpida por un estruendoso alboroto en la puerta del edificio donde estaban celebrando el juicio de Ayame.

Uno de los centinelas atravesó volando la sala hasta dar de lleno contra una de las sillas. Seguido por un rayo abrasador acompañado de un martillo. El martillo era de sobra conocido por las diosas, era Demoledor que dando un giro de ciento ochenta grados voló de regreso a la mano de su dueño. Byakko sostenía del cuello al otro centinela que luchaba para liberarse de la terrible presa del dios del aire y el trueno. Al ver a su madre, arrojó al pobre guardia contra el suelo de piedra con fuerza haciendo que se resquebrajara la baldosa.

Libre de obstáculos avanzó con decisión hasta donde se encontraban las diosas y la Suma Sacerdotisa. Su madre le miraba con aire de preocupación. Las últimas noticias que tenía era que no se había recuperado del todo de sus heridas. Byakko frenó en seco delante de su madre haciendo una reverencia formal. Esta le correspondió.

—¿Qué haces aquí, Byakko? —preguntó con aire severo.

—He venido a despedirme, madre —contestó con tanta fuerza que la respuesta se escuchó en cada rincón de la sala—. Voy a regresar a Fuerte Helado, necesito proteger a mi pueblo de la amenaza de Hakai y sus engendros.

—¿Y tenías que apalear a mis centinelas? —el enfado de la Suma sacerdotisa se transmitió por el aire haciendo que Byakko la mirase con sus ojos dorados llenos de furia. Esta dio un paso atrás, impresionada.

—Nadie se opone a que entre en un lugar, ni me habla con faltas de respeto. Aun aquí... sigo... siendo... un dios —las pausas entre palabras y la fuerza con la que las pronunciaba la hizo temblar.

—No te vas —dijo la diosa de la tierra, recuperando la atención de su primogénito—. Según los médicos de la ciudad, no estás en condiciones.

—No saben de lo que hablan, podría hacer estallar en llamas o aplastar a Hakai con mi martillo. Además, no estaba pidiendo permiso, solo te

informaba de mis intenciones —cogió el amuleto de su hermano Vaél, mostrándolo a Genbu.

—Como quieras, pero al más mínimo indicio de caída de la fortaleza regresad aquí —cedió la madre del dios iracundo.

—Ryoko —Byakko se dirigió a la joven que permanecía en silencio—. Si me encuentro con Kenji, ¿Quieres que le diga algo?

—Solo dile que tenga cuidado y que debe volver —Ryoko se sonrojó por un momento, pensando en su amado.

—Se lo diré —afirmó el dios—. Es más, si está en peligro te prometo que le ayudaré. Me voy, Soren y un pequeño escuadrón se viene conmigo, deben estar esperándome.

Byakko se despidió de su madre con un abrazo. Separándose recorrió el camino hacia la salida desapareciendo de la vista de las mujeres presentes. El silencio de la estancia se mantuvo durante unos segundos, cada una de ellas estaba sumida en sus propios pensamientos, en sus miedos, en sus dudas. El centinela de la entrada se levantó con gran esfuerzo, se aproximó a su compañero asiéndole por el brazo haciendo que saliera de la Sala de audiencias.

—Ahora que todo se ha normalizado nuevamente, Ayame vé con la Suma Sacerdotisa, Alyazhel. Ella te llevará al templo, te mostrará tus habitaciones y te instruirá —Seiryu asintió con la cabeza a Alyazhel.

—Ayame, sígueme —la joven se colocó un par de metros por detrás de la Suma Sacerdotisa, siguiendo su paso. Ambas desaparecieron del lugar en silencio absoluto. Mientras las diosas las miraban. Genbu y Seiryu se miraron la una a la otra mostrando cierta complicidad, ante una Ryoko despistada que se acariciaba el vientre todavía un poco abultado. Las dos diosas de mayor edad abrazaron a la joven muchacha.

Con afecto le acariciaban el pelo, dándole algún que otro beso lleno de ternura. Ninguna de las diosas se atrevía a decir lo que se le pasaba por la cabeza. Sabían que tenían que hacerlo pero, ¿cómo podían abordar el delicado asunto? Como madre tierra que era, aclamada por miles de civilizaciones, Genbu se armó de valor para hablar con Ryoko sobre los sucesos recientes.

—Mi pequeña, ¿Se lo vas a decir? —hizo referencia a lo que casi nadie excepto un grupo muy reducido conocía hasta la fecha.

—¡Todavía... no lo sé! —Ryoko, cerró los ojos llena de tristeza.

OceanofPDF.com

Glosario de Personajes

Mundo de los Hombres

Kenji Wolfman: Joven adolescente, de origen japonés adoptado por los Wolfman. En «El Comienzo», descubrió que descende de uno de los dioses, en concreto del hijo menor del dios lobo.

James Wolfman: Difunto padre adoptivo de Kenji, original de Nueva York. Asesinado por la mano de Nakuma.

Elisabeth Wolfman: Difunta madre adoptiva de Kenji, original de España. Asesinada por la mano de Nakuma.

Ryoko Aoyama: Hija de Seiyuro Aoyama y Nicolle Bellerose, mejor amiga de Kenji. Descendiente de la familia de la diosa del hielo, Neko.

Seiyuro Aoyama: Maestro de Karate de Kenji, padre de Ryoko.

Nicolle Bellerose: Madre de Ryoko y especialista en el mundo de la moda.

Ayame Himura: Prima de Ryoko, encaprichada de Kenji. En «El comienzo», se queda en el Mundo de los Hombres, por decisión del dios del cielo.

Ray Ninetails: Empresario sin escrúpulos, el origen de muchos de los problemas de Estados Unidos, entre otros países. Murió en la confrontación sobre el puente del Támesis a manos de Kenji.

Diane Ninetails: Hija de Ray Ninetails y heredera de su imperio. Huyó de tras la confrontación sobre el puente del río Támesis, en brazos de Nakuma. Allí, se descubrió que era la diosa de la mentira, Kitsune.

Sloan: Amigo de la universidad, capitán del equipo de kumite.

Lean: Joven superdotado amigo de Sloan, Kenji y Ryoko.

J: Un nuevo amigo que ha sobrevivido durante mucho tiempo a causa de sus poderes sobrenaturales.

Las Tierras de la Eternidad

Dioses mayores

Uchū: El universo. Primero de los dioses, aunque el no se considera como tal. Él es un todo y todo es él.

Hikari: La primera creación de Uchū, junto a su hermana Kurasa, para paliar la soledad que sentía al verse solo. Padre de los autodenominados dioses verdaderos.

Kurasa: La segunda creación de Uchū. Madre de los autodenominados dioses verdaderos.

Hozen: Primogénito de Hikari y Kurasa. Dios del Tiempo y de la Conservación.

Sōzō: Hija de Hikari y Kurasa. Diosa de la Creación. Creadora de Taka junto con sus hermanos y su mentora.

Hakai: Hijo menor de Hikari y Kurasa Dios de la Destrucción. «Padre» de Kitsune, Hebi y Kakashi.

Dioses menores

Taka/Gael: El Merlín de las leyendas, dios del cielo, mentor de Ryoko y Kenji. Regente de la Isla de los Sueños. Ostenta el poder más cercano a los dioses verdaderos.

Genbu: Diosa de la tierra. Regente del Abismo oscuro. Madre de la mayoría de los dioses, exceptuando a Neko y Shika.

Seiryu/Mei: Diosa del agua, Nimue en las leyendas artúricas. Regente del Reino de las Brumas. Madre de Neko, la diosa del hielo.

Suzaku: Diosa del fuego, la más joven de los dioses. Regente del Desierto del Fénix.

Byakko/Aarón: Dios del aire y el trueno. Regente de Ecos del Rugir. El dios más fuerte de todos, hijo del dios del cielo. Padre de las diosas Suzaku y Neko.

Shika: Dios de la Naturaleza, el dios más pacífico. Regente de los Bosques del Renacer. Hijo de las diosas Genbu y Seiryu.

Vaél/Ōkami: Dios del metal, de las artes guerreras, asociado con el Mundo de los Muertos. Desaparecido desde hace mucho tiempo. Regente de las Llanuras de Plata.

Neko: Diosa del Hielo, sustituye a Vaél regentando sus tierras hasta su regreso. En «El Comienzo» se la da por muerta, pero al final se descubre que permanece encarcelada en una cueva con un ser oscuro.

Kuma: Hermano mayor de Vaél, dios de la Roca. Es bastante solitario, aunque acude si es necesario. Siempre exhibe su mejor sonrisa, mostrando su buen humor. En contraposición a su hermano Byakko.

Kitsune/Morgana: Diosa de la mentira, anteriormente llamada Diane Ninetails. Es la causa de la antigua guerra de los dioses por sus ansias de poder. Intentó hacerse con el control del Mundo de los Hombres, asesinando a Kenji. Fracaso, teniendo que huir volando en brazos de su fiel sirviente, Nakuma.

Hebi: Diosa de las serpientes, los venenos y las enfermedades infecciosas. Una de las diosas repudiadas por algunos de los dioses menores, recuperada por el ser oscuro que aprisionó a Neko.

Kakashi: Diosa de los cuervos, de la muerte en su sentido literal. Hermana de Hebi, sierva fiel del ser oscuro. A una orden de su señor no duda en blandir su guadaña contra cualquier enemigo.

Kyōfu: Anterior diosa del aire. Una de las primeras creaciones de Taka. Una mujer muy poderosa y fuerte, tanto como Byakko.

Kuroihi: Anterior dios del fuego oscuro. Otro de los dioses creados por Taka. Un joven fácil de enojar. Posee un alto poder destructivo.

Úlfur: Hijo mayor de Vaél y Kitsune.

Lupa: Hija de Vaél y Kitsune. La segunda por orden de nacimiento.

Vilkas: Hijo de Vaél y Kitsune. El tercero por orden de nacimiento.

Wolvin: Hija menor de Vaél y Kitsune. La cuarta por orden de nacimiento.

Honshū: Hijo menor de Vaél y Kitsune. El último por orden de nacimiento. Padre biológico de Kenji.

Sakura: Hermana mayor de Kenji, hija de Honshū.

Izumi: Hermana de Kenji, un poco más mayor que él e hija de Honshū.

Elfos Oscuros/Drow

Enelyë: Difunta Princesa de los Drow e hija del Rey de los arbóreos. Sus ambiciones le costaron su vida, siendo castigada por la diosa de la tierra, Genbu.

Amara y Shalendra: Las consejeras de Enelyë, con muchas ansias de poder. Una de ellas desapareció sin dejar rastro en el Palacio de Diamante. La otra fue ejecutada.

Eldar: Hermano menor de Enelyë y jefe de la Guardia real, heredero al trono.

Sudryl: Capitán de la Guardia de la ciudad, es la mano derecha del príncipe Eldar, además de su tío por parte materna.

Nindrol y Anairë: Guardianes de la puerta, camuflados en forma de estatuas a cada lado de la puerta de la muralla, son padre e hija.

Alram: Primo de Enelyë y Eldar, hijo de Eledyr, hermano de Nuala. El segundo en orden de sucesión al trono Drow.

Nuala: Difunta madre de Enelyë y Eldar. La primera en línea de sucesión al trono de su padre Alroc, un héroe de leyenda. Murió después del parto del pequeño Eldar.

Alroc: Primer rey de los Drow en las Tierras de la Eternidad. Se convirtió en una leyenda combatiendo a los humanos en el Mundo de los Hombres.

Elfos del Bosque/Arbóreos

Seith: Rey de los elfos arbóreos y Drow, este último por matrimonio. Es padre de Enelyë y Eldar.

Keishara: Pareja del dios Shika, una excelente curandera. Emplea las hierbas curativas como nadie en su especie.

Elfos de las Montañas/Norteños

Sören: Mano derecha de Byakko. Guía con mano de hierro a los fieros guerreros en la batalla contra seres de otros planos, entre ellos a los gigantes.

Saida: Princesa de los elfos del norte. Sobrina de Sören, apoyo de Kenji tras su derrota sobre el puente del Támesis.

Licántropos

Arlen: General del ejército licántropo, en especial de la sección Vaéler. Guerreros que sufren transformaciones, que les convierten en armas letales. Es hijo de Kalen el primer rey de las Tierras de la Eternidad, fiel siervo de Vaél, el dios lobo.

Niall: Hijo de Arlen, hermano mayor de Lugh, uno de los Vaélers más poderosos. Ayuda a su padre con el adiestramiento de los neófitos en el arte de la transformación, así como en su entrenamiento marcial.

Lugh: Hijo menor de Arlen. Es un joven apasionado e impulsivo, siempre bajo la protección de su hermano mayor, Niall, para evitar severos castigos disciplinarios de su padre.

Enid: Hija de Owen, hermano de Arlen. Como su madre, Éire, ha adquirido el don de controlar los cambios de los Vaélers a voluntad, extendiendo una cadena mágica. Cuando llegó a la adolescencia fue instruida como Druider, alcanzando el rango de líder de la facción. Es la responsable del gremio y de los rituales chamánicos realizados con una flor muy especial para su especie.

Enanos

Lothar: Líder de la ciudad forja de Ziel, siervo de Byakko y esposo de Aletha. Es el jefe de la forja, teniendo el honor de forjar las armas de los dioses.

Aletha: Esposa de Lothar, consejera de Ziel. Ayuda en todo lo que es concerniente a regir los destinos de los habitantes de la ciudad enana.

Burith: Mano derecha del jefe de la forja. Se podría decir que es su hombre de confianza y futuro sucesor del maestro de la forja.

Skimmer: Dueño de la taberna «El Herrero». Guardian del acceso a Ziel.

Orsik: Líder de los cazadores. Es el jefe de la guardia personal de Skimmer. Protegiendo con sus hombres el acceso a la ciudad enana de cualquier intruso.

Dragones

Ryūjin/Naelyan: Es conocido como el gran dragón de agua, siervo de la diosa del agua y su fiel defensor. Tiene tres hermanos, dos de ellos en

localización desconocida. El tercero, Fafnir, se encuentra en Ziel, en la forja del maestro.

Fafnir: El gran dragón de fuego, abandonó la pirámide del Desierto del Fénix, tras la caída de la diosa del fuego. Hizo la vergüenza de la diosa como suya, intentando cumplir un sueño en el norte. En la ciudad de los enanos, Ziel.

Grael: El gran dragón de tierra, decidió irse a Bestiary para vivir en paz tras la guerra de los dioses. General de las huestes de la diosa de la tierra, Genbu.

Thunder Wolfs

Viento: Es un cachorro de una especie poco común en la Tierras de la Eternidad. Hijo de Colmillo, jefe de su manada ubicada cerca del gran lago, y de Luna. Ambos lobos de gran tamaño. Es el pequeño de la manada, pero también el más espabilado.

Colmillo: Jefe de la manada de Thunder Wolfs de las Tierras de la Eternidad. Heredero de la sangre de los Thunder Wolfs Legendarios. Padre de Viento.

Luna: Compañera de Colmillo, madre de Viento y heredera de la sangre de los Thunder Wolfs Legendarios.

Rayo y Garra: Son los Thunder Wolfs Legendarios, un macho y una hembra que decidieron abandonar su hogar para seguir al dios lobo, Vaél, hacía las Tierras de la Eternidad.

Bestiary

Manada del Sur

Trueno: Jefe de la manada del sur y líder de las cinco manadas.

Centella: Compañera eterna de Trueno el jefe de la manada del sur. Madre de Brisa y Pluma.

Brisa: Hija de Trueno y de su compañera eterna Centella.

Pluma: Hija menor de Trueno y de su compañera eterna Centella. Madre de Trasto.

Trasto: Hija del Tueno el jefe de la manada del sur y de su compañera eterna Centella.

Astilla: Uno de los mejores cazadores de la manada del sur. Lobo Beta protector de Trueno líder de la manada.

Canto: Uno de los mejores cazadores de la manada del sur. Lobo Beta protector de Trueno líder de la manada.

Cuzo: Uno de los mejores cazadores de la manada del sur. Lobo Beta protector de Trueno líder de la manada. Muy dado a los cotilleos.

12

Manada del Oeste

Furia: Jefe de la manada del Oeste, el mayor rival de Trueno por el liderazgo de las cinco manadas.

Gruñido: Hijo de Furia, un cachorro con muchas actitudes para el liderazgo.

Manada del Norte

Roca: Jefe de la manada del Norte.

Manada Central

Silencio: Jefe de la manada Central.

La Puerta del Cielo

Elohim: Líder de los Alas Blancas que habitan la Puerta del Cielo. Sobrevivió a la guerra de los dioses.

Anael: Hija de Elohim, una de los mejores espadachines alados de elite.

Kaliel: Hermana de Elohim, se fujo con Raziel traicionando a los alas blancas. Madre de Nakuma.

Adriel: Joven general de las huestes de los Alas Blancas.

Los Ancianos: Antiguo grupo de Alas Blancas que propagaban los poderes otorgados por el dios del cielo a sus congéneres.

Ninfas

Rhianne: Dríade que cuida de uno de los bosques cercanos a los territorios de Furia, junto con sus amigas y hermanas.

Laehian: Náyade cuidadora de los seres acuáticos, amiga de Rhianne.

Arachnia: Otras de las amigas de Rhianne. Protectora de los insectos y animales de menor tamaño.

Otros

Nakuma: Sirviente alado, protector de Kitsune. Causante de la muerte de los padres adoptivos de Kenji.

Kamaitachi: Trillizos que generaban problemas en el Japón feudal, llamados comadreja. Eran la guardia personal de Kitsune. Muertos por la mano de Kenji en la confrontación del puente sobre el río Támesis.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Este, libro, el tercero de la saga «Las Tierras de la Eternidad», ha sido todo un reto. Las horas de escritura, de planificación, de introspección para que quedara como esperaba han merecido la pena. En el proceso ha habido mucha gente que ha tenido que aguantar mis ideas y alguna que otra revelación de trama. Esto no habría sido posible sin ellos, os lo puedo asegurar. En el camino han aparecido personas que han estado ahí y que se merecen una mención.

A mi esposa que, a cada recodo del camino, ha estado ahí como una roca inamovible. Ha hecho posible la corrección de todos y cada uno de los libros publicados hasta la fecha. Aun nos queda mucho por andar cogidos de la mano.

A mi madre, aunque siempre lo digo, (me podéis llamar pesado) que llenó mi infancia de arte, de escritura, lecturas e imaginación desbordada. Nunca podre agradecerétele lo suficiente.

A mi hermano Kiba por el apoyo, una vez más, en este viaje tan loco por las páginas llenas de tinta hacia otro mundo. Espero poder hacer lo mismo por ti.

A mi familia política, por haber estado ahí desde «El Comienzo». Cada gesto cuenta.

A Fany, por ser una gran amiga, que ha hecho posible que distribuya esta fantástica historia en cada maravilloso evento que organiza. Sin ti todo sería más difícil

A San de Lucas, que ha hecho que los buenos momentos entre escritores sean cada vez más reseñables.

A Almu, que me apoya en cada locura, recuerda: nosotros somos los cuerdos.

A Víctor, que sabe captar la instantánea perfecta en el momento adecuado, los eventos contigo son más divertidos.

A mi «Club de fans» Iris, Luis, Yago, Adri, y Naiara por disfrutar de la lectura animando a este escritor a seguir adelante. Sois grandes.

A la gente que nos encontramos en los eventos porque hacéis que todo sea mejor y brindáis apoyo, bridas, tijeras o lo que haga falta...

No puedo olvidar al bueno de Alejandro que me dio un buen consejo en el momento justo y aun ahora sigue apoyándome a pesar de no poder vernos tan a menudo.

A Rebe, que me da su sincera opinión sobre la trama de la saga. Siento no haber metido la frase, (ya sabes cual.)

Y sobre todo a los lectores, sí, a ti que estás leyendo estas líneas, así como el resto del libro.

Gracias por hacerlo posible, por vivir esta aventura a mi lado, Las Tierras de la Eternidad pervivirán gracias a ti.

Kenji Wolfman

OceanofPDF.com

El autor

Kenji Wolfman, nació en Trobajo del camino, León, en 1983. Desde su infancia se vio atraído por la literatura de género fantástico entre otras artes. Todo ello, gracias al entorno familiar en el que se crio. En plena adolescencia, comenzó a escribir sus primeros relatos. Animándose a presentar algunos de ellos a concursos literarios.

Con el paso de los años, ya en la edad adulta, tuvo contacto con niños y adolescentes, por su afición al karate. Convirtiéndose en su profesor, sin dejar de escribir.

Tras el apoyo recibido con los dos primeros tomos publicados: «El Comienzo» y «La Oscuridad», llega «El Legado», la continuación de su andadura en el gran viaje del escritor. Queriendo hacer que las aventuras de sus personajes llenen las horas de emociones, de ganas de seguir recorriendo el camino hacia el desenlace de la tetralogía.

La última meta que se ha propuesto tras varios eventos y talleres impartidos es: demostrar que la literatura de fantasía continua siendo un género literario en auge, no solo por autores de ámbito internacional, también en el ámbito nacional y que es una forma más de cultura al alcance, no solo de jóvenes si no de personas de todas las edades, que pueden disfrutar con su lectura.

www.wolfmancreations.com

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com